

Axxón 165, agosto de 2006

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 165

Diferencias

por Eduardo J. Carletti, Director de Axxón



¿Sobre qué quiero escribir hoy?

No sé, a veces, despues de 165 mensajes editoriales, me da un poco de miedo de aburrir…

Recién estuve leyendo un mensaje de correo de la lista del Taller 7 CCF (taller literario por Internet) en el que se habla sobre los localismos del lenguaje. Como suele pasar, me vino a la mente un asunto que está flotando ahí todo el tiempo, que procuro ignorar —porque es un tema que hace mal—, pero la verdad es imposible hacerlo.

El tema de las diferencias, los localismos, las fronteras, las separaciones y los conflictos. El tema de los esfuerzos negativos. De los enfrentamientos y despliegues de tiempo y dedicación para ir "en contra de".

¿Puede ser que seamos tan tontos los hispanoamericanos que nos podamos construir en común, que no podamos unirnos, que nos veamos como enemigos entre nosotros cuando en realidad nos enfrentamos, a nivel mundial, con cosas mucho peores que nosotros mismos?

No sé, debemos ser tontos. Veo cómo se alimentan las divisiones todo el tiempo. Veo el enorme esfuerzo por dañar en el que de repente se mete alguna gente porque algo no les gustó, mientras que antes no se le veía mover un solo dedo (o se le veía muy poco) en la acción constructiva.

Se preguntarán algunos de qué hablo.

Las intenciones y las acciones se ven a veces entre líneas, a veces claramente.

¿Suena paranoico, verdad?

A quienes estamos entrenados por años de ser lectores y a quienes venimos tratando con gente de este ámbito desde hace décadas no se nos escapan estas cosas.

Sí, algunos dirán que soy paranoico…

¿Quiero escribir sobre esto?

Sinceramente no.

Lamento mucho que no podamos compartir los mismos ámbitos y que poco a poco nos vayamos fraccionando. No hablo de conducir a una falta de pluralidad, ya que la pluralidad es lo mejor que tenemos. Lo que lamento es que se produzcan roces y enemistades tan fuertes que les generan mucha más energía a esos enemistados que la que les vimos cuando estaban juntos.

¡Cuánta energía pone la gente en alimentar la desunión! ¡Qué fácil es que una diferencia cualquiera divida y trace fronteras!

Siempre he trabajado en sentido contrario. Y pongo todos los esfuerzos que puedo para que la gente se una alrededor de esta revista, de ser posible. Al fin y al cabo esta revista ofrece todo y no pide nada. No hay ningún "gasto" en visitarla y disfrutar de lo que se da.

Y esta revista es abierta, muchísima gente que se acercó con ideas y obtuvo rápidamente su espacio lo sabe muy bien. Esta revista no es un "alimentaegos" de sus dirigentes ni una fuente de poder para combatir a los demás, sino un lugar donde se puede mostrar lo que uno hace, lo que todos hacemos con esfuerzo y cariño por el género.

Si hay gente que percibe otra cosa, no puedo decir que he fracasado, pero sí que jamás sentiré que he logrado mi meta por completo.

Eduardo J. Carletti, 1 de agosto de 2006
Mensajes al Director: ecarletti@axxon.com.ar

Correo axxónico

agosto de 2006

Hola, mi nombre es Jesús Jiménez y vivo en Monterrey, México, desde hace aproximadamente 6 años soy visitante de su página, la cual, desde un principio me pareció muy buena y con el pasar del tiempo ha sido como los buenos vinos, cada vez mejor y muchísmo más completa.

Me parece excelente que exista gente que trabaje por lo que le gusta, y más aún cuando este trabajo no es remunerado, monetariamente hablando; y deben sentir una satisfacción enorme al saber que mucha gente disfruta de su trabajo, espero que este proyecto siga por muchos años más.

Me despido no sin antes enviarles un afectuoso saludo,

Jesús Jiménez Gil

Axxón: Muchas gracias por tus conceptos. Espero que podamos seguir ofreciendo este placer intelectal durante mucho tiempo.

Eduardo J. Carletti

Los colmillos de la serpiente

José Altamirano

El hombre, de aparentes cuarenta y cinco años, algo más alto que la media y de complexión robusta, observó a través de la lente de la mira telescópica el rápido desplazarse del móvil de Seguridad por las desiertas calles de Quilmes Externo. Era de mañana temprano y el gran reloj de la torre aún no había marcado las siete. Faltaba para el final del toque de queda impuesto por la Agencia, el momento preferido por las fuerzas de seguridad para efectuar los procedimientos de limpieza; la hora en que el hambre y el frío del día pasado se sumaban a la certeza del hambre y el frío de un nuevo día, sumiendo el entendimiento de los okupas en una espesa telaraña de desesperación que no podía ser obviada ni por las brumas estuporosas de un sueño inquieto y poblado de pesadillas. Es la hora en que las defensas de los desesperados están en su punto más bajo y las fuerzas represoras lo saben.

El hombre siguió observando hasta que el vehículo abandonó la diagonal y quedó oculto por la masa oscura de unos altos edificios ruinosos. Se encogió mentalmente de hombros; bien sabía él hacia donde se dirigían.

Quince días atrás, el hombre había descubierto a un grupo de okupas que violentaron el acceso a una casa de la Arteria Oeste. Tal vez encontraron allí un poco de alimento en alguna despensa oculta, o no encontraron nada y se quedaron sólo para resguardarse del frío en ese helado mes de julio. El caso es que la Agencia encargada de la seguridad en la zona había recibido oportunamente una denuncia, y hoy procederían al desalojo.

Hacía mucho frío en ese invierno del 2032. El observador se arrebujó dentro de la protección de su raído sobretodo negro cuando el arrachado aguanieve le castigó el rostro expuesto, en el que se dibujaba una mueca de severa amargura. Esa expresión parecía pertenecerle tanto como la bien recortada barba candado y el largo pelo negro que le caía sobre la nuca en apretados rizos empapados. Guardó la mira en un bolsillo del abrigo y abandonó la terraza desde la que vigilaba, bajando los escalones de dos en dos.

Al pie del edificio lo esperaba un destartalado Ford Fairlane con tres personas en su interior. Se dejó caer en el asiento del acompañante, al tiempo que el motor se ponía en marcha con un rugido que desmentía la apariencia de la carrocería cien veces

emparchada. El chofer, un hombre flaco, muy moreno y de cara afilada, podía tener cualquier edad entre los veinticinco y los cuarenta años. Los dientes superiores, montados sobre el labio inferior, le conferían a su rostro un aspecto artero y ratonil. Miró interrogante al hombre de la barba candado, y al recibir de éste la silenciosa seña de un dedo apuntando adelante, metió primera soltando el embrague con tal brusquedad que la parte delantera del auto pareció elevarse en el arranque.

—Quemá gomas, idiota, total las regalan —le espetó desde el asiento posterior una muchacha de pelo corto y negro que mascaba chicle. El cuarto pasajero del auto se limitó a abrir la boca en una muda carcajada de deleite y batió palmas con el alborozo de un niño.

El Fairlane atravesó las calles vacías como una exhalación, levantando tras de sí un fino spray de agua y barro. Dobló con un chirrido por la Avenida 32 y durante los siguientes seiscientos metros enfrentaron la compacta mole gris de Quilmes Interno recortada delante del auto contra la creciente luz del amanecer. Al hombre del sobretodo negro y la barba candado le bastó un ligero toque sobre el brazo del chofer de la cara de rata para que éste disminuyera la velocidad.

Giraron por la Diagonal República y avanzaron a velocidad moderada, flanqueados por los edificios de lo que alguna vez fuera la zona más populosa de la ciudad. Ahora, la mayoría de los negocios exhibían sin pudor la decadencia de vidrieras rotas y marquesinas desflecadas.

En una esquina, bajo un amplio balcón que avanzaba sobre la vereda y los protegía de la pertinaz llovizna helada, un grupo de desocupados había encendido fuego en un medio tonel de chapa y calentaban pedazos de pan duro ensartados en varillas de alambre. Desafiaban la última hora de la queda, en la esperanza de que algún contratista madrugador acuciado por los plazos de finalización de obra les ofreciera la oportunidad de poder comer tres días seguidos a cambio de pasar uno quebrándose el espinazo en la nueva autopista tubo, o arenando paredes a cien metros de altura en Quilmes Interno. El ruido del motor del Fairlane hizo que algunos de ellos levantaran la cabeza con un atisbo de interés y que volvieran a su hosca concentración un instante después, cuando advirtieron que el auto no se detendría.

Un par de kilómetros más adelante, el hombre del pelo largo y la barba candado levantó una mano y el coche detuvo la marcha, arrimando al cordón de la vereda. La muchacha del asiento posterior trasteó un momento tras el respaldo del asiento y le pasó

un rifle enfundado en paño aterciopelado. Le alcanzó luego una Itaka y un puñado de cartuchos al chofer y tomó para ella una pequeña pistola de viejo modelo, una Bersa calibre 22, de cañón largo y bastante efectiva a corta distancia, si se observaba la precaución de plantar en el blanco una segunda bala inmediatamente a continuación de la primera.

Los cuatro bajaron del viejo automóvil y el del sobretodo negro le señaló el asiento delantero al que acompañaba a la muchacha. Este, un hombre cuya edad podría situarse entre los treinta y los cuarenta años, era más bien bajo, barrigón y casi calvo. Negó con la cabeza ante la orden dada en silencio.

—Yo también quiero ir a matar a la policía —dijo con voz que sonó incongruentemente aniñada.

—Fernandito, tenés que quedarte a cuidar el coche para que no se lo roben —le habló la muchacha como se le habla a un niño. Le dio unas cariñosas palmadas en la calva y acompañó sus pasos torpes hasta el asiento delantero del Fairlane.

—¿Cómo voy a cuidar el coche? —dijo el retrasado frunciendo los labios gruesos en una mueca que anticipaba el llanto —. Yo no tengo rifle como Paulino, ni un revólver como el de Lucy.

La muchacha observó nerviosa cómo los dos hombres se alejaban calle abajo despreocupados del problema y puteó por lo bajo. Sacó de atrás del asiento un viejo revólver al que le faltaba el percutor.

—Tenés razón, tomá este. Y si alguien quiere robarse el coche lo matás de un tiro.

Con una risita de gozo, el idiota aferró el revólver con las dos manos y lo apretó contra el pecho. Lucy lo besó fugazmente en la frente y corrió en pos de sus compañeros.

—Sabés que no me gusta que le des ese revólver a mi hermano —dijo hoscamente y sin mirarla el hombre de la barba candado hablando por primera vez—. Si pasa Seguridad no le va a preguntar si funciona o si él es un enfermo.

La muchacha se encogió de hombros y formó un globo con el chicle que mascaba. Paulino era el jefe y amaba a su hermano, de acuerdo. Pero le encargaba a ella cuidar del tarado y encima la cagaba a pedos.

Caminaron en silencio y a trancos largos por lo que restaba para que la Diagonal desembocara en la Arteria Oeste. El gran reloj de la torre emitió siete graves acordes que, expandiéndose en ondas, sacudieron el palio húmedo del casi desierto paisaje suburbano. Un

paisaje que cambiará en media hora, cuando Quilmes Externo se vea invadido por los pasos lentos y desesperanzados de sus grises habitantes, muchos de los cuales se encaminarán a mal pagadas ocupaciones de mantenimiento y limpieza en la ciudad interna, o esperarán el transporte que los lleve hasta la autopista tubo. Los escasos comerciantes atenderán, resguardados tras rejas que jamás se abren al público, a aquellos privilegiados que a esta altura del mes aún cuenten con bonos de la Secretaría de Supervivencia o algunas monedas de efectivo conseguidas por la merced de una changa. Algunos desocupados se estacionarán en puntos estratégicos a la espera del favor de los contratistas y otros —los más— se limitarán a vivir el arrastrar de las horas, adelantando las manos envueltas en tiras mugrosas al calor de algún fuego encendido con madera húmeda, sin lugar adonde ir ni al que volver en esta ciudad sobrada de casas deshabitadas, pero celosamente guardadas por los mastines humanos de la Agencia de Seguridad. Demasiado viejos o enfermos para aspirar a ser elegidos por un contratista que les permita saltar a la caja embarrada del camión y rumbear a un destino de pala, pico y músculo, morirán ese día como mueren todos los días: con el frío mordiendo las carnes tumefactas y el hambre mordiendo los estómagos contraídos.

Las tres personas armadas que bajaron del Fairlane llegaron hasta la esquina, donde un gran contenedor metálico desbordante de basura les permitió atisbar sin riesgo calle arriba. El vehículo de la Agencia de Seguridad, un furgón cerrado, estaba estacionado ocupando el centro de la calle y custodiado por un hombre uniformado con los colores gris y azul de la Agencia, el pecho y la espalda deformados por el chaleco blindado. Tenía el visor del casco levantado, vigilando las ventanas de celosías cerradas de los edificios que lo flanqueaban. Un lanzagranadas corto y de caño grueso se balanceaba al extremo de su brazo derecho.

De pronto, por la puerta abierta de una vivienda con techo de tejas y muro bajo al frente, salió trastabillando un hombre de unos setenta años, seguido al momento por una mujer de similar edad empujada sin miramientos por un guardia. La mujer se dio la vuelta y encaró al hombre. Sus palabras sonaron agudas pero ininteligibles por la distancia. El sicario la sacudió por el hombro y la obligó a caminar hasta la camioneta. Dentro de la casa hubo el discernible estrépito de un mueble al volcarse seguido del tintinear de vidrios rotos. Un tercer okupa fue desalojado de manera mucho más espectacular que los primeros dos, ya que apareció volando de espaldas a través de la puerta abierta y fue a estrellarse contra el bajo muro de ladrillos revocados. Detrás salieron dos guardias más, uno de los cuales levantó al caído por los cabellos, cosa que

aprovechó el otro para patearle el bajo vientre.

—¡Lo están haciendo flecos! —dijo por lo bajo la muchacha. El globo hizo “plop” y ella lamió los restos de chicle de la barbilla.

—Es apenas un pendejo —escupió con bronca el de la cara de rata jugando con el seguro de la Itaka. El hombre de la barba candado no dijo nada, limitándose a contemplar la escena. Ahora habían reunido a los tres de cara a la carrocería del furgón y les amarraban las manos a la espalda con alambre. El okupa que se había resistido lucía bastante maltrecho y una cascada de sangre que manaba de un corte en el cuero cabelludo le bañaba el rostro.

—Si usan alambre en vez de esposas, es que se los llevan para fusilarlos —dictaminó gravemente aunque sin aportar ninguna novedad Cara de Ratón.

Tras cargarlos en la parte posterior, los guardias treparon al vehículo y se marcharon calle arriba. Los tres emboscados observaron hasta que la camioneta tomó el camino que la llevaría a atravesar el puente que se elevaba por sobre las vías férreas y volvieron al trote hasta donde habían dejado el Fairlane.

—Los llevan a la cervecería —dijo el hombre de la cara de ratón. Los otros tampoco respondieron a esa nueva obviedad; era sabido por todo Quilmes que las ruinas de la cervecería eran utilizadas como fusiladero por los sicarios de la Agencia.

No se molestaron en sacar al idiota hermano de Paulino del asiento delantero; se zambulleron en el coche y esta vez nadie recriminó al chofer por salir pitando, dejando tras de sí una nube de humo y vapor de agua al girar en vano las gomas del Fairlane hasta lograr morder el asfalto mojado de la calle. Conocían un atajo que los llevaría hasta la cervecería antes de la llegada de los guardias y corrieron sin tomar precauciones. En Quilmes Externo casi no existía parque automotor, salvo los destartalados autos y camiones de los contratistas y los no menos vetustos colectivos de las empresas que recolectaban trabajadores. Los privilegiados habitantes de las ciudades internas utilizaban las exclusivas autopistas tubos para desplazarse entre las conexiones y el no menos exclusivo servicio de remises desde ellas al lugar puntual.

Los apáticos moradores de Quilmes Externo los miraron pasar sin ningún interés. Interesaba sobrevivir el día, y el Fairlane que doblaba por las sucias bocacalles rugiendo y chillando a todo motor significaba policías o ladrones, no comida. A no ser que se estrellara contra una columna o una pared y pudiera ser saqueado.

Pero el viejo y potente Fairlane no se estrelló. Saltó sobre las vías oxidadas que no recordaban el paso de un tren en los últimos

tres años, cayó sobre sus muelles reforzados y derrapó en la curva que marcaba el comienzo del largo paredón de la cervecería, cuyo revoque descascarado lucía profusamente adornado con pintadas obscenas o revolucionarias. A la altura de los enormes depósitos donde alguna vez se añejara la malta, giró bruscamente y se introdujo por el hueco que había dejado una pared derrumbada, sugestivamente libre de escombros. Con un frenazo brutal, el vehículo se detuvo bajo la protección de unas gruesas columnas de soporte.

Por un momento, el único sonido que rompió el silencio del lugar fueron los chasquidos y crujidos del motor del Fairlane al enfriarse. Al cabo, oyeron el ruido de un vehículo que se acercaba y los dos hombres y la muchacha comprobaron una vez más sus armas, la de Paulino, un rifle de extraña apariencia que sacó de la funda de terciopelo, al que le adosó la mira que guardaba en el bolsillo de su sobretodo negro. Fernando también manoseó su inútil revólver, remedando a los otros. Su hermano lo tocó en el hombro y el idiota lo encaró, excitado como un niño.

—Fernando, a partir de ahora, callado. No quiero que abras la boca.

—No, Paulino, no abriré la boca para nada, te lo juro por Dios —y para reforzar el juramento, cerró los labios hasta que se le blanquearon por el esfuerzo.

—Así está bien —dijo Paulino y los cuatro abandonaron el coche, caminando a buen paso y sin tomar demasiadas precauciones. El semiderruido edificio de la planta era una efectiva protección entre ellos y el playón usado por los guardianes para fusilar. Entraron a la construcción por un portalón utilizado antaño por el personal de mantenimiento y avanzaron por el interior, donde los cadáveres de las grandes maquinarias destacaban la negrura de sus formas contra la penumbra, apenas mitigada por la claridad del día. Estaba nublado y se filtraba poca luz por las sucias claraboyas ubicadas en el techo. Caminaron sorteando escombros hasta cruzar transversalmente el edificio y se asomaron cautelosamente por el vano de lo que alguna vez había sido una ventana. La camioneta de la Agencia estaba estacionada a unos cien metros sobre el cuarteado cemento del playón de carga. Los tres okupas fueron obligados a bajar y empujados sin concesiones hasta un montón de escombros que se desparramaban a lo largo de un alto paredón.

Paulino señaló una pila de toneles plásticos situado a unos veinte metros del grupo y al que se podía llegar por el interior sin ser visto. Cara de Ratón asintió y se alejó en silencio. Paulino metió

la mano en un bolsillo del sobretodo y sacó una bala de cápsula ventruda, un proyectil largo y delgado que terminaba en una punta aguda. Con tranquilidad, desentendiéndose del drama que se desarrollaba a pocos metros, donde los guardias forcejeaban con el joven que se negaba a arrodillarse de cara a los escombros, deslizó el proyectil en la recámara del fusil. Inmediatamente en la culata del arma se iluminó un pequeño panel sólo visible para el operador. Paulino se echó el fusil al hombro y pegó el ojo a la mira. La escena ubicada a cien metros saltó con nitidez a su vista. El muchacho había sido derribado de un culatazo y de su nariz manaba la sangre en un río que tenía como afluente la que desbordaba del tajo en la cabeza. Los dos ancianos, muy juntos y al parecer resignados a su suerte, permanecían arrodillados de cara a los escombros, los ojos cerrados y las bocas musitando lo que tal vez fuera una oración. El que parecía ser el jefe de los verdugos, un individuo grueso, de aspecto brutal, se acercó a sus espaldas con la pistola amartillada.

Desde su privilegiada posición, el francotirador activó un diminuto botón en el panel de la culata y la visión rectangular y panorámica que le otorgaba la mira adquirió una suave tonalidad verde, a la vez que una fina cuadrícula la dividió simétricamente. Al borde de la visión, los algoritmos se sucedían vertiginosamente al elegir la computadora del fusil la telemetría adecuada para el disparo sobre la base de datos recogidos en el lugar. Presión barométrica, velocidad del viento, vector de desplazamiento del blanco y temperatura ambiente fueron incorporados al diminuto cerebro ubicado en la cápsula del proyectil. Un zoom ocupó el panorama de la mira, seleccionando la oreja del guardián protegida por el casco de acero. La cuadrícula cambió a una cruz que se centró en el pequeño orificio del casco por donde el oído recibía aireación y entonces Paulino fijó los parámetros con un rápido movimiento del pulgar. Sintió a sus espaldas el jadeo excitado de la muchacha y la pesada respiración de su hermano. Apretó el gatillo y la bala salió despedida del rifle con un casi inaudible “¡zzzup!”.

Cuando el guarda apoyó la pistola amartillada en la nuca del viejo, ya estaba muerto. En la milésima de segundo que la bala tardó en impactar en el blanco, los sensores insertados en la vaina hueca de la cápsula la guiaron, corrigiendo mínimamente su trayectoria durante los primeros noventa metros del recorrido y después se desprendieron. Una minúscula carga explosiva se encendió en la parte delantera de la vaina, frenando casi en seco el impulso inercial y haciendo que ésta cayera al suelo. Sin tiempo material para que un cambio exterior variase un ápice su recorrido, el pequeño proyectil se introdujo por el orificio de aireación del casco y penetró por la cavidad auricular. Cuando chocó contra la

corteza cerebral se abrió liberando una gota de mercurio que pareció florecer, ramificándose y desgarrando los tejidos cerebrales a su paso para terminar frenando su carrera contra la pared ósea del cráneo. El rostro del hombre se congestionó y, sin un quejido, su cuerpo desmadejado se derrumbó de costado provocando el consiguiente revuelo entre sus compañeros.

—¡Gutiérrez… que carajo…!

—¿Qué pasa?

—¡No dejés de apuntarles, boludo!

Uno de ellos se inclinó sobre el caído y le quitó el casco. Una gotita de sangre brillaba en la entrada al conducto auditivo.

—¡Muerto! ¿Pero cómo mierda…?

—Seguro un derrame… era de tener alta la presión.

Perplejo, el guardián inclinado junto al cadáver se quitó el casco que le protegía la cabeza. Paulino lo mató con una bala común y de punta roma, que al entrar apenas si marcó un punto oscuro en la sien del hombre, pero que al salir lo hizo acompañada por un surtidor de huesos molidos, sangre y masa encefálica que llovió sobre los escombros mojados.

—¡Nos atacan! —alcanzó a gritar el otro antes de que la bala vomitada por la Itaka de Cara de Ratón le golpeara la mejilla con la fuerza de un martillazo. El restante guardia de la Agencia arrojó la pistola con que apuntaba a los okupas y levantó los brazos gritando aterrorizado:

—¡No tiren, me rindo, no me maten!

Cara de Ratón apareció tras los toneles plásticos apuntándole con la Itaka amartillada. Paulino, Lucy y Fernando salieron de donde se habían emboscado y se aproximaron al lugar a paso lento. No había por qué apurarse, nadie, menos que menos la policía, se acercaría al lugar después del estruendo de la escopeta de Cara de Ratón. Fernando blandió su inútil revólver bajo las narices del aterrorizado hombre de la Agencia con una expresión que él suponía feroz pintada en el rostro.

Lucy se hizo cargo de la vigilancia mientras Cara de Ratón desataba a los dos viejos que todavía no salían del asombro por continuar con vida. También desató al semidesvanecido muchacho, que no aparentaba tener más de dieciséis o diecisiete años. Paulino buscaba algo en el suelo, apuntándolo con un pequeño aparato que emitía suaves “blips”. Encontró la vaina sensora del proyectil y, recogiéndola, la introdujo en la profundidad insondable de uno de los bolsillos de su abrigo oscuro. Después, levantando la mirada

para fijarla por un breve instante en el rostro del guardián sobreviviente, le espetó:

—Desvestite.

Como una expresión de perplejidad se reflejara en el rostro del hombre, Lucy le hundió el caño de la pistola en el estómago.

—¿No escuchaste? ¡Sacate el uniforme y las botas!

Cara de Ratón, una vez desatados los okupas que habían estado a punto de ser fusilados, se abocó con rapidez a despojar de sus uniformes a los muertos. El guardia sobreviviente le alcanzó los pantalones a Fernando —cargado ya con la camisa, campera y casco— quedando en musculosa y calzoncillos y en el rostro una expresión de desdichado desamparo. Abrió la boca como para hablar pero nadie pudo enterarse de lo que iba a decir, porque Lucy le disparó dos veces a la cabeza y el hombre se derrumbó sin vida hacia adelante.

Los ancianos, que observaron la ejecución sin moverse ni intervenir, sintieron cómo retornaba el miedo a sus espíritus.

—¿Nos van a matar también? —preguntó con voz temblorosa el viejo a Paulino.

—No. Váyanse y curen a ése —contestó señalando al muchacho que se incorporaba lentamente del suelo.

—¡No queremos saber nada de este hijo de puta!

—¿No es tu hijo, viejo?

—¡No es hijo nuestro! —chilló la vieja. —El desgraciado nos metió en este lío.

Paulino se encogió de hombros y comenzó a alejarse en dirección a la camioneta de la Agencia, seguido por los otros tres. Se volvió, no obstante, y arrojó al pie de los viejos un billete de diez dólares.

—Compren algo de comida para que se les pase el cagazo.

—¡Esperen!

El muchacho se les acercó ensayando una derrengada carrera mientras se limpiaba a manotazos la sangre de la cara.

—¡Esperen, llévenme con ustedes!

Paulino ni siquiera se dignó contestarle. Como Cara de Ratón y Fernando estaban cargados con las armas e indumentarias de los guardias, fue Lucy la que girando sobre sus talones le plantó una mano en el pecho.

—Pará nene, pará a ver si entendés… nosotros no somos de

la Secretaría de Supervivencia.

—No, si yo entiendo. Mataron a los guardias porque necesitaban los trajes para un baile de disfraz.

—Sos inteligente vos. Andá con los viejos, los diez dólares les alcanzan para unos buenos fideos con tuco en la fonda.

Con una sorpresiva finta, el muchacho se desasió de la muchacha y corrió hasta alcanzar a Paulino, tomándolo de los faldones del sobretodo.

—¡Yo te puedo servir para el afano que planeás, jefe!

Paulino se detuvo y lo miró con el ceño fruncido. El muchacho abrió la mano y mostró en su palma la cápsula del proyectil con que el jefe de la banda matara al primer guardia.

—No te diste cuenta, ¿verdad? Tengo los dedos más rápidos de Quilmes.

—Estoy impresionado —dijo Paulino arrebatándole la vaina sensora y reanudando la marcha —, andá a bolsiquear vagabundos al centro.

—En la casa que ocupaba con los viejos escondí mis herramientas, jefe. Tengo casi mil dólares que pueden pasar cualquier examen que no sea un analizador molecular. Si me das la credencial de un guardia y una foto tuya, en dos días te falsifico cualquier sello y cualquier firma. En una semana te modifico la banda magnética para que reconozca tus huellas digitales.

Paulino se detuvo y lo miró desde su altura.

—¿Sos capaz de hacer eso o estás fanfarroneando?

—Soy un artista, jefe.

—Vení.

Cargaron el equipo de los guardias muertos en la camioneta. Cara de Ratón sería el encargado de llevar la carga al lugar que les servía de aguantadero y luego la camioneta hasta un taller que él conocía, mientras los demás pasarían por la casa a buscar el equipo del muchacho. En el trayecto hasta donde habían dejado el Fairlane, el joven no dejó de parlotear ni un segundo.



Ilustración: Verónica Delacroix

—Me puede llamar Héctor, jefe. Pensé que sería una buena idea engatusar a los viejos con el cuento de que no habría problemas si ocupábamos una casa deshabitada. Es menos sospechoso si el okupa del lugar es una familia; se trabaja más tranquilo, no sé si me entiende. Todos los sin techo lo hacen, ¿no? Y la mayoría de las veces no pasa nada. Quiero decir, si no aparece un vecino hijo de puta que te denuncie, claro. Y digo yo; ¿a quién le importa que ocupen una casa que no es la suya? Y nadie quiere a los perros de la Agencia así que: ¿quién te va a denunciar? Me puse a trabajar, billete por billete y ya tenía casi mil dólares de baja denominación. Usé algunos para comprar comida y pasaron sin drama. Cuando escuché el frenazo de la camioneta estaba trabajando. Trabajo mejor de mañana temprano, jefe; se lo digo por si tiene el sueño liviano. Bueno, alcancé a esconder todo antes de que entraran y me sacaran a patadas en el culo. ¡Cómo me gustaría encontrarme con el hijo de puta que hizo la denuncia!

—Fui yo —dijo lacónicamente Paulino abriendo la puerta del Fairlane y poniéndose al volante. Lucy se ubicó en el lugar del acompañante, no sin antes dirigir una sonrisa divertida al perplejo Héctor, que se había quedado mudo de repente. En todo el trayecto, lo único que volvió a escucharse fue la charla incoherente de Fernando.

Se detuvieron en la casa de la Arteria Oeste sin que nadie los molestara. Obviamente, los vecinos habían observado desde lugar seguro el procedimiento de apenas una hora atrás y obviamente también, estarían sorprendidos de ver con vida al muchacho, todavía vistiendo las ropas rotas y ensangrentadas, penetrar en la casa que abandonara rato antes de tan mala manera. Seguro habían observado todo; pero las conclusiones extraídas serían buenas sólo para comentarlas con la familia reunida alrededor de la olla con sopa caliente o fideos hervidos y con nadie más. Desentenderse de cualquier cosa que hubiera ocurrido o estuviera ocurriendo de puertas afuera era el mejor remedio para conservar la salud en estos tiempos tan duros.

Al rato, el Fairlane corría rebotando en los pozos del destruido asfalto de la Avenida Mitre rumbo a Hudson. Giraron a la izquierda al llegar a las ruinas de la Maltería y en cinco minutos más, circulaban por una irregular calle de tierra que desembocaba en las márgenes del Río de la Plata. El automóvil abandonó el camino y se internó en una zona donde el rancherío se dispersaba sin orden ni continuidad. Tomaron por otra calle de tierra, apenas una picada que abría brecha en el mimbral que crecía salvaje en el lugar, hasta llegar a una casa solitaria y de humilde apariencia con

paredes de ladrillo sin revocar y techo de chapa acanalada. Detuvieron el coche al frente y Lucy abrió el candado que aseguraba la puerta con una gruesa cadena oxidada.

Al entrar, lo primero que saltó a la vista fueron los pertrechos arrebatados a los guardias arrinconados en un confuso montón. Una mesa de madera sin lustre, seis sillas desiguales, un armario y un televisor eran todo el mobiliario de la habitación más grande de la casa. Del armario, Lucy sacó una garrafa con gas que llevaba una pantalla radiante adosada y la encendió. La casa estaba helada y olía fuertemente a humedad y encierro.

—Miren esto —dijo después, levantando asqueada la camisa de un uniforme—. Está toda llena de sangre, me va a costar un ovario limpiarla.

Héctor señaló con el dedo la pava y el mate depositados sobre la mesa.

—¿Puedo? No desayuné todavía.

—Hacé mate, allá está la cocina —le permitió Lucy—. En la heladera hay fiambre y podés calentar un poco de pan en el horno, debe ser de ayer o anteayer, creo. Voy a ver si pongo esto en remojo.

Tomaron mate y comieron pan duro y fiambre. Encendieron el televisor y miraron las noticias, sin encontrar referencias de la matanza en la cervecería.

—Lo reservan para el noticioso del mediodía —comentó ociosamente la muchacha, mientras desde la pantalla mostraban un amplio paneo de una muchedumbre reunida en la plaza frente a la catedral de La Plata. El locutor, en off, explicaba que los manifestantes habían destacado a una media docena de representantes para que entregaran un petitorio al obispo. Reclamaban por la suspensión del reparto gratuito de alimentos al que se había comprometido la poderosa red de hipermercados externos “Ambar”.

—¡Ja! Alimentos por el culo les van a dar —dijo Lucy cambiando a un canal de entretenimientos.

Cerca del mediodía, el tableteo de un motor de dos tiempos se fue acercando al lugar y a poco, una moto se detuvo junto al Fairlane. Lucy atisbó por los sucios vidrios de la ventana.

—Es Ratón.

—¿Tan pronto?

Ratón entró temblando, vestido con un mameluco engrasado y la afilada nariz goteando.

—¡Hace un frío de cagarse! ¿Me dejaron un poco de fiambre? Tengo hambre.

Héctor fue a calentar más agua y mientras, Ratón emparedó fetas de salame entre dos mitades de un pan.

—¿Terminaste con el motor?

Ratón dio un gran mordisco a su sándwich y contestó a Paulino con la boca llena.

—Lo tiré al pozo y rellené el hueco con tierra. Le metí la plancha de plomo y más tierra para que no se notara.

—Bien. A estas horas, ya deben estar buscando la camioneta.

—¡Lástima de máquina! La turbina no pesaba nada, podíamos haberla hecho plata de la buena.

—No se puede vender un motor de la Agencia, Tino, en algún lugar lleva un dispositivo que denuncia su posición. ¿La desarmaste lejos del pozo?

—En el taller de Miguel. Ya le está colocando el nuevo motor, es menos potente que el que tenía, pero no encontré nada mejor.

—¿No preguntó nada?

—¿Miguel? El cobra por su trabajo y jamás pregunta, por eso sigue vivo. A propósito…

Paulino sacó un grueso fajo de billetes y lo arrojó sobre la mesa.

—Pagale. Lo que queda es para los gastos. Ahora Héctor, dejame ver tus billetes.

El muchacho se apresuró a extraer una pequeña caja metálica de la valija que rescatara de la casa ocupada. La abrió y le pasó a Paulino algunos billetes nuevos y crujientes. Este se acercó a la ventana y los observó con detenimiento.

—No están mal, no macaneaste. Pero no quiero que los utilices mientras estés aquí. Lucy tiene fotografías de todos nosotros; empezá a trabajar con las credenciales, las vamos a necesitar cuanto antes, no bien se apague un poco el revuelo que armamos hoy en la cervecería. —Y mirando el interior de la valija del muchacho continuó—: Ordenador, scanner, impresor láser… buen equipo nene; ahora veo que de verdad no sos un improvisado.

Devolvió los billetes al muchacho que sonrió esponjado ante el elogio y se volvió hacia el mecánico de la banda.

—Tino, terminá tranquilo de comer. Después llevanos a

Fernando y a mí hasta la remisería.

Minutos después, tras ver perderse al Fairlane en un recodo de la picada flanqueada de mimbres, Lucy puso dos ollas de agua a calentar.

—Una es para vos—, le dijo a Héctor—. En el retrete hay un fuentón; date un baño mientras veo de conseguirte algo de ropa. Después podés dormir una siesta mientras yo lavo los uniformes.

El muchacho asintió, estremeciéndose de frío. Aún vestía como todo abrigo la ensangrentada camisa y tenía en la cara costras de sangre seca.

—No le agradecí al jefe. Bueno… no sé si tengo algo que agradecerle. ¿Es verdad que él fue quién nos denunció a Seguridad?

—Era parte del plan —Lucy se encogió de hombros—. Necesitábamos uniformes y una camioneta de la Agencia. De cualquier manera, Paulino nos dijo que de ser posible los salvaríamos de morir.

—¿De ser posible?

—Ya viste… no murieron.

—No, pero casi.

Lucy lo enfrentó. Sus grandes ojos negros lo miraron con dureza.

—La vida siempre es "casi" para los que sobrevivimos en las ciudades externas, nene. Siempre "casi" no tenemos frío o calor. Siempre "casi" comemos algo todos los días y "casi" siempre tenemos la seguridad de vivir el día de hoy. De lo único que estamos seguros es de haber vivido el día cuando nos dormimos por la noche, así que no sé de qué mierda te quejás. Andá, bañate y dormí una siesta, que después tomamos mate y vamos a comprar algo para la cena.

Pareció por un momento que el muchacho replicaría airadamente a las ácidas palabras de Lucy, pero sea lo que fuera que iba a decir, optó por tragárselo. Tomó la olla con agua caliente cuidando de no quemarse y se dirigió al retrete ubicado en el patio trasero de la vivienda. Se bañó, enjabonándose con cuidado las heridas y magullones y se estaba secando cuando la muchacha entró sin molestarse en avisar ni dar muestra de embarazo alguno al verlo desnudo.

—No te pongas esa mugre —dijo haciendo referencia a las ensangrentadas ropas de Héctor—. Creo que este pantalón te va a ir bien, la camisa es un poco grande pero peor es nada. Y en la cama te dejé un pulóver.

El muchacho se ruborizó y ni le preguntó por la procedencia de la ropa; manoteó el calzoncillo limpio y se apresuró a embutirse en él. Lucy rió, divertida por el embarazo del chico.

Cuando salió del retrete a derramar el agua sucia del fuentón, la muchacha estaba colgando los uniformes en un alambre tendido entre dos árboles.

—Andá a dormir, te despierto en un par de horas.

Héctor no se hizo repetir la invitación y diez minutos más tarde dormía profundamente, tapado hasta la cabeza.

Después tomaron mate mirando el noticiario de la tarde. Una emisora sensacionalista se regodeó en los detalles excepcionalmente macabros de la matanza en la cervecería, con primeros planos de la cabeza destrozada de uno de los guardias y las grotescas poses de los cadáveres retorcidos, caídos junto a los escombros. Se había identificado a los muertos como hombres de la Agencia y los periodistas, con algunas excepciones, atribuían lo sucedido a la acción del grupo extremista "Comando Guevara" con asiento en el conurbano sur.

Quienes avalaban esta hipótesis se basaban en la ausencia no tanto de las armas, sino de los uniformes y del vehículo de Seguridad. Las excepciones eran esgrimidas por los medios más profesionales, para quienes semejante acción armada no cuajaba con las acciones hasta el momento exclusivamente propagandísticas de "Guevara".

De cualquier modo, la noticia competía en importancia con la efervescencia que crecía por momentos frente a la casa matriz de la cadena de hipermercados "Ambar" , en La Plata. La muchedumbre que protestaba frente a la catedral se había trasladado al amplio playón de estacionamiento del local y amenazaba con no abandonar el lugar hasta torcer la decisión de la gerencia de suspender el reparto gratuito de alimentos entre los más necesitados.

Tras las noticias, caminaron los dos kilómetros largos que separaban al aguantadero del pequeño mercadito que abastecía las necesidades primordiales del vecindario y compraron carne, huevos, pan y yerba. El dueño del negocio saludó a Lucy con el trato familiar dispensado a un antiguo cliente.

—¿Hace mucho que vivís en la zona? —preguntó Héctor cuando regresaban.

—Toda la vida. La casa era de mis viejos.

—¿Qué pasó con ellos?

—Murieron —se encogió de hombros como si no valiera la

pena hablar del tema—. Mi viejo era pescador y tenía un bote en sociedad con un hermano. Un día los sorprendió una tormenta en medio del río y no volvieron más. Mi vieja murió algunos años después. A mis dos hermanos los mató la epidemia de meningitis cuando eran chicos.

—¿Y vos?

—¿Y yo qué?

—¿Cómo sobreviviste después de lo de tus viejos?

Ella lanzó una amarga carcajada.

—¿Cómo creés?

No hablaron más hasta llegar a la casa. Prepararon una cena de carne y huevos y se la comieron con el voraz apetito de los jóvenes, rebañando los platos con la miga del pan.

—¿Y Ratón, cuándo vuelve? —preguntó Héctor mientras la ayudaba a lavar la vajilla.

—No vuelve. Ratón es casado y con tres hijos chiquitos.

—¿Vivís sola aquí?

—A veces. Vení, vamos a la cama. Llevá el televisor a la pieza, que después vemos alguna película—. Lucy lanzó una carcajada ante la expresión del muchacho.

—¡Qué cara que pusiste! Te prometo que no te voy a violar mientras miramos la tele.

Héctor se puteó por ser tan pendejo y transparente. Le era imposible no dejarse sorprender por esta mina que lo gozaba, aprovechándose de su mayor edad y experiencia. Se prometió que la próxima vez no lo encontraría descuidado.

Pero después, abrazados desnudos bajo las sábanas calientes, con el televisor en un rincón destellando los colores y alegrías artificiales de un programa de entretenimientos con electrodomésticos como premios, tuvo que reconocer que ella fue dulce y paciente y que no se burló de su torpeza.

—¿Y Paulino, tampoco viene?

—Mirá que sos preguntón.

—Quiero saber. Estoy metido con ustedes y no sé en qué.

—Paulino viene cuando él lo decide. Paulino es el jefe y no somos quiénes para meternos en su vida. El viene y nos dice lo que tenemos que hacer.

—Contame algo de él.

—No. Apagá la tele que tengo sueño.

Afuera había caído la noche, el temporal de aguanieve continuaba y el viento murmuraba gravemente en el mimbral. Por momentos, una corriente de aire helado se filtraba por alguna abertura, aumentando el gozo de saberse calientes bajo las frazadas.

Lucy se arrebujó de costado, dándole la espalda. Héctor la abrazó, rodeándole un seno con la mano y apretando los genitales contra las firmes nalgas de la muchacha. Empezaba a excitarse nuevamente cuando el cansancio y la tensión del día pasado lo vencieron. El viento, la lluvia, el perfume de la carne caliente que abrazaba… se durmió convencido de que la vida, a pesar de todo, merecía ser vivida.

Cuando Héctor despertó, el día ya era nacido. Hacía más frío que la jornada anterior pero no llovía, y en el cielo el sol era toda una promesa. Desde la cocina llegaba el irresistible aroma de masa fritándose en grasa y la boca se le inundó con saliva

Tal parecía que Lucy estaba levantada desde un buen rato antes. Se había bañado (aún llevaba una toalla envolviendo los cabellos mojados) y amasado una pila de tortas que fritaba en grasa derretida dentro de una sartén abollada.

—Ya te iba a despertar. Cebá mate, hay agua caliente en la pava.

Héctor se acercó por detrás y la besó en el cuello. La muchacha se apartó con fastidio.

—Nene… que durmamos juntos está bien. Nos sacamos las ganas y no pasamos frío. Pero no empecés a comportarte como si yo fuera tu novia o algo así porque se pudre todo, ¿está claro? Andá, cebá mate.

Cebó la calabaza, tomó el primer mate él y se levantó para ofrecerle el segundo. Se lo alcanzó enfurruñado y en silencio, molesto y algo humillado por la brusquedad de ella. Lucy terminó de sacar la primera tanda de tortas y aceptó el mate. Sonrió. Y su sonrisa fue cálida y amigable.

—No te enojés, nene. Así soy yo y mejor que me conozcas. Está rico el mate. —Le tendió la calabaza vacía—. ¿Somos amigos?

—Me parece que va a ser difícil ser nada más que tu amigo. —Y se sintió bien cuando ella rió, encantada por el comentario.

Cuando terminó de fritar se sentó en la mesa frente a él.

—Contame algo de vos.

—¿Qué puedo contar? Tengo dieciséis años y es la primera

vez que duermo una noche entera con una chica.

—No, zonzo, de eso ya me di cuenta anoche. Decime cómo es que sos tan buen falsificador. Cuando Paulino dice que algo no está mal, es que está bastante bien.

—Es una historia larga.

—Tenemos tiempo.

—Bueno, se puede decir que el oficio lo aprendí de mi padre. Mi viejo era un artista y pintaba muy bien, aunque no conseguía vender casi nada de lo que hacía. Entonces, al principio se ganaba la vida en las ferias haciendo trucos con las manos, cartas, prestidigitación y cosas así. Era muy bueno también en eso y me enseñó todo lo que él sabía. Eso me sirvió cuando quedé solo. Mendigaba a las puertas de los teatros y restaurantes de la Capital, me colgaba de los brazos de las gordas ricachonas y cuando se sacudían con asco, yo aprovechaba para abrirles las carteras. Con los tipos era un poco más difícil y algún sopapo ligaba de vez en cuando. Pero no me importaba un poco de sangre en la nariz si podía hacerme un reloj o una billetera.

—¡Qué guacho! —rió Lucy con ganas—. ¿Y cómo fue que aterrizaste por Quilmes?

—Es que todo fue más o menos bien mientras era pendejo. No era nada grosso y a los doce años representaba algunos menos, nueve o diez a lo sumo. Pero cuando crecí ya no pude acercarme a los platudos; siempre había alguno de Seguridad para frenarme. A un chico de la calle que se te prende de un brazo para limosnear queda feo pegarle, pero a un grandote que capaz tiene intenciones de afanarte, le podés dar sin asco que nadie te va a mirar mal ¿entendés?

—Sí que entiendo.

—Bueno. Entonces pasó que un día estaba un poco enfermo y con hambre y fui torpe. Me arriesgué demasiado… yo nunca me arriesgaba, ¿sabés? Si la mano venía difícil la dejaba pasar, ya habría otra oportunidad. Pero no había tirado un solo gancho en una semana y el último dólar lo había gastado en una salchicha el día anterior. Casi no salgo de esa paliza; me quebraron dos costillas y me hicieron puré la trompa. Pasé una semana en el hospital, donde la hubiera vivido glorioso si no fuera por el dolor. Calentito y comiendo todos los días.

—Lo que se dice un duque.

—Un duque, sí. Cuando salí, tuve que reconocer que debía cambiar de ramo, así que saqué del armario las herramientas de mi

padre y las agregué a mi equipo portátil de computación, le pedí crédito al mafia que nos proveía de materiales cuando el viejo vivía y volví a casa con papel moneda y tintas. Fue glorioso cuando pasé mi primer billete de cinco dólares en un mercadito de Sarandí.

—¿Tu viejo también falsificaba?

—Claro, no te conté. Pasó que al viejo comenzaron a rajarlo de las ferias. Él hacía trampas con las cartas y con los otros jueguitos. No mucho, para pucherear nada más. La cana comenzó a perseguirlo y hubo alguna noche que se la tuvo que pasar guardado. Quiso volver a ser honrado y a vender lo que pintaba; pero aunque eran buenos nadie compraba sus cuadros. Entonces se le ocurrió hacer copias de obras de arte. No falsificaciones, nada de eso. El sabía que sus trabajos no podían pasar ningún examen. Hacía copias en tela de Goya, Picasso, Quinquela y todos esos y las vendía a familias de clase media, que no aspiraban a tener un Modigliani auténtico pero que pagaban bien algo que se le pareciera mucho. En tela y óleos, algo en que se pudiera palpar la textura, no una copia láser en simple papel. Esa gente la compraba por unos pocos dólares, la colgaba en su casa y después se reía de sus amigos cuando se sorprendían porque el tipo tenía un Rembrandt o un Van Gogh que parecían auténticos. Y muchas veces, tras aclararles que se trataba de una copia muy bien hecha, los enviaba al taller del viejo para que ellos también pudieran tener el cuadro de un famoso por poca plata. Fue la mejor época para la familia, no faltaba dinero, comíamos todos los días y hasta nos dábamos lujos. Mi vieja y yo ayudábamos pero el toque final a los cuadros se lo daba mi padre. Todo anduvo bien hasta que salieron las impresoras que imitaban todo, la tela y la textura de los materiales. Todo, hasta el olor del óleo, por dos dólares la copia. Otra vez la miseria y esta vez los viejos no se la quisieron aguantar; tomaron no sé qué mierda y se murieron juntos. Ese día a mí me mandaron a casa de unos tíos con una carta para que se las entregara. Allí explicaban lo que iban a hacer no bien yo saliera de casa y pedían que me tuvieran con ellos.

Héctor hizo una pausa. La bombilla resonó en la calabaza vacía y la volvió a llenar. La empujó sobre la superficie de la mesa hacia Lucy.

—Qué raro. En todos estos años nunca pensé mucho en mis viejos, salvo para odiarlos por haberme dejado solo.

Lucy se encogió de hombros.

—Todos los hemos odiado por algo. Por habernos traído a un mundo que no nos necesita para nada, por las miserias que

pasamos, por las cosas que otros chicos tienen y nosotros no. Jamás pensamos que lo poco que nos dan es todo lo que tienen. Somos egoístas hasta que crecemos y comprendemos… cuando ya es tarde, claro.

—Mis tíos casi se vuelven locos —siguió Héctor retomando el hilo del relato—. A ellos tampoco les sobraba nada. Volvimos a casa a la carrera, pero ya era tarde. Se quedaron conmigo hasta cumplir con los trámites municipales para la cremación de indigentes y volvieron a su casa. Me quisieron llevar con ellos y yo me negué. Fue un alivio para ellos y no insistieron. Yo me quedé en la casa y cuando terminé la poca comida que había, salí y metí los ganchos por primera vez. Así hasta la paliza y después falsifiqué billetes de poco valor que cambiaba por comida lejos de casa. Un día me desalojaron a la fuerza porque la casa no pagaba impuestos desde hacía un montón de años o eso dijeron. Empecé a ocupar casas vacías allí donde podía, solo o con otros okupas y por el tiempo que nos dejaba Seguridad. Después las cosas se comenzaron a poner realmente feas, hasta que pasó lo de Quilmes.

Lucy asintió gravemente.

—Saliste del fuego para caer en las brasas; aquí fusilan a los okupas —dijo—. La gente se muda a las ciudades internas, pero pagan para que les cuiden las viviendas que dejan. La Agencia mata a los okupas porque si los sacan de una casa, al otro día están en otra. Muerto el perro se acaba la rabia y la policía mira para otro lado.

—¿Sabés lo que más quiero? Matar a todos los hijos de puta que viven en las ciudades internas. Y matar a todos los policías y a todos los de Seguridad.

—No seas pendejo, qué sabés vos de matar.

—Ustedes saben; yo también voy a saber.

—Eso si Paulino te deja con nosotros, que no es seguro. Comete otra torta frita y guardemos el resto, hasta la tarde no habrá más comida.

El resto del día Lucy lo pasó acomodando un uniforme a su talle y otro al de Héctor, que también aprovechó el día acondicionando las tarjetas de los guardias a las nuevas identidades. Al fin, cansado, salió a dar un paseo. Caminó hasta el río cercano y se entretuvo en la orilla barrosa haciendo rebotar piedras en el agua. Se encontró con algunos ranchos miserables; los más ostentosos tenían paredes y techos de chapas oxidadas y el resto cartón embreado y una enramada por encima. Los lugareños suspendían por un momento lo que estaban haciendo y lo miraban

pasar; llegaban a la rápida conclusión de que el chico no tenía edad para ser policía o integrar algún otro cuerpo, oficial o revolucionario, y volvían a lo suyo sin prestarle más atención.

Cuando el sol empezó a declinar y el frío a presagiar helada para un par de horas más tarde, volvió a la casa de Lucy y tomaron mate acompañándolo con el resto de las tortas, mirando televisión y charlando de cosas insustanciales. Héctor se sentía tranquilo por primera vez en mucho tiempo. Contarle su vida a la muchacha había sido toda una catarsis para él y se encontró con que el resentimiento hacia sus padres viraba hacia una confusa comprensión de los motivos que los habían empujado al suicidio.

—Se va a armar quilombo.

—¿Cómo? —preguntó Héctor que no estaba prestando atención. Lucy señaló el aparato de televisión con la calabaza.

—En La Plata seguro se va a armar quilombo.

Prestaron atención a la conferencia de prensa organizada por la gerencia de “Ambar”, donde un directivo vertía graves acusaciones respecto a una sistemática campaña en contra de la empresa por parte del “Comando Guevara”, lo que había desembocado en la decisión de suprimir el reparto gratuito de alimentos de primera necesidad a la franja de población calificada como “de media a extrema pobreza” .

Con la voz del empresario de fondo, la cámara inició un lento y dramático paneo de la aterida y ahora silenciosa multitud en la playa de estacionamiento, apretujada alrededor de varios tambores metálicos donde quemaban cajas de embalaje vacías para mitigar el frío. El camarógrafo varió el enfoque hacia la terraza del edificio, desde donde una batería de reflectores barría el playón con sus haces. Los guardias de la Agencia de Seguridad eran sombras ominosas de las que se desprendían por momentos el metálico brillo de las armas automáticas.

—No va a pasar nada —dijo Héctor—. Los del playón saben que si se hacen los locos los barren.

—No sé… tienen hambre, nene. Y están manijeados.

—¿Manijeados?

—Por los de “Guevara”.

—¿Qué sabés vos del “Comando Guevara”?

—Eso, que son manijeadores. Como los políticos, como el gobierno, como los sindicalistas…

—Típico, así piensan las mujeres…

—No sos una autoridad en mujeres, nene. Lo digo con conocimiento.

—¡Qué graciosa!

—Típico. Así somos las mujeres.

Más tarde cocinaron fideos con algo de carne que sobró del día anterior y cuando el guiso estuvo a punto, Lucy llenó con él una olla pequeña.

—Vení, acompañame —pidió y ambos salieron a la noche y a la helada que se abatía sin misericordia sobre el rancherío miserable y desperdigado. Caminaron a oscuras doscientos metros por un sendero hasta divisar la amarillenta luz de una lámpara a kerosene. Llegaron a un rancho más ruinoso —si tal cosa pudiera ser posible— que los que Héctor había encontrado en su paseo de la tarde. Un perro flaco les salió al encuentro ladrando amenazador y moviendo la cola de contento al mismo tiempo. Un viejo de edad indefinida quedó enmarcado por la luz proveniente del interior al levantar la arpillera rotosa que hacía de puerta.

—Hola, don Guille —saludó la muchacha.

—¿Sos vos, Lucy?

—Le traigo un guisito para doña Octavia.

—Pasá, hija —dijo haciéndose a un lado y saludando a Héctor con un cauteloso movimiento de cabeza—. Justo terminábamos de cenar.

Y como disculpándose, señaló el esqueleto de un pescado espinudo yaciendo sobre una destartalada mesa de madera a la que estaba sentada una anciana de rostro apergaminado. A su lado, un brasero de lata quemaba un pedazo de tronco no muy seco que llenaba la miserable casucha con una niebla picante. Lucy se inclinó y besó a la vieja en la frente. Un par de ojos aguachentos se levantaron hasta los de la muchacha.

—Te reconoce —dijo el viejo—. A vos te reconoce. Sos la única a la que ella reconoce.

Lucy dejó la olla y un paquete hecho con papel de diario sobre la mesa.

—Sobró un poco de guiso, don Guille; está caliente todavía. En el paquetito hay algo de yerba.

—Si te quedás un rato hago mate.

—No; me voy, estoy apurada. Mañana vengo a buscar la olla.

—Siempre apurada vos.

—Siempre apurada, don Guille —la muchacha acarició con ternura la mejilla barbuda del viejo—. Cuídela a la Octavia.

Los dos jóvenes se apresuraron en el camino de regreso. Cuando estuvieron al abrigo de la cocina caldeada por la pantalla de la garrafa, Héctor le preguntó por aquellos dos viejos. Como podría haberlo previsto Lucy se encogió de hombros, otra vez hermética.

—Viejas deudas que deben ser pagadas. Nada que te interese.

Volvieron a calentar el guiso y comieron.

—¿Lucy?

—¿Qué?

—¿Sabés qué?

—¡Qué!

—Que no sos tan dura como me querés hacer creer.

—Andá a la mierda.

Dos días después regresaron Paulino y Ratón a bordo del Fairlane. Héctor estaba trabajando en la mesa de la cocina con las credenciales de los guardias muertos. El jefe de la banda, enfundado en su infaltable abrigo negro, estudió con ojo crítico el trabajo y no encontró fallas dignas de mención.

Lucy pidió a Paulino y a Ratón que se probaran los uniformes y Héctor se apresuró a recoger el abrigo del jefe y a extenderlo pulcramente en el respaldo de una silla.

Ratón sacó de una bolsa de supermercado una botella de whisky y buscó vasos. Después, le arrojó la bolsa a Lucy.

—Aquí hay algo para vos —le dijo. La muchacha la alcanzó al vuelo y metió la mano adentro. Sacó un puñado de coloridos paquetitos.

—¡Te acordaste! Me trajiste chicles, Ratón.

Le dio un aparatoso beso en la mejilla.

—¡Te amo, Ratón, sos un lujo!

—Traé hielo entonces.

—¡Hace frío!

—Vos traé cubitos, el whisky sin hielo no es whisky.

Después, mientras Lucy marcaba con tiza algunas correcciones al uniforme, Paulino probó de recoger su largo cabello negro en un apretado rodete. Tras embutirse el casco en la cabeza se volvió en busca de aprobación.

—Perfecto jefe. No se le nota para nada —le dijo Héctor.

—Bien, me hubiera dado pena tener que cortármelo.

—¿Para cuándo el golpe jefe?

Paulino lo miró entre curioso y divertido.

—¿Por qué hablás como un mafioso de película, nene? Y todavía no estoy seguro de tu participación en "el golpe", más allá de la falsificación de las tarjetas.



Ilustración: Verónica Delacroix

La respuesta de Paulino hizo que Héctor guardara silencio por un rato. —Voy a dar una vuelta —dijo al cabo.

Paulino lo observó mientras el muchacho abandonaba la vivienda y sonrió brevemente. Lucy meneó la cabeza.

—¿Será porque es demasiado pendejo, o es que nosotros nos estamos poniendo viejos? Yo también vivo retándolo.

Paulino se sentó a la mesa y tomó un trago de licor. Miró por donde Héctor había salido.

—Es impertinente y eso a mí no me gusta. Y decile que deje de llamarme "jefe" o le voy a moler el culo a patadas.

Héctor, que no se había alejado demasiado, sonrió al escuchar estas palabras. Extrajo de un bolsillo la billetera que sacara del abrigo de Paulino y la revisó rápidamente. Una tarjeta le llamó la atención y la estudió a conciencia. En la cintura había ocultado su "scanner" y lo usó para lograr una primera impresión del documento. Caminó un rato y volvió a entrar.

—La camioneta está casi lista —decía Ratón en ese momento —; anduvieron averiguando por todos los talleres de la zona y también en lo de Miguel, pero por supuesto no encontraron nada.

—Bien, nos veremos dentro de dos o tres días y daremos todos juntos un paseo por el lugar. Mientras, ustedes sigan trabajando en lo suyo.

—¿Ya te vas? —preguntó Lucy.

—Si, dejé a Fernando solo en casa. Arreglate con la plata que te dejé, Lucy, no quiero que te tientes y gastes más de la cuenta. Eso sería sospechoso.

Héctor se apresuró a tomar el sobretodo de Paulino, aprovechando para deslizar la billetera en el lugar de donde la sacó.

—Su abrigo jefe.

El hombre del pelo largo y la barba en candado lo miró con un gesto de exasperación pintado en el rostro. Héctor casi no resistió sonreír ante las señas desesperadas de Lucy para que cerrara la boca.

—Vos mejor que hablés menos y trabajés más. Quiero esas credenciales listas para una prueba dentro de tres o cuatro días. Por lo menos una.

—Las voy a tener listas a todas, pierda cuidado.

Cuando quedaron solos, la muchacha lo encaró enojada.

—Cuidá la lengua con Paulino. Lo estás haciendo enojar y a él eso no le gusta para nada. Si para cuando terminés las credenciales me pide que te pegue un tiro, no voy a dudar un instante, nene.

—¡Si no hago nada!

—No te hagás el boludo.

Esa noche tras la habitual gimnasia amorosa, Héctor le preguntó:

—¿Qué sabés de Paulino?

—¿Qué tendría que saber?

—No sé… dónde vive, quién es. Quisiera seguir con ustedes pero parece que no le caigo muy bien. Si lo conociera más, si supiera como es, sabría qué hacer para no cometer errores.

—Lo único que tenés que hacer es hablar sólo cuándo él te pregunte algo. Y basta de decir zonceras como: “¿cuándo vamos a dar el golpe jefe?”

Los dos rieron ante la imitación.

—¡Decime si eso no fue boludo! —preguntó Lucy muerta de risa.

—¡Reboludo fue! —y rieron hasta que les dolió el estómago.

—¡Parecía de una película de pistoleros!

—¡Quería parecer recio, eso quería!

De a poco se fue calmando la tempestad de carcajadas. Tras un silencio, Lucy dijo en un susurro:

—Le debo mucho a Paulino. Haría lo que sea por él.

—En un principio pensé que eras su mujer.

—¡Ojalá! Dormí con él un par de veces, pero se lo tuve que pedir.

—A lo mejor no le gustan demasiado las mujeres.

—No es maricón, si eso querés decir.

—¿Cómo lo conociste?

—A través de Ratón. Iban a secuestrar a un ricacho de Interna Ituzaingó y necesitaban un aguantadero seguro. Lo tuve al tipo en casa, cuidándolo diez días con los ojos vendados hasta que pagaron. A Paulino le gustó la gente del lugar porque aquí nadie buchonea. Después seguí con ellos; me enseñaron a manejar, a disparar… y a obedecer órdenes sin abrir la boca.

—¿Y a Ratón cómo lo conociste?

—Me lo levanté en Berazategui. Había salido de joda y estaba medio en pedo, así que aproveché y me lo traje aquí.

—¿Te levantaste a Ratón?

—Entonces trabajaba de puta. ¿Qué creías, qué era maestra jardinera? Al día siguiente me prometió plata si podía usar la casa de vez en cuando para guardar cosas. Ratón robaba autos y motos, los desarmaba y vendía las piezas. Nunca le pregunté cómo hizo junta con Paulino.

—¡Y yo que pensaba que mi vida era todo un drama!

—Preguntale a diez personas y nueve te van a contar cosas peores que lo tuyo o lo mío. Cuando murió mi padre, como aportaba al gremio Independiente, con la vieja comimos un año con la plata que pagó el seguro y el pescado que nos regalaban vecinos como don Guille. Mi madre pateaba Quilmes haciendo changas de limpieza pero estaba débil y enferma, así que terminamos las dos en una esquina pidiendo limosnas hasta que un tipo, un gordo bien vestido y perfumado bajó de un cochazo y le ofreció a mi vieja quinientos dólares por llevarme a su casa un par de días. Si resultaba que yo era virgen, le daría otros quinientos.

—¿Qué le contestó tu vieja?

—Imaginate, yo tenía nueve años pero ya era crecidita. Y sí; era virgen. La vieja estaba tan indignada que no podía ni hablar, así que me adelanté y sin pensarlo dos veces le pedí al tipo los quinientos, se los tiré en la falda a mi madre y antes de que pudiera reaccionar me subí al coche.

—¡Qué hijo de puta!

—¿Por qué? Si no era él sería otro más tarde o más temprano. Y el gordo se portó de lo más bien conmigo. Me llevó a

un departamento de Quilmes Externo, me bañó, me perfumó y me regaló ropa además de toda la comida que pude tragar durante esos dos días. El tipo tenía una verga chiquita así que no me dolió demasiado y además, como era medio impotente, no fueron muchas las veces. Después de los dos días me dejó a un par de cuadras de donde pedía limosna mi madre y me puso los otros quinientos en una carterita que también me regaló. Me explicó que en tal y tal día, dos veces cada mes, él me esperaría a tal hora en esa misma esquina y que me daría quinientos dólares cada vez.

—¿Y tu madre, que dijo?

—Lloraba la pobre. Y tenía vergüenza de mirarme a la cara. Pero después se acostumbró y ya no tuvo que pedir limosna hasta que murió. Yo, dos veces por mes me vestía con las ropas que me regalaba el gordo y lo iba a esperar a esa esquina. Después de ésta, fue la mejor época de mi vida y hasta ahorraba algo. Lástima que transcurrido un año más o menos el tipo no volvió más a buscarme. No sé si se aburrió o se murió, ya que al final cada erección le costaba un triunfo. Yo le preguntaba a las putas mayores cómo hacer para excitarlo.

—Y después seguiste…

Lucy se encogió de hombros con ese, su particular ademán.

—Ganaba más plata que otros metiendo los dedos en las carteras de las gordas ricachonas. Y nunca me rompieron las costillas a patadas.

A los tres días volvieron Paulino y Ratón, esta vez acompañados por Fernando, el hermano idiota de Paulino. Era casi mediodía, así que habían pasado por una rotisería y comprado dos pollos, una gran bandeja de papas fritas y una botella de vino blanco. Mientras Lucy trozaba los pollos, Héctor mostraba los adelantos en las credenciales utilizando palabras medidas y sin hacerse para nada el gracioso.

—Esta ya está lista, Paulino —dijo—. Podés probarla en cualquier puerta con cerradura magnética. Y en dos días más, te modifico la banda magnética para que las puertas singulares te reconozcan como integrante de la Agencia y no suelten la alarma.

—Si resultan, la cosa se va a simplificar.

—Va a resultar, te lo aseguro.

Paulino blandió la tarjeta plástica, golpeando con ella el dorso de la otra mano.

—Veremos, en unos días te felicito o te rajo de aquí con una patada en el culo. Ahora vamos a comer y luego haremos un

reconocimiento del lugar.

Una hora más tarde abandonaban la casa a bordo del Fairlane, dejando a la derecha las ennegrecidas ruinas de la Maltería de Hudson. Enfilaron luego hacia la zona residencial, pasando por debajo de las estilizadas columnas que soportaban el peso de la nueva autopista tubo y atravesaron un puente sobre el ancho y profundo canal que conectaba al río con el lago construido en el centro mismo del más exclusivo country levantado en el sur de Buenos Aires. Toda la zona en diez kilómetros a la redonda del country amurallado había sido expropiada. Pesada maquinaria vial trabajaba las veinticuatro horas del día transformando el paisaje en una pradera con colinas de suaves pendientes, dando forma al faraónico proyecto de un parque privado que, se decía, sería único en el mundo.

Con un brusco movimiento del volante, Ratón hizo que el Fairlane abandonara el camino relativamente parejo que conducía a La Plata y haciendo caso omiso del cartel que prohibía la entrada a particulares, se internara por el que utilizaba la empresa constructora, apenas una huella para el tránsito de camiones.

A ambos lados del camino algunas cuadrillas dispersas los miraron pasar. Pero como era domingo, día en que trabajaba tan sólo el personal de algún contratista urgido por los plazos de entrega, el destartalado automóvil no despertó sospechas en los escasos vigilantes de obra. Los contratistas los tenían acostumbrados a verlos pasar montados en chatarras más estrafalarias que el oxidado Fairlane color crema que ahora frenaba la marcha en una zona ubicada a unos quinientos metros del portón de entrada al country. Los cinco ocupantes bajaron, Paulino y Lucy encasquetados de blanco, color que identifica al personal jerárquico, y los otros tres con los cascos amarillos de los obreros. Abrieron el baúl del Fairlane, y con mucha aparatosidad comenzaron a descargar una serie de herramientas entre las que se destacaban un teodolito y una regla extensible, de los usados en agrimensura.

Entre Ratón y Fernando montaron el instrumento de medición en el trípode correspondiente mientras Héctor corría con la regla y la plantaba a unos cincuenta metros de allí, entre el teodolito y el portón de acceso al country. Paulino aplicó un ojo a la lente del instrumento y empezó a cantar cifras a Lucy, que tomaba notas en una hoja fijada a una tablilla. Con gestos ampulosos, Paulino indicó a Héctor el desplazamiento de la regla a izquierda o derecha, según sus necesidades.

Y mientras, no dejaba de accionar el interruptor de la cámara fotográfica camuflada como teodolito.

Quince minutos más tarde, desmontaban los instrumentos y los guardaban en el baúl del auto justo a tiempo, ya que un vigilador más celoso de su función o simplemente más curioso que el resto de sus compañeros se dirigía hacia ellos. El Fairlane maniobró para volver por donde había llegado y cuando lo cruzaron, Paulino saludó con un vago ademán de la mano al hombre, haciendo como que confundía con un saludo la evidente seña del hombre que había levantado el brazo para detenerlos. Este abrió la boca para gritar la orden, pero la volvió a cerrar y se encogió de hombros. ¡Qué carajo!, dentro de una hora terminaba su turno y mañana le tocaba franco. No era un buen momento para enredarse en una discusión.

Ratón llevó a Lucy y a Héctor hasta la casa de Hudson, y Paulino se despidió sin bajarse del auto. Planeaba regresar cuando hubiera revisado las fotos; entonces pulirían los detalles del plan de acción.

—Vos —dijo asomándose por la ventanilla y señalando con un dedo a Héctor—. A vos se te acaba el tiempo. Trabajá de firme en las credenciales, las quiero lo antes posible. El tiempo que nos queda ya no depende de nosotros.

—Las tendrás jefe… eh… Paulino, no hay problema.

—¡Qué pendejo sos! —no pudo menos que decirle Lucy mirando alejarse al Fairlane.

—Se me escapó.

—“Se me escapó” —remedó ella y ambos rieron.

Ratón condujo hasta Bernal Externo, donde Paulino y su hermano descendieron frente a una moderna y bien vigilada remisería VIP. El jefe de la banda se despojó del viejo sobretodo negro y lo arrojó descuidadamente sobre el asiento trasero, de donde sacó un bolso de viaje que se echó al hombro.

—¿Volvés a tu casa? —le preguntó a Ratón a través de la ventanilla abierta.

—Paso primero por lo de Miguel. Capaz que la camioneta está lista y quiero probarla para tomarle la mano.

—Andá con cuidado.

—Más bien.

El Fairlane arrancó y Paulino hizo una seña a Fernando para que lo siguiera al interior del negocio, donde contrató un coche hasta el acceso a la autopista tubo más cercano. El ramal que uniría Capital Interna con La Plata Interna estaba provisoriamente habilitado hasta Quilmes Interno, por lo que los accesos estaban

todavía en proceso de construcción. No obstante, un ascensor los llevó veinte metros por encima de la superficie, hasta el moderno bar del andén que bordeaba los monorrieles principales donde, a intervalos regulares, un suave trepidar en creciente culminaba con el fugaz relámpago de los vehículos impulsados por aire comprimido sobre el riel entubado. Los dos hombres, tras pasar una media hora en el bar, abordaron una de las varias cápsulas libres estacionadas a la vera del tubo y tomaron asiento en dos de los cuatro cómodos sillones con que contaba la cápsula. Paulino deslizó una tarjeta de banda magnética por la ranura de un scanner y esperó a que se encendiera la luz verde. El proceso era automático y la luz era nada más que una advertencia de que a partir de ella comenzaría el viaje.

Al encenderse la luz, un desviador impulsó el aire del conducto principal por un camino alternativo hasta que la cápsula fue posicionada en el tubo por un brazo neumático. Pese a que la aceleración fue casi instantánea, los pasajeros en el interior de la cápsula apenas experimentaron una leve opresión que los impulsó contra el mullido respaldo de los sillones anatómicos.

Diez minutos más tarde se detenía con un leve siseo en la imponente terminal de Capital Interna.

—¿Cuánto nos tocará a cada uno, Lucy? —preguntó Héctor, acostado de espaldas en la cama y los brazos como almohada.

—¿Todavía no sabés si entrás y ya estás contando las ganancias?

—Yo hice mi parte.

—Ya veremos si la hiciste.

—¿Creés que Paulino necesita probar las tarjetas? Soy un maestro, nena, un artista.

—Realmente me hartás cuando hablás así. No sé por qué te aguanto.

—¿Será porque no tenés otro a mano?

—Será. Ahora dormite y no rompas más, por favor.

—¿Mañana viene Paulino?

—Eso dijo, ¿no?

—¿Y para cuándo pensás que vamos a dar el golpe?

—¡Por Dios, qué pendejo pesado!

Tras dejar a Paulino en la remisería, Ratón condujo al Fairlane hasta un suburbio de Bernal de fama más que dudosa. Era la zona donde Miguel, el mecánico especialista en "disfrazar" cualquier mercadería motorizada que le trajeran, había instalado su taller.

Recibió a Ratón en la puerta de su negocio. Lucía desastroso, los ojos enrojecidos y se tambaleaba de cansancio. Interrumpió con un ademán impaciente el comentario que sobre su aspecto intentó esbozar Ratón.

—Tino, no hay ningún tiempo; la cana anduvo por aquí preguntando por vos. El oficial era Saucedo y, si vino él, no hay duda de que es un aviso para que te "limpiés" antes del anochecer.

—¡La puta madre! ¿Y la camioneta?

—Lista. Ya cargué la moto atrás. Tenés que sacarla ahora, hermano, esto quema. ¿Cómo está el tiempo?

—No va a llover, creo.

—Si llueve estás cagado, va a desteñir con el agua. Un día más y haría falta detergente, pero no tenemos un día más.

—Es media tarde. Si te ven cuando la sacás…

—Es que no llegás a medianoche Tino. ¿Sabés eso, no?

—Ya sé.

—Esperame dentro de una hora donde siempre.

—¿Tanto?

—Estoy solo, tengo que cerrar y tomar alguna precaución.

—¿Querés que te ayude?

Miguel clavó en Ratón un par de ojos cansados y se pasó una mano grasienta por el revoltijo de cabellos entrecanos de su cabeza.

—Hermano, esta noche tenés apriete. Mejor que no conozcas la entrada al "salón de belleza".

—Sí, perdoná, no sé lo que digo —musitó Ratón. Miguel no le mostraría ni a su madre la entrada secreta a lo que él llamaba su "salón de belleza", el *bunker* subterráneo donde disfrazaba los vehículos robados. Si Ratón había mencionado la posibilidad, fue sin pensarlo y sólo debido al miedo que ya comenzaba a trepar desde su bajo vientre para irse acumulando poco a poco en un nudo cada vez más denso que amenazaba con cerrarle la garganta. Sin una palabra más, abordó el Fairlane y se alejó del lugar. Necesitaba un teléfono público. Y lo necesitaba rápido.

Una hora y diez minutos más tarde, Miguel llegaba a bordo de la camioneta robada al lugar de la cita con Ratón. Este lo

esperaba estacionado al costado de una calle de tierra que orillaba un sucio caserío de extrema pobreza.

El vehículo estaba irreconocible, pintado con los colores chillones de una conocida marca de salchichas. De hecho, una enorme salchicha de plástico inflado declamaba sus virtudes en letras rojas, sujeta al techo por un montante, y las austeras líneas rectas de la carrocería lucían aerodinámicamente redondeadas.

—Todo es mierda pegada con moco —se apresuró a explicar Miguel al tiempo que se retrepaba en el asiento al volante del Fairlane—. Y la pintura sale con un poco de agua. Andate ahora, Tino, tengo el "salón" desocupado y voy a aguantar al Fairlane ahí.

Sin más que un último apretón de manos pusieron los motores en marcha y partieron cada cual por su lado.

Ratón condujo cuidadosamente hasta el aguantadero de Hudson.

—Hay que apurarse, me busca la cana —dijo a unos todavía adormilados Lucy y Héctor.

—¿La policía? ¿Por qué…?

—No pregunten, ya hablé con Paulino. Ayúdenme con la moto y después lleven la camioneta atrás y la tapan con la lona. Paulino no vendrá hoy.

Bajaron la moto de Ratón de la parte trasera de la camioneta.

—Me voy a casa —les dijo—. Es necesario que me encuentren allí, no quiero que lastimen a la Negra o a los chicos. Mañana, o a más tardar pasado tendrán noticias.

Los dos asintieron en silencio y, atribulados, vieron desaparecer la moto en el recodo del camino.

—¿Qué habrá pasado?

—Seguro están apretando a todos los chorros conocidos por lo de la camioneta.

—¿Y si Ratón habla?

—Ratón aguanta. Ojalá Paulino pueda hacer algo antes de que lo quiebren.

Las sombras caían sobre Quilmes Externo faltando una hora para el toque de queda. Ratón transitó las calles en el momento en que se verificaba una inusitada actividad. Automóviles desvencijados, camiones, camionetas y antiguos colectivos, luciendo una variada gama de pinturas descascaradas y ventanillas rotas, traqueteaban al ritmo asmático de sus motores casi fundidos, vomitando por las aceitosas bocas de los tubos de escape el humo

del combustible mal quemado. Eran los contratistas, que devolvían amasijos de músculos y tendones doloridos para que reposaran el esfuerzo animal del día. Eran los dueños del poco trabajo existente, que descargaban piernas envaradas, rostros abotagados de expresiones apagadas y manos agrietadas para que recuperaran, con una sopa caliente y algunas horas de sueño, el atisbo de humanidad que los distinguiera del hieratismo de un pico o de una pala. Eran los magnánimos dadores del pan de cada día, que descargaban cerebros cuyas neuronas, embrutecidas por el cansancio crónico, no lograban calibrar adecuadamente la equivalencia de lo que daban con lo que recibían.

Ratón circuló con cuidado para no atropellar a los cansados changadores que cruzaban la calle sin mirar, tambaleándose rumbo adonde los esperaban sus hijos y mujeres.

Al fin llegó hasta su hogar, una cómoda casita ubicada en un suburbio algo más limpio y digno que el común de la zona. Un suspiro de alivio se escapó de entre sus dientes apretados cuando salió a recibirlo su mujer con una sonrisa en la cara y un beso dibujado en los labios.

—¿Los chicos?

—Adentro.

Ratón respondió al fugaz beso en la mejilla y dedicó la media hora siguiente a escuchar el parloteo excitado de sus cachorros, buscando y encontrando en la redondez de sus vientres bien alimentados la confirmación que necesitaba para afrontar una noche que sabía dura, aunque no más que otras que ya había vivido.

—Negra —dijo al fin—, hacé la cena temprano y acostá a los chicos.

—¿Qué pasa, Tino?

—Me va a venir a buscar Saucedo.

La mujer se llevó una mano a la boca. A sus ojos asomaron las lágrimas.

—Tranquila, Negra. Es Saucedo, con él está todo bien.

—La última vez te pegó.

—Tiene que hacer su trabajo, tiene que disimular delante de los jefes.

Cenaron un guiso que ostentaba el lujo de la carne y la naturalidad de los tomates; los niños con el apetito entrenado por la costumbre de las cuatro comidas diarias, Ratón obligando a cada bocado a pasar por el nudo de angustia y miedo de su garganta y la

Negra, su mujer, tragando lágrimas para no verterlas. Cuando los chicos se fueron a la cama tras cumplir con el ritual de protestas y lloros, Tino y la Negra se ayudaron para lavar la vajilla.

Se sentaron luego en un viejo y cómodo sillón frente al televisor, encendido por costumbre en el canal de las noticias. Empeoraba la situación en La Plata a cada hora que pasaba. Los guardias de la Agencia habían limpiado la playa de estacionamiento mediante el expeditivo e indiscriminado uso de gases y balas de goma. Ahora la cada vez más enardecida muchedumbre se agolpaba en una plaza cercana; habían renacido las fogatas y grandes ollas negras de hollín borboteaban cociendo un puchero con provisiones que aparecieron nadie sabía de dónde. En una improvisada tribuna, los oradores se sucedían arengando a la multitud. La instaban a pasar sin más a la acción mientras que, a prudente distancia, un cordón policial apretaba filas y porras tras los escudos de plástico reforzado.

La Negra apagó el televisor y se apretó contra el cuerpo de su marido.

—Hasta cuándo, Tino…

—Pronto, Negra, muy pronto…

—Pronto no. ¡Ya tendría que ser!

—Aguantamos un poco más y nos volvemos a Tucumán, Negrita. Compraremos un campo y vamos a cosechar caña. Vamos a tener una casa cómoda y amplia y una huerta.

—Y un gallinero con patos y gallinas. Y pavos, ¿sí Tino? Se venden bien los pavos.

—Sí, se venden bien los pavos.

—Tendrá que haber una escuela cerca.

—Claro.

Cuando en la puerta resonaron golpes recios e imperativos, Ratón buscó alivio para su miedo en la fortaleza de su mujer y la encontró. La Negra respiró hondo y limpió de un manotazo sus lágrimas torciendo la boca en un gesto despectivo. Ningún policía hijo de puta tendría la satisfacción de verla llorar ni aunque le trajeran en una bolsa de plástico el cadáver de su marido. Con paso firme se dirigió a abrir la puerta.

Era casi medianoche. Ratón veía desfilar las calles de Quilmes Externo sentado en el asiento posterior del móvil policial. La ciudad lucía oscura y silenciosa, sólo habitada en algunas esquinas por grupos de muchachos y chicas que haciendo caso omiso del toque de queda se pasaban de mano en mano algún porro

o una botella y miraban pasar a la odiada policía con una insolente mueca de desprecio en el rostro.

El vehículo penetró directamente en el garaje de la seccional y sus turbinas se detuvieron con un gemido decreciente. Ratón, esposado, fue obligado de mala manera a abandonarlo. Lo llevaron directamente al sótano sin pasar por la oficina donde deberían asentar su entrada.

“Esto viene con mala leche” pensó Ratón mientras bajaba a los trompicones la escalera, sudando a pesar del frío y de la humedad que rezumaban las paredes. Al pie de la escalera lo esperaba el oficial Saucedo y su presencia lo tranquilizó algo. Había hecho algunos trabajitos para Saucedo en el pasado y también había buchoneado en ocasión de algún apriete. Justificado, ya que Tino no era un tipo de aguante y él era el primero en reconocerlo.

—¿Qué pasa, oficial, por qué me han traído? —le preguntó tratando de dar a su voz un tono sumiso y obsequioso—. ¿Es que me necesita usted para algo? Ya sabe que estoy a sus…

La trompada le dio de lleno en la cara y lo hizo retroceder. Tropezó y cayó, golpeándose dolorosamente la cabeza contra un escalón. Un chorro de sangre brotó de su nariz, quebrada por el golpe.

—No te hagás el boludo, Ratón, te lo advierto por primera y única vez. ¡No te hagás el boludo conmigo!

Lo arrastraron hasta el centro del sótano. Un par de sillas y un viejo escritorio con una potente lámpara encima eran los únicos muebles del lugar. Eso sin contar el ominoso enrejado metálico apoyado contra una pared y el par de antiguas baterías arrumbadas en un rincón.

Saucedo lo levantó de los cabellos y lo obligó a mirarlo a la cara.

—No quiero una noche larga, Ratón.

—Yo tampoco, señor —susurró Tino con voz temblorosa.

—Decime dónde está la camioneta.

—¿Cuál camioneta, oficial?

Esta vez la trompada la recibió en el estómago y se derrumbó boqueando en busca de aire. Los dos policías que lo habían trasladado hasta la seccional lo patearon en la cara, en las costillas, en el culo y en los riñones. La paliza fue a conciencia y cuando terminaron lo llevaron a rastras y lo sentaron en una silla. Saucedo se puso en cuclillas frente a él.

—Decime dónde está la camioneta y quiénes fueron, hijo de puta. Si vos no lo sabés no lo sabe nadie en Quilmes. Tengo que tirarles un hueso a los desgraciados de la Agencia y no me importa si ese hueso sos vos.

—¡Se lo juro por mis hijos, Oficial!

—No me jurés por tu camada de negritos ni por nada, la puta que te parió. Te voy a cocer los huevos, Ratón. Te los voy a picanear tanto que ni mear vas a poder en lo que te resta de vida.

—¡Por favor, señor! ¡Si usted sabe que no aguanto que me peguen! Si supiera algo ya lo hubiera dicho.

En ese momento, un policía se asomó a la puerta del sótano.

—Oficial Saucedo…

—¡Qué carajo te pasa! ¿No te he dicho que no quiero que me interrumpan?

—El comisario Balbuena, señor. Está aquí, lo hice pasar a su despacho.

—¡Y qué mierda hace Balbuena en Quilmes!

—Quiere verlo a usted, Oficial.

—Decile que espere.

—Quiere verlo ahora.



Ilustración: Verónica Delacroix

Saucedo suspiró y se dirigió a sus subalternos, señalando con un dedo a Ratón.

—Me lo dejan en pelotas y lo atan al enrejado. Despacho a ese ortiva y vuelvo.

Subió puteando las escaleras, pero cuando llegó ante la puerta cerrada de su despacho recompuso el rostro con una sonrisa de compromiso. No sabía a qué carajo se debía la visita del comisario capitalino, pero era un tipo de cuidado. Al menos, para un Oficial Principal a cargo de una comisaría ubicada en una zona periférica.

Abrió la puerta. Balbuena estaba sentado en el sillón tras el escritorio, y no dio muestras de ceder el lugar que le correspondía a Saucedo.

—Buenas noches, Balbuena —saludó salteándose el protocolo debido a un superior, ya que era obvio que la visita no se debía a ningún asunto oficial.

—Que tal, Saucedo. No te sentés, lo que me trae no nos va a llevar mucho tiempo.

Saucedo sintió que la sangre le subía a la cara al ser puesto de tan mala manera en su lugar. Para disimular, extrajo un cigarrillo y lo encendió. Exhaló una nube de humo en dirección al visitante, un cincuentón de aspecto recio a pesar del estómago incipiente y la calva lustrosa, enmarcada por una mata de cabello entrecano creciendo en las sienes y en la parte posterior de la cabeza.

—¿Y qué te trae por aquí?

—Estás apretando a uno de mis hombres.

—¿Ratón es tuyo? —preguntó incrédulo Saucedo. Ni se le ocurrió preguntar cómo sabía de la presencia del ladrón en el lugar.

Balbuena se levantó del sillón y sonrió. Cuando se lo proponía, el comisario pintaba una sonrisa simpática en su rostro bien afeitado. Casi amigable, de no ser por la dureza que se adivinaba en los ojos y que daba al traste con esa primera buena impresión. Ahora sonreía de esa manera.

—Afirmativo, Oficial Principal, es hombre mío.

—Estoy investigando el robo de la camioneta de la Agencia, en el asunto de los guardias muertos en la cervecería. Ratón debe saber…

La sonrisa en el rostro del comisario se ensanchó.

—¿Y qué nos importa a nosotros la muerte de un par de perros?

—Ya te dije, Balbuena, que me encajaron a mí la investigación.

—Si yo pudiera hacer algo al respecto lo haría, Saucedo —Balbuena se levantó, rodeó el escritorio y palmeó al Principal amigablemente en un hombro: —Pero sabés que estoy en Planificación, y esto no entra en mi área de influencia —dijo en voz baja y agregó—: A propósito: el Jefe me pidió que le busque un reemplazante para el Asentamiento Ardigó; el último Principal duró vivo menos de seis meses y fue un récord.

¡El hijo de mil putas! Saucedo abrió la boca para mandarlo a

la mismísima puta madre pero Balbuena lo atajó con un movimiento conciliador de sus manos:

—Más bien que estoy tachando el nombre de mis conocidos. Ya encontraré algún oficialito que se haya mandado alguna cagada últimamente.

Volvió a palmear al Oficial en la espalda y le regaló otra de sus famosas sonrisas.

—Me tengo que ir, Saucedo. Disculpá la visita a estas horas, pero en serio que lo necesito al Ratón; está haciendo un trabajito de inteligencia para mí.

Abrió la puerta del despacho, deteniéndose con la mano ya en el pomo.

—Saucedo: lo necesito sano. O lo más sano que esté en este momento.

Cerró con cuidado la puerta tras de sí, sólo para volver a abrirla de inmediato.

—Ah… quedate tranquilo con lo del Asentamiento Ardigó. Todavía no te taché de la lista, pero sólo porque estás casi al final del abecedario—. Le guiñó un ojo y lo saludó levantando el pulgar.

El Oficial Principal Saucedo ni se dignó devolver el saludo. Se llevó el cigarrillo a los labios, pero lo que aspiró fue el amargo sabor de un filtro apagado. Lo arrojó contra la pared, furioso.

—¡Hijo de puta! ¡Pero qué hijo de mil putas!

Al mediodía del día siguiente Paulino, Fernando y Ratón llegaron a bordo del Fairlane al aguantadero de Hudson. Tino se movía con dificultad y lucía un grueso vendaje en la nariz quebrada. Recibió sin protestar los aspavientos y mimos de Lucy y contestó con una mirada feroz a un burlón comentario de Héctor.

Paulino cortó la charla con un gesto imperioso de su mano. Había encendido el televisor y escuchaba la voz impostadamente grave del locutor del noticioso que desde La Plata, con la multitud en la plaza como fondo, leía un manifiesto del “Comando Guevara” donde instaban a los hambrientos a armarse con lo que encontraran a mano y asaltar sin más las instalaciones del hipermercado “Ambar”.

La empresa, por su parte, había solicitado refuerzos a la Agencia de Seguridad y la cantidad de efectivos armados en la

terraza del edificio era ciertamente ominosa. Así y todo, en un rápido cálculo y tomando en cuenta noticias que afirmaban haber avistado nuevas columnas de desposeídos movilizándose desde los asentamientos aledaños hacia La Plata, los efectivos de seguridad serían superados en una proporción de cincuenta a uno antes del amanecer del día siguiente.

Las cámaras del canal apostadas en las terrazas de los edificios lindantes realizaban aproximaciones que mostraban, mezclados entre la cada vez más enardecida turba, a efectivos de "Guevara" encapuchados y armados con fusiles, ametralladoras y algunos lanzagranadas. Tal parecía que el "Comando" había decidido de repente abandonar la actitud puramente declamativa y pasar a la acción directa.

Paulino les señaló la pantalla.

—Se nos acaba el tiempo. Esto va a reventar a más tardar en la madrugada de mañana y ese va a ser nuestro momento.

Arrojó sobre la mesa las fotos del country obtenidas el día anterior y les pidió que rodearan la mesa.

—Este es nuestro objetivo —dijo señalando una mansión ubicada a casi mil metros de la entrada—. Pertenece al dueño de "Ambar", un viejo que vive solo y que desde que comenzaron los incidentes se ha recluido allí. En la caja fuerte guarda un fajo de valores cobrables por el portador que retiró del banco del hipermercado en previsión de lo peor y la casa está llena de obras de arte. Todo fácilmente reducible en los "lavaderos".

—¿Por qué no depositó los valores en un banco? —preguntó Héctor.

—Porque cualquier ladrón pensaría que los ha depositado en un banco. Los chorros saben que los que viven en los countries no utilizan efectivo ni guardan fortunas en sus casas. Y nadie va a tomar por asalto a una fortaleza custodiada por la Agencia sólo para robar algunos cuadros o jarrones.

—¿Y cómo sabés todo eso? —volvió a interrumpir Héctor—. No me digas que vos organizaste el quilombo en La Plata como distracción para que podamos dar el golpe.

Paulino suspiró y miró a Héctor con esa, su expresión permanentemente severa. Un rayo de sol invernal que penetraba por la ventana nimbaba su cabeza, semejándolo a un Cristo de largos cabellos negros.

—Tu presencia fue un golpe de suerte para nosotros, nene. Ya tenía un plan para entrar en el country pero tu habilidad de

falsificador simplificó la cosa. Así y todo, no eras parte en esto. Te ibas a quedar aquí, encadenado hasta que volviéramos. Después te iba a llenar un bolsillo con dólares y te iba a desear toda la suerte del mundo.

—Pero lo estropearon a Ratón…

—Pero lo estropearon a Tino y estás adentro. Ya ves que también tuviste tu golpe de suerte. Y si sos lo suficientemente inteligente como para no insistir en preguntar lo que no te voy a contestar, tal vez decida que tu suerte se prolongue un tiempo más. ¿Captás el mensaje?

—Todo claro jefe, claro y lisito… eh… ¿no te molesta que te diga jefe? Se me pegó.

Paulino meneó la cabeza y a sus labios asomó el esbozo de la primera sonrisa que Héctor le conociera.

—Llamame como quieras, nene, ya me tenés pelotudo.

Pasaron el resto del día ocupados en diferentes menesteres. Paulino desarmó, limpió y engrasó el arsenal de la banda con eficiencia que mostraba una larga práctica; Lucy le dio el toque final a los uniformes y Héctor se dedicó a la camioneta, supervisado por Tino. Desmontó con facilidad los accesorios con los que la disfrazara Miguel y le quitó con agua y detergente la brillante pintura que la cubría. Caía la noche cuando volvieron a cubrirla con la lona y algunas ramas de mimbre.

—¿Te animás a manejar mi moto? —le preguntó Ratón. Y como Héctor asintiera:

—Me vas a acompañar, entonces.

Ratón se puso al volante del Fairlane y arrancó, indicando al muchacho que lo siguiera a unos trescientos metros. Utilizando caminos secundarios casi destruidos y llenos de pozos, llegaron hasta las ruinas de una antigua estación de ferrocarril vecina al Asentamiento Bosques.

Estacionaron el Fairlane tras el edificio de la estación y Tino llamó con tres bocinazos cortos y uno largo. Como vomitado por las primeras sombras de la noche, un hombre gordo y mal entrazado surgió de una de las casillas del asentamiento.

—¿Sos vos, Ratón?

—¿Cómo va, Panza?

—Tirando. ¿Te guardo el coche?

—Sí. Y ponele guardia toda la noche. No quiero encontrarlo desarmado por la mañana.

—Acá somos todos honestos, ninguno es policía. Son dos de cien.

—¿Subiste los precios?

—Todo sube hermano.

Tino le pasó tres billetes de cien dólares cada uno

—El otro es para que me tengas el lugar despejado mañana, cuando lo venga a buscar.

—Quedate tranquilo. Al que se levante a mear antes del mediodía le corto el pito.

—Me quedo tranquilo. Chau, Panza.

El gordo agitó en el aire los billetes como despedida. Tino subió a horcajadas en la moto tras Héctor.

—No agarrés pozos, nene, estoy todo roto.

—Vamos a ir por lo liso, Ratón.

La moto petardeó y tomó el camino de vuelta.

—¡No agarrés pozos te dije!

—Disculpá no lo vi,

—¡Ay!

—A ese tampoco lo vi.

Llegaron a casa de Lucy y encontraron a todos rodeando el aparato de televisor.

—¿Qué pasa, se arma nomás? —preguntó Héctor.

Nadie le contestó porque las imágenes retransmitidas desde la plaza situada a pocas cuadras del edificio de “Ambar” eran de por sí elocuentes. La muchedumbre avanzaba lentamente, como una muralla compacta, sobre la formación policial. Ésta, en principio apretó filas para comenzar luego a retroceder ordenadamente buscando la protección de un par de tanquetas de asalto armadas con ametralladoras. Había algo de estremecedor en ese muro de carne que avanzaba de manera inexorable en un silencio ominoso. Hasta la voz en off del locutor se había transformado en un susurro entrecortado, ganado él también por la atmósfera densa y recargada.

La turba se detuvo a unos cincuenta metros de las macizas formas de las tanquetas y esperó la chispa que galvanizara el entorno altamente explosivo.

Y la chispa saltó, inevitablemente. Nunca se supo de cuál de los polos…

Una ametralladora tosió con seca irritación un par de ráfagas cortas y en respuesta una tanqueta se inflamó como si hubiera entrado en fase de combustión espontánea. El conductor, espantado, dio marcha atrás aplastando a un par de uniformados que no fueron lo suficientemente rápidos en su salto al costado. El vehículo, en su ciega carrera, se llevó por delante un gran recipiente de residuos y chocó finalmente contra la pared de un edificio. De un costado de la tanqueta resbalaban gruesos goterones inflamados, mezcla de combustible con detergente: el contenido de la bomba incendiaria que la había impactado. La turba se lanzó hacia delante con un rumor de estampida. Algún policía disparó su Itaka pero el resto, en un movimiento que el pánico hacía parecer coordinado, dio la vuelta y corrió hacia el edificio del mercado. El restante blindado abrió fuego con la ametralladora, raleando las primeras filas de los atacantes mientras intentaba él también una huida imposible. Dos, tres botellas se hicieron trizas contra su estructura, empapándola de combustible. Una cuarta, con la mecha encendida, la transformó en una rugiente hoguera que condenó a muerte a sus ocupantes.

Las cámaras de televisión desde su privilegiada altura en la terraza de un edificio, captaban las imágenes iluminadas por la cruda luz de los reflectores que se habían encendido en los altos del hipermercado. Los guardias allí apostados abrieron fuego a discreción a través del corredor de la avenida que desembocaba en el gran playón de estacionamiento. Disparaban al bulto, por sobre la cabeza de los policías que ya llegaban a los cerrados portones de acceso. El clamor de los uniformados pidiendo a los del interior que los abrieran fue cubierto por el griterío animal de la turba que se arrojó sobre ellos, desprendiendo una a una las manos que se engarfiaban en los barrotes y tironeando hacia atrás, hacia el estómago hambriento de sangre de la multitud, hacia el apaleo que ni siquiera culminaba con la muerte del desdichado. Alguien voló la cerradura del portón deslizante con una carga de explosivo plástico que resonó sorda en medio del griterío. Los hombres de la Agencia de Seguridad seguían disparando casi sin apuntar contra la gran mancha humana que se diseminaba por el ideal campo de tiro del estacionamiento.

Disparaban impunemente, sin cubrirse y sin dar respiro a las armas automáticas. La cabecera de la masa raleó, se arremolinó indecisa y opuso alguna resistencia al poderoso empuje de los que venían atrás. Los cuerpos caídos eran pisoteados sin compasión y los gritos de dolor se superponían al continuado estampido de los

disparos. De pronto uno de los guardias de la terraza abrió los brazos y cayó hacia delante dando una voltereta en el aire. Y otro y luego un tercero. La humosa estela de un cohete dibujó su rumbo engañosamente errático antes de explotar contra la marquesina del comercio. Los integrantes del "Comando Guevara" respondían al fuego desde lugares medianamente protegidos. Un segundo cohete hizo volar por los aires la gran puerta de cristal blindado que permitía el acceso al interior del local y la turba se encendió en un grito de triunfo. La suerte del edificio y la de los hombres que lo custodiaban estaba echada.

Los cinco ocupantes del aguantadero de Hudson observaban fascinados las imágenes en la pantalla del televisor, donde hasta el locutor se había llamado a silencio, agotados los adjetivos y las expresiones consternadas.

—Dios… —susurró Lucy.

—¡Parió! es una masacre.

Los únicos que no apelaron a las frases hechas fueron Fernando, perdido en su mundo infantil y Paulino, que observaba con el ceño fruncido.

—¿Por qué la Agencia o la Policía no manda refuerzos? —preguntó Héctor, incapaz de apartar la vista de la pantalla.

Ahora se luchaba en la terraza en sombras ya que los reflectores habían sido eliminados uno a uno y sólo el fugaz destello de los cada vez más esporádicos disparos indicaba la posición desde donde resistían los hombres de la Agencia. Resistían por la única razón de saber inútil la rendición.

—En este momento lo están haciendo, nene. Seguramente ya van para el lugar helicópteros y carros de asalto—. Paulino observó su reloj y después miró otra vez la pantalla. La turba había comenzado con el saqueo y algunos ya salían del violado edificio empujando carritos cargados hasta el tope.

—Diez minutos, excelente tiempo. Los más rápidos y menos codiciosos van a poder escapar con algo. A los otros los van a cazar como a cucarachas.

—Sigo sin entender cómo no previeron que esto podía pasar.

—Porque los poderosos no son tan inteligentes como ellos creen, nene. Piensan que saben cuánta tensión soporta la soga sin romperse, piensan que lo tienen tan bien calculado que lo sabrán con el tiempo suficiente para prepararse.

—Aquí se equivocaron.

—Siempre se equivocan. Siempre. Apalean a un perro una y

otra vez hasta aterrorizarlo y se acostumbran a que el pobre animal se eche al suelo y no reaccione ante las palizas. El tarascón los toma por sorpresa. Siempre.

—Sos un filósofo, jefe.

—Soy algo más que eso, pendejo. Y ahora basta, que en dos horas salimos.

Apenas si el día era una fina línea de claridad en el Este cuando la camioneta de la Agencia de Seguridad abandonó el refugio de Hudson con rumbo al country, ocupada por cuatro uniformados. El que se sentaba en el asiento al lado del conductor lucía en el hombro las tiras rojas de Jefe de Brigada. Fernando, el hermano retrasado de Paulino, salió al frío aire de la madrugada para despedirlos.

—¿No es peligroso para Fernando quedarse solo? — preguntó Héctor. Paulino se volvió en el asiento y lo encaró:

—Mi hermano es retrasado mental, nene. Tiene la inteligencia de un niño de ocho años. De un niño avispado, no la de un tarado.

—No quise ofender jefe. Pasa que lo quiero a Fernando y me pareció…

—Metete en lo que vamos a hacer, Héctor. Y no me ofendió el comentario.

Cuando el portón del Country estuvo a la vista todos se colocaron el casco reglamentario. Paulino sacó de la guantera de la camioneta una pistola con silenciador y se la metió en la cintura.

—Ojo ahora. Y recuerden actuar con naturalidad, no hay razón para que los guardias sospechen.

La camioneta encaró el portón y se detuvo bajo la cruda luz de los reflectores. Una cámara de televisión giró, sus sensores activados por el calor del motor y tomó un primer plano de las cuatro figuras que descendían. Los dos guardias destacados en la casamata cien metros más allá miraron en el monitor cómo los visitantes insertaban, uno a uno, las tarjetas de acceso en la ranura del scanner. Una luz verde se encendió en la base del monitor y las dos ametralladoras de tiro automático orientadas al portón de entrada se desamartillaron. Uno de los guardas pulsó un comando y el pesado portón comenzó a deslizarse sobre sus bien engrasados rieles.

Los cuatro volvieron a abordar el vehículo y rodaron lentamente hacia la casamata. Los ocupantes de la fortaleza, que habían advertido la insignia roja de un Jefe de Brigada, se

apresuraron a salir para recibirlo.

—¿Qué pasa, Jefe? —preguntó uno de ellos manteniéndose todavía a prudente distancia y apoyando como al descuido la mano sobre la empuñadura del revólver enfundado—. No nos avisaron de su visita. —No es que hubiera motivos para sospechar, pero el hombre sabía que una actitud cautelosa agradaba a los jefes. Y él andaba atrás de un ascenso.

—Se habrán olvidado con todo este quilombo en La Plata. Ustedes se vienen conmigo y aquí quedan estos dos —dijo Paulino señalando a Lucy y a Ratón.

—Una orden de relevo viene desde la Agencia, por fax.

—O verbalmente por un Jefe de Brigada, cuidador. Hay tareas de limpieza en La Plata y estamos relevando de ese trabajo a los que resultaron heridos. Morales, sacate el casco y mostrale al compañero…

Tino se quitó el casco y mostró su rostro tumefacto allí en las escasas zonas que las vendas dejaban libres. El guardia silbó:

—¡La puta, sí que te la dieron, hermano! —Y volviéndose a Paulino—: ¿Le molesta si confirmo, señor? Son las órdenes…

—Confirme. Utilice la radio de la camioneta si quiere. Está en frecuencia directa con la Central.

—Gracias, señor. —El hombre se quitó el casco para introducir la cabeza por la ventanilla. Paulino extrajo con un rápido movimiento la pistola con silenciador que ocultara en la cintura y disparó a quemarropa sobre la oreja del hombre. Giró y antes de que el otro guardia tuviera tiempo siquiera para sorprenderse le plantó una bala entre los ojos a través de la visera levantada.

—¡Rápido, oculten los cuerpos dentro de la casamata! —ordenó a Lucy y a Héctor al tiempo que con un rápido vistazo se aseguraba de la ausencia de testigos en la zona. Las casamatas de la Agencia estaban distribuidas en el lugar a mil metros una de otra y regularmente se activaba una clave en el ordenador con que estaban provistas. Clave que debía ser respondida por los guardias, ya que no hacerlo significaba la presencia en cinco minutos de una patrulla móvil armada hasta los dientes.

Paulino se introdujo en el interior de la casamata seguido por Tino. Demostrando gran conocimiento del lugar y las formas, violentó la cerradura de un armario donde los custodios guardaban el libro de claves. Seleccionó una y se la mostró a Tino:

—Cuando se active el ordenador tecleás esta secuencia y la ingresás. A partir de entonces tenemos treinta minutos para trabajar

tranquilos. Detrás de la casa hay una puerta de servicio, atracá la camioneta allí.

—Entendido.

Dejó a Ratón a la espera de la rutina de vigilancia y salió a grandes trancos. Era vital que el entorno volviera a la normalidad habitual sin despertar sospechas. Frente a la puerta de la vivienda ya lo esperaban Héctor y Lucy. Esta, cargada con una mochila de la que extrajo un aparato similar a una calculadora y se la alcanzó. Paulino tecleó rápidamente.

—Estoy anulando la cámara de vídeo en la recepción y llamando a los del interior de la casa —dijo en beneficio de los otros dos.

La puerta se abrió unos centímetros, los que le permitían los dispositivos de seguridad, y por la ranura asomó la cara de una mujer de edad avanzada.

—¿Qué pasa, oficial? —preguntó con desconfianza.

—Me avisaron desde monitoreo que la cámara de recepción no funciona, señora. ¿Puede usted comprobar la conexión, por favor?

La mujer dudó un instante.

—Soy la empleada. No entiendo de esas cosas.

—Llame a los dueños, si es tan amable.

—El señor está conectado a su pad. No puedo despertarlo.

—Debo realizar la comprobación yo, entonces. —Le alcanzó la tarjeta falsificada por Héctor. —Por favor, compruebe en el scanner mi identidad; eso sí le han enseñado a hacer.

La empleada todavía vaciló un momento, pero al final aceptó la credencial y volvió a cerrar la puerta.

—Pase —dijo al cabo de unos eternos minutos, desconectando los dispositivos de traba. Paulino empujó la puerta con violencia y la sorprendida mujer trastabilló.

—No grite, no hable y no le pasará nada —le susurró Paulino al tiempo que apoyaba el cañón de la pistola en el cuello de la mujer.

—¡Jesús!

—¡Silencio! ¿Está sola en la casa? —La mujer asintió con un cabeceo.

—Lucy, dame la grabación y después encerrala en el baño, allí no hay cámaras. Quedate con ella hasta que te avise.

El jefe de los asaltantes trasteó en la pared hasta que un muelle oculto hizo deslizar el panel tras el que se ocultaban los mandos de vigilancia. Tomó el pequeño disco con la grabación que le había dado Lucy y conectó los terminales a una fuente.

—Listo, hay treinta minutos de grabación normal. Espero que nadie haya estado monitoreando y decida averiguar el motivo de la interrupción. Decile a Lucy que ya puede salir y reúnanse conmigo en la sala.

Cuando Héctor, acompañado por Lucy penetró a la amplia y lujosa sala de la casa, no pudo reprimir una exclamación de asombro. Recostado de espaldas a lo que parecía el sillón del consultorio de un dentista se encontraba un hombre flaco e increíblemente viejo. Parecía dormir, aunque sus labios finos y descoloridos se movían de vez en cuando como si estuviera conversando consigo mismo. Del cráneo rapado brotaban unas protuberancias similares a botones de un negro lustroso. De ellas partían una serie de cables que se conectaban a lo que parecía ser el hardware de una computadora. Fascinado, prestó atención al sillón, algunas de cuyas partes almohadilladas latían como si tuvieran vida propia. Paulino trasteaba con los controles de la "computadora" a la que estaba conectado el viejo.

—Bien —dijo al fin—. Tiene para otra hora y acabo de desconectar el sistema de alarma.

—Había oído hablar de los pads oníricos —susurró impresionado Héctor—. Pero ¿cómo es que…?

—¿Cómo es que no se da cuenta de nuestra presencia? Porque no está aquí, nene. Su cuerpo físico sí; pero su mente se encuentra en un universo onírico, tan real y tan ideal como se lo proporcione el programa.

—Como la realidad virtual…

Lucy le alcanzó un pequeño aparato rectangular que Paulino apuntó a las paredes.

—¿Realidad virtual? Nada de eso. El pad te proporciona sensaciones físicas y mentales reales. Placer, gusto, discernimiento… hasta dolor. En otra ocasión te explico, ahora dejame trabajar—. Un audible pitido señaló la porción de pared donde debía buscar. Un panel se descorrió dejando al descubierto una caja de seguridad. El jefe de la banda adosó contra su estructura el decodificador y pulsó el botón dos veces. Se iluminó un pequeño visor por el que comenzó a correr una serie de números a velocidad ilegible.

—En una hora correrán todas las posibles combinaciones.

Según la ley de las probabilidades, en la mitad del tiempo tendríamos que encontrarla—. Sonrió sin alegría y se dirigió al muchacho:

—Me imagino que por tus antecedentes sabrás distinguir una obra de arte de una falsificación. Recorré la casa con Lucy y levantá lo que te parezca útil. Amontoná todo en la parte trasera de la casa hasta que llegue Ratón con la camioneta.

—¿Y la vieja? —preguntó Héctor mientras subían por la escalera hasta la planta alta.

—La até y la amordacé, no va a joder. Además, qué mierda le importa si afanamos. Mientras no la lastimemos a ella…

Entraron a lo que parecía ser un estudio-biblioteca.



Ilustración: Verónica Delacroix

—¡Mirá que hijo de puta! —exclamó entusiasmado el muchacho—. ¡Hay un kilo de guita en cuadros!

—Descolgá los buenos y pasámelos.

—Todos son buenos. El viejo no se priva de nada ¡Y este jarrón debe tener como mil años!

Hicieron varios viajes, registraron toda la casa y amontonaron todo en la habitación que daba a los fondos. Abrieron la puerta, cerrada con una simple traba y dejaron pasar a un nervioso Tino.

—¡Carajo, hace apenas cinco minutos que apareció la clave en el monitor!

—Mejor, Ratón. Más tiempo para nosotros —le dijo Lucy—. Carguen todo, voy a ver cómo le va a Paulino.

Cuando Tino y Héctor se reunieron con los otros dos en la sala, el decodificador ya había dado con la clave de apertura de la caja fuerte y Paulino guardaba gruesos fajos de papeles en la mochila de Lucy. También había algo de dinero en efectivo, no mucho, pero no tan poco como para despreciarlo.

—Listo, podemos irnos.

Héctor miraba intensamente al viejo recostado en el sillón que, inmerso en su mundo onírico no tenía idea de las presencias que lo estaban desvalijando. La mano derecha del muchacho acarició la culata de su pistola.

—¿Y por este viejo hijo de puta hoy murieron miles de personas en La Plata? —Más que una pregunta, las palabras sonaron como una sentencia.

—¿Qué te calentás? Ya tenemos lo que vinimos a buscar.

Héctor sacó lentamente la pistola de su funda.

—Le voy a pegar un tiro.

Lucy y Tino miraron a Paulino con aprehensión. Este revisaba meticulosamente el lugar en busca de huellas delatoras. Los cuatro habían usado guantes y no se quitaron en ningún momento los cascos.

—Vos no le vas a pegar un tiro a nadie, pendejo —dijo como al pasar, sin mirar siquiera a Héctor.

—¿Por qué? Tipos como éste mandaron a la ruina a mis padres. Tipos como éste son los responsables de las matanzas de pobres y son los que explotan a los trabajadores. Dame una buena razón para que no lo mate.

—Te doy dos —dijo Paulino al tiempo que se echaba la mochila cargada sobre el hombro—. Pero te rogaría que dejés de hablar como un panfleto. Primero como un recio de película y ahora como una proclama.

Héctor alzó la pistola y apuntó a la cabeza del viejo y la amartilló.

—Espero que sean buenas esas dos razones.

—Lo son. La primera; es que es tonto matar al ganado que te da de comer. Si dejás al viejo vivo, se resarcirá de las pérdidas y volverá a guardar plata para que nosotros se la robemos. Nosotros u otros como nosotros.

Héctor movió la cabeza especulativamente. Apoyó la boca de la pistola en la sien del anciano.

—No está mal. No está para nada mal. ¿Y la otra?

Paulino pasó junto a él en dirección a la salida.

—La otra es que tu pistola no tiene balas.

Lucy y Tino soltaron el aliento que habían estado conteniendo. Héctor lanzó una carcajada.

—¡Qué bueno! —Hizo girar la pistola sobre su índice, como

en las películas de vaqueros. —De cualquier manera estaba fanfarroneando; no habría sido capaz de matarlo a sangre fría.

—Ahora lo sé.

Sin evidenciar apuro, los cuatro abordaron la camioneta y marcharon lentamente hacia el portón. No había moros en la costa. Aquí y allá las casas cobraban vida. Algunas ventanas se iluminaron pero no se cruzaron con nadie en el camino, aunque sería cuestión de minutos que se descubrieran los cadáveres de los guardias en el interior de la casamata.

Habían discutido la idea de esperar hasta que en el monitor se encendiera otra vez la clave y entonces teclear el parte de "todo normal", pero ésta se había activado quince minutos atrás, restaban otros quince y no era cosa de tentar la buena suerte que habían tenido hasta el momento.

Toda la "operación" había llevado 45 minutos. Eran las 7.50 de una mañana todavía oscura, nubosa y fría. Intermitentes ráfagas de llovizna castigaban el paisaje, arrastradas por el viento arrachado que soplaba del sur. Tras atravesar el portón del country, pusieron rumbo al Asentamiento Ardigó, donde la noche anterior habían dejado estacionado el Fairlane.

Encendieron la radio de la camioneta en la frecuencia de transmisión de la Agencia de Seguridad y escucharon los informes llegados de La Plata, donde la situación parecía estar controlada y la acción se remitía a la persecución y detención de toda persona que se encontrara en posesión de mercadería saqueada al hipermercado. De lo sucedido en el "country" ni una palabra en todo el viaje.

Cuando llegaron a Bosques no vieron a nadie en las cercanías, tal como les había prometido el gordo zaparrastroso. Rápidamente trasladaron lo robado y las armas al interior del Fairlane. Del baúl del auto retiraron bolsas plásticas con sus ropas y se cambiaron, tiritando en el aire frío de la mañana.

Tras revisar concienzudamente la camioneta, arrojaron en su interior los uniformes, cascos, guantes y las credenciales falsas. Luego, mientras los demás abordaban el Fairlane y lo ponían en marcha, Héctor roció la camioneta con una lata de nafta y le prendió fuego. Se detuvieron en el primer recodo del camino y miraron atrás: la camioneta era una hoguera inextinguible. En el asentamiento ni un alma se asomó a presenciar el espectáculo.

Dedicaron el viaje de retorno a repasar los pasos a seguir:

—Tino; vas a llevar la mercadería al depósito de "lavado". Todo menos los papeles. A esos los guardo yo.

—Está bien, Paulino. ¿Y el coche?

—Llevaselo a Miguel, por un tiempo lo vamos a sacar de circulación. Decile que aproveche el tiempo y le lave la cara; que cambie de lugar las abolladuras y lo pinte. A pincel, nada que se vea bien terminado. Lucy…

—¿Sí?

—La casa ya no es segura. Cerrala como para una larga temporada y alquilá una habitación en alguna pensión de Quilmes Externo. Anotate con Héctor como pareja. Cuando estés instalada, llamame a donde ya sabés para conocer la dirección.

—¿Y vos?

—Yo me voy a casa con Fernando en la moto de Tino—. Y dirigiéndose a éste: —Después la vas a buscar a la agencia de remises.

—Deciles que me la cuiden.

Paulino se volvió a Héctor, encerrado en un mutismo que en él era cuanto menos extraño.

—¿Y a vos pendejo? Qué te pasa que no estás rompiendo las pelotas por algo.

—Estaba pensando —el muchacho se desperezó en el asiento —. ¿Por qué cuando te dije que no tenía huevos para matar al viejo a sangre fría respondiste “ahora lo sé”?

Paulino rió entre dientes.

—Estabas tan aliviado por no tener que hacerlo que aceptaste mis dos razones sin discutir. Y ni te aseguraste si la segunda era cierta.

—¿La pistola estaba cargada?

—Sí.

—¡Qué hijo de puta…!

Los cuatro rieron y la tensión de las horas pasadas se disolvió en un parloteo animado que duró el resto del viaje hasta Hudson.

Paulino se detuvo en el aguantadero el tiempo suficiente como para repartir algo de dinero a los tres y después partió con su hermano en la moto de Tino.

Ratón se marchó tras la ida de Paulino. Por calles laterales y poco transitadas, condujo al Fairlane hasta una lavandería cuyo trasfondo el dueño, un coreano pequeño y obeso como un Buda, alquilaba a buen precio a quien tuviera mercadería “en tránsito”.

De allí a lo de Miguel y después derecho a su casa, a

tranquilizar a la Negra. La moto podía esperar. La nariz quebrada le latía dolorosamente. Más tarde hablaría con Paulino y le diría que no más sopa para él. Reuniría todo su dinero, más la parte que le correspondía por lo de esta madrugada y se iría con la familia a Tucumán. Compraría algo, un campito. Una huerta, un modesto criadero de pavos. Era un tipo marcado y Saucedo no le perdonaría su relación con el comisario Balbuena. Quedarse en Buenos Aires era ser boleta más temprano que tarde.

Lucy y Héctor quedaron solos en la casa.

—Preparate unos mates, nene. Mientras, yo guardo algunos trapos y después nos tomamos algún colectivo hasta Quilmes.

—¿Andan los colectivos por acá?

—Hay un trucho que pasa cada dos horas.

—¡Caramba, este barrio no se priva de nada!

—Andá a vivir a la Capital, estúpido.

—Cuando Paulino me de mi parte tal vez lo haga. A propósito…

—Ni sueñes con la repartija por un buen tiempo.

—No, si ya sé que vender los papeles lleva tiempo. Y ni qué decir de los cuadros.

—¿Y qué te preocupa, entonces? —preguntó Lucy con medio cuerpo dentro del ropero.

—¿Vos sabés cuánto afanamos?

Lucy lo venía venir pero igual se encogió de hombros y no le contestó.

—¿Qué, no te importa que te encogés así de hombros?

—Ya nos va a decir Paulino cuánto.

—Yo no soy tan confiado como vos y Ratón.

—Viniste solo, nadie te llamó. Cerrá la boca y cebá mate. O no cebés; pero igual cerrá la boca.

—¡Qué carácter de mierda!

Dos horas más tarde tomaban una habitación en una pensión familiar de Quilmes. Lucy pagó un mes por adelantado y dejó el resto del dinero sobre la mesa. Héctor lo contó distraídamente.

—Doscientos cincuenta dólares. No es muy generoso el jefe.

—Eso es para los gastos, quedate tranquilo. Me doy un baño y después te invito a comer una pizza.

Cuándo Lucy salió del baño descubrió dos cosas: Héctor no

estaba en la habitación y de los doscientos cincuenta dólares, sobre la mesa había nada más que cien. Vació su cartera sobre la mesa y advirtió que también faltaba la pistola.

Paulino y Fernando tomaron asiento en el bar del acceso a la autopista tubo en Bernal. Pidieron hamburguesas y gaseosas y mientras esperaban el pedido, Paulino se incorporó y se echó al hombro un voluminoso bolso de viaje donde guardaba ropa y los valores robados en el country.

—Voy a cambiarme, no te comas mi hamburguesa.

Fernando rió con deleite ante la broma tantas veces repetida.

—Esta vez no la comeré, te lo prometo.

Paulino fue hasta el sector de baños y abrió uno de los cuartos con su tarjeta. Cerró cuidadosamente tras de sí y dejó el bolso en un banco del pequeño vestuario. Luego se desvistió totalmente en el agradablemente caldeado ambiente y manipuló en su cuero cabelludo. Soltó unas trabas casi invisibles y desprendió la larga cabellera negra. Hizo lo mismo con la barba y luego se lavó la cara con abundante agua y jabón para eliminar los restos de pegamento. Sacó del bolso ropa interior, zapatillas, un pantalón de abrigo, una camisa cazadora a cuadros y una campera de gamuza.

Se desnudó, quitándose una apretada faja que le ceñía el vientre y suspiró aliviado. Después volvió a vestirse y guardó la ropa que había estado usando, bien doblada en el bolso. Barba, faja y peluca fueron acondicionadas en uno de los compartimentos, todo bien asegurado con un cierre de doble cremallera. Se pasó luego la mano por la calva, peinando los escasos cabellos grises de sus sienes y nuca y, cargando nuevamente el bolso al hombro, el comisario Balbuena salió del baño para reunirse en el bar con su hermano.

—No te comí la hamburguesa, Paulino. Pero pedí más papas fritas y otra coca.

Balbuena revolvió el cabello de Fernando.

—Sos un buen chico.

—¿Verdad que me porté bien? No abrí la boca para nada.

—¿Héctor no te hizo preguntas?

—No. Me parece que ese tipo piensa que soy algo tonto.

Paulino sonrió y le dio un mordisco a su hamburguesa.

—¿Podré volver hoy a la escuela, Paulino?

—Hoy mismo.

—¡Qué bien! Extraño a los demás chicos.

Media hora más tarde abordaban un taxi en la terminal de Capital Interna con rumbo al barrio de Flores. Descendieron frente a un edificio de altos y tomaron el ascensor hasta el piso diecinueve.

—¿Me conectás con la escuela? —pidió Fernando no bien ingresaron al departamento.

—Date un baño primero. Y ponete el pijama.

Mientras, Paulino aprovechó para guardar los valores robados en su caja fuerte y el bolso en una alacena del cuarto de servicio. Sonó el teléfono, lo atendió y contestó con un par de monosílabos. Una sonrisa se pintó en su rostro.

Fue hasta el bar y se sirvió un whisky con hielo. Encendió un cigarro que sacó de una caja de madera tallada y salió al balcón. Ya no lloviznaba pero el cielo aún presentaba un aspecto pesado, plomizo. Fumó y bebió pensativamente. Esperaba una visita y la llamada telefónica le había confirmado que ésta no se demoraría. Escuchó la voz de Fernando que lo llamaba desde su cuarto. Entró a la bonita habitación de un niño, adornada con láminas holográficas en las paredes de colores suaves, una cama de una plaza con un gran perro de peluche en la cabecera y un pad completo. Fernando ya estaba sentado en el sillón.

Paulino conectó los sincroneurales y fijó las coordenadas en automático para que el pad respondiera sólo a su mandato. No quería correr el riesgo de alguna travesura, como subvocalizar la entrada a programas que, por su crudeza, traumatizarían cualquier cerebro que no estuviera acondicionado para absorberlos. O peor; perderse en los meandros oníricos del Tlön al que estaban abonados y no volver nunca más. No al menos el Fernando que él conocía.

Se quedó un rato hasta que la sonrisa distendida de su hermano le aseguró que ya se hallaba en la escuela. El sillón masajeaba automáticamente el cuerpo puesto a su cuidado, cambiándolo de posición cada tanto y evitando el anquilosamiento en una sesión prolongada.

Volvió luego a su cigarro y a su trago. Esbozó una sonrisa cuando advirtió la señal lumínica indicadora de que alguien subía por el ascensor hasta el piso que ocupaba. Se sentó en un sillón, de cara a la puerta que sólo se abría con su tarjeta personal y esperó hasta ver cómo alguien giraba cautamente el picaporte.

—Pasá Héctor, está abierta.

La puerta se abrió lo suficiente como para dar paso a la cabeza del muchacho. Cuando descubrió al comisario sentado y con ambas manos ocupadas, su boca se abrió en una angelical sonrisa y

entró en la habitación cerrando tras de sí la puerta con un golpe del talón. En su mano derecha, amartillada, empuñaba la pequeña "Bersa" calibre 22 de Lucy.

—Hola jefe…, Paulino…, o Comisario Pablo Ricardo Balbuena, no sé cómo querés que te llame.

Balbuena también sonrió:

—Ya te lo dije en Hudson, nene. Llamame como quieras.

Sin dejar de apuntarlo, Héctor revisó rápidamente los ambientes del departamento que daban a la sala. Silbó cuando echó una ojeada al cuarto de Fernando.

—¡Qué lo parió, qué bien gana la policía! ¿Dónde está Fernando ahora?

—En una escuela para diferenciados. Dejalo tranquilo, el pad lo traerá de vuelta recién dentro de cuatro horas.

—¿Y tu pad, donde lo tenés?

—No tengo pad. —Balbuena se pasó una mano por la calva y bromeó. —No tengo con qué disimular los sincros. Además, mi vida es de por sí interesante, no necesito vivir aventuras soñadas.

—¿Cómo supiste que te visitaría? ¿Hay una cámara frente a la puerta?

—Ninguna cámara. Supe que cuando llegara esta ocasión te tendría por acá. Lo supe desde que te permití escanear mi tarjeta de entrada a Capital, aquella tarde en Hudson y no me preguntaste nada. Deduje que más tarde o más temprano te conectarías a la red y con esos datos no te sería difícil conocer mi verdadera identidad.

El muchacho rió sin alegría.

—¿Me vas a decir que vos planeaste esta visita?

Una amplia sonrisa distendió la cara de Balbuena. Parecía realmente divertido.

—Quería ver hasta donde eras capaz de llegar. Mi identidad no pretendía ser un secreto para vos, como no lo es para Lucy o Tino. ¿Cómo podría ocultarla sin provocar desconfianza, usando información y equipo a los que sólo la policía tiene acceso?

Héctor dudó, pero fue un instante. Apuntó la pistola al pecho de Paulino.

—No te creo, me estás tratando de envolver. Pertenecés a la clase que me ha cagado toda la vida. No sos mejor que un contratista que se llena la panza y le tira las sobras a los que hacen el trabajo. Pero yo no soy un ladrón de motos o una putita; a mí me

vas a dar mi parte y no me ves más la cara.

—¡Sos un niño! Si te doy los papeles y tratás de hacerlos plata en el mercado estás muerto al segundo día.

—No quiero papeles. Quiero que enciendas tu ordenador y transfieras mi parte a un banco, a una cuenta corriente que abrirás a mi nombre.

El comisario rió por lo bajo aprobando con la cabeza y se levantó del sillón. Héctor se envaró.

—¡Quedate quieto o te pego un tiro! —Balbuena abrió los brazos en un cómico ademán de impotencia. Parecía disfrutar la situación.

—Voy hasta el ordenador para hacer la transferencia que pediste. Y de paso te enseño algo que quiero que sepas.

Se sentó a un escritorio y encendió la computadora. Abrió un archivo.

—Vos algo sabés de esto. Mirá.

En la pantalla comenzó a correr información bancaria. Títulos, inversiones, bonos respaldados por la nación. Casi seis millones de dólares a nombre de Celestino Juárez.

—Tino, para los amigos —comentó Balbuena—. O Ratón, si lo preferís. ¿Querés ver el estado de cuentas de Lucy?

—¿Ellos saben de esto?

—Saben que les administro el dinero pero no conocen estas cifras.

Balbuena le obsequió con una de sus famosas sonrisas.

—Es el seguro de retiro de la manada. Tino se nos va, aunque todavía no me dijo nada. El y la Negra están demasiado golpeados. Ellos piensan que con lo obtenido hoy, más el dinero que les administro, les va a alcanzar para irse a Tucumán y comprar un campito. ¡Quiero verles la cara cuando pidan el resumen en el banco!

—¿Y Lucy?

—Todavía la necesito—. Se encogió de hombros—. Además, piensa que está enamorada de mí y va a sufrir si la obligo a irse. De cualquier manera, la manada no puede desprenderse de más de un miembro por vez.

Volvieron a los sillones de la sala. Héctor apoyó cuidadosamente la pistola en un brazo de su sillón.

—Es la segunda vez que hablás de una manada.

—¿Cómo? ¿No te diste cuenta, todavía? Somos una manada, nene, y yo soy el líder —volvió a levantarse y descorrió las cortinas del balcón. Señaló a la ciudad que yacía a sus pies—. Mirala ¡yo soy el depredador de esta jungla! Aquí conozco a mis presas, aquí las estudio y aquí me gano su confianza. Después las sigo hasta su cubil con mi manada y tal vez las matamos o tal vez no, pero siempre comemos hasta hartarnos.

Miró a Héctor apretando los dientes y desorbitando los ojos. Ya no era Paulino ni el comisario Balbuena. Era un animal. Un animal poderoso y feroz. El muchacho tembló ante la imagen de locura que asomaba en esa mirada y se acoquinó en el sillón.

—¡Sí; yo como hasta hartarme! Y lo que sobra se lo doy a mi manada para que también se harte. Soy el líder, soy un depredador. Desde que nací trabajé para ello, estudié, entré en la Fuerza y no escatimé esfuerzos para trepar hasta un cargo importante. Lamí culos, arriesgué la vida, hice trabajos sucios para los superiores. Y cuando estuve listo formé mi primera manada y salí a cazar.

Abarcó con amplio ademán del brazo la ciudad.

—¡Estúpidos ellos, que se creen depredadores! ¡Cazadores de conejos famélicos! Ignoran que son apenas una serpiente sin colmillos que chupan de a una gota de sangre por vez. Débiles que se conforman con arrebatar centavos a los que son más débiles que ellos. ¡Yo soy los colmillos de la serpiente, yo muerdo mi propia cola y yo como la carne grasosa y abundante del animal que me cree parte suyo! ¡Y cuando no doy más de tan harto, todavía sobra para hartar a la manada!

Héctor comprendió. Comprendió todo en un ramalazo de lúcida y asustada certeza.

—Estás loco, jefe —dijo en un susurro.

El otro lo miró y lentamente la personalidad enajenada volvió a ser ¿Paulino? ¿El comisario Balbuena? Héctor no sabría decirlo.

—Negativo, nene. Negativo aunque tal vez parezca que lo soy —dijo en voz tan baja que el muchacho tuvo que echarse hacia delante para escuchar—. Yo también fui un perro apaleado; pero esperé mi momento y cuando éste llegó, en vez de agachar la cabeza y aceptar el mendrugo como el perro manso que creyeron que era, mordí la mano que me lo daba, trituré sus huesos y tragué la carne. Y desde entonces no paré de comer.

Calló por un largo instante. Después:

—Soy un depredador que caza en manada, Héctor. Es la

manera más práctica. Vos sos un cachorro que hoy mostró los colmillos para impresionar al líder. Mañana tal vez me discutas el liderazgo, pero hoy lo que viniste a buscar es la seguridad de poder seguir comiendo con la manada.

—Yo venía con intención de matarte…

—No digás más boludeces, nene —y fue Paulino el que habló —. Y ahora andate. Mañana o pasado vamos a salir a festejar el retiro de Tino, pero ahora quiero descansar.

El muchacho dudó por un momento y manoseó la pistola. Su rostro era un mapa donde se dibujaban emociones contradictorias. Al fin se levantó, obediente, y fue en silencio hasta la puerta. La pistola quedó en el brazo del sillón.

—Héctor —escuchó que lo llamaban. Giró la cabeza.

—Bienvenido a cazar con la manada —y era Balbuena el que le sonreía repantigado en el sillón, levantando amigablemente un pulgar.

De haber tenido rabo, Héctor lo hubiera meneado.

Afortunadamente José Altamirano, el más histórico de los históricos de Axxón, ha vuelto a escribir. No sólo les ofrecemos esta novela corta, la vigésimo primera ficción de su autoría aparecida en nuestra revista, sino que tenemos otras cosas en carpeta. Este es el detalle de lo publicado: "Por la puerta de atrás del paraíso" (0), "Cuaderno de sobreviviente" (14), "Ezequiel según Melissa" (39), "La real existencia del terror" (58), "El vuelo del cóndor" (71), "Los que vibran en Acuario" (100), "Concepción" (106), "Comé sandía" (107), "El clon que contó la historia" (110), "Tango cósmico" (147), "Abierto las 24 horas" (148), "Un planeta camino a Aldahir" (160) y los siete cuentos del N° 88, íntegramente dedicado a él.

Doble o nada

Sergio Gaut vel Hartman

Odio a la gente que da consejos, aunque una advertencia a tiempo puede evitar grandes catástrofes. ¿Quieren saber por qué lo digo? Entiendo, no les interesa. Sin embargo, si yo estuviera en la posición de ustedes, en la cómoda posición del lector, me gustaría saber más, saber de verdad, sin chicanas, avanzando más allá de lo superficial. Suena oscuro, ¿no? Por lo menos suena pedante, estoy de acuerdo. Empecemos de nuevo.

—No te metas en esos lugares. ¿Alguien compra libros en esos lugares? Son lugares peligrosos; algún día te va a pasar algo…

Lugares y más lugares. Sara, dueña y señora de las advertencias, es mi hermana mayor. Yo, el objeto de sus desvelos y temores, un poco exitoso vendedor de libros, especialista en lugares apartados y peligrosos, barrios nuevos, pobres, ignorados, olvidados. Llamémoslo una curiosa y extravagante vocación que disfrazo de “trabajo cultural” . Tal vez sea una forma de expiar la culpa de tres fracasos consecutivos en otras tantas carreras universitarias, un aspecto poco agraciado que me aleja de las mujeres bonitas y un carácter de mierda. Pero eso ya no viene al caso. Sara sufre mis ausencias como las sufría mi madre, que en paz descanse, y como las sufriría una esposa, si tuviera la fortuna de conseguir una.

—Tengo que ganarme la vida, ¿no? ¿Te gustaría más que fuera un parásito? —La respuesta, triste respuesta, establece las razones de mi sacrificio, delimita fronteras, excusa mis faltas y excesos, aunque suele ser insuficiente para parar el siguiente golpe.

—¡Ganarte la vida! El señor llama ganarse la vida a juntar unas monedas para ir de putas. Viviríamos como piojos con el producto de tus correrías por esos lugares infectos. Si no fuera por las cocheras que nos dejó papá…

Las cocheras, una vez más. Todos los días la misma cantilena, ¿se dan cuenta? Sara no sale de putas, por cierto. Ella tiene amigas, no necesita putas. Pero no esperen que profundice este asunto, y mucho menos que hurgue en los laberintos de la mente de mi hermana. Aunque un poco de razón tiene; somos los últimos ejemplares de dos especies casi extinguidas. Y vivimos de la renta de las cocheras que nos dejó papá… no de los libros que vendo en los arrabales y suburbios.

Sintetizando: las advertencias tienen fundamento; los lugares que frecuento no son recomendables. Pero no la puedo dejar con la última palabra y me defiendo con los argumentos más sólidos que encuentro en mis alforjas.

—Me esperan, necesitan que yo vaya; cumplen con los pagos, me estiman, Sara. Llevo unas migajas de cultura, y lo aprecian, de veras. Si no fuera yo, nadie iría. ¿No está a tu alcance apreciar el valor de lo que hago? Si miraras el costado filosófico del asunto…

—¿Filosófico? Un día te van a robar y por gusto o por capricho, te van a matar, los mismos que se comieron tus migajas de cultura. Te van a pegar un tiro en la nuca, imbécil, te van a torturar, te van a destripar. ¿Eso también es filosofía?

Sara me adora, por eso me trata así. Soy su única preocupación, el objeto de sus desvelos, ya lo dije. Teme que me peguen un tiro en la nuca, que me destripen. ¿Quién no? Si vieran los sitios en los que me meto…

No sucedió exactamente así, pero tampoco fue tan diferente. Salía del negocio del Francés, quien había pagado la última cuota de la Enciclopedia Universal Cosmos, en doce tomos. Le había dolido al Francés, esa última cuota. Tenía un pequeño comercio, una suerte de almacén de ramos generales en miniatura, en el que se podían encontrar desde aspirinas hasta hilo de enfardar y pantalones. Pero las cosas no le estaban yendo bien. Ni a él ni a nadie. Declaraba siete asaltos en cinco meses y una alarmante reducción de las ventas. No más libros por un tiempo, había dicho el Francés. Puso el dinero de la última cuota sobre el mostrador y aprecié una confusa mezcla de dinero nacional de curso legal, bonos de cancelación, letras provinciales, cupones de trueque y moneda falsa. Con eso le pagaban, cuando le pagaban. Hice una mueca ante el billete de dos pesos de fabricación artesanal.

—Circula sin problemas —dijo el Francés advirtiendo la mueca.

—Ya sé que circula por el barrio. —Sonreí, disculpándolo; él permaneció serio, no le gustaba haber venido a la Argentina en el peor momento. —Tendré que comprar algo en el barrio.

—Eso, cómpreme algo —dijo con picardía—. Hoy todavía no abrí la caja ni una vez. —Usé la moneda local para comprarle dos turrones, una tira de caramelos y un rollo de papel higiénico. Puse todo en la mochila.

—Bueno, Francés —le dije—. Si no me encarga algún otro libro no nos volveremos a ver. Este lugar no me gusta; venía por usted.

—Yo lo sé. A mi tampoco me gusta. ¿Conoce Marsella?

—No. ¿Nació allí?

—Nací en otro lugar de Francia y viví muchos años en Barcelona. Pero estaba allí cuando un jodido asunto me depositó aquí…

—Ha de parecerse poco a esto, imagino. —El Francés suspiró profundo. Hurgar en las razones que lo habían llevado a cruzar el océano era más problemático que perderse en los meandros de la mente de Sara.

—Está bien —dijo finalmente—. Si necesito otro libro lo llamaré.

Le di la mano y salí del comercio.

El sol, bajo, apenas por encima del brumoso horizonte, me hirió los ojos. Traté de orientarme y al mismo tiempo decidir qué transporte me convenía. Me acomodé la mochila sobre la espalda, dispuesto a emprender la marcha. En ese momento se rajó la tierra y caí por la grieta. Una voz, detrás de mí, fue la encargada de empujarme.

—Dámela, tío. Tengo una aguja.

—¿Una aguja?

—No te hagas el boludo, macho. Ya sabés.

—Te la doy; ya entendí. La plata…

—Toda, no te quiero pinchar.

—¿Pinchaste a muchos? —dije. Saqué el dinero del bolsillo de la camisa y giré lentamente, enfrentándolo.

—Dos o tres. ¡Qué te importa! ¿Qué hay? —dijo señalando la mochila. Tendría catorce o quince años; con estos chicos nunca se sabe. Tal vez más. Delgado, con expresión ratonil; el pelo negro revuelto, duro y sucio le caía sobre la frente. Tenía un párpado inflamado que ya había dejado de ser un simple orzuelo para convertirse en una brutal infección. —Libros. ¿Te sirven?

—¿Por? No me jodas, tío. El Peluca no compra libros, aunque nunca le llevé. —Vaciló, desalentado. —Igual, dámelos. —Me arrebató la mochila y se la colgó del hombro.

—¿Te dicen Rata?

—Laucha —escupió, sorprendido por la pregunta,

desconfiado, alerta. —¿Vos qué sabés?

—Nada. —Le mostré las palmas de las manos. —Me gusta adivinar cosas, de gusto.

—Ah, eso. Si no la querés pasar mal no te hagas el vivo.

—No me hubieras pinchado.

—¡Qué sabés! ¿Estás loco?

—Lo que no sé o no entiendo lo tomo como viene.

—No jodas y quedate quieto. —El Laucha retrocedió sin dejar de apuntarme, como si la jeringa fuera un arma de fuego y cuando llegó a la esquina empezó a correr, saliendo de mi vista. En el lapso que duró el atraco el sol había terminado de ocultarse. Una fría penumbra de grises y marrones impregnó los objetos y los hizo invisibles. Me hallaba lejos de casa, sin un centavo. Curiosamente, o no, lo que más me preocupaba era la pérdida de los comprobantes de pago. Reconstruir eso no sería fácil, y había que tener ganas de hacerlo; yo había perdido la voluntad tiempo atrás y ni siquiera tenía idea de qué me impulsaba a seguir con la venta de libros. La línea a recorrer, incluyendo el regreso a casa y la vuelta al barrio, con dinero para recuperar los comprobantes, aparecía como una tarea titánica, que excedía mis posibilidades. Por algún lado había que empezar. Volví sobre mis pasos y entré al negocio del Francés.

—¿Qué le pasó? Lo asaltaron. —No era una pregunta.

—Sí, ¿cómo supo?

—Adivino. No, no adivino, pasa todo el tiempo.

—Me dio vuelta como un guante. Fue Laucha, ¿lo conoce?

—Sí, claro —dijo el Francés, reticente—. Conozco a todos, por aquí. ¿Qué quiere de mí? —agregó, de mal modo—; plata no tengo, se la di toda. Hacer la denuncia es inútil. ¿Sabe cuánto duraría adentro?

—Entiendo.

—Le di todo lo que tenía, ya le dije. No es asunto mío.

—Claro, entiendo. Me quedan algunas monedas. Iré caminando hasta la estación de ferrocarril.

—No puedo ayudarlo —insistió el Francés, endureciendo aún más el gesto; los músculos de su rostro, tensos, presagiaban alguna forma de desmedida violencia, si le daba la menor oportunidad; no estaba preparado para neutralizar eso, aunque al mismo tiempo me sonaba falso, impostado. ¿Sabía que regresaría? ¿Sabía que Laucha me estaba esperando? Eso lo hacía cómplice, aunque bien pensado, ¿qué más daba ser cómplice, víctima o inocente en un lugar como

ése?

—Está bien —dije—. Ya me voy a arreglar.

—Mejor que así sea.

Salí del negocio del Francés pensando en un segundo atraco. ¿Podía suceder? El resultado sería una muerte gratuita, vociferada por los medios como una nueva demostración de la inseguridad suburbana. Estaba en el límite, balanceándome al borde del abismo. Pensé en Sara. Pero no le di la razón: hubiera sido demasiado sencillo para ella.

Caminé unos metros eludiendo los charcos. Había llovido tres días seguidos y el agua permanecía estancada, barrosa, formando dibujos irregulares que parecían destinados a hacerme resbalar y caer. Traté de reflexionar, buscando poner en claro alguna línea de acción posible y efectiva. Podía llegar caminando a la estación, tal como le había dicho al Francés, pero eso me ponía en serio riesgo, ya que la marcha a pie, sumido en la oscuridad de esas calles, me dejaba expuesto a cualquier cosa. En cambio, tomar un transporte local y gastar los pocos centavos con los que contaba, me colocaban en situación de abordar el tren sin pasaje y someterme al azaroso humor de los guardias de la estación terminal. No me preocupaba tanto enfrentar la imposibilidad de pagar la multa como las humillaciones a las que me vería sometido; tener que soportar a los de seguridad era, en sí mismo, un castigo. Pero el jefe de la estación tendría que aceptar que me habían asaltado y, previa promesa o prenda, consentiría en un pago futuro o la condonación. Conservaba el pasaje del subterráneo, por lo que esa posibilidad se revelaba como adecuada. Más rápido: aunque me costaría una pequeña fortuna, podía conseguir un destartalado coche de alquiler en el barrio y viajar directamente a mi casa, sin escalas ni explicaciones. Pero el evidente defecto de estos cursos de acción residía en que dejaba para el día siguiente la recuperación de los comprobantes. Con dinero en el bolsillo me atrevía a negociar con Laucha y sus secuaces, si los tuviera, o con el hipotético jefe, Peluca, había dicho. O tal vez Peluca era el reducidor, vaya uno a saber. No tenía importancia. Seguramente aceptarían gustosos algo más de dinero por unos papeles sin valor. Pero el día siguiente era el futuro lejano. Desconociendo mi interés, los destruirían en pocas horas, si ya no habían tirado la mochila completa a un pozo de inmundicias.

Antes de llegar a la siguiente esquina había tomado una decisión. Buscaría al ladrón, lo enfrentaría y, si lo encontraba, le haría una promesa firme de dinero a cambio de los comprobantes. Me reproché no haber pensado eso en el momento mismo del atraco, cuando tenía a Laucha ante mí, amenazándome con la

jeringa. Pero no me animé a someter la idea a una prueba de esfuerzo. ¿Qué me permitía pensar que el chico no sentiría una extrema desconfianza hacia mi promesa? ¿Y si regresaba con la policía?

Debía comenzar por algún lado y postergar los interrogantes sin respuesta a la vista. El sector más alejado del barrio, del otro lado del terraplén del ramal muerto, parecía la mejor opción. Allí las casas eran aún más precarias que en la calle donde vivía el Francés. Caminé las dos cuadras sin mirar atrás y no tardé en advertir que, comparado con ese abigarrado amontonamiento de frágiles viviendas, el humilde distrito en el que el Francés tenía su negocio era opulento. Diseminadas hasta donde alcanzaba la vista, una miríada de casillas de placas de fibra aglomerada, cartón y paneles de madera apolillada manchaban el paisaje de colores sucios y opacos. El lugar era una cava, un terreno vaciado de arcillas por el horno de ladrillos que alguna vez había funcionado allí. Al quedar por debajo de los terrenos linderos, la cava debía inundarse cuando caían dos o tres gotas de lluvia, por lo que las parcelas no valían nada y sus propietarios, en el caso de que no fueran terrenos fiscales, jamás habían gastado energías por recuperar algo tan poco interesante. A partir de ese hecho, era natural que un grupo de marginados hubiese ocupado el lugar.

Me armé de coraje y bajé el terraplén cautelosamente. El barro y la humedad habían formado una pasta resbaladiza y en declive; lo único que me faltaba para rematar la jornada era caer y romperme un hueso.

Sentí un toque de extrañeza cuando empecé a caminar entre las casas, presintiendo que las miradas de la gente, al tanto del motivo de mi intrusión, acompañaban mi andar. La osadía del damnificado, metiéndose de cabeza en territorio vedado, produciría una asombrosa impresión. Pero yo jugaba con la sorpresa: nadie esperaba un lance tan imprudente. A medida que penetraba en el laberinto de casillas se hacía más evidente que había encontrado, casi sin proponérmelo, la estrategia adecuada. En algún momento me detuve y golpeé la primera puerta que quedó al alcance de mis nudillos.

—¿Quién es, qué quiere? —dijo una voz de mujer, rugosa y hostil, sin abrir la puerta.

—Busco a Laucha —dije, decidiéndome por el ataque frontal, casi sin pensarlo.

Acá no vive.

—Ya sé que no vive ahí. —Hubiera sido una gran casualidad

que fuese de otro modo, pensé. —¿Sabe adónde lo puedo encontrar?

—No, y nadie le va a decir —contestó la mujer, naturalmente. Quién siembra miseria sólo cosecha furia.

—Mire, señora —dije, siempre hablando puerta de por medio—. No soy de la policía, ni le quiero hacer daño al chico. Él me robó, pero no me interesa la plata; necesito los papeles que están en la mochila.

—No sé de qué habla.

—De acuerdo. Se lo explico para que me diga donde vive.

—Ya le dije que no sé.

—No dijo eso; dijo que no me iba a decir. Yo la respeto por eso. Pero le pido que usted hable con Laucha y le diga que le voy a dar más plata, mañana, si me guarda los papeles. No necesito que me diga donde vive. Quiero que usted le diga que me interesan los papeles o que mande a alguien para que le diga eso. Ni siquiera hace falta que yo lo vuelva a ver a Laucha, ¿entiende? Para mi los papeles son más importantes que la plata y a él no le sirven para nada.

La mujer permaneció en silencio unos segundos, quizá reflexionando o consultando con alguien que la acompañaba. Luego entreabrió la puerta de chapa y asomó un ojo por la abertura, apoyando la mejilla en el filo oxidado.

—Está bien —dijo—. Venga mañana. Veré si se los consigo.

—¿Me da seguridad?

—No. Pero más no puedo. Voy a tratar.

—Está bien. ¿Cómo se llama usted, para saber?

—No importa; venga acá, nomás.

Me separé de la casilla, inseguro, sabiendo que el puente que había logrado crear era demasiado débil como para fiarse de él, pero no tenía mucho para elegir. Una vibración, que me negué a reconocer como escalofrío, me recorrió de pies a cabeza. Había jugado una de las últimas fichas, si no la última, a un número que tal vez ni siquiera existía en la ruleta. Metí la mano en el bolsillo y saqué las monedas. Eran insuficientes. Bien, podía dárselas a la mujer para sellar el pacto. Luego iría a lo del Francés a pedirle que me consiguiera un auto para ir a la Capital. Pero la mujer había cerrado la puerta de la casilla, como volviendo a marcar la distancia que no tendría que haberse acortado. Me puse en marcha sintiéndome patético y vulnerable, expuesto a la desconfianza de desconocidos; desconocidos que, por otra parte, hubiera

considerado de rango inferior en cualquier circunstancia… excepto ésta. Evalué el costo del auto hasta la Capital. Me podía cobrar cualquier cosa. Y no descontaba por completo que no accedieran a transportarme con pago en destino. Podía omitir el dato, pero casi de inmediato supe que hasta el último remisero del barrio estaría al tanto del incidente que había protagonizado. Quedaba pedir dinero en la ruta, a cualquier transeúnte, como un pedigüeño callejero que sablea para comprar vino. Las opciones eran escasas y casi todas deficientes.

Caminé como si supiera hacia adonde iba. La creciente oscuridad y la pobre iluminación no me atemorizaban. Estaba casi feliz; había superado el trance del asalto de un modo temerario y me había atrevido a entrar en una zona vedada para recuperar los comprobantes. Mi filosofía ha sido siempre que los mecanismos de compensación se ponen a funcionar, tarde o temprano. Me encanta imaginar que existe una gratificación para cada penuria. La penuria había pasado y ahora vendría la buena noticia, un premio, una alegría. Me orienté, tratando de memorizar el recorrido del transporte local. Entre otras cosas, sentía la pérdida del mapa que había quedado en la mochila, pero eso ya no tenía remedio. Mientras me acercaba al terraplén fui perseguido por una jauría que ladró hasta cansarse. Creía recordar que eran los mismos perros que dormitaban echados y no me prestaron atención a la ida. Extrañé las lajas que hacían de vereda y caminé por el centro de la calzada, si el irregular y sinuoso sendero de barro merecía tal nombre. Al llegar al terraplén, empinado y resbaladizo, tuve una premonición, una relampagueante imagen de dolor y tristeza. Pero no se puede hacer caso a esas tonterías, me dije. Encaré la subida extrañando un palo o algún elemento análogo para apoyar en el terreno y asegurar el paso; la oscuridad era casi total y sólo un resplandor rosáceo y difuso me permitía avanzar. Llegué a la cima y busqué la calle pavimentada de pedregullo en la que había visto maniobrar al transporte local. A falta de faroles de alumbrado, tomé como punto de referencia la luz rosada, ahora definida como el cartel de neón de la agencia de autos de alquiler, la remisería del barrio. Volví a considerar las posibilidades de convencer a algún chofer para que aceptara trasladarme aún cuando supiera lo que me había ocurrido. Por lo menos debía intentarlo, me animé. En ese preciso instante pisé en falso y rodé por el terraplén.

Grité, maldije, pero ninguno de esos recursos detuvo la caída. El impulso me llevó a dar varias vueltas sobre mí mismo, golpeando arbitrariamente contra todo lo que sobresalía; me desgarré el brazo al rozar, a la pasada, un filoso fragmento de metal, una lata quizás, y sentí un hedor putrefacto al tropezar con alguna materia blanda

en descomposición, seguramente excrementos o un animal muerto. El final del viaje no fue más auspicioso: al chocar mi cuerpo contra un neumático firmemente enterrado en el suelo, el muslo de la pierna derecha quedó debajo del torso, soportando todo el peso de un modo artificial. Sentí crujir el músculo, que se estiró brutalmente, desgarrándose en respuesta a la extrema torsión; el dolor subió hasta la punta de mi lengua y salió expulsado mediante una irresistible exclamación:

—¡Hijos de una gran puta! —El grito no aludía a nadie en especial, sino a todos en general. Al Francés, Laucha, Peluca, a la mujer de la casilla, al remisero que seguramente se habría negado a transportarme y, por qué no, al Francés de nuevo, ya que por su culpa estaba metido hasta el cuello en una situación de mierda. La puteada también era para mi hermana y ya que estaba para Elvis Presley, a quien siempre odié con toda el alma, ¿por qué no?

No pensarán que este registro minucioso de mis desventuras fue elaborado mientras caía y rodaba; por cierto que no. Es el producto de una reconstrucción posterior, cuidadosa, para lo cual fui dividiendo cada uno de los segundos que duró, como hacen los físicos para describir los primeros instantes del universo. Y no consigno todo esto de un modo casual, por utilizar palabras efectistas. Soy minucioso y preciso porque estoy detallando cómo empezó un nuevo capítulo de mi historia personal, de mi vida, diría, si no sonara tan melodramático.

Al quedar inmóvil reparé en la vasta colección de daños que había conseguido sin esforzarme mayormente. Volví a maldecir, más que nada para que no quedaran dudas de mi condición de víctima de las circunstancias y el destino; rabia y sufrimiento se unieron en un único sollozo que me inundó el pecho. Ya no se trataba sólo del atraco, con sus desgracias derivadas: la pérdida del dinero y los comprobantes. Ahora tenía en mi haber un accidente estúpido en territorio enemigo que, comprobé tras una somera inspección, me había obsequiado heridas de variada cuantía. Un conjunto de viejas frustraciones llegó al galope y me cubrió como un manto de ceniza. Había despilfarrado la vida en una serie de episodios banales, extraviando el camino y dilapidando oportunidades. Y ahora esto. Por lo menos no parece haber ninguna fractura, me animé. Pero el tajo en el brazo parecía profundo y el muslo me dolía de un modo horrendo. No tardé en descubrir que se me estaba inflamando el tobillo izquierdo, producto de una torcedura a la que no le había

prestado atención. En otras circunstancias cualquiera de los daños hubiera podido reclamar un rol protagónico; en éstas, parecían asuntos de rutina. Me consoló la idea de que, excepto morir devorado por los perros, las peores catástrofes ya se habrían agotado. Y si me tengo que morir… No creí que hubiera margen para lamentaciones, en ese caso.

—Laucha, las piernas. Jiménez, la cabeza, vamos, fuerza. —La voz del Francés sonó inconfundible, inesperada. Aunque estábamos a pocos metros del negocio, me pareció extraño que apareciera de la nada, como si hubiera estado esperando al pie del terraplén. ¿O yo había estado inconsciente? —Capusta, silencio; ayudar sí, molestar no.

—Comprendido, jefe —respondió una voz infantil, aunque grave y con un fuerte acento. ¿Tenía un hijo, el Francés? No, me dije, son los golpes; la conmoción me hace desvariar.

No obstante, los hechos se sucedieron con pasmosa verosimilitud. Unas manos fuertes pasaron por debajo de mis axilas; casi al mismo tiempo ocurrió otro tanto con los pies. Cuando la mano se cerró en torno al tobillo inflamado, debo haber pegado un grito.

—Con cuidado —dijo el Francés—. Puede tener algo roto.

—Ojo —dijo Laucha—. Está feo, esto. —¿Laucha? El Francés lo había nombrado hacía un momento y ahora reconocía la voz del chico. ¡Era el que me había robado! ¿Qué hacía ayudándome?

—En la casa lo revisamos —dijo el Francés—, ahora no; vamos.

Me cargaron con cuidado y me transportaron con la seguridad de quienes conocen el camino. No me resistí, por supuesto; lo peor había pasado, o dicho de otro modo: ya no podía pasar algo peor. La esperanza tenía algo de corazonada, apenas apoyada en la razón o la experiencia. Quizá se tomaban todo ese trabajo para quitarme lo poco que me quedaba (el anillo de sello que había heredado de mi padre, la ropa, los zapatos, el reloj, al que Laucha no le había prestado atención). Podían secuestrarme y pedir rescate, suponiendo que mis familiares pagarían alguna suma para volver a verme vivo. O podían degollarme y trocearme para vender mi carne, haciéndola pasar por la de un animal exótico de Oceanía; mi futuro estaba en manos de esa gente.

—¿Adónde me llevan? —logré articular.

—No te preocupes —dijo el Francés—, no te dejaremos caer. —Me desconcertó el cambio en el tratamiento; el Francés nunca me había tuteado.

—¿Tiene novia? —dijo la voz infantil, Capusta, recordé.

—Silencio, niño —amonestó el Francés.

El empeño del Francés por hacer callar a Capusta, cortando de raíz su afán por ser sociable, debía obedecer a un propósito, a un plan, tal vez.

—¿Cuál es la idea? —dije—. Podría ir caminando, si me apoyo en ustedes.

—No puede, señor —dijo Jiménez, hablando por primera vez. Parecía santiagueño, por el acento, pero no podía estar seguro—. La herida del brazo está sangrando mucho.

—No camino con los brazos —protesté.

—… y el tobillo está hinchado —agregó Jiménez.

—¡Silencio! —dijo el Francés en un tono que no invitaba a discutir.

La puerta de una casilla se abrió. Hubiera jurado que se trataba de la misma que había golpeado unos minutos atrás. Pero ni siquiera estaba seguro de qué lado del terraplén había quedado tras la caída. Además, mi noción del tiempo estaba desfigurada. Dije unos minutos, pero pude haber dicho algunas horas, o algunos años.

—Pasen —dijo una mujer. No le pude ver la cara, pero seguramente era la misma que ya conocía, o no; ¿había alguna diferencia? Me depositaron sobre una mesa de madera y todos se apartaron al mismo tiempo, como si hubieran obedecido a una orden.

—Es el que vende los libros —dijo el Francés—, hay que curarlo.

La mujer acercó una luz intensa a la herida del brazo y la inspeccionó con atención, sin tocarme en ningún momento.

—Está feo, eso —repitió Laucha, quien no parecía tener buen estómago para las heridas.

—¿Adónde dejaste la jeringa? —le dije. Me pareció que el Francés, Jiménez y Capusta se rieron; Laucha gruñó. Me pregunté por mi futuro mientras la mujer limpiaba el corte. Me parecía estar entre gente borrosa, estrecha de miras y entendimiento, dedicada a sobrevivir de un modo precario, casi animal, como los perros que me habían ladrado un rato antes, hechos de barro y oscuridad. Mientras rumiaba esos feos pensamientos, relacionados con las corrientes adversas que me habían hecho naufragar en una playa ignota, me hice una pregunta crucial: ¿qué sabía yo de los códigos de ellos? Me sentía incapaz de comprenderlos. Mis habituales

recorridos por esa y otras zonas similares, vendiéndoles libros, no me habilitaban para comprender los gestos, a veces ni siquiera las palabras que pronunciaban, aún cuando fuesen palabras que se referían a objetos o acciones que yo conocía perfectamente.

—¿Qué le pasó, don; le duele? —Giré la cabeza y vi que Capusta me observaba con los ojos húmedos. Tenía la tez oscura, un gran rostro de luna llena, mejillas encarnadas y el pelo muy crespo. Sin embargo, el acento era inconfundible, eslavo, balcánico.

—¿Adónde naciste? —pregunté.

—Acá —dijo el niño.

—No mientas —dije reprimiendo un grito; me estaban desinfectando el brazo con alcohol y ardía como ácido.

—Nací acá —insistió Capusta, terco. De inmediato, cambiando el tono, repitió la misma pregunta ingenua del principio —. ¿Tiene novia?

—Déjalo en paz —le dijo el Francés a Capusta; y luego a mí —: No quiere hablar de eso.

Pensé en Bosnia, o Macedonia. Habían llegado muchos refugiados. Como si no tuviéramos bastante con los propios… Rechacé el pensamiento por mezquino, pero no estaba para delicadezas.

La mujer había terminado de desinfectar; aplicó una gasa y vendó el brazo con energía. El corte producido por el filo de hojalata requería la vacuna contra el tétanos, pero me podía dar por bien servido con la curación casera obtenida. Minutos antes había pensado seriamente en que estaba liquidado. Ahora sólo tenía por delante una necesidad febril por entender lo que ocurría a mi alrededor. Las heridas, magullones y torceduras sanarían, antes o después, pero los propósitos de esa gente aparecían como más oscuros y, si se quiere, mucho más amenazadores. No quedaba otro recurso que preguntarle directamente al Francés.

—¿Me explicarán lo que pasa?

—¡Cállese! —dijo Jiménez, de mal modo.

—No, está bien —dijo el Francés—; le vamos a explicar.

Me senté sobre la mesa de madera. Cuando la pierna quedó colgando el tobillo empezó a latir como un corazón, aunque el muslo me había dejado de doler. Estaba en malas condiciones, lejos de casa y a merced de una pandilla cuyas intenciones eran, por lo menos, poco claras. ¿Qué podía esperar?

—Adelante —dije—, puedo escuchar; mis oídos no se

rompieron, están perfectamente. —Capusta se rió.

—Lo del asalto —dijo el Francés— no fue casualidad, ¿entiendes? Laucha no es chorro.

—¿Trabaja para usted? —dije, ingenuamente.

—No somos delincuentes —dijo el Francés—; vamos en otra… dirección; es decir, esto tiene sus motivos. Lo que cada uno hace para… ganarse la vida, es otra cuestión. ¿Puedes apoyar el pie?

—Veamos —dije. Apoyé el pie derecho en el suelo, confiando en que la pierna, a pesar del muslo desgarrado, sostendría el peso del cuerpo. Me equivoqué. Caí teatralmente y mi cabeza golpeó contra el borde de la mesa. Cuatro, pensé al borde de la inconsciencia. Unas fuertes manos, las de Jiménez, supongo, me sostuvieron y, otras, Laucha de nuevo, ayudaron a ubicarme en una cama baja que olía a lana húmeda y a orín.

—No creí que estuviera tan perjudicado —dijo Jiménez. El Francés no contestó. Capusta, en cambio, encontró propicia la ocasión para acercarse y colocando un dedo sucio y grueso sobre mi párpado puso el ojo al descubierto.

—Está vivo todavía —dijo—. La novia se va a estar tranquila.

—Claro que está vivo —dijo el Francés—, nadie se muere por una caída y un par de cortadas.

—Estoy vivo —rebuzné. Desde mi nueva posición veía el techo de chapa por el que se filtraba un hilo de luz lunar. Me acomodé como pude y así permanecí un largo rato, para considerar la situación, descansando y reflexionando con los ojos casi cerrados. Los olores, penetrantes y extraños, me llegaron al olfato como señales inapelables de que me hallaba demasiado lejos de casa. Ninguno de ellos habló en todo ese tiempo, como si esperaran mi siguiente movimiento. De acuerdo, me dije, no los voy a defraudar. —¿Quiénes son ustedes? Mejor dicho: ¿qué son? Y la pregunta del millón, ¿qué quieren de mí?

—Dejemos quienes somos, por ahora —dijo el Francés—; podríamos ser criaturas de otro planeta, y no cambiaría nada, quizás; ¿lo aceptas? —Lo dijo sin ironía, como señalando un hecho vulgar. Debo haber hecho un gesto de dolor, porque Capusta me miró como quien mira a un sapo reventado al costado de la ruta.

—¿Te duele? —dijo el chico.

—Un poco. ¿Cómo es eso? No estoy de humor para chistes malos.

—Hablo en serio. Es muy difícil de explicar. Se trata de un

lugar especial, sin que importe si somos o no de ese lugar —insistió el Francés—. Ese lugar nos pertenece, y queremos ir allí, pero no es un viaje directo.

—No lo entiendo, Francés, de veras.

—¿Y si fuéramos gente de otro lugar, qué, eh? —dijo Capusta. El Francés le apretó el brazo y el chico quedó en silencio.

—Eso no importa —dijo el Francés—. El asunto es otro.

—¿Está inventando todo esto para justificar a un ratero que me robó lo poco que tenía en la puerta misma de su negocio? No lo puedo creer. Usted es un hombre grande, Francés y bastante inteligente.

—Él no miente —dijo Capusta, resentido.

—No miento —dijo el Francés, serio.

—Le dije que no valía la pena —dijo Jiménez—. Le dije.

El Francés, obstinado, siguió hablando en el mismo tono monocorde, como si en el fondo todo le importara un bledo. —¿Nunca se te ocurrió que podían pasar cosas, en la periferia de su experiencia? Imagina otros lugares, en los que hubiera seres, físicamente semejantes a los humanos, pero no iguales, que no son de este lugar.

Resoplé de un modo grosero y el Francés hizo silencio. —¿Me va a decir que vinieron en una nave y que la guardan por aquí, en la villa?

—No, no es una nave —dijo Capusta, con toda su inocencia a flor de piel—. Es… no es, es otra cosa. —El niño se tapó la boca, como si ese fuera el mejor procedimiento para evitar el flujo de palabras. ¿Y si a fin de cuentas había algo inexplicable de lo que esa gente trataba de hacerme partícipe y no sabía cómo? La actitud de Capusta era elocuente.

No obstante, el Francés siguió como si nada. —Digamos que lo aceptamos sin entenderlo, a fuerza de habitar en los nichos menos favorables, y que pudimos sobrevivir en las peores condiciones. Está ahí y es nuestro, pero no lo entendemos y necesitamos ayuda para entenderlo.

—Hace un momento dijo que no son de este planeta. ¿Lo dijo o no? —Detecté mala intención en mis palabras, pero el Francés no se inmutó.

—No lo dije. Hablo de un lugar en este planeta. Quizá sea un experimento, que tal vez unos han tramado algo para averiguar cómo respondemos en diferentes condiciones. Hasta es posible que

los que lo idearon sean como nosotros, aunque nunca los vimos.

—¿Usted escucha lo que está hablando o es sordo a sus propias palabras? —Una ira imbatible me subía por la garganta, pero era tan evidente mi inferioridad que me tuve que contener; y el Francés seguía sin prestar atención a mis objeciones.

—Tal vez seamos de su misma cepa, y nos pusieron aquí para ver si nos adaptamos. Más tarde el experimento se interrumpió. Ellos nos olvidaron aquí y no regresaron. O perdieron el interés, o se extinguieron. ¡Vaya a saber! Pero tenemos pruebas de que ese otro lugar existe.

El Francés había cambiado. El hombre triste y resentido al que le había vendido libros durante mucho tiempo no estaba loco. Sumido en mis propios padecimientos, carecía de los recursos habituales para refutar la disparatada historia que trataba de hacer pasar por verídica. Así y todo estaba claro que debía haber un propósito detrás.

—Francés, por favor —dije sobreponiéndome al punzante dolor del brazo; en el tobillo redoblaba una marimba y una vieja me retorcía el muslo como si fuera un trapo sucio. Busqué sin éxito el cuarto suplicio, la cabeza. Por lo visto había sido un golpe menor—. Está fantaseando. Además de increíble, la teoría tiene un tufo lacrimoso que no le sienta. Su conjetura coloca a todos los pobres del mundo en un insalvable rol de víctimas. Somos indigentes, vivimos en villas y favelas porque hemos sido señalados con el dedo de lo inexorable, ¡por favor! Denme comida y bebida, soy pobre y desdichado. Compasión. Caridad. ¿No tiene algo mejor? ¿Quiénes los dejaron abandonados? ¿Seres de otra dimensión?

—¡Usted no sabe nada! —exclamó Capusta—. Mi tío sabe, usted no. —Estaba a punto de llorar. De reojo vi que Laucha acariciaba la cabeza del chico y lo tranquilizaba. Me senté en el camastro y abarqué al grupo con la mirada. La mujer estaba calentando agua y rellenaba una calabaza con yerba. Jiménez había tomado un palo y lo desbastaba con un cuchillo de monte. Los otros, con el Francés a la cabeza, se limitaban a contemplarme en silencio, como si yo fuera, en efecto, un ejemplar de una especie extraña con el que no se sabe qué hacer. De hecho, el extraño era yo y no ellos, la mayoría.

—Por las dudas —dije—: no soy comestible, mi carne no es sabrosa.

—Ahora el que te haces el chistoso eres tú —dijo el Francés —. Me entiendes, pero te haces que no entiendes.

—Hablemos en serio —dije—. Podría aceptar que son una

banda terrorista, y que operando desde este agujero pretenden hacer saltar por el aire al injusto sistema capitalista, bueno. Pero no me vengan con cuentos de ciencia ficción, no a mí, que soy un especialista. —Hice una pausa, tratando de que la frase siguiente sonara convincente y rotunda. —¿Qué hay verdaderamente detrás de esta fábula? Usted trata de explicarme algo que realmente existe, pero no sabe cómo encararlo, ¿es eso?

Laucha miró al Francés, como si le estuviera pidiendo permiso. Confié en que no planeara inyectarme con su temible jeringa. Pero el Francés movió la cabeza. —Igual seguiremos adelante —dijo, y sonó enigmático. Luego, sin dejar de mirarme con unos ojos más profundos que su amargura, arrastró una silla de respaldo y se sentó al revés, apoyando el mentón en la madera transversal. Durante algunos segundos no dijo nada. En el ambiente reinaba cierta hostilidad, como si sintiesen un disgusto instintivo hacia mí, como si les repugnara hallarse en contacto con una persona tan diferente, del otro mundo, según imaginaban, en sentido concreto o metafórico, y de la que al mismo tiempo dependían para hacer algo. La pausa me permitió reflexionar acerca de la trama que me había llevado a estar en una posición tan vulnerable, entre desconocidos cuyos propósitos y métodos me eran totalmente ajenos. ¿Qué diría Sara si una cámara fisgona estuviera filmando todo desde el techo? Vería casi la misma escena ya descripta, excepto que la mujer pasaba el mate y lo recibía vacío y lo volvía a llenar. Capusta se había tranquilizado y Laucha observaba con ojo crítico la punta tallada por Jiménez.

—De acuerdo —dijo el Francés; se palmeó el muslo con la mano abierta—. Las cartas sobre la mesa. Tenemos miedo. ¿Eso puedes entenderlo? Nos enfrentamos a algo que está más allá de nuestras facultades y necesitamos ayuda, y por eso te buscamos a ti. No tenemos a quien recurrir. La gente de afuera, que no nos conoce, no va a aceptar lo que tenemos para mostrarte. Esto es un barrio marginal, no somos de fiar, ¿entiendes?

Lo miré frunciendo el ceño. —Entonces es así nomás: una nave extraterrestre y a sus tripulantes prisioneros.

—¡No, hombre, no seas estúpido! —estalló el Francés, perdiendo la paciencia.

—Entonces se equivocaron conmigo; yo soy como ustedes, igual de vulnerable.

—¿Tiene miedo? —dijo Capusta.

—Claro que tengo miedo. El miedo está tan incrustado en las entrañas de la sociedad que se confunde con la realidad misma.

—Me parece que tiene fiebre —dijo Laucha.

¿Tenía fiebre? Me sentía mal, pero al mismo tiempo intuía que el miedo había decantado en una dirección definida y aunque no fuera visible todavía, lo peor ya había ocurrido. ¿Era eso? —Yo nunca fui perseguido —logré decir—, nadie me acosa, no sé lo que es ser un marginal, por lo que no soy el más indicado para ayudarlos. —Un nuevo dolor punzante me recorrió el costado, en zig-zag, como un relámpago.

—No es eso —dijo el Francés—. Pero tenemos derecho a buscar una salida. Doble o nada. ¿Se anima?

—¿Doble o nada? ¿Por qué yo? Ustedes están fritos y es entendible que depreden lo único que los otros tienen en abundancia, además del dinero, claro, y las casas y los autos y las joyas. Pero yo no tengo nada que ver con eso.

—No está a nuestro alcance, como es lógico, excepto que lo robemos. Pero no se trata de robar objetos, como siempre se hizo y vernos sometidos a una caza despiadada y a ser tratados como ratas, no. —El Francés hizo una pausa, como si estuviera ordenando una secuencia de complejos pensamientos; no lo interrumpí, y él continuó: —El miedo nos ha vuelto torpes y sanguinarios, nos hace escupir veneno, pero queremos cambiar eso, dejar de fabricar muros y corazas con los despojos del mundo de ellos y empezar a fabricar el nuestro, propio, ¿entiende?

—No, pero igual siga; tal vez tenga sentido al final.

El Francés me miró preocupado. —Creí que entenderías. No tengo mucho más para decirte y el idioma me cuesta.

—Si tengo que entender lo que está en la superficie, no está diciendo nada que no sepa, salvo que lo hace de un modo oscuro, casi incomprensible. Si el mensaje está oculto, no, no lo entiendo.

—Tenemos un portal —dijo Capusta sin contenerse.

—¿Que tienen qué? —Me empecé a reír, pero desistí de inmediato. La herida empezaba a latir con dentelladas de acero. —Laucha tiene una jeringa. El Francés debe tener una Kalashnikov o una bolsa con cocaína en el ropero. Capusta tiene un portal.

—¡No eso, hombre! —exclamó el Francés.

—Dígaselo directamente —intervino Jiménez; hacía muchos minutos que había terminado de aguzar el palo y se entretenía buscando algo en qué ensartarlo. ¿Pensaría empalarme? Seguramente no; la punta del pedazo de madera no era demasiado agudo, seis o siete milímetros, el grosor de un lápiz, más o menos.

—Para decírselo directamente —dijo el Francés volviendo a

tratarme con formalidad— lo hubiera hecho al principio. El problema es que si se lo digo directo va a salir corriendo.

—¿Le parece? —alegué, irónico—. No estoy como para salir corriendo. ¿Qué es lo maravilloso que me tienen que decir y no estoy preparado o no voy a entender? ¡Eh, Capusta! —Disparé la interjección y el nombre de un modo que el chico no pudo resistir.

—El portal es lo que hay que decir —dijo Capusta. Y se tapó la boca de nuevo. Y bajó la cabeza. Pero el Francés, en lugar de regañarlo o tirarle un mamporro, le sonrió mesándole el cabello.

—Tenía razón, Jiménez —dijo el Francés—; era mejor escupirlo directamente. El niño resolvió el problema con su inocencia.

—¿No le dije?

—Todavía no entiendo gran cosa. Un portal que comunica con algún lugar, me imagino. ¿Tiene sentido? ¿O la gangrena me llegó al cerebro?

—Venga. No, espere. —Miró hacia los costados, como buscando algo. Apuntó con el dedo a una silla y remarcó, moviéndolo varias veces hacia adelante. —Esa; parece sólida.

Laucha se encogió de hombros. —Hubiera sido mejor con ruedas.

—¿Tienes uno con ruedas? —Noté que el Francés aparentaba una severidad que estaba lejos de su temperamento. Así que todo había sido una cuidada puesta en escena. ¿Desde cuándo? ¿Desde el principio o sólo por hoy? Tal vez habían tenido que improvisar, pero me inclinaba a pensar que obedecían a un guión, preparado a partir de mi visita anterior. El Francés sabía que yo no regresaría al barrio después de cobrarle la última cuota de los libros.

—Yo no quise hacer macana —gimoteó Capusta tardíamente.

—No hace falta que llores —dijo el Francés—. No hiciste una falta grave. Nosotros comprendemos, ¿no es cierto? Y hasta nos hiciste un favor, a lo mejor.

Capusta se pasó el dorso de la mano por los ojos; parecía como si hubiera llorado aceite.

—Con cuidado —dijo Jiménez. Se ubicó junto a mi flanco derecho, el más dañado y soportó el peso del cuerpo. Me sentaron en la silla y entre los tres me sacaron de la vivienda. Éramos una procesión ridícula y Capusta se rió; hacía bien en reírse. Los chicos pasan con suma facilidad del llanto a la risa, me dije, aunque no tengo mucha experiencia en la materia. En ese momento pensé en Sara y en que hacía rato que debía estar preocupada por mí.

—Tengo un teléfono celular en la mochila —dije mirando a Laucha lastimeramente—. Déjenme llamar a mi hermana.

—No va a llamar a nadie todavía —dijo el Francés, repentinamente áspero—. Primero vamos a terminar con esto.

—¿Se puede saber por qué?

—No. Estamos llegando. —Volvía a tratar de parecer severo, pero sin lograrlo del todo. Cada vez estaba más seguro de que lo que encubría lo hacía sentir incómodo; era algo banal y no era hábil para hacerlo pasar por trascendente.

Pasamos del otro lado del terraplén y nos internamos en una calle oscura pero, para mi sorpresa, prolijamente pavimentada. Parecía pertenecer a otro barrio, a otro país. Las casas seguían siendo modestas, aunque pulcras y bien construidas, con jardines al frente y tejados venecianos. Capusta corrió por delante de todos nosotros gritando como un desaforado.

—¡Gaudencio! ¡Lo trajimos al tipo de los libros! ¡Gaudencio, salga! —Los gritos del niño fueron tapados por los ladridos de un mastín que se arrojó contra la verja de una casa que no se distinguía de las demás. Pero Capusta extendió una mano entre las varas de metal y el animal se calmó como por arte de magia.

En la penumbra creí distinguir que la boca del Francés se torcía a causa de una sonrisa. ¿Habían estado jugando conmigo, a fin de cuentas? Posaron en el suelo la silla en la que me habían traído y esperaron en silencio que se encendieran las luces de la casa. Al cabo de un rato apareció un hombre de unos sesenta años, canoso y desgreñado. Calzaba zapatillas de paño, una bata de franela le cubría el cuerpo y un cigarrillo apagado le colgaba de la comisura de los labios. Arrastró los pies para llegar hasta donde estábamos y me miró con los dientes apretados; luego parpadeó e hizo una seña para que no me moviera de la silla.

—¿Este es el famoso vendedor de libros? —dijo finalmente con voz de borracho.

—Se lastimó mucho —dijo Capusta.

—A usted no le pregunté nada —dijo el viejo sin mirar al niño.

—Gaudencio —dijo el Francés—: le expliqué algo, no mucho, un poquito. Creo que va a servir.

—Eso lo digo yo, Francés —dijo Gaudencio, siempre de mal modo. Por lo visto era un viejo resentido y caprichoso, acostumbrado a mandar, un milico retirado, tal vez. Pero mi atención no lograba hacer pie en la extraña conducta del viejo

porque Jiménez, que había traído consigo el palo aguzado, empezó a hacer algo que me obligó a pensar que estaba loco. En el frente de la casa de Gaudencio había una curiosa estructura de cristal cubierta por un dosel que, más que reflejar los mínimos destellos nocturnos, parecía absorberlos. Jiménez estaba atacando el panel con el palo pero éste en lugar de chocar se hundía, y en lugar de chirriar siseaba. Sin pasión, el hombre acometía una y otra vez, por lo que terminé imaginando que Jiménez tocaba determinados puntos con la aguja de madera. Aunque no nos separaba una gran distancia, la penumbra en la que estaba inmerso no me dejaba estar seguro de lo que veía.

—Vamos —dijo el Francés—. ¿Puede caminar?

Probé aferrado al brazo del Francés y apoyando la pierna más perjudicada primero. A pesar del dolor resistió el peso del cuerpo; más confiado, di un paso; no era tan terrible. Concentrado en mis averías, había olvidado por un momento el accionar de Jiménez. Gaudencio se adelantó con la obvia intención de ser él quien explicara el sentido de la operación, pero se enredó con Capusta y yo llegué junto al dosel antes que nadie.

—¿Qué hace? —le grité a Jiménez como si nos separara un ancho río.

—Gaudencio se lo va a explicar —dijo Jiménez sin mirarme. Seguía picando con el palo aguzado en el tablero de cristal, pero al acercarme advertí que lo que hacía era presionar unas celdas diminutas, como si pulsara el botón de un ascensor; había cientos de celdas. Giré la cabeza tratando de ver al Francés y lo hallé en un repliegue de las sombras, conversando con Gaudencio. Un único rayo de luz, que parecía provenir del dosel, alumbraba la cara redonda de Capusta, quien contemplaba extasiado a los dos hombres.

—Al final se lo voy a tener que explicar yo —dijo Laucha apareciendo a mis espaldas.

—¿Por qué no? Empezaste todo esto. Dámela, tío. Tengo una aguja —dije tratando de remedar su voz.

—Discúlpeme; pero fue idea del Francés.

—Pero te encantó interpretar el papel de chorro. ¿O sos un chorro regenerado?

—Mire, don; esto es muy gordo. Mejor le explico así se deja de pensar pavadas.

—No me vas a creer, Laucha: es lo más sensato que escuché desde que salí del negocio del Francés y me robaste la mochila.

—Yo no…

—Bueno, no me la robaste. ¿Me devolvés el celular?

Laucha buscó con los ojos al Francés y vio que estaba discutiendo acaloradamente con Gaudencio, como siempre. Sacó el celular del bolsillo y me lo tendió.

—Pero no hable todavía. Espere a que le expliquemos esto. Si lo usa va a estropear el trabajo de Jiménez.

Miré el visor y descubrí que Sara no había llamado. En cierto modo era natural, ya que para ella yo debía estar viajando y no había motivo de preocupación. Cuando fueran más de las once de la noche se alarmaría y para eso faltaba una hora. Decidí esperar.

—De acuerdo —dije—. Respetaré eso. ¿No podríamos haber empezado por aquí?

—No —dijo Laucha escuetamente.

—Te escucho.

—Cuando Jiménez termine de puntear verá que en el costado de la casa de Gaudencio se abre un túnel.

—¿Un túnel? Estás diciendo un pozo…

—Le dije que iba a ser difícil.

Jiménez giró la cabeza, como si nuestra cháchara perjudicara la operación que estaba llevando a cabo. El Francés y Gaudencio terminaron la discusión, que sólo lo era por el carácter vehemente de ambos y se ubicaron a nuestro lado. Era como si todos nos dispusiéramos a mirar un partido de fútbol por televisión, en pantalla gigante.

—Ahora se va a abrir un túnel —dijo el Francés.

—Eso me comentó Laucha —respondí—. ¿Se puede saber algo más?

—Ya lo va a ver por sí mismo —dijo Gaudencio, de tan mal talante como siempre. Por lo visto tenía prohibido fumar y conservaba la colilla entre los labios por puro hábito.

—¡Listo! —exclamó Jiménez soltando el aire que parecía haber retenido en los pulmones. Clavó el palo en la tierra, como si ya no lo fuera a usar más y retrocedió un paso.

Al principio no ocurrió nada. Un tenue muaré parecía nimbar los objetos que se hallaban detrás del panel de cristal. Poco a poco, la fosforescencia ganó terreno, cubrió el dosel y el espacio pareció curvarse en torno a un círculo de no más de un metro de diámetro, ubicado casi a ras del suelo. El círculo sólo era visible porque el

muaré se volvía más y más nacarado, como si lo bañara la luz de la Luna. Al cabo de algunos minutos el círculo oscuro pareció resumirse sobre sí mismo, y unas estrías claras, como venas pálidas y ramificadas, se distinguieron en los bordes. Parecía el paisaje surreal que representaría un principiante en su primer cuadro.

Como si estuviera observando el océano a través de un ojo de buey, reconocí la línea del horizonte. Era una franja plateada que se abría camino curvándose en los bordes con un giro audaz. Vi laderas y depresiones sobre las que destellaban luciérnagas y casi de inmediato me vino a la mente que estaba contemplando un mundo virgen, previo, incontaminado.

—¿Es eso? —dije señalando con el dedo la entrada del portal. No tenía duda de lo que era, pero todo lo demás se me escapaba. Eran tantas las variantes que no me atrevía a pensarlas en detalle. Sólo quedaba hacer preguntas hasta que ellos no fueran capaces de contestarlas. Y aún en ese caso seguiría eludiendo la pregunta final y fatal: ¿qué querían de mí?

—Es un portal —digo Gaudencio explicando lo único que era obvio, aunque por primera vez lo había hecho de un modo suave; hasta la voz le sonó un poco menos aguardentosa.

—De eso ya me di cuenta. ¿Adónde lleva? ¿Ustedes pasaron del otro lado? ¿Cómo lo descubrieron?

—¿No le parece que son muchas preguntas para contestar de golpe? —El Francés me observaba sonriendo, con el gesto que se usa para reprender a un chico que ha hecho una travesura y al mismo tiempo ha demostrado su ingenio.

—Lo descubrimos por casualidad, por supuesto —dijo Gaudencio—. El portal es el panel de vidrio y el dosel que lo cubre. Unos chicos que juntaban cartones me lo trajeron.

—Él es el Peluca —dijo Laucha riendo. En el fondo era un chico y la situación le causaba gracia. Cuando Gaudencio les compraba lo que juntaban era el Peluca. Pero esta vez no había tenido tiempo de ponérsela.

—¡Calla la boca, porquería! —bramó Gaudencio otra vez irritado. Pero el de la peluca, que obviamente no se había puesto para salir, sólo era un problema menor, de índole personal y el asunto del portal se imponía por varios cuerpos—. Lo tuve meses juntando mugre, a la intemperie, sin tener idea de qué era. Un día, al mover un perfil de aluminio que vino a buscar un chatarrero de Caseros, se pinchó una de las celdas, lo que produjo una descarga eléctrica y un chispazo azul, muy raro. Por un instante fue como si el espacio hubiera sido acuchillado; una herida que duró un

segundo y se cerró. Paro para mí fue evidente que había dado con algo fuera de lo común.

—¿Qué hizo? —Estaba más que intrigado; mis sentidos de lector de novelas de ciencia ficción se habían puesto en alerta roja y por primera vez desde que Laucha me interceptara a la salida del negocio del Francés, la historia que me contaban, aunque fantástica, tenía cierta cualidad que la hacía verosímil.

—Durante un buen rato me rasqué la cabeza —siguió Gaudencio; parecía estar hablando con total franqueza y estaba seguro de que no omitía detalle—. ¿Qué otra cosa podía hacer? Tengo ciertos estudios, no fui toda la vida esto que ve ahora; yo tenía un buen trabajo y vivía en Palermo, ¿qué se cree?

—No me creo nada —dije—, adelante.

—¿No me cree?

Fue mi turno de rascarme la cabeza. —Quise decir que ya me di cuenta que usted es un tipo preparado. —No sé si sonó verosímil, pero Gaudencio retomó el hilo de su relato.

—La descarga no me había gustado nada, pero que un panel con celdas que no está enchufado a ninguna parte haga eso es por lo menos raro.

Advertí que el Francés y los otros se bebían cada palabra de Gaudencio, a pesar de que habrían escuchado la historia mil veces.

—Siga, siga.

—Pero tenía miedo de probar, ya que nunca me gustó jugar con la electricidad; lo mío es la filosofía, ¿sabe?, no las ciencias.

—¿Entonces?

—Pensé que no perdía nada probando con una vara de madera. Entonces arranqué una rama del árbol, la agucé para dejarla en punta y toqué una celda. ¿Qué cree que ocurrió?

—No tengo idea.

—Lo que acaba de ver. Al principio nada, porque no pasa nada cuando se tocan dos o tres celdas. Pero cada vez que se toca una es como si conservara la memoria, y cuando se tocan exactamente treinta y seis se abre el portal.

No lo podía creer. Un viejo chatarrero que presumía de filósofo de extramuros, me estaba contando que tras apretar treinta y seis celdillas con un palo afilado se abría una puerta a otro mundo, un universo paralelo o al culo de un agujero de gusano. Y lo peor de todo era que no se trataba de una fábula, ya que el producto lo estaba viendo con mis ojos y en ese mismo momento. El portal

permanecía estable, sin más fluctuación que leves cambios de la sombra que arrojaba el muaré plateado.

—¿Usted se metió adentro?

—¿Esa vez? ¡No! ¿Está loco? No podía saber si me iba a quedar fulminado. Pasé horas y horas mirándolo y pensando. Le aclaro que lo que se veía del otro lado no era esto que se ve ahora. Según la combinación de celdas que se arma es el paisaje que aparece. Hay doce docenas de celdas, ciento cuarenta y tres, en realidad, porque la que pinché e hizo la descarga el primer día quedó inutilizada. O sea que se pueden formar millones de combinaciones.

Millones de combinaciones. Millones de preguntas sin respuesta. Volví a mirar uno por uno a todos de la banda y descubrí que me observaban ansiosos, como si yo estuviera a punto de explicar todo mediante una sencilla teoría.

—No soy científico —me defendí.

—Ya lo sabemos —dijo el Francés—: sólo es un hombre que vende libros. Pero usted conoce a gente que enseña en la universidad, profesores que pueden interesarse en esto, puede hacerlos venir y dos o tres juntos empezar a explicar lo que significa el portal.

—¿Laucha los va a amenazar? ¿Venga a ver el portal o lo pincho?

—¡Hombre, no! —protestó Gaudencio—. No teníamos más remedio; usted no hubiera venido por las buenas.

—¿Y si salía mal? ¿Qué otras posibilidades barajaban si no me caía terraplén abajo?

—Dejemos eso —dijo el Francés—. Podemos discutirlo después. Ahora aprovechemos el tiempo.

Era la primera vez que se planteaba el tema de la duración del fenómeno o efecto o como se quiera llamarlo. Tendría que haber imaginado que el portal permanecía abierto durante un lapso y luego se cerraba. Y eso no era algo menor. Fue en ese momento que advertí que un nivel profundo y autónomo de mi mente ya estaba considerando la posibilidad de pasar.

—¿Cuándo se cerrará?

—Esta combinación —dijo Gaudencio mientras miraba un reloj que había sacado del bolsillo de la bata— mantiene el portal abierto cincuenta y cinco minutos. No sabemos qué determina eso. Para cada combinación hay un lugar y cada lugar dura un tiempo abierto y se cierra. No sabemos si son diferentes puntos del mismo

mundo o si son mundos diferentes.

—Tengo más preguntas que las que puedo formular.

—Claro —se burló el Francés—; así que imagínese nosotros.

—Pero se puede volver a abrir el mismo, durante otros tantos minutos. Todo el sistema funciona desde que cae el sol hasta el amanecer. Y no pregunte por qué; no tenemos la más puta idea.

—¡Peluca, el niño! —El Francés miró a Gaudencio con severidad. El viejo se encogió de hombros y el rostro de luna de Capusta se encendió con una enorme sonrisa.

—Si yo esa ya me la sabía.

—Ya sabemos todas las porquerías que usted sabe porque aprendió por ahí —dijo el Francés—, pero nosotros no seremos sus maestros de eso.

—Mi maestro, en la escuela —dijo Capusta dirigiéndose a mí, como si buscara aprobación— dice malas palabras, no a veces, sino siempre.

—Lo que hace su maestro ya lo vamos a arreglar —dijo el Francés—, pero aquí hablamos sin malas palabras.

Gaudencio resopló mirando al cielo. Yo notaba que los minutos pasaban volando y si seguíamos charloteando iba a salir el sol antes de que adoptáramos alguna conducta definida con respecto al portal. Así que tenía que ser yo el que, como un ciego en medio de la pista, eligiera a la más linda del baile.

—¿Ustedes quieren que pase yo?

Esperaban y temían ese momento, supuse, pero por la forma en que reaccionaron descubrí que no, no era eso lo que esperaban de mí.

—Ya pasamos —dijo Gaudencio—, varias veces. Le estaba contando como llegué a la conclusión de que había que pinchar treinta y seis celdas.

—Acierto y error.

—Más o menos. Tuve suerte en una cosa. Lo hice de noche y pinchando y esperando, pinchando y esperando. No pasó nada hasta la treinta y cinco. Y cuando pinché la treinta y seis…

—¡Plaf! —exclamó Capusta al tiempo que palmoteaba con fuerza. Di un salto y descubrí que estaba tenso.

—Cuando pinché la treinta y seis se abrió el portal.

—No le cuente el final de la película —dijo Laucha.

Volví la mirada al portal. El círculo de muaré parecía un

poco más oscuro, y ahora sólo eran visibles las nervaduras más pálidas. Pero ese fue el instante que eligió la abertura para sufrir una mutación, y fue simultáneo con el comienzo de la señal de llamada de mi teléfono celular.

—¿No te dije que no se lo dieras? —Alcancé a oír la voz del Francés superpuesta a la de Sara. Pero tenía que hablar con ella y no tuve más remedio que hacer un ostentoso movimiento con la mano.

—¿Adónde te metiste? Son las once y media.

—No te lo puedo explicar, Sarita. No me pasa nada grave. Me caí y me están curando en una sala de primeros auxilios de este lugar.

La Sara maternal se puso en acción con toda su energía. A ella no le importaban los portales, y mucho menos los portales de cuya existencia no tenía la más remota idea.

—¿Te cortaste? ¿Te vendaron? ¿Te pusieron la vacuna contra el tétanos?

—Te llamo en un rato. Ahora corto porque parece que mi celular interfiere con los equipos. Lo voy a apagar.

Y sin espera la respuesta de mi hermana cumplí con lo prometido. Alcé la vista para descubrir que el portal había desaparecido.

—Por eso mismo —dijo el Francés—, no queríamos que lo tuviera.

—¿No me lo podrían haber dicho? ¡Qué retorcidos que son ustedes!

—No nos hubiera creído —se disculpó Gaudencio, como si hiciera falta.

—De acuerdo. ¿Y ahora? No necesito prenderlo por un par de horas. Va a estar intranquila, porque es su estado natural. Pero por lo menos no va a llamar a la policía y los bomberos.

—Un par de horas no alcanzan para nada —dijo Gaudencio —. Pero no importa. Lo que queremos es que nos ayude y para eso primero tenemos que hacerlo entender qué es el portal y qué nos proponemos hacer con él, si se puede.

Una mosca me zumbó dentro de la cabeza. Qué nos proponemos hacer con él. Qué nos proponemos hacer con él. Ahí estaba la madre del borrego; ¿cómo no lo había pensado antes?

—Dijo que ustedes pasaron. —Tenía que saber más antes de encarar el asunto crucial.

—Pasamos —dijo el Francés.

—Pasamos —dijo Gaudencio, como si la única declaración válida fuera la de él—. A ésta que se acaba de cerrar y a otras… ¿Cuántas, Jiménez?

Jiménez sacó una libretita mugrienta de un bolsillo de su mameluco. —Once.

—Sólo once —dijo Gaudencio—. Hay millones.

—Claro. ¿Y cómo las identifican?

—¿Es tonto o qué? Le pusimos números a las celdas. Hasta ahora hicimos de la uno a la treinta y seis, de la dos a la treinta y siete y así. Ya habrá tiempo de explorar más. La fallada es una del medio, la setenta y cinco.

—¿No probaron saltear?

—Sólo una vez —dijo Gaudencio—, pero no guardamos la combinación. El portal enfocó un lugar más extraño que cualquier cosa que se pueda imaginar, con formaciones de cristal y unos reflejos violetas que cruzaban el cielo, pero no eran relámpagos ni otras formas de descargas eléctricas, sino una especie de jugos que sacudían el aire como látigos.

—Nos dio miedo —dijo Capusta.

—¿Llevaron al chico? —No podía creer que esa gente fuera tan atolondrada.

—No —dijo el Francés—, miraba desde acá. Pero nos dio miedo, como dijo el niño. Esa vez pasó Laucha. Nunca fue más de uno y ese día no se apartó más de medio metro del portal. Fue sólo para mirar lo que había.

Volví sobre mis pasos y me senté en la silla que habían usado para traerme. La escena debía ser bastante ridícula, con algún tinte surrealista, porque hasta Capusta, que no podía tener ninguna noción teórica acerca del asunto, se tapó la boca para ocultar la risa.

—¿Cómo sigue? —dije, haciéndome el desentendido.

—¿El portal? Podemos abrirlo de nuevo en cualquier momento. —Gaudencio le hizo una seña a Jiménez. Por lo visto, y a despecho de lo poco versados en cuestiones científicas y tecnológicas que pudieran ser, se manejaban con envidiable solvencia.

—Esperen. Yo quiero pasar.

—Eso no es lo más importante —dijo el Francés.

—No es —repetí—. ¿Qué es lo importante?

—Lo otro. ¿No se da cuenta?

—No; explíquemelo.

El Francés trató de darle el pase a Gaudencio, pero éste rehusó. Por lo visto no se sentían demasiado cómodos tocando ese aspecto de la cuestión. Decidí dejar de hacer el tonto y ayudarlos.

—Tenemos que estar seguros —dijo el Francés hablando lentamente—, de que no lo vamos a perder.

—Estoy de acuerdo —dije, sorprendiéndolos—. Yo los voy a ayudar para que no lo pierdan, pero no va a ser fácil.

—¿Ahora entiende lo que pasaría si dejamos que venga cualquiera?

—Claro que entiendo. No se ofendan por lo que les voy a decir, son las palabras de ellos, no las mías, pero: ¿cómo vamos a dejar el portal que nos comunica con otros mundos en manos de una manga de marginales, juntadores de botellas y cartones? ¿Sí o no?

—¡La puta que los parió! —estalló Gaudencio.

—¡Peluca, la boca!

—Está bien —dijo Gaudencio—. Pero es así como dice tu amigo. Nos van a dejar sin nada y encima nos van a mandar a la Antártida, a despiojar pingüinos, donde no podamos hablar ni entre nosotros.

—Calma, Peluca —le dijo Jiménez pasándole la mano por el hombro. Por lo visto conocían a fondo los arranques de Gaudencio y se habían acostumbrado a contenerlo. El viejo se sacudió la mano, de todos modos, y tocó la colilla, que debía tener pegada al labio, para comprobar que seguía allí. No parecía ser el conductor ideal para el proyecto Portales, pero las cosas son como son, no como a uno le gustaría que sean…

—¿Lo abro? —dijo Jiménez. Desenterró el palo aguzado y le limpió la punta.

—Un momento —respondió el Francés. Se volvió hacia mí y se inclinó para hablarme en voz baja, como si los temas de salud fueran impúdicos. Tipo raro, el Francés—. ¿Cómo te sientes? ¿Te duele mucho? —Era como un juego: otra vez me estaba tuteando. Seguramente eso tenía que ver con sus estados de ánimo.

—Supongo que la excitación me hizo olvidar el dolor.

—¿Necesitas pasar del otro lado?

—No me lo perdería por nada del mundo. —Me moví en la silla para acomodar el muslo desgarrado y apoyar el brazo herido.

Pero lo peor era el tobillo, que se había inflamado feo. Por primera vez en varias horas volví a pensar en el regreso a casa, aunque desde una perspectiva totalmente distinta. Todo era distinto, mi vida misma había cambiado tras el asalto fingido y el revolcón en el terraplén. Y ya que podía dejar de preocuparme por eso, porque no valía la pena, concentré la energía en el asunto crucial, lo que todavía nadie había sabido o querido explicarme.

—¿Qué hay del otro lado?

—Depende. —Al Francés parecía gustarle hablar de eso—. ¿Cuál de los mundos?

—No sé, cualquiera, uno al treinta y seis. ¿No fue ese el primero que visitaron?

—¡Un momento! —dijo Gaudencio—. Todavía no cerramos el otro asunto. ¿Qué va a pasar cuando éste vuelva a su casa y le cuente a la hermana y a la mujer, si tiene, y a los hijos, y a los amigos?

—Ya les prometí…

—No prometiste nada —dijo el Francés, repentinamente duro —. Dijiste que nos ibas a ayudar para que no lo se lo lleven los otros, pero no dijiste que tú no nos vas a cagar.

—¡Tío! —gritó Capusta.

—Perdón, niño, pero no conozco otra forma de decir esto. ¿Nos vas a cagar?

—No los voy a cagar —repetí—. Pero me tienen que tener confianza. Si van a seguir pensando eso, mejor lo dejamos. No puedo hablar con los profesores desde acá. Tengo que ser cuidadoso, ponerme en contacto con ellos de a uno, traerlo, mostrarle, y una vez que estemos convencidos de que no hablará con quien no debe hacerlo, usar su posición para atraer a otro, y así sucesivamente.

Gaudencio movió la cabeza. ¿Lo había convencido? Me incorporé apoyando el pie sano y usando el respaldo de la silla para equilibrarme; ya no podía caminar, pero en cuanto Jiménez abriera de nuevo el portal me iba arrojar de cabeza, como un jugador de rugby que llega a la meta. Haría lo mismo aunque me faltaran las dos piernas.

—Mejor abramos la tres y treinta y ocho —dijo el Francés—. Es más prometedora. Laucha: ¿trajiste la linterna?

—Sí, Francés, acá la tengo. —Laucha encendió un fanal de pura luz blanca. Por lo visto repetían la experiencia con asiduidad, casi como un hábito. ¿Cuándo dormían? Me respondí de inmediato: si yo fuera capaz de atravesar un portal y emerger en otro mundo,

no dormiría nunca más.

Jiménez no necesitaba órdenes. Una vez que el Francés indicó el número, el santiagueño empezó a picar en las celdas sin apuro, lentamente. Por lo visto errarle a una celda y marcar otra implicaba una secuencia totalmente diferente, y ninguno de los presentes quería jugar con el azar. El diámetro de cada una de las celdas era apenas mayor que el de una moneda de diez centavos, unos dos centímetros. Ahora me explicaba el empeño de Jiménez por obtener una punta roma, no tan aguda, que resistiera la secuencia completa sin romperse.

Traté de mover la silla como si se tratara de un bastón canadiense, pero no resultó. Laucha me entregó la linterna y se ofreció como bastón. No podía creer que fuera el mismo chico que un rato antes me hubiera "asaltado".

El portal se abrió cuando quedamos a un par de metros del círculo. Al final tendría que arrojarme de cabeza, nomás, como un clavadista, ya que no veía de qué modo podría apoyar el pie inflamado, de uno u otro lado.

—¿Quieres que lo dejemos? —El Francés estaba pensando lo mismo que yo. ¿Qué podía responderle? Tal vez me despertara en cualquier momento para descubrir que todo el episodio había sido un sueño particularmente vívido y nada más. A disfrutar mientras se pueda, pensé.

—No. Sigo. De alguna manera me arreglaré.

—Yo lo ayudo a pasar y me vuelvo —dijo Laucha. Le miré el orzuelo; no estaba soñando.

—Nunca hubo dos del otro lado —dijo Gaudencio, otra vez de mal humor.

—Hay que probar. ¿Qué podría pasar? Si no sabemos cómo funciona nada de esto. ¿Qué nos hace pensar que algo, del otro lado, se desequilibra cuando pasan dos al mismo tiempo? —Gaudencio contestó con un gruñido. Tomó la colilla entre dos dedos y la arrojó lejos impulsándola con el pulgar. No sabía si eso presagiaba calma o tormenta, pero estaba convencido de que el malhumor del viejo era constante y la bonanza una excepción.

—Vamos, don, ya se abre. —Laucha se ubicó del lado del tobillo hinchado y pasó mi brazo por detrás de su cabeza, acomodando su hombro en mi axila. Como bastón improvisado no estaba nada mal.

El portal se abrió de un modo totalmente diferente. No fue progresivo, con el muaré cambiando de color, las venas plateadas y

todo eso. Fue como un parpadeo. En un instante había negrura, al siguiente un complejo tramado de luces que fluctuaban, débiles, contra un farallón.

—¿Olas? —dije, perplejo.

—Sí —dijo el Francés—. Es un acantilado. Pero el borde está a unos cincuenta metros. Yo mismo fui y me acerqué al océano. Pero no es como el nuestro. Es agua, por cierto, pero sobre el agua flotan cuerpos luminosos. No sabemos si son animales, sustancias químicas o alguna emisión de ondas de alguna clase. Para eso necesitamos a los científicos.

Moví la cabeza hacia un costado, descorazonado. —No va a funcionar —dije—. Aquí hay trabajo para cien años, para millones de científicos. No lo vamos a poder retener.

—¡No! —gritaron al unísono el Francés y Gaudencio—. No se lo vamos a regalar a los que jamás nos dieron nada más que golpes —agregó el Francés.

—Estoy con ustedes. Yo tampoco quiero que se lo arrebaten. Pero esto no es para aficionados. ¿Se imaginan lo que se puede aprender? ¿Lo que podría obtener la humanidad gracias a la exploración de los diferentes mundos?

—No pensará lo mismo cuando lo sienta suyo —dijo Gaudencio—. Uno deja de ser el mismo cuando pasa del otro lado.

—¿Está hablando de algo metafísico? No me venga con esas porquerías; yo no creo en eso.

—Usted primero pase —insistió el viejo—, y cuando vuelva hablamos.

Por un momento me pasó por la cabeza la idea de que me iban a dejar del otro lado, que cerrarían el portal y jamás encontraría el camino de regreso. Pero eso no fue nada. También pensé en Sara y la vi en la cama, desnuda con una de sus amigas. Y me vi a mí mismo, pasando interminables horas en los bares, mirando por la ventana a las mujeres que paseaban por la calle, incapaz de atreverme a abordar a alguna de ellas. Y pensé en las cocheras, ¡malditas sean! ¿Cómo me podía poner a pensar en cocheras en un momento como ése? Fue entonces que Capusta dijo algo verdaderamente estúpido y no tuve más remedio que echarme a reír, a reír de un modo grosero y extemporáneo. Capusta dijo:

—Seguro que del otro lado consigue novia.

Maravilloso; finalmente el chico era nomás de otro planeta. Quizás había visto más muerte, más horrores de los que yo vería en toda mi vida, pero su candoroso modo de ver las cosas me obligaba

a olvidar las penurias físicas y las infinitas complicaciones en las que me vería envuelto a partir del día siguiente. Contemplé a Capusta como si fuese el hijo que nunca había tenido y que tal vez no tuviera jamás y le pasé la mano por la hirsuta y grasienta maraña de cabellos que le coronaba la cabeza.

—Seguro, Capusta, seguro que del otro lado consigo una chica bonita, me pongo de novio y me caso. ¿Vas a venir a mi fiesta de casamiento?

Capusta levantó la vista buscando la aprobación del Francés. Éste movió la cabeza y una sonrisa grande como una luna llena hizo cabriolas en el rostro del chico.

—¡Sí! Y voy a tener un traje nuevo con luces de colores.

No traté de adivinar qué quería decir Capusta con eso. El portal estaba totalmente abierto y una brisa marina fluía entre un universo y el otro.

—Dele, don —dijo Laucha—. No tenemos toda la noche.

Le guiñé un ojo y le dije: —Usá la plata del asalto, esa que me pensabas devolver, para ir a comprar algo de comer para cuando regrese. Pan y jamón, por ejemplo.

—Seguro, don —respondió Laucha devolviéndome el guiño.

Con la ayuda del muchacho avancé hacia el portal. Me arrojaré de cabeza hacia adelante, pensé, y a continuación le rogaré a Neptuno para que del otro lado me reciba un colchón de espuma. ¡Buen plan!

—Diez minutos —dijo Gaudencio mirando su reloj—. A lo sumo quince. Se sentiría mal si viera que la brecha se cierra. Aunque Jiménez trabaje a todo vapor, pasarán unos minutos antes de que se abra de nuevo, ¿entiende? Y eso en el caso de que no le pifie. Porque si le pifia va a tener que esperar todo el ciclo de nuevo.

—Diez minutos serán suficientes, y no me alejaré del portal más de cuatro o cinco metros.

—Hagamos así, don —dijo Laucha—. Paso yo. Usted se queda apoyado en la silla y lo atajo del otro lado, ¿qué le parece?

—¿Y si pasamos la silla? —dije.

—No se haga el chistoso —dijo Gaudencio, que volvía a tener una colilla colgando de la boca. Me llamó la atención, pero no era momento para esas cosas.

—¿Tiene miedo de que se desintegre?

—Nada —replicó el viejo—. Luciría ridículo, nomás. ¿Se

imagina pasar a otro universo sentado en una silla de madera?

Me encogí de hombros. —Peores cosas he visto —dije pensando de nuevo, sin poder evitarlo, en las cocheras y en mi hermana.

Laucha acercó la silla al portal decidido a operar como había indicado, pero a mitad de camino se le ocurrió otra posibilidad.

—Aguante parado sobre una pata, don, como cigüeña. Yo paso la silla y usted acomoda la rodilla del otro lado; después pasa la pierna sana. ¿Le parece?

—Falta el látigo —dije— y tendremos el acto completo del león atravesando por el aro del domador.

—No le entiendo.

—Dejalo.

Gaudencio se acercó arrastrando las zapatillas de paño. Sentía la necesidad de darme las últimas indicaciones, como un entrenador de boxeo a su pupilo. —Cuando esté del otro lado no escuchará el sonido de éste, así que tendrá que mirarme para saber cuando debe salir.

—¿Aire hay, por lo menos?

—No se haga el gracioso.

—Es una pregunta sensata —protesté.

—Por alguna razón —dijo el Francés, tratando de serenar las aguas—, los mundos o universos que se comunican tienen atmósfera respirable. Y aunque nunca pudimos comprobarlo, yo pienso que se trata de este mismo planeta, pero en otro tiempo.

—¿Siempre?

—Sí.

Jiménez me trajo una barra de hierro en la que me apoyé cuando Laucha se llevó la silla. Estaba a un paso del portal y sentía una corriente irresistible que tiraba de mí. Vi pasar al muchacho y me corrió un escalofrío. La idea de meterse en la boca de una fiera se repitió. Y también las cocheras y Sara, pero esta vez con la cabeza entre las manos y los codos sobre la mesa de la cocina, contando los minutos que faltaban para mi regreso. Laucha acomodó la silla y me indicó con la mano que cruzara. Apoyé la barra de hierro en el borde mismo del portal, pasé la pierna lesionada y puse la rodilla en la silla. Luego desplacé la otra pierna y el resto del cuerpo. En todo momento tuve la sensación de que ocurriría algo nefasto. No ocurrió nada. Allí estaba Laucha, y allí yo, a punto de sentarme en una silla para contemplar la noche en otro

universo. O lo que fuera.

Miré hacia atrás y vi a Capusta asomado en lo que parecía el borde de un pozo o la salida de un túnel. Estaba lejos, muy lejos de casa. Acomodé mejor la silla para quedar de cara al mar y me volví hacia Laucha, que miraba hacia todos lados sin saber muy bien qué hacer. En ese instante se me ocurrió algo muy loco: nunca había habido un diálogo en ese mundo. ¿Sería peligroso?

—Laucha: ¿no se les ocurrió mirar las estrellas?

—¿Para? Sí, hay estrellas, si eso es lo que pregunta.

—Bueno, en realidad quería hablar, cualquier cosa, para escuchar nuestras voces. Pero ya que estamos… ¿Te fijaste si son las mismas constelaciones? Las Tres Marías o la Cruz del Sur, ¿están?

Ambos alzamos los ojos al cielo al mismo tiempo. El cielo estaba poblado de millones de microscópicas luces palpitantes, pero no logré reconocer una sola configuración, y ni siquiera me preocupé por comprobar si Laucha obtenía mejores resultados. Dejé que mi vista resbalara por la gran cúpula hasta el sitio en el que debería hallarse el horizonte, pero apenas logré adivinar una tenue cicatriz lívida fundida entre dos negruras diferentes. El océano, calmo como una gigantesca lágrima de cera, fosforecía en varios puntos con el puro e inimitable brillo del oro.

—Prueba uno —dije para darle rigor a la experiencia—: las constelaciones no son las que se ven en la noche de la Tierra. ¿Anota, secretario?

—No traje…

—Es una forma de decir. Prueba dos: lo que brilla sobre el mar no existe ni existió en la Tierra.

—¿Está seguro? —dijo Laucha—. Diga que no existe, pero no puede saber si existió o existirá. ¿Y si estuviéramos en el futuro?

—Buen intento. ¿Por qué no?

—Don: el Peluca está haciendo señas como un mono loco; tenemos que volver.

—Ya vamos. No sé como serán los otros mundos, Laucha, pero éste no es gran cosa.

—Usted sabe que ese no es el asunto. Cuando hayamos probado la que va de la ciento nueve a la ciento cuarenta y cuatro, sólo habremos experimentado algo más de cien combinaciones. Faltarían millones. Seguro que hay de todo, hasta atmósferas irrespirables y bichos gigantescos que lo parten a uno al medio como si fuese un maní.

—Ya sé cual es el asunto. Y sólo resta enfrentarlo. Ayudame un poco. —Laucha me tomó del brazo y yo intenté hacer mi parte. Apoyé el pie lastimado y descubrí que si bien dolía no era insoportable. —Gran avance.

—¡Qué suerte! —dijo el muchacho. Me dejé llevar y pasé por el portal sin necesidad de la silla. Me recibió Capusta dando saltos; parecía un balón de playa con crestas.

—¿Consiguió una novia?

—¿La ves por alguna parte?

—¿Una novia invisible? En los otros mundos hay novias invisibles. —Capusta hablaba con toda la seriedad que permite una imaginación desbordante.

—¿Le queda alguna duda? —Gaudencio, por primera vez, había prendido la colilla, pero no fumaba: respiraba el cigarrillo.

—No me queda. O sí. Ustedes siguen empeñados en considerar el portal como propiedad privada. —Noté de inmediato que todos cambiaban de estado; de distendidos a alertas. El Francés, que siempre había llevado la voz cantante en ese aspecto, me miró con dureza; no quería negociar eso, ni por todo el oro del mundo.

—¿Tienes una idea mejor? —dijo.

—No. Pero lo que pensamos no va a funcionar. Alguien va a hablar, se va a filtrar la noticia, llegarán curiosos y al final lo sabrán los de Inteligencia, o alguna agencia por el estilo. Venderán la información y se enterarán los del norte o los ingleses o tus compatriotas. Alguien se va a enterar y nos van a sacar del medio como si fuésemos pelusa. Hasta es posible que pongan dinero, bastante, o mucho, pero no nos van a querer merodeando por aquí, metiendo la nariz y opinando. Van a querer el control absoluto, aunque lo tengan que pagar.

—Tú sabes que no necesitarían pagarlo. Ellos tienen la fuerza bruta, la prepotencia. Tenemos que hallar otro modo de proteger nuestro portal.

No tuve más remedio que declararme vencido. ¿Qué podía decirle, qué consuelo arrimarle? La ingenuidad de Capusta era nada comparada con la del Francés. Primero íbamos a tropezar con la incredulidad, con el escepticismo más cerrado. Luego, cuando los lográramos convencer, uno a uno, trabajosamente, nos sacarían a patadas de allí, cercarían el barrio con vallados de alambre de púas de tres metros de alto, pondrían gente armada en garitas. O mejor que eso: nada les impedía llevarse el dosel y el panel de control. Hasta el palo aguzado de Jiménez se llevarían.

—Se va a cerrar —dijo el santiagueño, justamente.

—Que se cierre —dijo Gaudencio, otra vez de pésimo humor —. ¿Alguien tiene un cigarrillo entero?

—¿Compraste el pan y el jamón, Laucha?

—Si estuve todo el tiempo del otro lado —protestó el muchacho.

—¿Por qué no fuiste a la despensa del otro lado? —Por lo menos logré arrancarles algunas risitas. Pero fue una nube pasajera. Los rostros sombríos prevalecieron y el clima se hizo más depresivo que nunca. Teníamos el portal y eso significaba menos que nada. ¿Hasta dónde seríamos capaces de operarlo en secreto, por lo menos durante el tiempo suficiente como para que el rédito obtenido permitiera que fuéramos nosotros los dueños de las cercas electrificadas?

—Voy a comprar —dijo Laucha—, aunque a esta hora no sé dónde voy a conseguir algo. ¿Saben qué hora es?

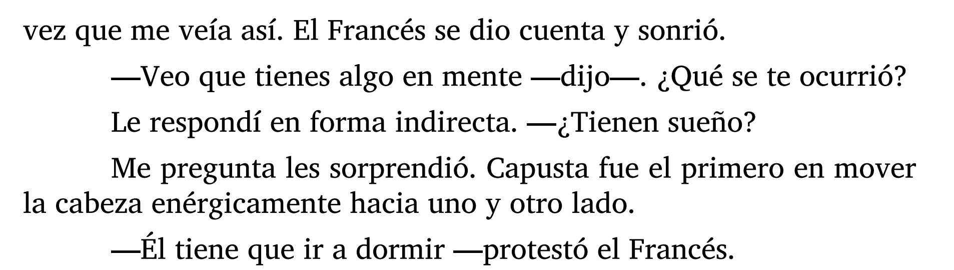
—Hora de que los chicos se vayan a la cama —dijo el Francés mirando a Capusta. El chico rehusó darse por enterado; tal vez imaginaba, no sin motivos, que lo mejor de la fiesta estaba por venir.

Supuse que una llamada en ese momento no supondría ningún inconveniente, ya que el portal estaba cerrado. Encendí el celular.

La voz de Sara indicaba claramente que había llorado. Me llenó de reproches —estaba en magnífica forma, como en sus mejores tiempos— y me hizo prometer que alquilaría un auto de inmediato, que ella se hacía cargo del pago del viaje. También dijo que jamás se perdonaría si me llegara a pasar algo y que ni siquiera me podía garantizar que no hiciera algo irreparable. Lo peor del melodrama clásico, con toques de culebrón y el agravante de que sus sentimientos hacia mí eran cien por ciento genuinos y falsos a la vez.

Cuando corté la comunicación me maldije. ¿Qué necesidad había de que las cosas fueran así? Pensé en las configuraciones posibles y en todas Sara ocupaba un lugar de privilegio, obstaculizando mis posibles salidas con la eficiencia de un comando de las fuerzas especiales.

Me dirigí a Gaudencio con mi peor cara; yo también puedo jugar al chico iracundo, con todas las películas de los sesentas que vi en la Cinemateca. —¿Tiene poco con todo esto que además quiere morirse de cáncer de pulmón? —El viejo retrocedió. Era la primera


vez que me veía así. El Francés se dio cuenta y sonrió.

—Veo que tienes algo en mente —dijo—. ¿Qué se te ocurrió?

Le respondí en forma indirecta. —¿Tienen sueño?

Me pregunta les sorprendió. Capusta fue el primero en mover la cabeza enérgicamente hacia uno y otro lado.

—Él tiene que ir a dormir —protestó el Francés.

—Entonces, cuando lo vengan a buscar, Capusta se va a dormir. —Conocía la respuesta, pero no me correspondía formularla.

—Nadie lo vendrá a buscar —dijo el Francés—. No tiene más familia que yo. En un momento nos iremos a casa.

—¿Su mujer lo espera con la cena, Gaudencio?

—Soy viudo —contestó el viejo, agrio.

—Bien. ¿Laucha?

Laucha se encogió de hombros. Me da lo mismo equivale a me da lo mismo. Lo supe desde el principio. Ese grupo no se había armado por casualidad.

—¿Jiménez?

—¿Qué?

—¿Se tiene que ir?

—¿Adónde?

—¿No se levanta temprano para ir a la fábrica?

—¿Habla en serio? —El santiagueño, pícaro, captó el sentido de mi interrogatorio. —Hace como siete años que no consigo laburo, sólo changas. ¿Usted vio una fábrica?

—Vi muchas —dije, para pincharlo.

—Pero yo pasé los cincuenta; soy material de descarte. Si me quedo quieto me juntan los cartoneros y me venden como chatarra o alimento para perros.

—Eso significa que ninguno de ustedes tiene otros compromisos.

—Oiga —dijo Gaudencio—, ¿anda con ganas de hacer chistes? ¿Ya no le duele nada?

—Me duele todo, pero sí, ando con ganas de hacer chistes, viejo amargado. A ver si se sacude la modorra y aviva el seso, que no es ningún negado.

Gaudencio apretó los puños y por un momento pareció que se me venía encima, pero lo pensó a tiempo y un rayo de luz le

iluminó la mente. —¿Qué propone?

—Así, de primera, se me ocurren tres posibilidades, tal vez cuatro. El portal es de ustedes, no mío, por lo que sólo puedo sugerirlas.

—También es tuyo, ahora —dijo el Francés.

Me conmovió. —Gracias, pero no es justo. No hice nada para merecerlo.

—Es suyo también —dijo Jiménez.

Los otros, a coro, aprobaron.

—Dejemos eso entre paréntesis por ahora —dije—. De todos modos esto depende de lo que decida la mayoría, creo. —No se habían planteado la opción democrática de un modo explícito, pero así habían funcionado, más o menos, con la tácita conducción de Gaudencio o el Francés, aunque escuchando las opiniones de los otros, incluido Capusta.

—¿Adónde quiere llegar? —dijo Gaudencio, impaciente.

—¿Cuánta gente, aparte de nosotros, sabe que existe el portal y qué es?

—Alguno que otro —dijo Gaudencio—, gente del barrio. Borrachos y vagos y vecinas. Pero me respetan y no se meten conmigo. Además, esto no lo entienden. Habrán visto el círculo y algún paisaje, pero noche contra noche, no llama demasiado la atención si usted no está sobre aviso.

—Claro. Eso deja el asunto entre nosotros seis.

—No diga que lo empaquetemos y nos olvidemos del portal —dijo el Francés.

—De acuerdo: opción uno, descartada.

—¿Esa era la opción uno? —dijo Laucha—. ¡Qué tonto!

—Laucha no sabe esperar —dijo el Francés—. No tiene idea de lo que quiere, pero lo quiere ahora.

Hice una buena pausa porque la que seguía era la más dura. —Lo negociamos.

—¿Qué? —El Francés se puso rígido, hostil. —Me pareció que eso estaba descartado. No podemos negociar con ellos. Podemos venderles su propia basura reciclada, trapos y cartones, botellas, plástico, cuero. Podemos servirles sus propios desperdicios, si somos capaces de maquillarlos correctamente, pero nada grande, nada importante, nada realmente valioso. Ellos no hacen negocios con los marginales. —Sonaba resentido, virulento, pero yo ya lo sabía; era

el pago justo por tantos siglos de no haber considerado a los otros como parte de la misma especie. Ni los animales desconocen a los propios, aún cuando la manada sacrifica al débil por la supervivencia del conjunto. Pero entre los humanos no es así; el sacrificio es gratuito, y todavía está por determinarse quienes son los mejores…

—La consideré la segunda opción —me defendí—, porque está ahí; ya sabía que no la vamos a considerar.

—No la vamos a considerar —repitió el Francés con los dientes apretados.

—No —apoyó Gaudencio, con firmeza.

—El portal es nuestro —dijo Capusta.

Fue oportuno. Todos nos reímos con Capusta.

—De acuerdo —dije—, es nuestro. —Hice una pausa porque lo que seguía no era agradable. —Jiménez puede traer alguna herramienta para inutilizar las celdas del panel, tal como quedó la que Gaudencio pinchó el primer día. El portal quedará inutilizado y no será de nadie.



Ilustración: Guillermo Vidal

Durante unos segundos, que pronto fueron minutos, un silencio espeso como jalea cayó sobre todos nosotros. Habían considerado esa posibilidad cien veces; era la más natural, la más terrible. Era hija del rencor y de la rabia, pero era, estaba ahí, mansa, lista, a punto. También les había pasado por la cabeza que podían ser generosos, que podían legar el portal a la humanidad, que el gesto altruista tal vez, quizá, recibiera alguna recompensa. Pero no estaban seguros de que eso fuera ocurrir. Más aún: pensaban que no iba a ocurrir de ese modo. Los despojarían del portal y ¡a la calle, perros! Y lo peor de todo, yo que no era uno de ellos, sólo pensaba como ellos: sería como siempre había sido. Un robo, una expoliación.

—Nos da pena que sea así —dijo finalmente el Francés—. ¿Hay otra?

—No puedo creer que no la haya pensado.

Las miradas convergieron sobre mí.

—Es matemáticamente imposible —dijo Gaudencio.

—Podemos intentarlo —dije.

—¿De qué hablan? —dijo Jiménez—. No entiendo.

—Yo sé —dijo Capusta—. Yo entendí. Éste quiere encontrarse una novia del otro lado, porque de este lado ninguna le da bolilla.

Moví la cabeza afirmativamente. Capusta era sabio en el dolor. Había hecho el curso acelerado y era un adulto metido en el cuerpo de un niño.

—No hay manera —dijo Gaudencio—. Necesitaríamos años para explorar todas las posibilidades, y aunque diéramos con un mundo que pareciera adecuado…

—Este —dijo Laucha despectivamente, señalándome— sabrá de libros, pero de la vida no sabe nada. Ni siquiera se dio cuenta que todos somos tipos. ¿Qué quiere, fundar un estado de pajeros o algo peor?

—¡Laucha! —bramó el Francés.

—Perdón —dijo Laucha, retrocediendo y tapándose la boca.

—Tiene un poco de razón, a su manera —dije—, ¿no es cierto, Capusta?

Los ojos del chico se iluminaron. Una vez más se demostró que pensaba más rápido y mejor que todos nosotros juntos. No preguntó, no vaciló. Tomó el palo que Jiménez había vuelto a clavar de punta, le limpió el barro adherido en un costado de su pantalón y se encaminó resueltamente hacia el panel.

Quedaba poco tiempo. Pensé en Sara, en las lágrimas y gritos. También pensé en las cocheras, en las amigas de Sara, que finalmente lamerían todas las heridas con sus enormes lenguas y en que todo el amor de mi hermana era una gran parodia destinada a disimular su vergüenza. Pobre Sara. Si supieras que las cosas son como son y no como a uno le gustaría que sean… Te vas a acostumbrar a mi ausencia, hermanita.

Capusta había contado con cuidado las treinta y seis celdas que usaría. Con gran determinación y una lógica rotunda, empezó a pinchar desde la ciento cuarenta y cuatro y retrocedió hasta la ciento nueve. El palo de Jiménez, en sus manos regordetas, parecía la batuta de un gran director de orquesta. Capusta conjugaba y unía, invocaba y corregía. Todas las fuerzas del universo parecían doblegarse a su sencillo empeño. No me quedaba claro si el chico

podía ver las configuraciones o si las estaba inventando, pero me sentía seguro en sus manos, estaba convencido de que no fallaría.

Observé a los otros y constaté que sentían lo mismo que yo. Gaudencio había perdido hasta el último vestigio de aspereza y el Francés, ancho como un rinoceronte, seguía las evoluciones de las manos de Capusta como si el chico estuviera dirigiendo la Novena sinfonía de Beethoven en el teatro Colón. Laucha y Jiménez, más serenos y menos comprometidos, sencillamente esperaban.

Todos estábamos esperando.

Y finalmente la operación se completó. El portal se abrió con infinita morosidad, mostrando en primer plano una escena inusitada: un amanecer de primavera sobre un campo cubierto de flores. Más allá, recortadas contra el horizonte, había montañas azules, y a la izquierda, desplegadas sobre un lago, dos docenas de casitas blancas y amarillas con sus tejados rojos y verdes brillando al sol.

Aún renqueando, di un par de pasos hacia el portal, saludé a Sara sin mirar atrás, tomé la mano de Capusta y pasamos del otro lado.

Este es el 24° texto de Sergio Gaut vel Hartman (Buenos Aires, 1947) publicado en Axxón. Los otros son: "Náufrago de sí mismo" (60), "Atrapando ovejas en la red interactiva" (67), "El hombre que conoce a todo el mundo" (67), "El moribundo y Lencia" (67), "Hacia abajo" (67), "El deudor" (67), "Ardilla", con Graciela Parini (67), "Crías de esturión" (69), "Encubridor" (81), Disfraz (123), "Muñecas rusas" (129), "Expediente de uno que no existe" (134), "El destino no es ciego" (135), "Correcciones en la trama del tiempo (139), "Paisaje perdido" (142). "Los contaminados" (146), "Receta: hombre frito" (148), "El mundo real" (150), "Oferta y demanda" (152), "El hombre del circo" (154), "Cabalah" (155), "Simbiosis", con Albino Hernández Penton (159), y "Ladrón" (160).

Adiós al amigo - La extinción del Perro Polar Argentino

Marcelo Dos Santos

Cuando alguien habla de “la raza de perros argentina”, normalmente todos pensamos en el Dogo Argentino, raza creada en la década del 50 por el médico cordobés Antonio Nores Martínez.

Pero todos se olvidan de que hubo otra, creada algunos años antes, que acompañó al hombre argentino en una de sus aventuras más importantes, que le dio su apoyo, su calidez y su entrega y a la cual, con la desidia que nos caracteriza como nación (y posiblemente como especie) dejamos morir sin un gemido como si nunca la hubiésemos conocido. Esa soberbia raza se extinguió por nuestra culpa, y hoy se ha ido para siempre sin dejarnos más que su recuerdo.

Conocemos lo suficientemente bien las extinciones de animales y plantas salvajes, que día a día reducen la diversidad genética de nuestro planeta y amenazan el delicado equilibrio ecológico, intrincado como la filigrana de un orfebre.

De lo que no hemos recibido tanta información (acaso porque a los científicos no les preocupa, y a los medios menos aún) es de la extinción de especies o variedades **domésticas**, fenómeno que ha sucedido, sucede y seguirá ocurriendo en tanto no formemos conciencia y responsabilidad.

Las extinciones de especies domésticas no son raras: ocurren a una vergonzosa tasa **de dos razas o variedades por semana**. Un millar de razas de animales o plantas domésticas se han extinguido en el último siglo.

No hay que ser un especialista para comprender la razón de este estremecedor ritmo de extinción: los granjeros o agricultores a escala comercial e industrial se apoyan únicamente en aquellas variedades que producen más leche, carne, lana, toneladas de trigo por hectárea o lo que sea, y dejan a las menos productivas o a las razas indígenas (muchas de ellas ancestros genéticos de las comerciales) libradas a su suerte, lo que normalmente conduce a su desaparición.

Las industrias internacionales del cerdo y del pollo se basan apenas en una o dos variedades, mientras que cientos de razas de bisontes, búfalos, abejas, cabras, ovejas, ñandúes, vacas, llamas y avestruces están, en este mismo instante, al borde mismo de la muerte.

Solamente en Estados Unidos y Canadá, **un tercio de las 259 razas registradas de animales domésticos se encuentra en peligro de extinción**. Esto representa unas 90 variedades a las que próximamente conoceremos sólo a través de las enciclopedias o los documentales.

Entre los perros —el "mejor amigo del Hombre"— las extinciones de razas enteras no son raras, lo que demuestra que el animal puede ser nuestro mejor amigo, pero que *Homo sapiens* deja bastante que desear como amigo del cánido.

Entre las razas extinguidas podemos mencionar el Bullenbeiser, el Moloso (ancestro del San Bernardo y el Rottweiller), el Talbot y muchos más.



Husky siberiano

Algunas otras razas fueron rescatadas de la extinción por mera suerte o por la dedicación de los aficionados.

Una de las razas argentinas más lloradas y hoy completamente extinta fue el Perro de Pelea Cordobés, utilizado en las peleas de perros durante mucho tiempo. La base genética del Cordobés provenía del Bull Terrier, y se habían exacerbado las características agresivas para obtener un perro fuertemente agresivo hacia los demás perros. La extinción del Cordobés se debió a dos factores: primero, a la espantosa mortandad que provocaban los combates, y, en segundo lugar (pero tal vez el motivo más importante) es que los ejemplares eran tan violentos que al intentar hacerlos reproducir, **el macho y la hembra intentaban asesinarse mutuamente en lugar de aparearse**. La supervivencia de semejante raza, como se comprende, era prácticamente imposible.

Pero el ser humano ha contribuido a la extinción de otra raza argentina, no por su agresividad, no por degeneraciones genéticas y ciertamente no porque careciera de las ventajas evolutivas necesarias para sobrevivir.

A ella dedicamos el artículo de este mes. Hablaremos de la extinción del magnífico Perro Polar Argentino.

Desarrollada por enfermeros veterinarios del Ejército Argentino pensando en dotar a los miembros de las expediciones antárticas argentinas y a los habitantes de nuestras bases de un compañero recio, inteligente, afectuoso, eficaz y trabajador, incansable y provisto de un enorme y enconmiable espíritu de sacrificio, esta raza era, en todos los sentidos, productora de los mejores perros de trabajo que jamás se vieron por las tierras australes.

En el origen del Perro Polar Argentino se encontraban varias de las principales razas árticas de trabajo: se lo desarrolló a partir del Husky Siberiano, del Alaskan Malamute, del Groenlandés y de Spitz Manchuriano. La formación y estabilización de las características de esta raza insumió la friolera de 31 años de trabajo a cargo de un equipo de más de treinta suboficiales enfermeros veterinarios militares, entre los que se recuerda a Héctor Martín y a Félix Daza Rodríguez.

El Polar Argentino era un perro de respetable tamaño, que llegaba a pesar 60 kilos en los machos y 52 en las hembras. Estaba poderosamente blindado contra el frío: tenía el pelaje dividido en tres capas (lana, pelo y subpelo), con una capa de grasa subcutánea de 2 cm. de espesor que lo aislaba del ambiente. Eran impresionantes animales de tiro, con una capacidad de tracción que **duplicaba** la de cualquiera de las razas de las que descendía, con increíbles registros de resistencia y velocidad. Un tiro de 11 perros polares argentinos era capaz de arrastrar un trineo cargado con 1,1 toneladas a 50 km/h en terreno llano y a 80 en terrenos de 45° de inclinación durante 6 horas ininterrumpidas.

Los 70° bajo cero constituían para ellos una temperatura normal de trabajo, y cuando la base soviética Vostok registró el récord mundial histórico de frío (89,3° bajo cero) los perros polares argentinos se encontraban allí de visita y jadeaban tranquilamente en ese frío capaz de congelar el aliento.

Los Polares se alimentaban una sola vez al día (el doble que los Huskies siberianos), pero igualmente su mantenimiento era incomparablemente más barato que el gasoil de los tractores, que

por supuesto no rendían las mismas prestaciones que los perros. Ni siquiera era necesario darles de beber, ya que solventaban sus necesidades de agua ingiriendo hielo.

Uno de los peligros más importantes en las travesías antárticas son las grietas, no importa si se utilizan trineos de perros o tractores orugas. Pues bien, entre las soberbias capacidades del Perro Polar Argentino se contaba la de “detectar” u “olfatear” (el mecanismo íntimo continúa sumido en el misterio, y los animales no están aquí para estudiarlos) las grietas, evitando los accidentes y salvando vidas humanas que de otra forma se habrían perdido (recuérdese el luctuoso accidente de hace unos meses que costó la vida a un soldado y un científico). Uno de aquellos perros, llamado “Poncho” —entrenado por el teniente Oscar Sosa— se destacó de tal manera en este aspecto que, a su muerte, el sacerdote Juan Ticó embalsamó su cuerpo, el cual se conserva actualmente en la ciudad argentina de Ushuaia.



Groenlandés

Eran capaces de intuir o predecir las tormentas, ayudando a evitar salidas fallidas; no perdíanr la orientación **jamás**, ni siquiera en medio del temporal más espantoso; se especializaban en encontrar a hombres o vehículos perdidos (lo que los convertía en excelentes rescatistas), y su capacidad para transitar terrenos cuya escasa solidez nunca hubiera soportado el peso de los tractores-oruga era una virtud inapreciable.

El caso particular de “Poncho” fue muy especial, porque pudo guiar con seguridad y por el camino más rápido a un equipo de rescate que buscaba a los tripulantes de un avión estrellado. Así, los aviadores pudieron ser extraídos de los restos del aparato más rápida y seguramente de lo que lo hubieran sido si no hubieran existido los perros polares argentinos.

La utilidad última del Polar Argentino, el último sacrificio que era

capaz de hacer por sus amos y amigos, era el hecho de que podía servir de sustancioso alimento en casos de muy extrema necesidad. Más de una vez —sobre todo en las primeras expediciones de principios del siglo XX—, los exploradores debieron comerse a algunos de sus perros o sacrificar a algunos de los del tiro para que los demás comieran y poder llegar a destino. Esto, como se comprende, tampoco puede hacerse con un tractor.

Pero independientemente de todo ello, los habitantes de las bases antárticas argentinas con cierta antigüedad recuerdan con cariño y devoción a sus perros desaparecidos porque —como tampoco podrían hacerlo los tractores— representaron para ellos y a lo largo de décadas, inagotables fuentes de amor, afecto, abrigo y compañía en las largas, interminables noches polares en plena soledad.

Ante semejantes y excelentes prestaciones, el lector se preguntará con todo derecho: ¿por qué se extinguió el Perro Polar Argentino? ¿Cómo permitimos semejante cosa?

Para conocer la explicación, hay que referirse al entrenador de perros y experto argentino Sergio Grodsinsky, que ha sido el único que ha escrito sobre el tema y a quien consideramos la máxima autoridad sobre el particular.

En agosto de 1991, los países con presencia en la Antártida se reunieron en Madrid para redactar y aprobar el Tratado Antártico de Protección del Medio Ambiente (TAPMA). El TAPMA, según Grodsinsky, “impulsó entre otras ‘cositas` impedir hacer reclamaciones territoriales hasta 50 años después y compelió a ‘preservar el ecosistema” aludiendo pretextos proteccionistas”. Afirma el experto que el TAPMA dispuso expresamente el retiro de los perros polares del territorio austral, estableciendo que el 1° de abril de 1994 no podía quedar ninguno en el continente entero. Si alguno no hubiese podido ser evacuado, tendría que ser sacrificado.

Pero…¿por qué? Porque una institución denominada *Scientific Commitee on Antartic Research* (“Comité Científico de Investigación Antártica”) dictaminó en la reunión madrileña que los Perros Polares Argentinos “transmitían el moquillo a las focas” (¿?), que “depredaban las pingüineras” y que “albergaban en su pelaje parásitos capaces de alterar el equilibrio ecológico de la Antártida”. Tal sarta de argumentos es calificada por el experto argentino de la siguiente manera: “No hay mito ni leyenda que encuentre oposición cuando la superstición viene del `Primer Mundo`, es `moderna` y se autoproclama `científica`”.

Analizaremos, siguiendo a Grodsinsky, los falaces y seudocientíficos argumentos del citado Comité:

La enfermedad de Carré (conocida comúnmente como *distemper* o "moquillo canino") **no se transmite a las focas ni a ninguna otra especie aparte de *Canis lupus***. Así como nosotros no podemos transmitir nuestra gripe a un gato o un perro, el cánido no transmite el moquillo a la foca. Es cierto que estos pinnípedos tienen su propia versión del moquillo, como la tienen los gatos (panleucopenia felina) y los monos (catarro de Fisher), pero **son provocadas por diferentes virus**, ineptos para infectar a otra especie que a sus huéspedes natural.

Tanto la base argentina General San Martín (al sur del Círculo Polar Ártico) como la base Esperanza, ubicada en el extremo norte de la Isla Trinidad, las dos en las cuales moraban los perros polares argentinos, **siempre vacunaron a sus animales contra el moquillo**. Y los vacunaron bien. Esto significa: dos dosis al cachorro y un refuerzo anual para los adultos, aplicado sin falta todos los años. Esta revacunación anual en la hembras gestantes impide también la aparición de la enfermedad en los ejemplares neonatos. Las expediciones argentinas sin base permamente siempre estuvieron obligadas a seguir el mismo plan de vacunación.

Por último, desde que los primeros perros polares argentinos pusieron sus fuertes patas en el continente blanco por primera vez (1951) hasta la expulsión del TAPMA (1994), **nunca se declaró, denunció ni documentó un caso de moquillo entre los ejemplares argentinos**. A fuer de ser sinceros, tampoco en los animales de otras razas pertenecientes a bases extranjeras. Nunca, jamás, en ninguna base de ningún país se detectó moquillo. Es una enfermedad que **jamás existió en el continente antártico**.

Por el contrario, **las únicas patologías caninas presentes en las bases argentinas consistieron en parasitosis y dermatitis producidas en los perros por picaduras de piojos y pulgas… ¡transmitidos a los perros por focas y pingüinos!**



Malamute

Con respecto a los perros "depredadores de pingüinos", hace falta señalar que, una vez más, se trata de una falacia. No es imposible que alguna vez un perro haya matado a un pingüino, pero corresponde decir que la superpoblación de los pingüinos, depredadores del krill ellos mismos, produce graves enfermedades por hacinamiento. Esta superpoblación de aves jamás podría verse afectada por uno o dos ejemplares que se escaparon de sus bases a lo largo de toda la historia.

Con respecto a las focas, resulta directamente ridículo imaginar a un perro de 60 kilos atacando y matando a una foca de 500 o 600 kilos. Si alguna vez un perro argentino devoró a una foca, fue porque encontró su cadáver en la costa, ya que las vivas huyen de los depredadores terrestres zambulléndose (siendo que el buceo es una de las pocas capacidades que el Perro Polar Argentino nunca logró desarrollar).

Por último, si los perros argentinos eran "una especie exótica" que "desequilibraba el ecosistema antártico", **exactamente lo mismo puede decirse de los seres humanos**, incluidos los "científicos" que decidieron la expulsión de los cánidos. Por no hablar del hecho de reemplazar a los perros por tractores a gasoil, que, además de liberar gases de efecto invernadero, contaminan la Antártida con los malolientes y untuosos desechos de la combustión de hidrocarburos y los cambios de lubricantes.

Finalmente, el especialista argentino se hace una última pregunta capital: si se han prohibido los perros en la Antártida pero no en el Polo Norte: "¿Por qué los perros en el Ártico **no contagian a la focas**?".

La Argentina, como firmante del Tratado Antártico, no quiso denunciarlo y se sometió mansamente a la obligación de retirar a sus perros, dejando claramente asentada, sin embargo, su posición mediante el voto en contra.

Así, pues, los 56 ejemplares que la nación mantenía en la Antártdia se dispusieron a ser evacuados a Tierra del Fuego antes de que se cumpliera la fecha límite del tratado.

Pero, ¡ay!… considérese que los perros polares argentinos llevaban 43 años siendo criados en la Antártida, generación tras generación, sin contacto con perros provenientes de fuera y, lo que es más importante, **sin contacto con los gérmenes patógenos** normales en los perros. La conclusión es que habían perdido toda inmunidad orgánica.

De la primera tanda de 30 animales llevados a Ushuaia, 28 murieron en brevísimo lapso, víctima de enfermedades para las cuales cualquier perro callejero se encuentra inmunizado naturalmente. Los dos ejemplares sobrevivientes de aquel grupo no tuvieron ninguna posibilidad de reproducirse… porque ambos eran machos.

El segundo embarque (26 ejemplares) también sufrió los rigores de bacterias y virus para los que no estaban preparados, cayendo víctimas de una espantosa mortandad. Los pocos sobrevivientes (animales tal vez más fuertes que sus compañeros) fueron **dispersados y desperdigados** en manos de distintos propietarios adoptivos, ubicados muy lejos unos de otros. Incapaces de reproducirse entre ellos, los perros polares argentinos se cruzaron con otras clases de caninos, y su fuerte y extraordinaria genética se diluyó en la población canina de Tierra del Fuego, extinguiéndose de este modo esa portentosa raza argentina.

Así, la emigración obligada por una ley basada en mentiras, logró lo que el hostil ambiente del invierno antártico, el hambre, la soledad, el trabajo a destajo, los vientos brutales y el frío asesino nunca hubiesen conseguido: privar a nuestros hijos y nietos del placer de la compañía de este soberbio y deventurado perro criollo.

Tal vez alguien, en un futuro cercano, reproduciendo los cruzamientos de aquellos tesoneros veterinarios militares, pueda reproducir las cruzas que ellos hicieron y lograr, con cuidado, respeto y cariño, que el hermoso y orgulloso Perro Polar Argentino

vuelva a caminar y tirar alegremente de los trineos, si no en la Antártida, al menos en las dilatadas tierras de la Patagonia Argentina.

ENLACES RECOMENDADOS:

Sitio personal de Sergio Grodsinsky
La expulsión de los perros del territorio austral
La extinción del Perro Polar Argentino

Ficción breve (28)

Varios

La vigésimoctava entrega de Ficción Breve debería hacer honor a su nombre (en el lenguaje de los pasadores de juego clandestino el veintiocho es "las estrellas" o "las tetas"), pero no lo hace. Es decir, presentamos nueve relatos de la más variada catadura y pelaje, pero casi no hay estrellas, y las tetas no se ven, porque han sido pudorosamente cubiertas con blusas y camisas... ¿Qué hay? Hay realidad virtual, un poco de materia oscura, ratones mutantes, viajes en el tiempo, alteraciones del continuo, frikis por partida doble, planetas presa de la angustia, objetos animados, entre otras cosas y cosos. Esperemos, por lo tanto, que la lectura de estos cuentos les resulte grata y que alguna que otra decepción no los induzca a plantarnos una demanda por incumplimiento de los deberes del seleccionador.

HOMBRE CON OSCURIDAD

Juan Pablo Noroña - **Cuba**

"Cuenta hasta tres", le dijo alguno de ellos, y por alguna razón la frase le hizo reír. La súbita risa hizo que se olvidara de dónde estaba y de lo fría y dura que se sentía la plancha en su espalda.

Tras la carcajada, vio con el rabillo del ojo cómo uno de los hombres, el de la chaqueta de técnico, levantaba un medidor Lauss, y eso lo puso sobre aviso. Ya venía. La certidumbre le trajo de vuelta toda la tensión disipada por la risa.

Sintió primero el empuje, sutil pero cierto, de inicio en la espalda y después en el interior de su propio cuerpo, avanzando por sus tejidos cual una ola de frente plano. Era la misma sensación de hundirse en agua, si él se estuviera quieto y el agua subiera de nivel lentamente y también dentro de él. Como por una esponja abandonada en el fondo de una bañera.

Cuando la ola abandonó su cuerpo, llegó la náusea. Temblor en las entrañas, cabeza nublada, músculos engarrotados haciendo crujir los huesos, sentidos que perciben lo indecible, sequedad, calambres, escupir sangre. Finalmente, encogerse en el suelo entre espasmos y estremecimientos.

Después, con la conciencia, escuchó cómo los hombres hablaban de pie, cerca de él.

—¿Siempre es exactamente así?

—Depende de la potencia de las velas.

—Debe estar relacionado con la ecuación de onda de la materia de la tela, entonces.

El tipo más alto de los tres se acuclilló junto a Torge. —¿Cuáles son los síntomas clínicos? —inquirió.

Respondió el que llevaba el Lauss. —Deshidratación, alteraciones en los tejidos epitelial y nervioso, pérdida masiva de oligoelementos, acidulación de sangre y linfa, daño sinovial…

El tercero, un anciano asiático, levantó la mano. —Ya tenemos la idea —dijo—. Literalmente lo baten y secan por dentro.

—¿Y no es histeria? —preguntó el más próximo—. Quizá cuando sabe que la vela va a pasar por dónde él está, tiene una reacción psicosomática.

—Para nada —negó el segundo—. Las manifestaciones coinciden al instante con el paso de la vela por esta parte de la nave, y él no tenía forma de saber el momento en que sueltan las pinzas. Me informan además que lo han puesto en todos los lugares de la nave, y en ninguno se salva.

—Pobre diablo —comentó el tipo alto—. ¿Por qué no se consiguió otro trabajo?

Torge sintió la necesidad de recuperar su dignidad diciendo algo. —Tengo… muchas deudas.

Dos de los hombres asintieron comprensivos.

Con el esfuerzo de hablar la lengua de Torge recobró la sensibilidad, y el sabor metálico de la sangre mezclada con bilis le dio deseos de vomitar. Para evitar un posible ahogo se puso boca abajo y apoyado en los codos levantó a medias el tronco.

El tipo le puso la mano en el hombro. —¿Necesitas algo?

—Agua con sal y azúcar —contestó Torge—. Tengo una botella en mi bolsa, allí.

Larguirucho se levantó y fue a buscar la mochila. Mientras, el

de la chaqueta ocupó su lugar.

—¿Entonces, usted alega ser sensible a la materia oscura? —preguntó.

—Yo no alego nada —masculló Torge—. Sólo digo lo que usted vio. Cuando recogen el velamen y atraviesa la nave por donde yo estoy, me enferma como un perro.

—Es lo mismo —dijo el técnico—. ¿Desde cuándo le pasa?

—Desde que empecé a trabajar en naves con velas de materia oscura. Antes estaba en lanzaderas a reacción.

—¿Y siempre fue tan fuerte? ¿Desde la primera vez?

—Así. —Torge intentó sentarse; mientras Chaqueta de Técnico lo ayudaba, volvió el alto con la botella en una mano y la mochila en la otra.

Torge bebió ansiosamente. Sólo después de terminar el agua notó que el anciano asiático se había acercado.

—¿Comprende usted las consecuencias del hecho de que su cuerpo sea capaz de interactuar con la materia oscura? —preguntó el viejo.

—Soy un bicho raro de toda la vida —respondió Torge—. Ahora lo soy más.

Chino Viejo sonrió. —No es lo único. ¿Tiene una idea de cuánto cuesta una pinza Lauss, o un detector, o cualquier tecnología relacionada con la materia oscura?

Torge hizo una mueca. —Más que yo, seguro.

—Entonces tiene una idea de cuánto se gana en ese negocio —dijo el técnico.

—Y de la importancia estratégica de controlarlo —calzó el alto—. Las implicaciones…

—Es suficiente —cortó el anciano—. Lo importante es que entienda su posición en esto, señor Torge.

Torge bajó la mirada. Ahora él era, de alguna manera, caro y estratégico.

—Cualquier firma especializada podría, si se hiciese de su persona, o aún de una ínfima parte, aislar el gen que lo hace capaz de interactuar con la elusiva materia oscura —explicó el asiático—. Podría, con ese gen, crear bioherramientas. Toda una nueva tecnología, con el reajuste económico, político y social anexo. Y no estamos interesados en un reajuste.

—Eso sin mencionar el hecho de que su mera existencia

implica que la humanidad ha evolucionado hacia la mejor manera de controlar la materia oscura —continuó Chaqueta—. Apenas unas décadas después de haber comenzado a utilizarla, además. Sería el mejor argumento a favor del principio antrópico que haya existido jamás. Casi puedo imaginar el renacimiento religioso, los mesías, los disturbios…

El hombre en el suelo se hundió sobre sí mismo.

Los tres hombres de pie se apartaron hasta la otra pared del compartimiento. El alto sacó un arma.

—¡Desapareceré! —mugió Torge—. ¡Me iré a un planeta perdido y nadie sabrá nada!

—Demasiado tarde —negó Chino Viejo—. Si la información tuvo tiempo de llegar a nosotros a través de los canales burocráticos de la compañía, tuvo tiempo de llegar a otros intereses. Es un milagro que hayamos podido controlar esto a tiempo.

Torge se llevó las manos a la cabeza. —¡Es una alucinación! —gritó—. A veces me da. ¡Esas malditas velas me van volver loco!

Larguirucho tuvo una sonrisa comprensiva. —Cuenten hasta tres —dijo, y apuntó—. A la una…

Mientras preparamos la saliva y los jugos gástricos para algo que Noroña nos está preparando especialmente (¿falta mucho, hermano?), va un tentempié o piscolabis. Los cuentos de Noroña en Axxón: “Hielo” (136), “Invitación” (140), “Obra maestra” (142), “Todos los boutros versus todos los hedren” (144), “Brecha en el mercado” (147), “Proyecto chancha bonita” (148), “Quimera” (149), “Náufragos” (152), “Hogueras” (153), “Pareja (155), “Shift” (157), “Los soñadores de Kaliria” (159), “Cepas” (159), “El sexo de los ángeles” (160), “De pie para el himno” (161) y “Príncipe de los espíritus” (162).

FUTURO IMPERFECTO

Iván Olmedo - **España**

Kerin llevaba más de un cuarto de hora esperando ante el escaparate de la tienda. Había salido con antelación del bloque de colmenas donde vivía, con un trozo de manzana todavía a medio masticar en

la boca, mientras acoplaba entre sus cejas el paquete comprimido de lecciones del día. No se puede perder el tiempo. Aunque, cuando llegó, la tienda estaba cerrada. Era lunes y al chico que trabajaba allí quizás se le hubieran pegado las sábanas. Por fin lo vio aparecer, doblando la esquina, sólo seis o siete minutos tarde. El chico, flaco y lleno de granos, vestido con una camiseta chillona, no llevaba colocado ningún paquete de estudios. Mientras guardaba su monopatín en el cajón que había a la entrada, el ansia de Kerin pareció crecer, en vez de diluirse. Entró como un vendaval y comenzó a recorrer las estanterías, agitado. Sólo dedicó unos segundos a recorrer con la vista las secciones de deuvedés, tresdés y hologramas, y llegó al papel. Cogió el "Diez Parsecs", el "TeleInvasión", un "Invasores del Hipotálamo", dos "Captain Steamchunk" atrasados y un ejemplar de una vieja publicación llamada "Aparatex". Un buen puñado de tebeos y revistas con los que se dirigió al mostrador. El dependiente, en vez de cobrar inmediatamente el material, miró a Kerin unos segundos.

—Oye, chaval… ¿has visto lo que tengo aquí? —dirigió sus ojos hacia la puerta, comprobando que aún estaban solos en la tienda—. Seguro que no conoces esto…

Sacó de debajo del mostrador una bolsa opaca metalizada y de ella extrajo una revista delgada de rebordes rojos, con muchos colores en la portada. *"Hola,la!",* rezaba la cabecera. En la fotografía podía verse a una mujer enjoyada a la antigua que sostenía en brazos a un recién nacido. Tras ella, un tipo con nariz de boxeador, vestido con una camisa floreada, sonreía forzadamente a la cámara. En grandes letras se leía "¡EXCLUSIVA!". Kerin dio un respingo y se quedó unos instantes fascinado y repelido a un tiempo ante la chocante imagen. Era una de esas revistas que llamaban "rosas", prohibidas para su distribución comercial desde hacía años. Tímidamente negó con la cabeza y dejó sus compras sobre el mostrador. Se había puesto rojo.

Cuando al fin salió a la calle con su bolsa repleta, sopesó unos minutos si denunciar a aquel… aquel… provocador. Sabía dónde guardaban sus padres archivado el número de emergencia del Ministerio. Pero su corazón dictó rápida sentencia; no podía permitir que cerrasen su tienda favorita. Ansió llegar a casa para disfrutar de sus tesoros, así que apretó el paso. Y sólo se relajó cuando, con un cacao instantáneo ardiente entre las manos, se concentró en la lectura y se olvidó por completo del chico de la librería y su camiseta, que rezaba: "Día del Orgullo Friki. 25 de mayo de 2.126". Algo que le había parecido, entonces, harto sospechoso.

Iván Olmedo, autor y responsable de un espacio llamado “Blogdemlo” en el que se dedica a comentar todo aquello sobre lo que nadie le ha pedido opinión, dar rienda suelta a sus ideas menos afortunadas y tener la oportunidad de hacer pública alguna foto comprometedora si llegara el caso, ha paseado sus talentos por Axxón en seis oportunidades: “Invasión” (152), “Viajera” (153), “De a duro” (154), “Historia del superhombre (decacríptico)” (156), “Cercado por la muerte” (162) y ésta, claro.

MAÑANA

Daniel Argañaraz - **Argentina**

El profesor Angus McDonald frunció el ceño. Estaba rodeado por su corte de asistentes y alumnos y se disponía a poner en marcha la primera máquina de tiempo construida por un ser humano de la que se tenga noticia.

Pero el viejo Angus era un bicho bastante asqueroso, pedante como un escritor premiado y más egoísta que Scrooge al principio del cuento de Dickens... No sólo quería toda la gloria para él, si había gloria, sino que había dispuesto las cosas para que el experimento se hiciera público si se veía coronado por el éxito. Si fracasaba nadie sabría nada. Y si alguno de esos idiotas abría la boca...

Sin embargo, un viaje a través del tiempo no es algo que se pueda hacer prescindiendo de testigos. Los necesitaba, ¡malditos!

Recuperó la compostura y se dirigió a los jóvenes imbéciles que lo rodeaban. Eran cinco. Marian y Robin, sus asistentes, y los alumnos más aventajados del curso de mecánica cuántica aplicada de la Universidad de Oxford, Carolina del Norte.

—Voy a avanzar seis años —dijo—. Exactamente al 4 de agosto de 2018.

—¿Sólo avanzará en el tiempo, profesor McDonald, o en el espacio también? —La pregunta había sido formulada por Elsie Gordon, la exposición de acné en rostro más impresionante de la costa este. Angus la miró con odio y no le contestó. Robin, siempre solícito y educado, se ocupó de llenar el bache.

—En el tiempo, Elsie. El profesor aparecerá en este mismo

lugar, pero dentro de seis años.

—Voy a registrar lo que vea y oiga en el futuro —dijo el profesor—; pero estaré allí apenas veinte segundos. El gasto de energía será enorme.

—Pero será suficiente, ¿verdad? —preguntó Udo Hoffman, el gigante alemán becado gracias a su formidable puntería desde fuera del perímetro.

—Sí, será suficiente —mugió Angus.

Robin y Marian ultimaron los preparativos y el profesor agradeció a Zaratustra poder poner cierta distancia con ese hato de tarados. Y si no era distancia en sentido espacial que lo fuera por lo menos en sentido temporal. Seis años.

Ingresó al cubículo, que como en todo cuento de ciencia ficción que se precie parecía una cabina telefónica, y sin más dilación se marchó hacia el futuro.

En menos tiempo que el que demoraron los cinco testigos en intercambiar dos frases, las luces de la máquina se apagaron por completo y se volvieron a encender.

—Eso significa que el profesor McDonald está de vuelta —dijo Marian sin necesidad.

El profesor Angus McDonald estaba de vuelta de su incursión al futuro, en efecto. Pero no parecía la misma persona que había partido unos pocos segundos antes.

—¡Profesor! —exclamaron los cinco a coro—. ¿Qué le ocurrió?

Angus había envejecido doce años, seis de ida y seis de vuelta, pero eso no era lo peor. Su rostro estaba devastado por un siniestro más grande que el que había destruido Nueva York en 2010, sus manos temblaban como las ramas de un árbol en medio de un tornado y sus ojos llorosos parpadeaban de un modo impresionante.

—¡Díganos qué sucede, profesor! —exclamó Robin, mordiéndose los labios.

—Allá. Cinco años —balbuceó Angus—. ¡Terrible! Es terrible. —Extendió el brazo y señaló el capturador holográfico de imágenes y sonidos que estaba adosado a la máquina—. Vean… lo que yo… vi. Nuestro… país…

Los estudiantes y asistentes se atropellaron. Udo logró imponer su envergadura corporal, llegó primero y puso en marcha el capturador.

Durante algunos segundos el holograma osciló, brumoso y desordenado, pero al poco tiempo se estabilizó y los testigos pudieron ver el campus de la universidad, tal como podrían verlo en ese mismo momento si no se interpusiera la pared. Es decir: en la imagen de seis años en el futuro no había pared.

—No hay pared —dijo Elsie—. Se ve la pirámide de grafito. —La universidad de Oxford, Carolina del Norte poseía una réplica de la pirámide de Kefrén en grafito; era su orgullo.

—¿Qué pasó con la pared? —dijo Jacques Moloy, el maloliente geniecillo de Lyon.

—To… todo está en ruinas —balbuceó el profesor—. La uni… universidad ha sido bomba… bombardeada. Ellos… ellos nos ataca… atacaron.

—¿Bombardeada? —bramaron los cinco, a coro de nuevo, aunque un poco menos afinados—. ¿Quiénes son ellos?

—¡Dije bombardeada! —exclamó Angus, recuperando la compostura gracias a la irritación que le producían aquellos subnormales—. ¡Y dije ellos! ¡Ellos son ellos! ¡El enemigo!

No fue necesaria ninguna otra aclaración. Las imágenes holográficas se hicieron absolutamente nítidas y todos pudieron ver a dos soldados sentados sobre sendos tanques de combustible. Usaban uniformes de camouflage y durante unos segundos permanecieron en silencio. Hacían algo incomprensible con un huevo oscuro al que habían perforado con un tubo. Por fin, cuando sólo faltaban unos segundos para que se terminara el registro, uno de ellos dijo:

—El agua está fría, Fito.

—Calentala vos, vago’e mierda.

Daniel Argañaraz nació en Reconquista, Santa Fe, Argentina, el 11 de septiembre de 1980, o sea que está a punto de cumplir 26 años. Es su primer cuento publicado y también el primero que escribe. Hace un par de meses, cuando envió una carta a Axxón, expresó sus dudas de que pudiera ver publicada otra cosa que no fuera una carta; como pueden ver, estaba equivocado.

LA BIBLIOTECA

José María Tamparillas - **España**

La inmensidad de la biblioteca los aplastó. Lucio Revuelta contemplaba boquiabierto las paredes cubiertas de anaqueles, las estanterías abarrotadas de ejemplares polvorientos. Había miles de libros. Paco Galindo deslizaba sus dedos por los lomos de los incunables que se alineaban a su lado con aire descuidado.

—Es increíble —dijo Revuelta.

Introducción a los Proverbios de Séneca, de Pero Díaz, de 1552; un *Lazarillo de Tormes* de Pedro Destar; un ejemplar raído de *Unaussprechlichen Culten,* edición expurgada de Goblin press, 1905…

El olor era el característico de lo antiguo y valioso, mezcla de cuero viejo, madera y tiempo, tiempo detenido.

—Es un chollo —respondió Galindo desordenándose el pelo.

—¿Quién te dio el chivatazo?

Galindo se asombraba de la capacidad de su compinche para sacar información de fuentes insospechadas.

—Ese secreto me lo llevaré a la tumba. —Revuelta sonrió.

—Serás cabrón…

—Pero me adoras, ¿verdad?

Galindo asintió.

La casona se erguía a las afueras del pueblo. La familia estaba envuelta en pleitos de herencias, y se habían olvidado de ella.

—¿Por dónde empezamos? —Galindo se relamía los labios con impaciencia.

—No debemos apresurarnos. Lo ideal sería coger algunos ejemplares curiosos, fáciles de vender. Tres o cuatro entre este maremagno no son nada.

Revuelta pensaba en actuar sin exponerse. Observó la expresión de ansiedad y ambición en el rostro alargado de Galindo.

¿Iba a poder dominar ese instinto rapaz?

Había algo en la biblioteca que le mantenía a alerta. No había alarmas, los herederos estaban en otras ciudades. Lo tenían medido todo… pero había algo sutil, inapreciable, un vacío que le ponía los pelos de punta.

—Despierta…

Galindo le observaba intranquilo. Llevaba un tomo

encuadernado en cuero marrón, con el título desgastado: una Biblia del siglo diecisiete. Lo dejó sobre un atril de madera labrada que presidía la entrada.

—Lo llevaré afuera. He dejado la bolsa en la entrada —dijo Revuelta.

Quería irse de allí cuanto antes; cada segundo que pasaba le hacía sentirse más inseguro, más expuesto.

Cogió la Biblia del atril. Salió con paso firme y dejó a Galindo husmeando en busca de alguna víctima atractiva. Su compañero era impulsivo, codicioso; pero era un buen complemento. Revuelta sabía robar, era meticuloso e inteligente, pero el valenciano, Galindo, sabía qué robar, qué era lo valioso y qué la morralla.

Encontró la bolsa al pie de la gran escalinata que subía desde el hall de la casona al segundo piso. La cogió y volvió sobre sus pasos. La biblioteca estaba en el lado este de la casa, al fondo de un largo pasillo, como escondida. Se le antojaba como un leviatán agazapado en lo más recóndito de la casa, un ser vivo e inteligente que probablemente les estaba observando.

—¿Qué tonterías piensas? —dijo en voz alta.

Cuando llegó la puerta estaba entornada. No recordaba haberla cerrado. Debía haber sido Paco.

La abrió y entró con paso cuidadoso.

No había nadie. Revuelta se sorprendió. El único camino para salir era el que él había recorrido. Dio un par de vueltas. Sus pasos reverberaban en estanterías, anaqueles, sobre los cuadros que cubrían retazos de pared mostrando rostros serios y abotargados.

—¿Paco? —susurró—. Paco, coño. ¿Dónde te has metido?

No hubo contestación.

Revuelta expulsó aire. Cerró los ojos y volvió a la entrada.

Ni rastro. Echó un vistazo fuera, donde habían dejado el coche tras un gran árbol, lejos del camino. Si Galindo hubiera querido dejarle con el culo al aire se hubiera llevado el coche. No, tenía que estar en la casa.

La recorrió de arriba abajo, habitación por habitación, sólo vio los fantasmas que se anquilosan y pudren en una casona abandonada, fantasmas inofensivos.

Regresó. El miedo era una nube de vapor que comenzaba a asfixiarle.

La sensación de peligro chispeaba en su nuca. La adrenalina fluía como licor mareante por su sangre. Sucedía algo raro, algo que

no podía captar con toda exactitud, elusivo, amenazador.

—¿Paco?

La biblioteca le devolvió la pregunta. Por un momento le pareció que incluso amplificaba sus palabras y las distorsionaba. Era un gran útero siniestro donde la luz de su linterna se reflejaba en los lomos de los libros con brillo mortecino.

—Vamos, no jodas.

Se apoyó en el atril. La madera mostraba complicados grabados, escenas surrealistas, rostros deformados, caricaturas monstruosas.

Había un libro sobre él. Uno de tapas claras, sin título, encuadernado en cartón duro de color anaranjado.

Seguramente Galindo lo había puesto ahí. ¿Por qué había mostrado interés en él?

En una de las estanterías había una fila de ejemplares parecidos, unos más finos, otros más gruesos, unos quince o veinte.

Revuelta lo tomó y lo hojeó.

No tenía ni índice, ni nada que marcase su editor. Empezaba sin más, en letra apretada de color rojo.

“Me llamo Francisco Galindo. Me llaman Paco. Nací en Valencia en noviembre de mil novecientos…”

Temblaba.

Lucio Revuelta temblaba. Dejó el libro con ademán de repulsa sobre el suelo, sin cuidado. Como si quemase.

¿Qué infiernos estaba pasando?

Se acercó a la estantería sobre la que descansaban los otros, similares al que había tirado.

Tomó uno y lo abrió.

“Soy Tomás Muñiz. Nacido en Álava hace cuarenta y dos años; de profesión comercial…”

Otro:

“Soy Luisa Lluc i Plo. Nací en Madrid en mil novecientos sesenta. Trabajo de conservadora en la Biblioteca…”

—Dios mío. No puede ser.

Conocía a esa mujer, había hecho algún trabajo para ella. Había desaparecido dos años antes.

La puerta se cerró de golpe. Revuelta dio un respingo. Corrió a ella. Intentó abrirla, no pudo. Insistió, la pateó, le pegó puñetazos.

Estaba encerrado.

Sobre el atril había un libro abierto, idéntico al del suelo, con las hojas vacías, vírgenes. Resplandecía. Toda la biblioteca resplandecía con una tenue luz anaranjada.

Lucio Revuelta se orinó encima. Lloraba, se veía atraído sin remedio hacia el libro. Sabía qué iba a suceder.

Sí, lo sabía.

Animadas por una presencia sobrenatural unas letras cobraron vida en la primera hoja del libro.

"Me llamo Revuelta, Lucio. Sé que cuando muera estaré solo y tendré miedo…"

José María Tamparillas, es español, de Zaragoza, cosecha 1971. Regresado hace poco de un involuntario exilio navarro, José María manifiesta una envidiable voluntad de trabajo, la que se pone de manifiesto en el Taller 7 de CCF y en los relatos con los que literalmente nos acribilla. Este es su quinto cuento en Axxón. Los otros son: "Viajero" (159), "Simbiosis" (160), "Perfeccionismo rigeliano" (161) y "Pianista" (163).

UNA REALIDAD PERFECTA

Fernando A. Cao - **Argentina**

El hombre lucía entusiasmado. Los ojos brillantes, unas pequeñas gotas de transpiración en la frente, el labio inferior casi tembloroso.

—¡Esto es maravilloso! —le decía a la muchacha que parecía escuchar con atención—. La oferta que le estoy haciendo es insuperable, inigualable. Es la mejor y más nueva tecnología. Japoneses, coreanos y chinos trabajando juntos hasta lograr la perfección. Nada que ver con la realidad virtual que usted conoce. Esto es otra cosa. Es tan bueno que olvidará que está en una máquina. Sus emociones y sus sentimientos serán intensos y genuinos porque su percepción será total y absolutamente auténtica…

—¿Podemos hacer una prueba? —interrumpió la muchacha —. ¿Puedo probar antes de tomar una decisión?

—¡Claro, no faltaba más! Acompáñeme a la sala de

demostración. Pase por aquí, por favor.

La guió por un corto pasillo hacia una habitación en penumbras.

—¡Qué extraño! —dijo la muchacha, retrocediendo cautelosamente—. ¡Qué puerta más pesada!

La tocó al hablar, y se cerró de pronto, con un golpe.

—¡Dios mío! —dijo el hombre—. Me parece que no tiene picaporte del lado de adentro. ¡Nos ha encerrado a los dos!

—A los dos, no. A uno solo —dijo la muchacha.

Pasó a través de la puerta y desapareció.

Fernando Cao (1955), nació en Rosario de Santa Fe, Argentina, lugar en el que reside habitualmente; está casado, tiene dos hijos, es arquitecto, aficionado a la lectura y reciente aprendiz de escritor. En las últimas semanas se ha incorporado al Taller 7 de CCF, por lo que esperamos que se entusiasme y nos envíe más trabajos.

CUESTION DE TIMING

Cesar Heredia - **Colombia**

El anciano se sentía nervioso. Tenía miedo de no poder reconocerlos después de tantos años. Era un miedo ridículo. A pesar del tiempo, los rostros no se habían borrado de su mente, ni siquiera se habían hecho borrosos, como ocurre con otros recuerdos, aquellos que no han usado el dolor como tinta indeleble para dejarlos impresos en la memoria.

Ella tenía ojos verdes, circundados por pequeñas arrugas en las que él creía descubrir bocetos de sus sueños; una sonrisa pícara que le regalaba cada vez que le hacía propuestas indecentes al oído; una nariz llena de carácter, que hacía sincronizadas ejecuciones con el resto de su cara de acuerdo a su estado de ánimo. Él solía tener una barba poblada, arreglada o no dependiendo del ánimo con que empezara el día, que intentaba esconder la cara de mal genio heredada del ejército y de la soledad.

Miró su reloj y confirmó que había llegado a tiempo. Levantó

la mirada y allí estaban, al otro lado de la calle, entre la gente. Los siguió un par de cuadras hasta que entraron a un restaurante. Los observó a través de la ventana y, cuando se sentaron en la mesa, metió la mano en el bolsillo de su abrigo y apretó un botón. Luego corrió y se metió en un callejón solitario, esperando la partida amparado por la oscuridad de la noche. Nadie se dio cuenta de que durante una hora entera ningún teléfono celular, incluyendo el de ella, había sonado en cinco cuadras a la redonda.

Cuando atravesó el portal aún no estaba seguro de lo que encontraría. Era el único viaje que podía hacer y no podía durar más de diez minutos. Había escogido ese momento en especial, el de esa llamada que le había hecho dudar de sus intenciones. Ni siquiera estaba seguro de qué había contestado ella a la propuesta. El viaje no permitía crear nuevos recuerdos.

Llegó a su casa y abrió la puerta. Todo se veía igual. Entonces comprendió que ese nunca habría sido su destino. No fue sólo la llamada de su antiguo novio lo que le había impedido pasar el resto de su vida con ella; a pesar de estar seguro de que la llamada nunca había llegado, ella había dicho que no de todos modos. Trató de engañarse, se dijo a sí mismo que al final no esperaba mucho de ese viaje, pero las lágrimas empezaron a escurrir por sus mejillas y se sentó en la sala, en medio de la oscuridad. El llanto no le dejó escuchar que la puerta se abría de nuevo. Una mujer entró, descargó unas bolsas de mercado, encendió la luz y dio un pequeño brinco al verlo allí sentado.

—¡Juan! ¿Qué haces aquí tan temprano? Casi me matas de un susto.

Él levantó la mirada y se encontró con sus ojos; eran los mismos ojos verdes con los que había soñado cada noche desde el día en que ella había contestado el teléfono en el restaurante. Ni siquiera había mirado las fotos del periódico que anunciaban su boda. Era la misma cara, el mismo cuerpo. Treinta años no habían hecho nada en ella.

—Pero… ¿qué te pasa? ¿Por qué estas llorando?

—Nada, bebé, nada —dijo, sabiendo que el amor que había guardado dentro de su corazón estaba intacto a pesar del tiempo—. Sólo me puse un poco sentimental, recordando el día en que te invité a comer y te pedí que pasaras conmigo el resto de mi vida. Y verte entrar por esa puerta me confirma que fue la mejor decisión que jamás pude tomar.

Ella lo miró en silencio por un segundo y también empezó a llorar —Ay, viejito sentimental, no me hagas llorar a mí también,

que me veo fea. Y pensar que esa misma noche me llamó David a invitarme de viaje a Cartagena. Me dijo que había intentado llamarme antes y nunca entró la llamada. Tal vez si no me lo hubieras propuesto esa noche, me habría ido con él y quién sabe qué hubiera pasado después.

—No digas tonterías. Tu habrías terminado conmigo así hubiera tenido que esperar treinta años por ti —dijo el viejo, con una sonrisa de triunfo en los labios.

Cesar Mauricio Heredia Quecan, nacido el 24 de marzo de 1978 en Bogotá, Colombia, ya ha pasado por Axxón (“Una cita afortunada”, N° 155). Reiteraremos que es abogado y que llegó a la escritura desde su condición de lector voraz de todo tipo de cosas. No obstante, y por razones que no atina a explicar, siempre fue amante de la ciencia ficción. Empezó a escribir cuando cursaba la carrera de Derecho y por entonces hizo algunos talleres cuyos productos fueron publicados en la revista Código de la Facultad de Derecho de la Universidad Javeriana.

MUTACIÓN

Ricardo Manzanaro - **España**

Los dos ratones se aproximaron entre sí y comenzaron a husmearse y examinarse el uno al otro, con el fin de catalogar al desconocido. Tras unos minutos de escarceos, pareció que uno de los ratones daba por finalizada la investigación, y con resultados satisfactorios, ya que abandonó la labor, se giró y comenzó a deambular por la jaula. El otro roedor, sin embargo, permaneció inmóvil, mirando fijamente al primero. Súbitamente, dando un inverosímil salto, se lanzó contra el otro ratón, y le asestó un mordisco como un trallazo. El agredido emitió un agudo chillido, signo del inmenso dolor que le había causado el ataque, y simultáneamente realizó un movimiento espasmódico, para acercar su testa a dónde estaba el agresor. Sin embargo, éste taladraba repetidamente con sus mordiscos el cuerpo del otro, a tal velocidad que parecía que le hubieran apretado un botón semejante al del fwd de los reproductores de DVD.

Los movimientos del ratón atacado fueron cada vez más leves, y sus chillidos tornaron progresivamente menos audibles y menos frecuentes. La sangre manaba en grumos, encharcando todo

el recinto. Aún con el otro sin morir, el ratón asesino se lanzó a chupar la sangre, con una indescriptible gula.

Otro que parecía muy excitado era el humano que observaba cómo se desarrollaba la carnicería. Juan miraba fascinado el resultado, echando breves y frecuentes vistazos a la cámara que grababa la escena, para comprobar que seguía cumpliendo su labor.

La causa de su interés era diferente de la del ratón asesino, que seguía dándose el atracón de sangre. La resolución positiva del experimento confirmaba lo que había descubierto por casualidad en un análisis de ADN. Una mutación en el brazo corto del cromosoma 11 provocaba un síndrome caracterizado por cambios metabólicos y de comportamiento, y modificaciones bioquímicas en los centros de la saciedad en el cerebro. El animal con dicha mutación mostraba una agresividad extrema, lindando con el sadismo, y un apetito voraz. Y el único "alimento" que saciaba su gula era la sangre. El bicho se convertía en un auténtico vampiro.

El éxito de la prueba era, sin embargo, sólo el primer escalón. Ahora tocaba realizar decenas de nuevos experimentos hasta poder difundir su hallazgo. Juan estaba dispuesto a comenzar ya con las nuevas pruebas. No estaba cansado. Al contrario, se encontraba excitado, tras el positivo resultado del primer test, mientras el ratón dormía plácidamente, ahíto por el atracón de hemoglobina.

Abrió una de las neveras del laboratorio. En varias gradillas, se encontraban las muestras de sangre de decenas de animales, suministradas por un amigo suyo que trabajaba en un laboratorio. Ahora se trataba de localizar ADN con la mutación, y repetir varias veces la prueba, para ver si en todas las ocasiones detectaba la mutación. Tomó el primero de los tubos con plasma.

Unas horas después, Juan miraba alucinado los tubos y los resultados de los tests genéticos. No se estaba pellizcando, pero era como si lo estuviera haciendo. Todas las muestras de sangre presentaban la mutación, y además en un grado extremo. "¿Qué coño?", pensó Juan. "Este tipo, ¿qué me ha pasado? ¿Una muestra de murciélagos?".

El timbre de la puerta le sacó de su cavilación. Nada más abrir, su amigo del laboratorio saltó sobre él y, casi chillando, le preguntó:

—¡Juan! ¿Qué has hecho con las sangres que te pasé? ¿Las has tirado?

—No, tranquilo… Sólo he tomado un poco de cada una de ellas para un primer análisis.

El otro soltó un bufido de alivio y susurró “menos mal”.

—Me había colado, joder. Lo que te he pasado no eran muestras de sangre de animales.

—¿Queeé…?

—Ayer se celebró la Jornada Europea de la Prevención, y fuimos al Parlamento. Hicimos extracciones de sangre entre diputados y ministros, para luego hacerles analíticas y decirles si tenían colesterol o ácido úrico. Fíjate, diputados y ministros, y voy y me cuelo y te lo doy a… Pero, Juan, ¿qué te pasa? ¿por qué te ríes? Oye, que esto es muy serio, que ahí está incluso la sangre del Presidente… Juan, tío, de qué vas, que no paras de descojonarte ¿Dónde está la gracia? Será posible, si está hasta llorando de risa…

Cuando publicamos “Invocación” en Axxón N° 160 dijimos que Ricardo Manzanaro, nacido en San Sebastián, España, y médico de profesión, es el actual administrador de los Premios Ignotus y asistente habitual a la Tertulia de cf de Bilbao. Lo que no dijimos entonces y decimos ahora es que en los últimos meses ha estado a cargo de la selección de cuentos de la edición 2006 de Fabricantes de Sueños, la antología de lo mejor del año que publica la AEFCFT, o por lo menos ha sido uno de los que “metió la cuchara”.

UN PUNTO NEGRO, CELESTE

Martín Panizza - **Argentina**

El fenómeno conocido como tránsito —en palabras de un astrónomo —, representa la simple irrupción de un astro entre las masas del Sol y la Tierra. Un teósofo lo llamaría pecado: una mancha de oscuridad en la belleza (hasta entonces) inmaculada de la luz.

Cada ciento veintidós años, Venus transita la superficie del Sol robando un poco de brillantez destinada a nuestro mundo, como si se tratase de un lunar sobre el rostro pálido de Helios. No es una porción fría de la calidez solar que se rehúsa a resplandecer, sino el único rastro de rencor que le recuerda al Sol una antigua traición.

Venus se mueve entre llamaradas durante unos treinta minutos; luego, por otros ciento veintidós años permanecerá oculta, privada de toda caricia en la inmensidad espacial, deslizándose a través de la nada con solitario aburrimiento. En escasa media hora

adquiere el significado que le arrebatan tantos años de ignoto andar. Transita la ardorosa piel sin quemarse, a salvo en la helada distancia; ilusionando o paralizando de terror a millones de criaturas.

En el minuto once de su tránsito, ante la tibieza de la luz, Venus despierta lentamente de su letargo y vuelve a soñar con la lujuria de la vida; visiones de seres que se desarrollan en su matriz; evoluciones abortadas que alumbrarían criaturas imposibles. El marchito planeta sueña con ser azul como su prima, la Tierra. Recuerda los amores con el belicoso Marte en los albores de la eternidad; de ellos no sacó provecho alguno. Por el contrario, fue el planeta rojo quien se benefició de la progenie.

Por un capricho de la geografía celeste, Venus ha sido confinada a una órbita calcinada por la cercanía de Helios, su guardián. A ella, la diosa del amor, que abrigó en su vientre el falo gigante de la fertilidad, se le niega el placer de la maternidad. Los sueños mueren antes de empezar en la quebradiza superficie castigada por el aliento solar. No podrá ser la vida: ni hoy, ni ciento veintidós años después. Por un instante el sueño fue posible, entre la tibieza del amanecer y la frescura de la noche espacial. Por un momento, Venus se atrevió a soñar fecundada por la virilidad de Helios.

En el minuto veintiocho retorna la somnolencia. Aún es un lunar en el rostro brillante, pero se encuentra a punto de caer al abismo. La conciencia de planeta muerto se va ahogando y la ansiedad por la vida se amilana. El sueño de la primavera imposible se pierde en las inmensidades del espacio, en pos de otros ciento veintidós años de añoranza.

Astronómicamente, Venus transita el Sol unos treinta minutos, durante los cuales los hombres observan su andar protegiéndose los ojos. Singularidad que moviliza a millones de personas; quieren ver el tránsito: consiste en un diminuto punto sobre la superficie solar, invisible al desprevenido.

Para Venus, la cosa es bien distinta; sumida en la yerma eternidad, sueña con ser habitada, con sentir en su seno la vibración de la vida. Una ráfaga de conciencia que muere al cabo de un suspiro astronómico. Sin embargo, mientras dure el sueño, Venus volverá a sentirse madre, el centro de una hermosa utopía que jamás será realidad.

Cuando el reloj marca treinta, todo vestigio de conciencia se esfuma. El planeta silencioso y oscuro continúa la órbita, entregado al aburrimiento de la nada, esperando que en otros ciento veintidós

años la vida amague con despertar. Para Venus, ese intento imposible es motivo suficiente para soñar.

Martín Darío Panizza, tiene veintiocho años y escribe desde los trece pero recién hace dos le puso ganas a la literatura, más o menos en la época en la que abandonó su carrera de sistemas para pasarse al profesorado de historia. Se crió en Buenos Aires, barrio de la Boca, más precisamente en Catalinas Sur, por lo que declara estar enamorado de la pelota y del azul y amarillo, qué se le va a hacer, nadie es perfecto. Le gusta mucho la ciencia ficción, especialmente Dick, Sturgeon y el recientemente fallecido Lem, además de autores que no tienen mucho que ver con el género como Soriano y Fontanarrosa.

EL SUPERHÉROE

José Vicente Ortuño - **España**

Aunque tenga razones para dudar de mi cordura, creo que no estoy loco, no tengo alucinaciones y todavía soy capaz de distinguir la realidad de la ficción. Meditando sobre lo que me ha sucedido, he llegado al convencimiento de que si alguien desea algo con la suficiente intensidad, tarde o temprano terminará por hacerse realidad. No parece haber otra explicación, al menos una que tenga algo de lógica, pues por increíble y fantástico que pueda parecer, me ha sucedido lo que siempre había soñado.

Todo comenzó cuando de niño me aficioné a leer cómics de superhéroes. Eran divertidos y me hacían evadirme de la triste realidad que me había tocado vivir. Disfrutaba tanto que, a pesar de saber que todo era producto de la imaginación de los guionistas, siempre quise ser uno de aquellos héroes. Me fascinaban sus superpoderes y habilidades extraordinarias, tanto que deseé con toda mi alma poseer súper fuerza, invisibilidad o capacidad para trepar por las paredes. Además, me encantaban sus ajustados y coloridos uniformes, que realzaban su fenomenal musculatura —aunque su súper poder no lo requiriese siempre tenían un cuerpo perfecto—. Por supuesto que también hubiese querido ser tan esbelto como ellos, en lugar de ser una amorfa bola de sebo.

No me importaba que la vida privada de la mayoría de mis héroes fuese lamentable y que estuviesen condenados a no tener una

existencia normal. Al fin y al cabo yo, desde que nací, me he sentido socialmente marginado por el resto de la humanidad. Tal vez fuese por eso que me veía retratado en esos personajes y en las tristes y solitarias vidas que soportaban —cuando no estaban salvando el mundo, claro—. Yo ya tenía una vida triste y solitaria, sólo me faltaban los poderes especiales. Bueno, tal vez podrían considerarse como tales mi habilidad para eructar la tocata y fuga de Bach, la de tirarme pedos en Re Menor y la de mover las orejas. Pero como superpoderes resultaban patéticos y bastante inútiles; como no fuese para ahuyentar al resto de la humanidad, en especial a las mujeres.

Sabía que convertirme en superhéroe me hacía falta algo más que tener aerofagia musical o controlar a voluntad un apéndice inofensivo. Necesitaba adquirir los superpoderes de alguna forma digna y elegante, como por ejemplo ser nativo de un planeta lejano, poseer súper fuerza y vista de rayos equis. Por desgracia en mi partida de nacimiento dice que nací en Villarrastrojo del Pedregal, provincia de Cuenca, que puede resultar un sitio bastante interesante si te gustan los bichos y las piedras, pero no deja de ser el puñetero planeta Tierra.

Otra opción que tenía era la de heredar una mutación natural. Para ello mis progenitores debían de haberse visto afectados por contaminación radiactiva o biológica. Tampoco en eso tuve suerte, el producto más peligroso con el que se han contaminado mis viejos es el vino que fabrica mi abuelo —tan fuerte que sirve para desatascar desagües—, pero que por desgracia no contiene ningún poderoso mutágeno.

Descartando todo lo anterior, sólo me quedaba la opción de ser mordido por un animal contaminado con radiactividad, con los genes alterados por algún científico loco o afectado por un virus mutante. Desde que deduje que éste era mi último recurso, he andado buscando por los rincones una araña o una mantis religiosa fugada de un siniestro laboratorio. También me hubiese podido servir un cocodrilo hambriento, un gorila cabreado o un mandril en celo. Pero lo que no esperaba es lo que me ha sucedido: me ha mordido Spoky, mi mascota.

El caso es que el bueno de Spoky nunca ha tenido mal carácter, todo lo contrario, siempre ha sido adorable. Además, no tenía motivos para morderme. He sido muy cuidadoso con él, nunca le ha faltado la comida ni el agua, lo he tratado con cariño y no he descuidado la higiene de su habitáculo. Pero nuestras mascotas, por muy inteligentes y cariñosas que nos parezcan, son animales irracionales. Por mucho que convivan con humanos en su interior no dejan de ser bestias salvajes, que esperan el momento oportuno

para morder la mano que les da de comer. A pesar de todo no le guardo rencor a mi Spoky. Hasta cierto punto puedo comprender su actitud.

Yo sólo salgo de casa de vez en cuando para comprar latas de cerveza y bolsas de ganchitos de queso. El resto del tiempo me lo paso en mi cuarto viendo la televisión, leyendo cómics y jugando a la videoconsola. Sin embargo, vivir en cautividad si no tienes la posibilidad de salir cuando quieres debe ser angustioso. No, no le guardo rencor.

Spoky es mi amigo, el único que no me ha despreciado nunca, bueno, hasta anteayer. Cuando fui a ponerle la comida se lanzó sobre mi mano y me mordió. No fue un gran mordisco, pero sí lo suficiente como para inocularme alguna sustancia o virus desconocido. Lo que fuese me produjo fiebre alta y delirios durante toda la noche. Por la mañana, cuando desperté, mi cuerpo había cambiado. Sin saber cómo he adquirido las habilidades de Spoky. Sí, al fin he conseguido superpoderes, justo como siempre había soñado. Pero no esperaba que mis poderes consistieran en dormir durante todo el día escondido en un rincón y por la noche acaparar montones de comida en los carrillos, tener unas ganas locas de roer cosas y correr dentro de una rueda. Eso sí, cuando me miro al espejo y me veo esos ojillos tiernos y esa naricilla rosada con graciosos bigotes, me encuentro adorable.

¡Quién me mandaría tener un hámster como mascota!

Creo que volver a decir que José Vicente Ortuño Segura nació en Manises (Valencia) en 1958, que trabaja veintitrés horas por día delante de un ordenador, que pasa sus vacaciones persiguiendo mascotas en fuga y que además de familia tiene suegra es, por lo menos, superfluo. Por eso nos limitaremos a consignar que se ha convertido en un escritor prolífico, fecundo e inagotable y que sus estelares incursiones en Axxón, con este cuento que les presentamos ahora, ya suman diez: "Frankenstein 2004" (145), "Responsabilidad" (152), "Putrefacción" (154), "Tierra calcinada" (155), "Por amor" (158), "La tortilla" (160), "Mis vecinas" (160), "Querida suegra" (162) y "Primer contacto" (163).

Historia de la Ciencia Ficción Uruguaya (2)

Pablo Dobrinin



Introducción

En esta nueva entrega de la cf uruguaya, siguiendo el orden cronológico que nos hemos trazado, recordaremos dos novelas: **El hombre artificial** (1910), de Horacio Quiroga; y **El Planeta Arreit** (1976), de Horacio Terra Arocena.

Los lectores pueden buscar la primera entrega aquí.

Deseo agradecer públicamente a mi querido amigo Enrique Abelenda, quien se ha tomado el trabajo de escanear, restaurar y "limpiar" todas las imágenes que acompañan esta historia. En la primera entrega olvidé mencionarlo, y quiero subsanar ahora este error imperdonable.

Les recuerdo también que la novela de Quiroga que hoy nos ocupa está disponible en el número 163 de la revista Axxón.

El hombre artificial

Horacio Quiroga. Novela corta de 50 páginas incluida en ***Cuentos***, que comprende además ***El mono que asesinaba***, ***El devorador de hombres***, ***Las fieras cómplices***, y ***Gentes que viajan***, *Biblioteca Rodó tomo X, Claudio y García & Cía. Editores,* Montevideo, 1943. También disponible en ***Horacio Quiroga - Novelas cortas tomo I (1908-1910)***, prólogo de Noé Jitrik, notas de Jorge Ruffinelli, incluye también ***Las fieras cómplices*** y ***El mono que asesinó***, *Arca*, Montevideo, 1967. Otra edición de interés: ***El hombre artificial - El mono que asesinó***, *Valdemar Ediciones*, colección *Tiempo Cero*, España, 1989. ***El hombre artificial*** fue publicado

originalmente en el semanario *Caras y Caretas*, números 588 a 593, Buenos Aires, 8 de enero a 12 de febrero de 1910 en seis entregas, y con el seudónimo de S. Fragoso Lima.



Las fieras cómplices, ***El mono que asesinó***, ***El hombre artificial***, ***El devorador de hombres***, ***El remate del imperio romano***, y ***Una cacería humana en África***, se publicaron como folletines entre 1908 y 1913, los cinco primeros en *Caras y Caretas* y el último en *Fray Mocho*. Para Horacio Quiroga no fueron más que una forman de ganar algún dinero y se refirió escasamente a ellos en su correspondencia. Según los estudiosos, se vio fuertemente influenciado por el auge que la literatura fantástica cobró en 1906 con ***Las fuerzas extrañas*** de Leopoldo Lugones, que fue su amigo y mentor. En el caso de ***El hombre artificial***, estuvo además influenciado por Holmberg, y desde otro punto de vista, por el positivismo.

Tres científicos unen sus talentos para crear un ser humano; las explicaciones "científicas" hablan de "electrólisis", "disecciones" y "reactivos". En el capítulo I asistimos a la creación de una rata. Los capítulos II, III, IV y V están destinados a las biografías de los personajes: Donisoff, Sivel y Ortiz.

Nicolás Ivanovich Donisoff es un príncipe ruso. Como sus padres murieron cuando era niño, quedó bajo la tutela del príncipe Dolgorouky. Cuando ya es un joven éste le previene de los peligros que le puede traer

aparejados leer a Kropotkine y frecuentar los cafés donde se reúnen los estudiantes contrarios al régimen. Desoyendo estos consejos, Donisoff deja la nobleza para unirse a los revolucionarios. Más tarde, por sus convicciones políticas se ve obligado a condenar a quien fuera su tutor, pese a que nunca dejó de quererlo. Luego sus estudios lo llevan a convertirse en director de un instituto de bacteriología en Europa.

Stefano Marco Sivel es Italiano, proveniente una familia pobrísima. En virtud de los reiterados e inhumanos castigos que le proporciona su padre, decide abandonar su casa siendo un niño. Por su constancia en el trabajo y el estudio se transforma en celebridad en medicina. En un determinado momento, su novia, a quien ama muchísimo, le dice que si él se somete a una transfusión de sangre para salvar a una desconocida, ella lo va a dejar. Sivel, conforme a su vocación de médico, da su sangre para salvar a la enferma y pierde a su novia, sin contar otros traumas aún más terribles que se desencadenan a partir de esta acción.

Ricardo Ortiz es porteño; nace en el seno de una familia de cuantiosa fortuna. Estudia en Búffalo, se recibe de ingeniero eléctrico y regresa a Buenos Aires. Se siente particularmente atraído por las pilas eléctricas. Esta afición lo llevara a enemistarse con su padre, a resultas de lo cual abandona su hogar. Después que su progenitor muere, él renuncia a la herencia familiar.

Como se puede apreciar, tenemos tres hombres con muchas cosas en común. Todos realizan importantes sacrificios en sus vidas, hacen caso omiso de las advertencias de sus mayores o allegados, superan obstáculos y desgracias, y por sus propios medios consiguen elevarse en un plano profesional, y lo que es más importante, de prestigio social. Esta serie de elementos ayudan a elaborar el perfil trágico de los mismos. He reseñado brevemente las biografías de los personajes precisamente para resaltar este punto, y terminar de una vez por todas con algunos comentarios peyorativos y apresurados que se han deslizado sobre esta obra, en el sentido de que se acumulan datos sólo para cubrir las entregas del folletín. Muy por el contrario, las biografías de los personajes prefiguran lo que va acontecer cuando se aboquen a la empresa más grande de sus vidas.

El capítulo VI los encuentra reunidos en Buenos Aires, aquí deciden "Hacer un ser organizado". Luego de "tres años menos doce días", mediante la manipulación de los elementos constitutivos de la célula logran crear una rata artificial. Este hecho tiene lugar el 23 de agosto de 1909. Podría parecer trivial que el autor dé esta fecha, o que apunte que faltaban doce días para completar tres años de investigación. Lo importante no es la fecha en sí misma sino que se nos la señale con tanta precisión. Hace esto para darle credibilidad a lo narrado, de la misma manera que se esfuerza en aportar conceptos científicos, por más que puedan parecernos equivocados. En el capítulo VII regresamos al principio. Considerando "la gran analogía

de la sangre humana con la de la rata" emprenden la labor de "hacer" un hombre.

La rata muere en el capítulo VIII cuando sus huesos se disuelven envenenando la sangre. Luego de superar este inconveniente con una nueva fórmula del tejido óseo, crean un ser humano adulto: "Biógeno", esto es: "engendro vida".



En los capítulos IX, X y XI , Donissoff trae un "hombre pobremente vestido, muy flaco y de semblante amarillento" y lo tortura arrancándole con un alicate una a una todas las uñas de las manos. La idea es que este desgraciado logre transmitirle su dolor —multiplicado— a Biógeno, para que pueda provocar en su sistema nervioso "una sensibilidad que sólo los años darían". Desafortunadamente, la sensibilidad transmitida resulta excesiva, hasta el punto de que el menor estímulo —como tocar un simple objeto— le provoca un dolor inenarrable. Por el contrario, el hombre torturado termina por perder toda capacidad de sentir. Para que Biógeno logre llegar a un punto de equilibrio, Donissoff se ofrece para recibir el "exceso de carga". Pero este nuevo experimento también falla y ambos mueren.

Si bien los tres científicos son responsables de los experimentos, el protagonista fundamental es Donissoff, quien comanda las acciones, dirige los tiempos y soluciona los problemas que se le plantean. Paralelamente, es él quien encarna la figura del héroe trágico. Este príncipe ruso que se enfrenta a los propios zares, es descripto por el narrador como un hombre rubio, de cabello ondeado, con la "belleza sombría de un arcángel rebelde",

orgulloso, animado por un voluntad inquebrantable, y finalmente :"un sabio en la más honda expresión de la palabra". Ni bien se comprueba que la rata comienza a respirar, Donissoff trepa a la mesa mas próxima y baila en ella "la más desordenada danza de los mundos posibles e imposibles". Esta acción, que podría parecer tan trivial, está sin embargo cargada de sentido. El "desorden" de ese baile es equivalente a un festejo pagano. No olvidemos que este personaje, en definitiva, retoma la tradición de aquellos que por su orgullo, por querer acceder a un conocimiento "excesivo", recibieron el castigo de fuerzas superiores: Adán, Prometeo, Fausto, y más recientemente Frankenstein, entre otros. El propio narrador califica a los tres "asociados" como "los tres magos a quienes trescientos años antes la Inquisición hubiera quemado". (Según se cuenta en el Génesis, los hombres iniciaron la construcción de la llamada Torre de Babel y Dios los castigó por su soberbia, confundiendo sus lenguas para que nunca la pudiesen terminar. Miles de años después, tres científicos, un ruso, un argentino y un italiano, descubrieron que era posible aprender la lengua del vecino y todos juntos crearon un ser humano. No hay vuelta: el hombre es porfiado).

Donissoff es la síntesis y la superación de los otros dos científicos, por eso es él quien ostenta el mayor orgullo y recibe el consiguiente castigo.

A grandes rasgos se puede afirmar que no hay ingenuidad, ni desprolijidad, ni falta de previsión en Quiroga, muy por el contrario. La estructura está ajustada a las necesidades de la historia, y además contribuye a mantener el interés del lector. El orden cronológico —que exigiría empezar por las biografías— es alterado para poner en su lugar un episodio de interés, como lo es sin duda la creación de la rata artificial. Y cuando después del *flashback* de las biografías se retoma el hilo temporal, se lo hace con mucho tino y hasta diría que no sin cierta sutileza. Los dos extremos del *flashback*, cuando se lo abre y se lo cierra, están pautados por un acto sólo en apariencia inocente: tomar una taza de té. La razón está en que "el arcángel rebelde", después de tantas fatigas, siente "una sed horrible". Esta sed física es la representación de una "sed" espiritual mucho más profunda: el ansia desmesurada del héroe trágico de trascender los límites humanos. Comprensible, por lo tanto, es que incluso después de torturar a Biógeno, Donissoff siga teniendo sed. Porque la misma reside en su propia naturaleza. Hay además otro hecho, que contribuye a reforzar lo irremediable y fatalista del carácter del príncipe ruso. Cuando ninguno de lo científicos logra encontrar una solución a la fórmula del tejido óseo, es Donissoff quién parece hallar la respuesta a las tres de la mañana, cuando se suponía que debía estar durmiendo para reponerse de las fatigas del día. El ruso se había acostado con la intensión de dormir, pero no pudo hacerlo, su cabeza —como si fuese algo independiente de su voluntad— siguió trabajando en el problema. Es como si existiese una voluntad mayor que la suya propia, algo, en definitiva, que nace de un destino trágico. Tragedia,

que como vimos, está marcada por su biografía, por su carácter, por las decisiones que toma y los consejos que desoye de sus compañeros.

Si algún reparo podemos hacer es a nivel del lenguaje, ya que el estilo de Quiroga todavía no ha alcanzado su mejor momento, a veces repite alguna palabra innecesariamente, o se muestra demasiado pródigo en los adjetivos y signos de exclamación, y le imprime al relato un tono pomposo cuando no excesivamente patético. Pero a pesar de estas contras, que los lectores actuales pueden sobrellevar con una sonrisa, hay que reconocer que la *nouvelle* se lee con mucha fluidez y hasta con interés. Incluso, el tono folletinesco, lejos de desagradar, le aporta indudablemente un sabor muy especial.

El hombre artificial no dejó huella. Pero, para ser justos con Quiroga, debemos reconocer que fue un pionero en el Río de la Plata, y con algunos de sus relatos más logrados, caso de ***A la deriva***, ***El almohadón de plumas***, ***El hijo***, etc., y particularmente con su famoso ***Decálogo del perfecto cuentista***, influenció el estilo de una gran parte de los escritores latinoamericanos, incluidos entre ellos a muchos de CF.



Horacio Silvestre Quiroga nació en 1878 en Salto, departamento de Uruguay. Radicado en Argentina desde 1903, su vida fue intensa, compleja y accidentada; marcada por su

ansiedad de experimentación y creación, sus viajes, la selva de Misiones, y las sucesivas muertes trágicas de sus allegados. En 1937, en Buenos Aires, la noticia de su padecimiento de cáncer gástrico lo lleva al suicidio por ingestión de cianuro. Escritor, poeta, ensayista, periodista, crítico. Profesor de castellano y literatura. Dandy, hombre selvático, cazador, trabajador manual, hacendado y empresario frustrado. Juez de Paz y Oficial del Registro Civil de San Ignacio. Funcionario del consulado uruguayo en Buenos Aires. Centro de varios círculos literarios. Fundador de la *Revista de Salto - Semanario de Literatura y Ciencias Sociales* (1899). Colaboró con numerosas publicaciones entre las que se destacan los semanarios salteños *Revista Social* y *Gil Blas*, la revista montevideana *La Alborada*, el semanario bonaerense *Caras y Caretas*, las revistas porteñas *Atlántida* y *El Hogar*, y el periódico *La Nación*. Virtuoso del cuento breve, lo definió y caracterizó en varios de sus artículos y ensayos. Publicó los libros: ***Los arrecifes de coral*** (Montevideo, 1901), ***El crimen del otro*** (Buenos Aires, 1904), ***Los perseguidos*** (Bs. As., 1905), ***Historia de un amor turbio*** (Bs. As., 1908), ***Cuentos de amor, de locura y de muerte*** (Bs. As., 1917), ***Cuentos de la selva para niños*** (Bs. As., 1918), ***El salvaje*** (Bs. As., 1920), ***Las sacrificadas*** (Bs. As., 1920; escenificación de ***Una estación de amor***, que se estrenó en el Teatro Apolo en 1921), ***Anaconda*** (Bs. As., 1921), ***El desierto*** (Bs. As., 1924), ***La gallina degollada y otros cuentos*** (Bs. As., 1925), ***Los desterrados*** (Bs. As., 1926), ***Pasado amor*** (Bs. As., 1929), ***Suelo natal*** (Bs. As., 1931; libro de lectura para escolares) y ***Más allá*** (Montevideo - Bs. As., 1935).

El planeta Arreit



Horacio Terra Arocena. *Editorial Barreiro y Ramos*, 275 páginas, Montevideo, 1976.

Se inscribe claramente dentro de la CF utópica. Comienza cuando tres científicos terrestres (un inglés, un francés y un uruguayo) descubren por accidente un planeta con *"un recorrido orbital que se confunde con el de la Tierra, pero situado al lado opuesto, con respecto al Sol"*. Este cuerpo celeste no es otro que "Arreit" (Tierra al revés) que servirá para mostrarle a los terrestres cómo debería funcionar su propio planeta si estuviese bien gobernado. De hecho, Arreit ya ha vivido las penurias de nuestro mundo y las ha superado. Casi toda la novela sigue la estructura de los diálogos platónicos: un discípulo que pregunta (los visitantes terrestres), un maestro que contesta (los líderes arreitianos). De esa manera se intenta, mediante el convencimiento que gana al visitante, convencer al lector de las razones esgrimidas. En este entorno se dan cita los elementos comunes a ambas obras, tales como pequeños discursos, símiles, alegorías, etc.

Algunos de los temas que se tocan:

- En el aspecto económico: *"Arreit ha rechazado la libertad absoluta del poder económico privado, sometiéndolo a un régimen regulado y fiscalizado que lo pone en servicio del interés social. Ha desechado también los sistemas colectivistas que caen en el desestímulo y en el totalitarismo opresor"*. El autor propone entonces un sistema que no modifica las estructuras, pero regula el sistema capitalista. Se opone al monopolio. Hay un control de precios y *"no se permiten los abusos, la explotación y la especulación"*. Se regulan los márgenes de ganancia, *"un*

25% sobre los costos", y los empleados participan de los beneficios. Se establecen los mecanismos para una redistribución equitativa de la producción, regulada por mecanismos internacionales.

- En lo religioso: aunque no conocen el cristianismo ni practican ritos, ni tienen iglesia, creen en un dios de similares características, representación del amor y la sabiduría. Cree que sólo *"en la raíz profunda religiosa que hermana a los hombres"* es posible encontrar *"un motivo de unidad eficaz para la civilización del planeta"*.
- En lo moral: subraya la importancia de la familia en la sociedad. Se manifiesta en contra de *"el divorcio y la prédica de la libertad de costumbres entre los jóvenes y la desvergonzada propaganda pública de la sexualidad viciosa"*. La moral existe independientemente del punto de vista del hombre.
- Sobre la igualdad de hombres y mujeres: considera que son seres complementarios y mantiene la estructura patriarcal. *"Mientras el hombre se ocupa en las industrias o en la política, y está fuera del hogar en sus trabajos, la mujer es quien orienta el primer desarrollo de las capacidades morales y espirituales de los hijos; capacidades que, a la larga distancia pero infaliblemente, gobiernan luego el mundo"*. Y añade como justificación: *"¿No hubo inicialmente algo de sórdida explotación mercantilista, en esto de haber sacado a la mujer de su hogar?"*.
- Sobre el problema del crecimiento de la población y la posibilidad de hambrunas: considera que se solucionaría con una mejor explotación de los recursos del planeta y con una redistribución equitativa de la producción. *"Los sistemas anticonceptivos fueron en Arreit aliados del desquicio moral y de la disolución de la familia. Los usaron los pueblos afeminados en el goce de una refinada civilización material. El problema de la superpoblación no se resolverá nunca por la vía de la degeneración moral y de la búsqueda irresponsable de los placeres sensuales. En oposición con tales declinaciones viciosas, durante largos períodos de nuestra historia, y ahora mismo, el celibato ha seducido a los estudiosos; y aún a los realizadores sociales y a las personas de empresa. En las mujeres se compensa a menudo la inclinación a procrear con el desarrollo de una vocación asistencial que las lleva al cuidado de los niños, de los enfermos y de los impedidos"*.

Luego de vivir un año en Arreit, los tres científicos regresan a la Tierra para contar las "maravillas" de ese mundo. Ejem, sin comentarios…

Horacio Terra Arocena nació en Montevideo el 6 de Mayo de 1894. Fue arquitecto, profesor de Filosofía y Cultura Moral. Codirector del Diario Católico*El Bien Público*, director de la revista *Tribuna Católica*, Diputado y Senador por el partido Unión Cívica. Escribió ***Integración en el tiempo***, obra premiada oficialmente en la categoría "Ensayos Estéticos y Literarios"

(1967-68). Recibió varios títulos honoríficos: Caballero de la Orden de San Gregorio Magno, Miembro Académico de la Facultad de Arquitectura de Valparaíso (Chile), y Socio honorario de la Sociedad Central de Arquitectos de Buenos Aires.



La Ciencia Ficción India - Actualidad

Dr. M.H. Srinarahari



I- Una Breve Historia:

Los orígenes de la ciencia ficción en la India se remontan a los tiempos de las grandes épicas Hindúes: el Ramayana y el Mahabharatha. En ellos encontramos la descripción de los *pushpaka vimana* (naves espaciales capaces de transportar a las personas en fracciones de segundos hacia cualquier *loka* (mundo) que desearan. El Mahabharatha describe excelencias arquitectónicas tales como mansiones, palacios encerados, pisos cristalinos que se confundían con agua y viceversa. En él se describe también una transmisión en tiempo real de una megaguerra mediante dispositivos telepáticos y muchas otras cosas de ese corte.

De forma similar, existen innumerables *shlokas* (himnos) que describen métodos para restablecer la juventud y prolongar la vida humana. Hasta la fecha ninguno ha proporcionado una prueba científica convincente.

Sin embargo, como forma literaria, la ciencia ficción surgió como resultado del impacto de la revolución industrial. En ese sentido, como ha sido reportado en muchos libros y revistas, la ciencia ficción de la India nació en 1897, con la publicación del relato de ciencia ficción bengalí “Agosh”, de Jagadish Chandra Bose. Esta ficción versa sobre el método de pacificar las tormentas en un océano. Alrededor de la misma fecha se registra la publicación de los relatos de ciencia ficción *marathi,* “Tareche Hasya” (La Risa de un Cable) de S. B. Ranade, y “Srinivasa Rao” de Nath Madhav.

La novela de Julio Verne *Viaje a la Luna* fue publicada en idioma malayo en Kerala Kokila. Otra ficción en idioma *indi* “Chandra Lok ki Yatra” (Un

viaje a la Luna) de Babu Keshav Prasad Singh, apareció el 6 de noviembre de 1900 en el periódico indio Saraswathi. La ficción "Ashcharya ki Ghanti" (Una campana maravillosa) de Sathya Dev Parivarjak fue publicada en 1908. Alrededor de esa fecha se publicaron grandes obras como "Chandra Kantha" y "Chandra Kantha Santhati", por Devakinandan Khatri. Estos relatos son tan populares que han sido transformados en series para la TV Nacional en el horario estelar de los domingos.

Se ha reportado que también por esos años Kishorilal Goswamy, Lala Shivnivas Das, Babu Gopal, Ram Gahwari y otros escribieron obras de ciencia combinadas con temas de cuentos de hadas.

Durga Prasad Khatri, hijo de Devakinandan Khatri, publicó, siguiendo los pasos de su padre, *Bhooth Nath* (1913), *Pratishodh* (1925), y *Lal Panja* (1925), seguidos de *Rakt Mandal*, *Swarg Puri*, *Safed Shaitaan* y otras novelas. El tema común de estas obras es la exploración de las posibilidades de invenciones científicas tales como el rayo mortífero, la pistola nuclear y los aviones sin piloto. Parece que su "Lohe Ke Admi" es la primera ficción hindú sobre robots. El robot de este cuento se rige por los principios de la mecánica. Tal como sucede en la novela R.U.R. de Karl Capek, su protagonista, el profesor Gamat, inventa un robot. El autor describió también muchas criaturas monstruosas en el mismo relato.

Probablemente a causa del impacto negativo de la Segunda Guerra Mundial, la ciencia ficción hindú sufrió un retraso. Pero el movimiento ganó en fuerza y se experimentó un tremendo progreso en la esfera científico-técnica a partir de los años sesenta. Se reflejaba de esta forma la tendencia global matizada por el viaje del Hombre a la Luna, el descubrimiento de los *quarks*, el advenimiento de la TV, las computadoras e Internet, el desciframiento del genoma humano y la clonación. Con estos elementos como telón de fondo, la gente del mundo científico comenzó a escribir ciencia ficción en diferentes revistas con el objetivo de popularizar la ciencia.

II- Organizaciones:

1. NCSC

El Centro Nacional de Comunicadores Científicos, Mumbai, fue muy exitoso al aglutinar a todos los escritores de ciencia ficción en los últimos treinta años. El NCSC ha promovido un concurso anual de relatos con el propósito de estimular a los escritores a competir y ganar premios. Gajanana Phondke, Jayanth V.Narlikar, Laxman Londhe, Madhusudan Dingankar, Meghashree Dalavi… están entre los ganadores de este concurso. Recibir premios por escribir buenos relatos de ciencia ficción viene acompañado por la publicación de los relatos ganadores en las

revistas.

En 1996, la NCSC organizó también la Conferencia Nacional de escritores de Ciencia, que fue presidida por el Dr. G. P. Phondke. Entre las actividades se le dedicó una sesión completa a la discusión de temas de ciencia ficción. Este evento se denominó “Nuevas ideologías - Nuevos pensamientos”. Gangadhar Gadgil, Chandrakanth Patil y el Dr. Srinarahari dieron conferencias sobre temas relacionados.

En otro proyecto del NCSC, el Dr. Srinarahari tomó la iniciativa de traducir cuentos cortos de ciencia ficción del *marathi* al *kannada*, y luego al inglés. El libro editado por Srinarahari titulado *Yantra Manava*, una antología de dieciocho cuentos de robots, se publicó en enero del 2001.

Mientras tanto, Srinarahari seleccionó el relato de Laxman Londhe “El Segundo Einstein” como el mejor relato de ciencia ficción india. James Gunn, Director del Centro para Estudios de la ciencia ficción en Kansas, publicó este cuento en la antología *El Camino a la ciencia ficción # 6*. El relato ha sido publicado también en alemán y chino.

2. IACIS (ASRC)

El Centro Indo-norteamericano de Estudios Internacionales, (anteriormente Centro de Investigación para Estudios Estadounidenses), Hyderabad, es otra organización que ha promovido el otorgamiento de becas en el área de la ciencia ficción. El primer paso en el camino del progreso fue proporcionar un número importante de libros a los lectores. En segundo lugar ha ayudado a P. S. Krishnamoorthy a llevar a cabo su proyecto y publicar la obra “Una guía de la Ciencia Ficción Estadounidense para Estudiosos” (1983). El valioso material disponible allí ha contribuido a crear suficiente ímpetu en los estudiosos para proseguir sus investigaciones en la ciencia ficción.

3. IASFS

Asociación India para Estudios de ciencia ficción fue establecida el 2 de enero de 1998. Este es el día del natalicio de Isaac Asimov, el padre de la ciencia ficción, y el centésimo aniversario de la publicación de la primera obra de ciencia ficción india. A partir de su creación, la IASFS ha celebrado conferencias anuales en diferentes regiones del país, organizado talleres literarios de ciencia ficción para mujeres, científicos, escritores de ciencia y niños. Es notable que el taller de escritura de relatos cortos de ciencia ficción desarrollado en el estado de Karnataka para niños entre 13 y 15 años ha sido reconocido universalmente como un intento pionero. El producto de este taller fue recogido en dos volúmenes titulados *101 Relatos de ciencia ficción* publicados por DSERT Bangalore. De forma análoga, la Empresa Nacional del Libro de la India está editando el producto de otro taller en una antología titulada *Una Antología de Relatos Breves de ciencia ficción*.

(Los científicos y escritores de ciencia Rajashekhara Bhoosanurmath y Dr. Srinarahari condujeron este taller y editaron la antología).

A la primera conferencia asistieron tan sólo una docena de aspirantes, pero a partir de la segunda conferencia no hubo marcha atrás. La asociación ha sido exitosa al unificar a numerosos estudiosos de la ciencia ficción, académicos, científicos, escritores, editores, críticos, periodistas, aficionados, webmasters, industriales, tecnólogos, agricultores y lectores.

Durante las pasadas ocho conferencias anuales, los participantes mostraron un marcado interés en la discusión de los siguientes temas: las formas de la ciencia ficción, Mito y Fantasía; Mujeres en la ciencia ficción (Un Tributo a Kalpana Chowla); "Cine y ciencia ficción: Setenta Años de Sinergia, 1926 a 2003", Historia de la Ciencia Ficción India, Marathi, Assamese y Telugu y GRAIN (Ingeniería Genética, Robótica, Inteligencia Artificial y Nanotecnología), Tecnología de la Información, Ciencia Popular, Ciencia Ficción, Fantasía y otros tópicos relacionados.

Entre los principales objetivos de la Asociación está proporcionar materiales y guía a los estudiosos que desean desarrollar cursos de Maestría y Doctorado en el campo de la Ciencia Ficción. La asociación ha representado al país en las conferencias internacionales. La Sra. Geetha (miembro del comité ejecutivo de la IASFS del estado de Rajasthan), quien es también una estudiosa del género, representó a nuestro país en un mega evento de ciencia ficción: la Conferencia Mundial de Ciencia Ficción celebrada en Glasgow en Agosto del 2005. Ella recibió además en el presente año el prestigioso premio Bursary que otorga la Fundación Británica de ciencia ficción. Además de esto, el Dr. Panneer Selvam (Secretario para el Sur de India de IASFS, quien está radicado en Chennai) ha representado a la India en la Conferencia de ciencia ficción de Kansas, EEUU y fue presidente de una de las sesiones en la conferencia del género celebrada en el Reino Unido.

La IASFS está vinculada a la Asociación India de Escritores de Ciencia Ficción, Faridabad, Uttara Pradesh, la Asociación India de Ciencia Ficción, Kalady, Kerala, y la Asociación de Escritores de Ciencia, Vishakapatnam, Andra Pradesh. La Asociación establece lazos con organizaciones globales, tales como la Asociación para la Investigación en Ciencia Ficción y la Asociación de Escritores de ciencia ficción de los Estados Unidos. Locus, el periódico más importante de ciencia ficción en el mundo, ha publicado un extenso artículo sobre los logros de la Asociación. Además, los siguientes sitios Web brindan reportes detallados sobre nuestras conferencias: http://infinitematrix.com, http://sff.net, http://adbhut.com, http://iindiascifi.com, http://concatenation.org, http://locusmag.com y http://emeraldcity.com.

Los cuarteles generales de la Asociación radican en #6, 17th East Main Road, Gandhinagar, Vellore - 632 006 Tamil Nadu. India (Presidente-

Fundador de la IASFS Dr. Purushothaman - email: kspsf@yahoo.com Phone:+91-416-2244115).

La Asociación publica una revista internacional muy renombrada, la Revista Hindú de Estudios de ciencia ficción. Está dirigida a publicar artículos teóricos, generalmente trabajos presentados en las conferencias anuales previas; hasta el momento se han publicado cien números. Esta revista dedica algunas páginas a publicar los mejores cuentos de escritores indios, así como un espacio para las opiniones de los lectores. La Asociación publica con frecuencia Boletines de Noticias para mantener al día el conocimiento de los miembros y anunciar los eventos en este campo.

Recientemente los doctores Purushothaman y Srinarahari han editado dos antologías de cuentos breves de ciencia ficción (versión en inglés), que fueron publicadas antes en diferentes idiomas de la India. Estas dos antologías sirven como lectura complementaria a los estudiantes de Postgrado de inglés en el país. De esa forma la Asociación trata de popularizar el género a todos los niveles.

4. ISFWA

La Asociación India de Escritores de ciencia ficción fue establecida en Varanasi en el año 1995. En la actualidad R. Upaadhyaya es su presidente. Esta entidad agrupa a los escritores de ciencia ficción y aspirantes a serlo en el norte de la India.

5. Sitios Web de la ciencia ficción India

Dinakar Charak fundó Abdhut y Arya Madanmohan India Sci-fi. Estos sitios Web popularizan la ciencia ficción India publicando varios relatos cortos todos los meses.

III- Becas de Estudio:

El sistema de Becas de Estudio en la ciencia ficción india se encuentra aun en su infancia. No obstante, el trabajo de doctorado “Fiat Homo - Let there be Man - Renovación apocalíptica en la Serie de la Fundación de Asimov” (1992) por el doctor en ciencias K. S. Purushothaman, recibió una beca de la Universidad de Madrás. La Universidad de Madrás también otorgó un doctorado al docotor Panneer Selvam por su disertación “El criterio de credibilidad en la Trilogía de la Fundación de Asimov a la vuelta del Siglo”. El Dr. Srinarahari M. H. recibió un Doctorado en Literatura Inglesa en la Universidad Kuvempu por su disertación “La obra Robótica de Isaac Asimov: Un Estudio” (2003). El Dr. Laxmithai recibió también el título de doctor por un trabajo sobre Ray Bradbury. De lo anterior podemos concluir que las Universidades del Sur de la India, así como otras organizaciones

hindúes, estimulan a los estudiosos a desarrollar sus investigaciones en el área.

IV- Escritores en idioma Inglés

Los escritores más prominentes de la ciencia ficción india en idioma inglés, entre otros, son: Anupam Bhattacharya, Arvind Risbud, Arya Madanmohan, Ashok Banker, Bharathi Ramachandran, Bhushan Kapoor, Deshponde YH, Dilip M. Salwe, Gajanan.P.Phondke, Harshita Verma, Jayanth V. Narlikar, Kenneth Doyle, Laxman Londhe, Meyhna Sujata Mitra, Mohan KRK, Mukul Sharma, Radha Ganguli, Rajashekhara Bhoosnurmutt, Ramesh Deshponde, Salil Chowdhary, Sanjay Havanoor, Sathyajit Ray, Shalini Tuli, Sharma RN, Sourabh Bhattacharya, Srinarahari, Subodh Jawadekar, Surekha Nagar y Vandana Singh.

La publicación de la versión en inglés de la antología de ciencia ficción titulada *Sucedió Mañana* (1993) editada por Bal Phondke, marcó un hito en la historia del género en la India. Sobre este tema el Dr. Srinarahari ha publicado un trabajo en "Comunicaciones de la Ciencia Nacional" (1996). Otro trabajo de revisión fue escrito por Uppinder Mehan y publicado en Foundation # 74: 1998.

El Profesor Jayanth Narlikar ha sido reconocido internacionalmente por sus obras de ciencia ficción publicadas en inglés. Para conocer más detalles y un resumen de sus últimas obras pueden consultar "El Mundo de Narlikar" (The World of Narlikar) (*Una recopilación de los relatos del futuro - Los Diez mejores cuentos de ciencia ficción*) escrita por el Dr. Srinarahari en Abdhut.

V- Idioma Marathi

Los escritores más prominentes en idioma *marathi* (hablado en el estado de Maharashtra) son Bal Phondke, Jayanth V Narlikar, Jagadish Kabare, Arun Manday, Archana Patil, Laxman Londhe, Subhodh Jawadekar, Dilip M.Salwe, D.A. Jahagirdhar, Shirish G. Deshponde, Niranjan Ghate, Saroj Joshi, Meghashri Dalavi, Rekha Baijal, Mandakini Gogate, Kishor Kulkarni, Yashavanth Deshponde , D.V. Kulkarni, Gangadhar Joshi, Shubhada Gogate, y otros.

Como ha señalado Deshponde, la primera obra de ciencia ficción en *marathi* pertenece a un autor anónimo. Se trata de "Aprakashith Kiranaancha Prakash" (1916). Pero el *marathi* Vijnan Parishad va aún más atrás, remontándose hasta la publicación en 1915 de "La Risa de un Cable", de N. B. Ranade. Durante los años 30 y 40 existieron intentos esporádicos por escribir relatos de ciencia ficción. Luego los escritores de ciencia pasaron a escribir relatos de horror.

La segunda oleada de cuentos del género apareció con el regreso de Inglaterra durante los años sesenta del doctor Jayanth Narlikar, un renombrado astrofísico. Pronto se le unieron muchos de los ya nombrados y comenzaron a escribir para los números especiales de los Diwali. Estas revistas o periódicos (festival de luces), son una característica única del estado Maharashtra. Están dirigidos principalmente a los aspectos sociales, culturales, y literarios del estado. Entre ellos Marathwada y Deogiri Tarun Bharath estaban dedicados al desarrollo de la Ciencia y la Tecnología. Un buen número de estos relatos pertenecían al género. En ellos se ponían de relieve los principios de la física, la química y las matemáticas. Más adelante la ciencia ficción dura dio paso a cuentos relacionados con ideas de biología, microbiología, arqueología y astronomía. Y. H. Deshponde, quien ha estudiado en profundidad la perspectiva histórica de la ciencia ficción *marathi*, ha expresado su gran preocupación por la tendencia actual en esos relatos al señalar que esos cuentos han sido escritos sin la menor idea de la ciencia, o bien esta ha sido interpretada maliciosamente. Es probable que esto se deba a la falta de conocimientos sobre ciencia, o a la existencia de editores que han sido formados en diferentes ambientes.

El *marathi* Vignan Parishad ha venido promoviendo por su propia cuenta un concurso de relatos de ciencia ficción desde 1972. Durante las ultimas tres décadas estos han dado a conocer a varios escritores del género. En 1996 organizó también un Taller Nacional de Escritores de Ciencia en Mumbai, el cual le dedicó una sesión completa a la crítica de ciencia ficción.

El Dr. Srinarahari aceptó el reto de impulsar la edición de una antología de cuentos cortos marathis sobre robots. La nombró *Yanthra Manava*. En Enero de 1999 se organizó un seminario nacional en Aurangabad enfocado hacia el tema “Relatos Marathis de ciencia ficción: Forma, Entidad, Identidad, Revisión, Análisis y Crítica.”

Tanto la radio como la televisión han proporcionado una plataforma para la lectura de cuentos de ciencia ficción en idioma *marathi*. La radio también ha brindado suficiente campo para la representación de dramas de ciencia ficción.

VI- Escritores en Idioma Bengalí y Tamil

En estos idiomas se encuentran muy pocos escritores. Esto significa que muchos autores pueden haber dejado de escribir cuentos luego de ensayar con una o dos ficciones. No obstante, Anish Deb, Sirshendu Mukhyopadhyay y Niranjan Sinha son escritores representativos en bengalí. De la misma forma el idioma tamil está representado por Rangarajan quien ha escrito bajo el seudónimo de Sujatha.

VII- Idiomas Telugu y Kannada

La ciencia ficción en *telugu* está dominada por K.R.K. Mohan, quien ha escrito numerosos relatos y artículos. Su última antología, *Ciencia ficción Kathalu* (2001), contiene veintitrés relatos que tratan de viajes a la Luna, extraterrestres, espacio interior, robots, y otras.

La ciencia ficción en idioma *kannada* tiene un récord en la publicación por Shivakotyacharya de Vaddaradhane (Siglo X), una novela en la cual hay una historia sobre Vidyuth Chora (un ladrón). En ella el ladrón puede usar un ungüento (*anjana*) que lo ayuda a desaparecer en cualquier instante y reaparecer en un lugar diferente (un tema similar fue desarrollado por H. G. Wells en *El Hombre Invisible*). El argumento es tan popular que existe un relato similar escrito por Sanjay Havanoor y publicado en el 2000.

Rajashekhara Bhoosanoor Mutt es sinónimo del género de ciencia ficción en Kannada. Este autor ha escrito ciencia ficción desde los años sesenta. Él ha dado forma a la ciencia ficción *kannada* y está aún en crecimiento como escritor. Sus contribuciones incluyen ciencia ficción dura para adultos y numerosos cuentos dirigidos a los niños. *Vyjnanika Kathegalu* (2000), editado por Subhashini en Kannada, contiene doce ficciones que tratan temas como la maquinofobia, ecología, feminismo, y elementos duros de física y botánica. Los autores representativos son Y. S. Lewis, Nalina Murthy, Bhoosanoor Mutt, Manu, Nagesh Hegde, H. S. Byranatti, Sanjay Havanoor, VK Banakar, Kanaka Malini y Subhashini. Vishukumar, K. T. Ghatti. Nagesh Upadhyaya, como escritor de ciencia ficción, ha publicado artículos y relatos en muchas revistas de Kannada. Él también ha incursionado en temas como la robótica, mundos exteriores y clonación. Existen otros escritores cuyas obras se encuentran en la frontera entre ciencia y ciencia ficción.

El autor Santhosh Kumar Mehandale ha producido varios volúmenes de obras en idioma *kannada*. Sus relatos aparecen religiosamente cada semana en la mayoría de las revistas. En sus escritos, los elementos *hard* se combinan con rasgos del *soft*.

Bhoosanoormutt, Abdul Kalam Pasha, Srinarahari y Bhairanatti organizaron un taller de cuentos cortos de ciencia ficción para escritores de ciencia y científicos en Dharwar durante el 2001. El programa fue organizado por Karnataka Rajya y Vijnayan Parishad, Bangalore. El producto del Taller esta siendo publicado por la Empresa Nacional del Libro, Nueva Delhi.

Ya hemos mencionado el desarrolló de un proyecto de entrenamiento para escribir cuentos cortos de ciencia ficción para estudiantes de entre 13 y 15 años. Fue auspiciado por el Directorado de Investigación Educacional y Entrenamiento del Estado, Bangalore. Críticos de todo el mundo han confirmado que este fue el primero de su tipo en el mundo. Se celebró en

todos los distritos de Bangalore, Belgaum, Gulbarga y Mysore entre septiembre y noviembre del 2002. Fue muy interesante que los niños escribieran cuentos para los adultos y el producto del Taller, titulado *101 relatos de ciencia ficción* (Kannada), ha sido publicado por DSERT, Bangalore.

Mayura, Tushara y Taranga, las tres revistas más populares —las primeras dos mensuales y la ultima semanal—, han lanzado este año números especiales dedicados exclusivamente a la ciencia ficción. Subhashini está desarrollando una antología de obras de ciencia ficción que cubre todo el Siglo XX.

VIII- Idioma Hindi

El *hindi* es hablado por la mayoría del pueblo de la India. Cubre casi todo el Norte, Este, y Oeste del país. Por esa razón esta lengua en particular ha causado impacto en los progresos observados en los otros idiomas. Por la vastedad del área que cubre es difícil seguir los progresos del género en esta lengua. A partir de los antecedentes históricos ya reflejados en los primeros párrafos de este artículo, podemos considerar a Devendra Mewari y Arvind Mishra como sus principales representantes.

IX- Ciencia Ficción Assamesa

De acuerdo con Dinesh Chandra Goswami, escritor líder de la ciencia ficción *assamesa*, el ingeniero Hariprasad Baruan publicó el primer relato assamés de ciencia ficción en Awahan en 1937. Titulado "Biracharitiyar Desh", describe las andanzas de un habitante del planeta Júpiter.

En 1938, Nagendra Narayan Choudhury publicó "Rasayan" en Awahan. Este relato narra los vanos intentos de un científico que quiere recuperar la juventud ingiriendo algunos preparados químicos.

En 1946, Kumudeshwar Borthkur publicó el libro *Atom Bom*. Este describe como una persona contrata a un científico para construir una bomba atómica cerca de Gauhati y trata de que la haga explotar cerca de la región montañosa del estado de Meghalaya.

Quien escribe reconoce que "Mini Ruido" (Mini Noise) (1966), escrito por Saurabh Kumar Chaliha en Asom Batori, es el primer cuento que reúne todos los atributos de un relato del género. El cuento trata sobre los graves efectos de la contaminación auditiva que ha traído consigo el mundo mecanizado y cómo es controlada en un 60% por el equipamiento diseñado por un ingeniero acústico. Pero el proceso tiene sus efectos colaterales…

Bijoy Krishna Deva Sarma comenzó a escribir en los años sesenta. "1ro de Abril de 2466" (Pratinidhi, 1963), "Chandralokot Pratam Manuh"(1969) primera novela corta del género en Assam, *Suryyar Sonali Aapel* (1976),

Bignan Bhittik Galpaguchcha (1991) y *Tulasi Talat Mriga Pahu Chare* (1994) son sus contribuciones.

Dinesh Chandra Goswami produjo "Kankal" (1970), las antologías *Bhadrata Mapak Yantra* (1985), *Absorbente de Olores Portátil* (1985), *Ek Tarangar Dare* (1993) y *Abhinna Hriday* (2003), y las novelas: *Ejak Jonakir Jilikani* (1992), *Sabda, Nirantara Sabda* (1992) y *Usma Prabha* (1993). Escribió cuarenta ficciones breves para la revista mensual Bikol. Sus novelas *Ati Bisista Samaj* (1999) y *Mananiya Sampraday* (2000) fueron adaptadas para los seriales televisivos Sadin y Asom Bani, y escribió además un drama de ciencia ficción infantil, *Tritonor Abhijan* (1985).

Pueden citarse, además, las novelas *Apadartha* (1982), de Nabakanta Baruah, *Akraman* (1983) y *Sandhan* (1992), de Amulya Kumar Hazarika; los cuentos "Priyatoma", de Bandita Phukan (Bismoi magazine 1987) y "He Chandra Biday" , de Santanu Tamuly (Asom Bani). Otros escritores son: Sequel Zamal Rathindranath Goswami, Mihir Kumar Goswami, Ajanta Das, AK Ziauddin Ahmed, Prabhat Goswami, Manabendra Kumar Baruah, y Parag Rajkhowa.

Un importante número de traducciones fueron realizadas al *assamés*. Adrisya Manav (1956) realizada por Hemabala Das es una traducción de *El Hombre Invisible* de H. G. Wells. La misma obra fue traducida por Abhijit Sarma Baruah en su versión abreviada, "Adrishya Manuhjon" en 2001. Sada Saikia tradujo en 1957 la novela rusa de ciencia ficción *Aielita,* de Alexei Tolstoy. Pueden citarse también las versiones resumidas de Kshiren Roy de la obra de Julio Verne *Veinte Mil Leguas de Viaje Submarino*, bajo el título de *Sagaror Taliyedi Kurihazar.* Dinesh Chandra Goswami tradujo la novela de Clarke *2001, Una Odisea Espacial* en 1996.

El progreso ha sido notable en las últimas cuatro décadas en la ciencia ficción assamesa. Las publicaciones de los festivales de Bihu y Durga Puja dieron prominencia a relatos cortos de ciencia ficción en algunas de las revistas. Por último en AIR, Dibrugarh, Assam se interpretan dramas radiales de ciencia ficción.

X- Films

Koi Mil Gaya es la primera película de ciencia ficción de la India. Para conocer detalles de la historia y antecedentes de las películas indias de ciencia ficción a la revisión publicada por el Dr Srinarahari en Concatenation. (N. de la R.: Publicaremos ese artículo próximamente).

XI- Video Conferencia

Durante la Séptima Conferencia Nacional de ciencia ficción celebrada en el Centro para la Información en Ciencia y Tecnología, Manasagangothri,

Ciudad Mysore en diciembre del 2005, se celebró una videoconferencia entre Mumbai y el centro de conferencias. En ella se discutieron diversos problemas inherentes al género en la India.

XII- Próxima Conferencia Internacional

La IASFS y la NCSC están organizando la futura Conferencia Internacional de ciencia ficción, a celebrarse en Aurangabad, estado Maharashtra, India, los días 11 y 12 de noviembre del 2006. Para conocer más detalles se puede contactar al autor de este artículo.

XIII- Común denominador del género en la India

En general, los temas de la ciencia ficción india varían desde los elementos de ciencia ficción dura hasta la fantasía ligera. Sin embargo, se aprecia el empleo de los mitos como una tendencia subyacente en esas obras. Además, la mayoría de los relatos tienen un alto contenido filosófico y a menudo emplean los himnos (shlokas) del Rigveda, Kathaharithsagara, el Ramayana, el Mahabharatha, el Bhagawat Geetha y la Biblia.

Es posible apreciar que, anteriormente, los escritores estaban muy influidos por obras como *Frankenstein* de Mary Shelley, *Rossums' Universal Robots* (Robots Universales Rossum) de Karl Capek, las novelas de H. G. Wells, "La Máquina se Detiene" de E. M. Forster y otras. Es perceptible que los autores habían adoptado una fuerte tendencia hacia el positivismo. Esperanza y optimismo, el "mantra" de la filosofía estadounidense, pueden también encontrase en el contenido y la forma de los relatos de ciencia ficción de la India.

La mayoría de estas obras podrían ser clasificadas bajo la definición de "relatos de robots" o "encuentros con extraterrestres". Pero es posible observar que en ellos el hombre triunfa sobre los ETs. El experimento Gadenken es desarrollado aquí en las áreas de ecología, biotecnología y física. La idea de humanoides y supercomputadoras también está exhaustivamente explotada en esos experimentos mentales. Sin embargo, es posible notar que, aunque al inicio esos relatos resaltan errores humanos, tienden a presentar las cualidades del ser humano perfecto.

A diferencia de los Estados Unidos, los autores escriben de forma independiente, sin la guía estrecha de un editor. Algunos escritores hindúes adoptan la forma de escritura de cartas. Algunos se la arreglan sólo con diálogos y unas pocas descripciones. Otros escriben una larga introducción seguida de un cuento de apenas un párrafo. En cuanto a los puntos de vista, se nota que, con unas pocas excepciones, los relatos están narrados en tercera persona o por un narrador omnisciente. Como la mayoría de los lectores no están lo suficientemente educados, los elementos del género y el lenguaje deben ser mantenidos a un nivel mínimo.

XIV- Restricciones

La observación de James Gunn se ajusta a la atmósfera hindú también en lo que se refiere al retraso sufrido en el desarrollo de la ciencia ficción: "… el miedo a la máquina, el miedo a que la criatura se rebele contra su creador (…) gente sin profundidad de pensamiento, fanáticos religiosos, sindicatos de corta visión" (Gunn, Isaac Asimov: The Foundation of Science Fiction, Oxford: OUP, 1982,59-60). Además, la mayoría de la gente cree en lo increíble. No obstante, son escépticos sobre cruzar el umbral de lo increíble a través de caminos científicos. Fluye mucho dinero para las ceremonias religiosas, IT Mela, Turismo, y para el desarrollo de lenguas regionales, en lugar de destinarse al progreso científico. Aunque no es un tema principal, será debatido si los riesgos ambientales detienen el progreso de las industrias en el contexto de "Narmada bachao andolan" (Salven los Ghats Occidentales) y el problema del río Aghanashini. Se debe establecer un balance entre la seguridad humana y el progreso del país.

La ciencia ficción no es sólo un estudio del impacto de la ciencia y la tecnología en la sociedad sino que también sirve como Investigación y Desarrollo de Ciencia y Tecnología, ya que el género proporciona ideas para el desarrollo futuro. No obstante, la gente quiere beneficios inmediatos y no se molesta por la situaciones del mañana; por consiguiente se descuidan los estudios de la ciencia pura y la investigación. Es posible percibir que los sectores IT y BT son florecientes y que el país se está quedando con pocos científicos. El conocimiento del género por parte de los principales científicos actuales se ha limitado a las obras de Julio Verne y H. G. Wells. Ellos no se interesan por conocer las nuevas tendencias. En el ámbito universitario, la ciencia ficción no es considerada como un tema serio ni por la facultad de ciencias ni por el Departamento de Estudios en Inglés. Los hindúes aun no se han percatado del poder del género.

XV- Reafirmación

1. Esfuerzos de los Medios:

Se nota una señal positiva en la respuesta de los jóvenes al género. Jnanavahini, un canal educativo de radio en la banda FM ha divulgado el discurso del Dr. Srinarahari varias veces. Éste habló principalmente sobre el concepto, la historia, las formas, movimientos y últimas tendencias de la ciencia ficción mundial e hindú. El principal periódico de la nación, "The Hindu", cubre los eventos principales de la ciencia ficción de la India, y algunas revistas acostumbran a incluir artículos y relatos de ciencia ficción. Jóvenes con ideas innovadoras trabajan actualmente en esta región.

2. Trabajando Juntos:

La mayoría de las organizaciones mencionadas aquí unen sus manos para

organizar eventos de ciencia ficción. Editores, anunciadores, y otras instituciones están patrocinando programas de ciencia ficción.

3. Aliento Mundial:

Muchas agencias publicitarias, e-zines, universidades, organizaciones como SFRA, así como el flujo continuo de correos electrónicos por parte de escritores, críticos, editores, y lectores de diferentes partes del mundo han creado un impacto poderoso en nuestro trabajo y nos impulsan a alcanzar nuestras metas.

4. Respuestas:

Mala Kumar, una joven periodista, publicó un artículo en 'Metroplus' de "The Hindu" el 6 de Abril de 2006, en ocasión del aniversario de la muerte Isaac Asimov. El artículo se titula "Los marcianos están aquí". La autora de la nota descubrió la existencia de una notable comunidad de lectores de ciencia ficción. Escribió: "El hombre (Dr. Srinarahari) que recibió su doctorado por su trabajo sobre la obra de Asimov es feliz al compartir sus conocimientos sobre temas de ciencia ficción, e inspirar a los jóvenes a escribirla… y entre los estudiantes del Dr. Srinarahari hay cuatro investigadores trabajando en asuntos relacionados con el género… Razón por la cual se encuentra a la ciencia ficción floreciendo alrededor de los pueblos de Karnataka". Mala Kumar llegó a esta conclusión después de entrevistar a un grupo de personas que han seguido diferentes caminos en la vida. Es sorprendente compartir con ustedes que este autor ha recibido innumerables correos electrónicos en respuesta a ese artículo. Esto nos ha motivado mucho más para continuar trabajando en esa dirección.

XVI Recordatorios

Las tareas que debe enfrentar la segunda generación de escritores es llegar a traducir toda la ciencia ficción en lenguas regionales al inglés, establecer un archivo con la ayuda del gobierno, y promover el sistema de becas para llevar a cabo investigaciones en la obra de escritores comprometidos y prominentes como Anish Deb, Arvind Mishra, Bal Phondke, Bhoosnurmath, Deshponde YH, Devendra Mewari, Dinesh, Goswami, Gokulananda Mahapathra, Jawadekar, Jayanth Narlikar, Laxman Londhe, Mehandale, Niranjan Sinha, Sirshendu Mukhyopadhyay y Sujatha, entre otros. Se puede solicitar la Gobierno que institucionalice premios para promover y desarrollar la ciencia ficción en la India.

XVI Conclusión

Aunque han existido diferentes intentos en tiempos antiguos que se pueden

vincular a la ciencia y la comunicación científica a través de himnos que hablan de soluciones para la longevidad y la preservación de la juventud, la India no puede dar un salto en el progreso a causa de sus necesidades insatisfechas. No existe una preferencia por las máquinas, porque la mano de obra es barata. India es un país agrícola; el impacto de la industrialización es, por tanto, tardío. El progreso de la India en la literatura de ciencia ficción será mucho mayor en el nuevo milenio. El género estaba en su infancia en el umbral del siglo XX. Gradualmente el movimiento ganó fuerza y se notó un progreso importante durante los años setenta. Por esta razón, los trabajos tempranos muestran una rebelión contra la cultura de máquinas. Aquí se observa el principal impacto de los autores británicos sobre la mayoría de los relatos de ciencia ficción indios. Sin embargo, las últimas ficciones han glorificado la cultura de máquinas.

En los Estados Unidos, editores como Horace Gold, John Campbell y otros moldearon el género. Pero en la India los escritores escriben sus relatos de forma independiente, sin una guía o tradición que seguir. Los lectores no han pasado invariablemente cursos académicos. La mayoría son amas de casa. Por tanto, el contenido y el lenguaje empleado debe tener un nivel básico.

En general, los trabajos académicos como la Guía a la ciencia ficción estadounidense de P. S. Krishnamoorthy, así como algunas tesis de Maestros y Doctores, fluyeron después de los ochenta. Durante este tiempo la India pudo celebrar una entrevista de alta tecnología con Isaac Asimov. El establecimiento de Asociaciones; la motivación en forma de Premios a los mejores relatos; la apertura mental de los editores de libros y revistas; el mantenimiento de contactos cercanos con el Director del Centro para Estudios de ciencia ficción en Kansas, profesor James Gunn; la participación activa de Panneer Selvam en el curso intensivo y taller de escritores en Lawrence; la beca otorgada como premio a la señora Geetha; la publicación de los mejores relatos de ciencia ficción Indios en “El Camino a la Ciencia Ficción” y su republicación en alemán y chino; el establecimiento del forum de escritores hindúes de ciencia ficción en Varanasi; la apertura de los sitios web; la interacción personal a través de la discusión y la presentación de trabajos en siete Conferencias Nacionales de la Asociación India para Estudios de ciencia ficción por los entusiastas y el lanzamiento de la Revista India de Ciencia Ficción por la misma asociación; la interacción con lectores y entusiastas a través del correo electrónico; el apoyo mundial al trabajo de la organización; el espíritu de unidad entre las organizaciones e instituciones indias; el aliento brindado por la prensa; el interés mostrado por los jóvenes en el crecimiento de la ciencia ficción India; las universidades estimulando para incluir la ciencia ficción en los planes de doctorado y cursos de maestría, prescribiendo antologías de ciencia ficción como lecturas complementarias a nivel de

Postgrado; las revistas y periódicos populares estimulando a los autores a publicar ficciones breves y el respaldo indirecto brindado por gente de todas las profesiones han contribuido todos al enorme progreso experimentado por el género en la India. Por lo tanto, es justificado expresar que en el momento actual estamos en presencia de un boom en la ciencia ficción India.

Notas Finales:

1. El *bengalí* se habla en el estado de Bengala Oeste con su capital Kolkata. (Parte Este de la India)

2. El *marathi* se habla en el estado de Maharashtra con su capital Mumbai (Parte Oeste de la India)

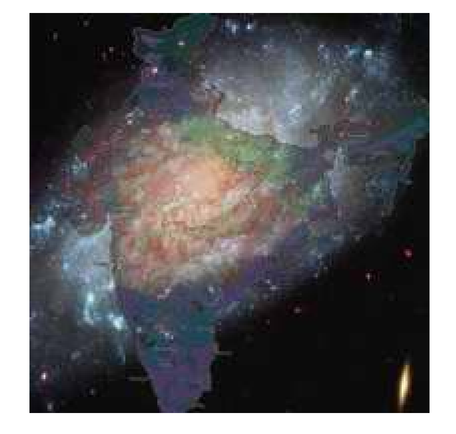
3. El *malayalam* se habla en el estado de Kerala, en la punta más sur del subcontinente Indio. (la capital es Trivendrum)

4. El *kannada* se habla en el estado de Karnataka cuya capital es ciudad de Bangalore.

5. Como el autor no es versado en todos los idiomas regionales de la India puede haber cometido algunos errores de escritura por lo que pide de antemano excusas a los lectores.

6. El autor no pretende que este artículo sea detallado ni definitivo. Es sólo su punto de vista y un comienzo.

El Dr. M. H. Srinarahari vive en Mysore, Karnataka. Es el Secretario General de la *Indian Association for Science Fiction Studies*. Es muy conocido por haber organizado talleres literarios de ciencia ficción breve para científicos, obreras, amas de casa y el primer taller para adolescentes en el estado de Karnataka. Este estudio es, como él mismo señala, parcial y deja afuera una gran cantidad de temas y obras sobre las que sin lugar a dudas regresaremos en cuanto podamos obtener otras voces autorizadas. Y por sobre todas las cosas, nos estamos esforzando para presentarles algunas muestras de lo que se ha mencionado en este artículo. No hay que perder de vista que la India es un subcontinente de gran complejidad étnica y lingüística y que además de tener más de mil millones de habitantes posee veinticuatro lenguas principales y más de doscientos dialectos.



Una araña y otros artefactos encantadores

Sergio Gaut vel Hartman

Se denominó “arañas”, casi en familia, a los equipos de cuatro personas (ocho manos o “patas”) formados en el seno del Taller 7 de CCF con el objetivo de escribir cuentos colectivos, así de sencillo. Era toda una experiencia y, hasta ahora, sólo existe una ficción derivada de la misma: “Seol“, el cuento de Américo C. España que publicamos hoy en Axxón. Como creemos que se trata de una espléndida labor y que los detalles internos, la cocina del asunto, merecen ser conocidos, le hemos preguntado sus impresiones de lo actuado a los cuatro participantes.

Ricardo Germán Giorno, el más veterano del grupo (aunque declara haber empezado a escribir a los cuarenta y ocho años y “en serio” desde que entró al Taller 7), sostiene que el arte de escribir en grupo es el arte de morderse los codos para no tratar de imponer las propias ideas en exclusiva. En su caso fue mucho más difícil de lo que se puede imaginar cualquiera, pero se lo impuso como una meta personal y el logro está a la vista… aunque opina que lo más importante es lo que está por venir.

¿Tiene futuro escribir en grupo? ¿Sobrevivirá la araña a este primer intento? El Taller 7 es un espacio plástico, muy maleable, y tanto se presta para encarar proyectos individuales —y obtener apoyo del grupo para concretarlos— como colectivos, entre dos, tres o cuatro escritores que hacen circular ideas y correcciones al mismo tiempo que crean una ficción.

David Moñino, que vive a muchos kilómetros de Ricardo, en España —otra de las ventajas inéditas de esta forma de trabajar—, no había participado en ningún intento de escritura a ocho manos, aunque sí en “encadenados”, que no disfrutó mucho. Dice que está orgulloso de “Seol”, y que eso lo anima a seguir. El proceso de elaboración de este cuento ha sido parecido al de un encadenado, por lo que en un principio parece haberlo encarado con cierta reticencia. Sin embargo, aún así se esforzó al máximo —fue él quien empezó a escribir— para que pudiera tener un buen gancho para el lector. Por lo pronto le ha gustado hacer esto y está dispuesto a repetirlo en cuanto se pueda.

Tal vez en este punto haya que hacer una aclaración para que se distinga entre un “encadenado” y una “araña”. Empezar una historia con otras tres personas (podrían ser más) implica esperar el giro para que llegue de nuevo al que la inició. Es muy posible que tras escribir 500 ó 1.000 palabras y

tener ciertas rutas definidas para la trama en la propia cabeza, retorne algo que en nada se parece al original. En cambio en el caso de una araña se estipuló que el trabajo se debía realizar de modo tal que los nuevos pasos y golpes de timón obtuvieran cierto grado de acuerdo unánime. Quizá la mayor diferencia entre un encadenado y una araña esté en que en el primer caso se "juega" a escribir un cuento y en el segundo se escribe un cuento con todo el rigor que se requiere para llevarlo hasta el desenlace.

Para Erath, quien debe ahuyentar a seis niños que moscardonean a su alrededor a la hora de sentarse a escribir, el resultado de este "ocho patas" ha sido más que nada didáctico. Declara que ha aprendido muchísimo de sus compañeros, que tienen más experiencia que él —supongo que se referirá a experiencia literaria— y que no le fue difícil compenetrarse a pesar de las distintas maneras de pensar de los cuatro. Erath aclara algo importante: se decidieron por el horror pues casi ninguno había escrito algo de ese género. Encantador. Es decir, animarse a explorar nuevos territorios, porque se hace mejor pie sostenido por la mano de un compañero, podría ser una práctica aconsejable para todos aquellos que miran con reservas géneros nunca practicados.

Eduardo Laens aclara detalles jugosos cuando explica que se descartaron algunas de las estrategias propuestas, como por ejemplo "un personaje cada uno". Optaron por dividir la narración en cuatro instancias imaginarias: "principio - medio - medio - fin" y decidieron quien empezaba y sólo resolvieron usar el común acuerdo para elegir el género, lo que se logró por consenso. Pero no se impuso ningún parámetro más. Una vez que cada uno escribió su cuarto de cuento le dieron varias repasadas para corregir aspectos narrativos y literarios, así como plantearon sus ideas acerca de dónde había que resaltar los puntos fuertes de la historia. Lo que destaca Eduardo es que por sobre todo hubo humildad y profesionalismo en el trabajo; todos opinaron abiertamente sobre lo elaborado por los demás, con honestidad y respondiendo con altura y compromiso. Es muy probable que sin esto último la obra no habría llegado a buen puerto, ya que, como ya se señaló, los cuatro tienen estilos e ideas diferentes, pero como dice Gestalt: "el todo es más que la suma de las partes".

Poco se puede agregar después de esta violenta irrupción de la sinergia. Es posible que sigamos sin saber cómo lograron coincidir cuatro personas en tema y personajes y cómo es posible presentar una obra construida de este modo sin que se vean las costuras. No importa. Todos, a su tiempo, expresaron la esperanza de que éste sea el primero de muchos cuentos que escriban juntos. Por nuestra parte queda la satisfacción de haber propiciado el proyecto y que hasta tal punto han logrado su cometido que ustedes lo acaban de leer o están a punto de hacerlo.

Sin embargo, no sólo de arañas viven las mujeres y hombres que habitan el Taller 7. Esta entrega de cuentos de Axxón se fundamenta en que podemos

darnos algunos lujos y el lujo de hoy es poder presentar otros tres cuentos que nacieron y crecieron en el taller o al amparo del mismo. Son ejemplos vivos de la elasticidad de la que se habla más arriba, y aunque se trata de obras individuales y no colectivas, en su elaboración aparecen elementos o impulsos relacionados con la posibilidad de compartir ideas, someterlas al ojo, la mente y la mano del otro o aceptar una consigna o una propuesta que se generó desde la conducción del taller.

Inma Rumbau, por ejemplo, elaboró "Cierra los ojos" a partir de la consigna del ejercicio 6 del taller, allá por febrero de 2005, y si bien el cuento definitivo no difiere de un modo drástico del texto que elaboró entonces, es indiscutible que la autora lo revisó en función de los comentarios que se le hicieron. El taller no tiene la misión de torcer el rumbo de lo que el escritor se propone, si su objetivo es claro y el modo que usa para llegar a él es firme. Pero en el caso de creadores con poca experiencia la opinión ajena opera como respaldo y suele despejar dudas e inseguridades.

El caso de Claudio Amodeo es muy diferente. El cuento fue escrito por uno de los miembros más activos del taller y se originó en un proyecto que nació en su seno, aunque abarque espacios más allá de sus fronteras. Pero el cuento "Este es tu cuerpo" no pasó por el taller. ¿Cómo es eso? En efecto, al ser publicado en Axxón será leído por los otros miembros del taller como una absoluta novedad. Lo que ocurre es que el cuento fue motivado por la ilustración que lo acompaña y no a la inversa. Desde hace algunos meses estamos trabajando esa variante creativa y los resultados han sido más que auspiciosos. Dos cuentos de esa estirpe, pertenecientes a Ricardo Castrilli y Hernán Domínguez Nimo, no sólo se publicaron en Axxón 160 sino que además ya han sido traducidos al inglés y al francés. Actualmente hay más de cuarenta ilustraciones en proceso de ser "cuenteadas" y eso, que representa un seductor impulso para cualquier creador receptivo, tiene una ventaja adicional: hemos incorporado ilustradores que naturalmente no podrían ilustrar nada a partir de un cuento nuestro… porque no leen castellano. Hay obras de artistas norteamericanos, franceses, croatas, estonios… y habrá más. El cuento de Claudio se originó en un dibujo de nuestro ínclito bebedor de tequila, el mexicano Fraga y pone en evidencia que la técnica para aprovechar al máximo las posibilidades de una consigna consiste en dejarse llevar un poco y luego dar el tacazo, el fustazo, el envión…

Por último, pero no al final, tenemos un cuento del fecundo Hernán Domínguez Nimo. Tampoco es un cuento del taller, pero Hernán es un escritor del taller… ¿Cómo se lee esto? Desde que Hernán se incorporó al Taller 7 ha estado trabajando con envidiable intensidad, adoptando las consignas, aliándose con otros miembros para formar equipos dejándose secuestrar por el clima de trabajo que impera. Ya hablamos de sinergia, por

lo que no vamos a repetir el concepto, pero es indiscutible que existe un plus de potencia aprovechable cuando mucha gente se concentra en una tarea semejante. "El número uno" no es, como queda dicho, un cuento del taller en sentido estricto, pero lo es oblicuamente porque nació de una propuesta lanzada al taller: escribir un cuento en el que los elementos de la ciencia ficción se cruzaran con los de otro género o tema. Hernán eligió mixturar ciencia ficción con deporte, y este es el resultado.

En síntesis: esto es lo que el Taller 7 es capaz de hacer, o parte de ello. Y para terminar, una mención a algo que otros hubieran dicho al principio y más que justificar demuestra qué somos y por qué existimos: se acaban de cumplir los primeros dos años de vida del Taller 7. Tal vez tendríamos que haber abierto botellas virtuales y vertido el contenido virtual en copas virtuales. Nosotros, como somos un poco locos, preferimos celebrar demostrando que lo virtual, a veces, cuando cae en las manos apropiadas, es muy tangible y valioso.

Este es tu cuerpo

Claudio Amodeo

Una antorcha encendida delineó un furioso arco iris muy por encima del pequeño puesto de control, para desaparecer en el crepúsculo, detrás del Gran Nudo. El rugido estalló con violencia pocos segundos más tarde, como si las propias montañas se hubieran rasgado por la mitad. Luego la atmósfera quedó cargada de un fuerte olor a azufre quemado y un amplio cinturón blanco la amordazó de este a oeste por largos minutos, hasta que por fin el viento invernal disipó la bruma y todo volvió a ser tranquilidad en la superficie de Casiopea IV.

El puesto de control era poco más que un refugio de invierno con capacidad para cuatro personas, compuesto de tres domos interconectados y alineados simétricamente. Dos eran pequeños y se los destinaba a almacenamiento de alimentos y maquinarias; el tercero, de tamaño muy superior, era la vivienda propiamente dicha de los vigías. La construcción se encontraba en perfecto estado a pesar de haber recibido muy poco mantenimiento durante el lustro de decadencia que siguió a la reorganización de la Federación y a la redistribución de los fondos militares. Tan crítica había llegado a ser la situación que en el último año la Federación había admitido albergar allí a una geóloga enviada por la Fundación de Nuevos Mundos con tal que ello permitiera renovar la vida del lugar y mantener en funciones el puesto de control.

Cuando la bola de fuego cruzó el cielo, los controles y alarmas del tablero de control se encendieron y chirriaron estridentes, haciendo saltar de su cómodo sillón al guardia de turno.

—¡La puta madre! ¿Qué es esto? —exclamó Gabriel Hernández con su inconfundible acento argentino, a la vez que trataba de interpretar los datos que aullaban los monitores. Todos ellos le resultaron novedosos y debió confirmar tres veces la exactitud de su significado hasta quedar completamente convencido —. ¡Derribamos un intruso!

El indicador de la lanzadera espacial marcaba veinte ráfagas de disparos de cañón trazando una parábola descendente hacia el planeta y dos impactos certeros sobre el objeto. Éste había intentado maniobrar para esquivar la defensa pero no lo había logrado.

De inmediato, Hernández sintonizó el radiotransmisor y se comunicó con tres compañeros que se encontraban en etapa de

reconocimiento de terreno, cerca de la ruta del objeto derribado. El ruido blanco lo ensordeció al principio, pero se fue disipando poco a poco para dejar paso a unas risas alegres. Aparentemente, Charles estaba haciendo bromas con su español mal aprendido.

—Debes decir pedo, no pero —lo corrigió Raquel, la geóloga española del grupo.

—¿Vieron eso? —gritó Gabriel por el intercomunicador.

—Lo oímos —respondió ella—. Pero te aseguro que no fue una flatulencia nuestra.

El húngaro Egon estalló nuevamente en carcajadas sin poder contenerse.

—¡Derribamos un intruso! —informó Gabriel. Del otro lado del intercomunicador reinó el silencio—. ¿Me escucharon?

—Sí, te oímos —respondió Raquel recobrando la seriedad—. Pensamos que era un meteoro. Voy a buscar las coordenadas del impacto.

—Aquí las tengo. Te las envío.

Dentro del vehículo terrestre en el que se movían sólo se oyó el sonido de las teclas del panel de control, acelerado y nervioso. Gabriel se inclinó sobre el transmisor y restregó sus manos con fuerza, como si con eso pudiera ayudar a sus amigos a la distancia. Se lamentó profundamente de que la Federación no les hubiera dotado de mejores equipos intercomunicadores. Una cámara de video lo hubiera hecho sentir menos ansioso. ¿Por qué demonios no habían considerado que se necesitaría algo como eso?

—Estamos preparados para acercarnos al sitio del impacto —confirmó Raquel—. Está anocheciendo, pero aún nos queda tiempo suficiente para regresar antes de que comiencen las tormentas de viento. Ajustaos el cinturón que será una linda travesía.

A lo largo de una hora sólo intercambiaron datos fríos y tensos y nadie osó romper el clima de incertidumbre que reinaba en el aire. Gabriel, desde su lejano punto de vigilancia, se retorcía de ansiedad en su sillón.

—Ya podemos ver la zona del impacto —anunció Raquel por la radio.

—*Oh, shit!* —exclamó Charles.

—¿Qué pasa? ¿Qué ven? —preguntó desesperado Gabriel.

—*It's enormous*.

—Por dios… Es una nave gigantesca, y está hecha pedazos.

—¿Qué es? ¿Un carguero? ¿Una nave de transporte?

—No —respondió Egon, en un perfecto castellano, con su voz gutural—. Es algo completamente desconocido. Y yo sí que he visto muchas naves en mi vida. Pero esto…

—Parece… —dijo Charles y dejó incompleta su impresión, tal vez por no hallar la palabra exacta para definirlo.

—¿Qué es?

—Tendremos que bajar y ver si hay alguien herido —ordenó Egon, que era el jefe de la cuadrilla—. Raquel, tú te quedas aquí y nos esperas con el vehículo preparado para cualquier urgencia.

Gabriel notó que estaba transpirando de los nervios a pesar del frío reinante, y se puso a caminar en círculos mientras esperaba que sus compañeros le contaran algún detalle.

—¿Qué están haciendo, Raquel? ¿Qué ves?

—Pues, es un poco difícil de distinguir los restos de la nave con esta oscuridad. Hay llamas por doquier y me parece que hay una escotilla en uno de los laterales. Está destrozada también; Charles y Egon se acercan hacia allí.

—¿Podés ver algo en la nave que sirva para identificarla?

—Es que no sé. Yo no conozco tanto como vosotros de estos aparatos. Tiene una forma muy rara, no recuerdo haber visto antes algo así.

Unos segundos después Egon y Charles ingresaron al aparato estrellado y Raquel se lo comunicó. Él se desesperó aún más y volvió a tomar asiento, sin decidir qué hacer con las manos libres. Al cabo de pocos minutos, ambos hombres extrajeron a cuestas un cuerpo oscuro y, evitando las llamas y trozos de maquinarias desperdigados, se acercaron hasta el vehículo.

—¡Están trayendo un cuerpo! —gritó Raquel—. Saldré a ayudar…

—¿Qué? —alcanzó a decir Gabriel, pero la geóloga ya no podía escucharlo. Oyó el chasquido de la puerta al destrabarse y el siseo de los pistones. Luego, un rugido de viento mezclado con el crepitar de las llamas que se filtraron en la cabina del conductor. En la distancia oyó las voces de sus tres compañeros que gritaban y corrían. Segundos después se destrabó la portezuela trasera, donde el vehículo tenía una cabina de transporte, y oyó algo pesado golpear contra la estructura metálica. Nuevamente gritos y corridas y otro golpe similar al primero en el fondo del vehículo.

—¿Qué está pasando? —se desesperó Gabriel—. Alguien que

me informe, por favor.

Tardaron en responderle. Primero escuchó que Egon gritaba órdenes urgentes y que Raquel chillaba por algo que la asustaba. Luego oyó lo que supuso eran los cuerpos de sus compañeros abordando el vehículo y cerrando las puertas tras ellos. El motor se puso en marcha y aceleró a fondo. Por último, oyó los tumbos que daba la máquina al precipitarse a toda velocidad por los valles y lomadas del terreno.

—¡Hola! ¿Me escuchan? —insistió Gabriel.

—Te escuchamos perfectamente —respondió Egon con voz de mando—. Estamos transportando dos heridos hacia la base. Vacía las jaulas de los perros y límpialas.

Raquel volvió a chillar en la parte de atrás.

—¿Las jaulas de los perros? ¿Para qué las querés? —preguntó Gabriel.

Hubo un silencio cargado de tensión durante largos e interminables segundos.

—*Estous* son seres poco comunes… —dijo Charles con tensa calma—. No son humanos.

El vehículo avanzaba sacudiéndose por el castigo de las violentas ráfagas de viento nocturnas, y en más de una ocasión pudo haber zozobrado de no ser por la habilidad de Egon frente al volante. En la puerta del refugio aguardaba Gabriel con todo preparado para trasladar los cuerpos, saltando en el lugar por el frío y cubriéndose la cara con una mano para llegar a distinguir la máquina que se acercaba. Cuando divisó las luces de los faroles agitándose como fantasmas entre la tormenta de viento y polvo, corrió al interior del domo y emergió raudo con una camilla móvil y un equipo de primeros auxilios. El vehículo se detuvo pocos metros delante de él y sus tres ocupantes saltaron a tierra. Enseguida abrieron la cabina de transporte y colocaron uno de los cuerpos envueltos en mantas sobre la camilla. Gabriel sintió curiosidad y repulsión de mirar debajo de la manta y sólo pudo distinguir la piel gris y apagada de aquel extraño ser. Corrieron al interior del domo dos y depositaron el primer cuerpo directamente en el suelo, dentro de una de las jaulas. Egon se inclinó sobre él y se quedó con el equipo sanitario. Los demás regresaron por la otra criatura herida e hicieron lo mismo con la segunda jaula, en el domo tres. Allí, una vez recuperado el aliento,

Gabriel se animó a descubrir el cuerpo y dio un salto hacia atrás.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Es feo —asintió Charles—, pero está muriendo.

Raquel se cubrió la boca para no gritar y se alejó también.

—¿Y qué haremos? —preguntó Gabriel.

—*I don't know*.

El cuerpo gris pálido de aquella criatura y su piel escamosa lo asemejaban a un gran lagarto como esos que Gabriel había visto en películas antiguas y que alguna vez habitaron la superficie de la Tierra en pantanos y selvas tropicales. Los pies y las manos poseían poderosas garras y a lo largo de toda la espalda emergía una cordillera de picos óseos agudos. De su pecho y hasta el estómago emergía lo que quizá fueran cuatro pares de glándulas mamarias ligeramente avejentadas, por lo que se podía deducir que se trataba de una hembra adulta. La cabeza era alargada y prominente y sobre ella se elevaba una cresta amplia que caía hacia la nuca. Los globos oculares eran inmensos, pero los párpados cerrados sólo permitían adivinarlos. Gabriel se acercó un metro más y observó a la criatura con curiosidad. De pie alcanzaría la estatura de Egon, quizás un poco más; su nariz era apenas un par de hoyos en el rostro terso y la boca pequeña dejaba entrever unos colmillos grandes y poderosos. Colmillos de carnívoro, se dijo.

En ese momento ingresó Egon al domo trayendo consigo el equipo de primeros auxilios.

—¿Cómo está éste? —preguntó y se inclinó sobre el cuerpo que parecía moribundo—. El otro está herido pero no parece demasiado grave. Supongo que podrá sobrevivir.

Con sus grandes manos giró el cuerpo hacia un lado y dejó a la vista una herida profunda, cubierta de una sustancia gelatinosa de color verde oscuro que se derramaba sobre la espalda hasta alcanzar el suelo. Egon meneó la cabeza.

—No sé… Éste parece más grave —dijo. Luego lo auscultó repitiendo el método básico que le enseñaran en la escuela militar: colocando una pequeña membrana en su pecho y apoyando el oído sobre ella. Raquel pareció menos asustada y lo ayudó a mantener la membrana en su sitio, por encima de las glándulas mamarias.

—Hay un golpeteo débil. Supongo que aún vive, en el caso de que sea el corazón, pero no creo que se pueda mantener así por mucho tiempo. Debemos llamar a la patrulla para que vengan por ellos.

—*Perou*, están a tres días de distancia. *It's too much time*.

—No hay otra alternativa. Tendremos que correr el riesgo y esperar que soporten esos tres días.

Egon extrajo unas vendas del maletín y cubrió lo mejor que pudo la herida para contener la hemorragia. La criatura emitió un gemido ahogado al sentir la tela oprimiendo su costado herido.

—Enviaré el mensaje —aceptó Gabriel—. Tal vez la patrulla esté cerca de aquí y pueda llegar antes.

Luego de enviar el pedido de ayuda visitaronal otro alienígenaheridoen el domo dos, y por la contextura física dedujeron que debía ser macho. Su pecho era rígido y amplio y su cresta mucho mayor y erguida que la de la otra criatura. Por lo visto algunos rasgos se repiten en el universo.

Pasaron las horas y ninguno de los dos seres despertó de su sopor, aparentando estar en unalentaagonía. El equipo de vigías no supo qué más hacer por ellos y decidió tomar ciertas precauciones básicas frente a los seres extraños. Mantuvieron cerradas las jaulas y montaron una guardia rotativa en uno y otro domo. Se armaron con unas anticuadas pistolas de rayos que sólo habían sido disparadas una vez antes y se sentaron a esperar.

A la mañana siguiente, Egon decidió regresar con Gabriel al sitio del impacto e investigar entre los restos de la nave, mientras que Charles y Raquel cubrieron las guardias respectivas. El canadiense cuidó del macho entretanto la española hacía lo mismo con la hembra durante largas y tensas horas.

Raquel había estado demasiado excitada la noche anterior y no pudo conciliar el sueño, y en ese momento lo lamentó porque el cansancio la vencía. Sentada frente a una taza de café y espiando de reojo a la criatura dentro de la jaula, sentía que la cabeza le pesaba y temía quedarse dormida. Apuró un par de tragos largos con la esperanza de que la cafeína le ayudara. Nuevamente cabeceó y en ese momento un grito desgarrador proveniente del domo dos le hizo dar un salto en su silla. Otros gritos siguieron al primero, así que corrió hacia la otra vivienda empuñando el arma de rayos. Cuando ingresó descubrió a Charles apuntado con un rifle hacia la jaula del macho y a éste desparramado en el suelo con un dardo clavado en el lomo.

—¡Tuve que tranquilizarlo! —exclamó Charles—. Enloqueció. *He smelt something*… buscó con nariz en el aire y enloqueció. Golpeó rejas y quiso escapar.

El enrejado de la jaula presentaba grandes deformaciones por los golpes y demostraba no ser demasiado eficaz para retener a aquella criatura.

—Buscaba a su hembra —comprendió Raquel—. Es bastante peligroso que los tengamos aquí. Aún no sabemos de qué cosas son capaces.

Charles secó el sudor de su frente y respiró aliviado.

—No sé qué busca, pero yo usaré siempre este arma.

Varias horas después regresaron Egon y Gabriel trayendo algunos objetos extraños hallados en la nave y se asombraron de lo ocurrido con el macho. Dispusieron tener a mano el sedante en todo momento y vigilar con mayor atención a las criaturas.

—Si el macho sabe que tenemos a su hembra con nosotros puede hacer cualquier cosa por recuperarla, pero por seguridad continuaremos manteniéndolos aislados —ordenó el gigante húngaro.

Durante ese día las criaturas no volvieron a dar signos de estar conscientes y Egon se dedicó a investigar los objetos extraídos de la nave alienígena. Éstos eran un cubo de metal frío al tacto y curiosamente liviano, una lanza aguda con cuchillas retráctiles y varios discos cristalinos que se unían o se disociaban según se acercara la mano a ellos. Por su parte Gabriel, a quien aún no le tocaba el turno de guardia, lo ayudó hurgando con una navaja en el cubo de metal, buscando alguna esquina o rajadura en la cual hacer palanca. En cierto momento el objeto se escapó de sus manos y rodó por el suelo. Surgieron de él sonidos acompasados y reiterativos que hacían pensar en una melodía.

—¡Escuchen! —indicó—. ¡Es música!

Egon y Raquel se quedaron observando el objeto y en ese momento el macho alienígena emitió un gemido grave y prolongado, como un grito agónico. Egon se alertó de inmediato y apuntó a la criatura con el rifle tranquilizador. La música continuó y el macho, tendido de costado en un rincón, continuó gimiendo con un tono de mayor tristeza cada vez.

Raquel creyó percibir algo más en aquel gemido y en su mente se fue aclarando un mensaje, hasta que se sintió completamente segura de comprenderlo.

—Sufre por su hembra —dijo—, y morirá si no la tiene cerca.

—Puede ser, pero aún así no la traeremos aquí —opinó Egon —. Lo más prudente es mantenerlos separados.

La música de aquel cubo cesó, pero el gemido desgarrador de

la criatura continuó por largas horas, hasta que Egon acabó por perder la paciencia y disparó un nuevo dardo tranquilizante. Raquel volvió la cara, indignada. Gabriel no dijo nada y regresó a su investigación en silencio.

Por la noche recibieron respuestas poco alentadoras de la patrulla, que confirmaban una tardanza de tres días más en arribar a Casiopea IV. Las autoridades militares se mostraron muy interesadas en las criaturas y ordenaron que las mantuvieran con vida como fuera posible.

—Es muy fácil decirlo —exclamó Egon—, pero no creo que podamos lograrlo. Estos seres no vivirán tanto tiempo.

Raquel, enfadada, evitó responderle y se retiró a su habitación. Su turno de guardia había acabado. Minutos más tarde, recostada en su lecho y mirando el techo de la bóveda encima de su cabeza, analizó sus extraños sentimientos. Era consciente de que las criaturas eran extrañas, pero había algo en su cabeza que afirmaba que ellas no representaban ningún peligro para ellos. No supo determinar qué era pero lo intuía. Y con esas cavilaciones en su mente se quedó dormida.

Por la mañana regresaron los gemidos de agonía, con mayor fuerza y carga emotiva. Egon caminó de un lado al otro inquieto y bromeó sin ganas como para ocultar con su voz aquella melodía lastimera, pero no pudo lograrlo. Otra vez exasperado, tomó el rifle. Apuntó al lomo de la criatura y dudó. Volvió a apuntar y finalmente desistió. Sentía demasiada lástima por aquella bestia y sedarla no solucionaría nada.

—¡Tráiganla! —ordenó—. Se la daremos.

Raquel esbozó una sonrisa amplia que intentó aplacar pronto para convertirla en una expresión de asombro. Algo dentro de ella quiso gritar de alegría.

Charles y Gabriel alzaron el cuerpo inconsciente de la hembra alienígena y la llevaron sobre la camilla hasta el domo dos. El macho, no bien olfateó en el aire su presencia se volteó hacia el pasillo pero no se movió. Un brillo inquietante desfiló por sus grandes globos oculares. Egon mantuvo todo el tiempo el rifle preparado a disparar ante el menor gesto de agresividad y abrió la puerta de la reja en el otro extremo de la jaula. Charles y Gabriel depositaron el cuerpo en el suelo y salieron, cerrando la puerta tras ellos. Cuando se hubieron alejado lo suficiente, el macho alienígena se irguió sobre sus patas, se acercó a la hembra y se inclinó sobre ella. La estudió unos minutos y arrancó el vendaje de su cuerpo. La herida comenzó a manar el líquido verdoso nuevamente y la

hembra chilló de dolor. Luego el macho la ayudó a incorporarse hasta dejarla sentada frente a él y la hembra entreabrió sus ojos. Permanecieron mirándose un buen rato, como si con la mirada pudieran decirse cosas íntimas, y finalmente acercaron sus cabezas para unir sus bocas en lo que parecía ser un beso romántico. Los cuatro humanos siguieron con mucha atención toda la escena y se conmovieron.

Luego, lentamente, se fueron separando, pero los labios de la hembra parecían haber quedado adheridos a los del macho, estirándose la carne de sus mejillas como si fuera a saltar desgajada. Y eso mismo ocurrió. La carne se desprendió en un trozo enorme y flácido que pronto fue engullido por el macho. El rostro de la hembra mostró una expresión esquelética atroz y los humanos se retiraron varios pasos hacia atrás. Entonces el macho acometió hacia delante con las mandíbulas desencajadas y mordió el rostro de la hembra para arrancar un nuevo trozo de carne y tragarlo. Repitió la acción tres o cuatro veces más con frenesí antes de que Egon pudiera reaccionar y disparar el dardo tranquilizante.

—¡La está matando! —chilló Raquel.

El macho no dio señales de haber sido afectado por el sedante y continuó su carnicería, atacando a las mamas de la hembra y devorando la carne de su cuerpo con asombrosa voracidad, sin detenerse a masticar siquiera. Egon cargó varios dardos más, con desesperación, y los disparó inmediatamente, pero sin que se evidenciaran resultados. Sólo luego del quinto dardo el macho se tambaleó en su lugar y cayó de espaldas, desmayado. Frente a él yacían apenas unos despojos de carne desgarrada y un conjunto de huesos triturados.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritaba Gabriel, y se cubría la boca para no vomitar.

—No me explico esto —exclamó Raquel—. No acabo de entender. —En su mente desfilaron sentimientos encontrados y un torbellino de sensaciones desagradables. No pudo comprender lo que había presenciado.

A los pocos minutos el olor se volvió nauseabundo y se vieron urgidos de quitar los restos de la hembra afuera de la jaula. Se cercioraron de que el macho estuviera plenamente inconsciente y abrieron la jaula. Extrajeron todo y lo colocaron dentro de una bolsa con cierre hermético, por si se debía hacer alguna autopsia. Limpiaron el lugar y cerraron nuevamente la puerta sin quitar la vista del ser un solo segundo.

Ese día y la noche que le siguió ninguno pudo pegar un ojo y

todos montaron guardia delante de la jaula con sus pistolas de rayos preparadas, sin emitir opinión alguna sobre lo ocurrido. Para las tres de la mañana estaban sentados alrededor de una mesa pequeña, encorvados y somnolientos y sorbiendo grandes cantidades de café caliente.

—Es caníbal —dijo de pronto Gabriel—. Siempre lo supe. Esos colmillos son de un animal carnívoro y agresivo. ¿Cómo no nos dimos cuenta de que podía hacer algo así?

—No es caníbal —negó Egon tranquilamente—. Es una reacción instintiva de defensa frente al enemigo.

—¿Defensa? ¡Pero si la mató!

—Algunas aves terrestres, cuando notan que un depredador ha descubierto su nido y lo acecha, mata a sus pichones, los devora, y huye a otro sitio adonde pueda formar nuevamente su familia libre de peligros. Así de simple: prefiere ser ella quien los mate y no su enemigo.

—No es eso —dijo pensativa Raquel—. No es tan simple.

—¿Ah no? ¿Y cómo es, entonces? —preguntó Egon jugando con el arma entre sus manos.



Ilustración: Fraga

—La protegió de nosotros, es verdad, pero para eso no le bastaba con matarla. Son seres inteligentes. La devoró por otra cosa, por algo más.

—No veo por qué pueda ser. Si nosotros cayéramos presos de una raza alienígena dudo mucho que nos devorásemos con la saña que él lo hizo. No son como nosotros. Es el instinto el que lo llevó a intentar borrar de la existencia a su compañera.

Charles dejó la taza de café, elevó un dedo y lo apoyó en su cabeza.

—Esto prevalece sobre el instinto. Una raza avanzada como para hacer el viaje estelar no puede actuar por instinto así. Creo que Raquel tiene la razón. *There’s something more.*

Sus palabras vibraron en el aire y nadie se animó a retrucarlas. El canadiense no era biólogo pero jamás decía algo sin tener buenos fundamentos.

Raquel asintió con la cabeza y esbozó una media sonrisa. Había algo más, pero ella no lo razonaba como Charles sino que lo intuía. Desde que rescataron a aquellas criaturas un zumbido molesto retumbaba dentro de su cabeza y no le permitía concentrarse, una punzada de angustia que le oprimía el cráneo. Faltaban pocas horas, se dijo, y la pesadilla desaparecería. Sólo debía esperar.

Egon consultó su reloj y envió a los demás a descansar. Habían estado más de 30 horas en vigilia y necesitaba a su gente en perfectas condiciones para el arribo de la patrulla al día siguiente. Se aseguró de estar bien provisto de armamento y colocó su silla para ver de frente al macho alienígena. Lo estudiaría toda esa última noche, se dijo.

El sueño de Raquel se vio perturbado por una voz profunda que le hablaba al oído palabras ininteligibles. Abrió los ojos pero nadie más había en su habitación. Sin embargo, la voz continuaba allí, un poco más débil pero persistente. Aguzó el oído y pudo capturar algunas frases inquietantes. Decían: “es tu cuerpo”, “ayúdame” y “ven a mí”. Se sintió asustada y se cubrió la cabeza con la manta para ahuyentar aquel sonido. En la oscuridad de la noche quiso confundirlo con el ronco ronronear del calefactor central y antes de que pudiera darse cuenta había vuelto a caer dormida.

La despertaron en forma definitiva las voces animadas de Charles y Egon, que hablaban en el pasillo. Egon anunciaba el arribo de la patrulla y festejaba que aquel animal se iría pronto. Al escuchar eso, Raquel se vistió enseguida y salió a su encuentro. Egon le comunicó la pronta llegada de la patrulla y en ese instante se oyó el rugido de las turbinas del artefacto que se aproximaba al puesto de control. Gabriel llamó desde la pista de aterrizaje y Egon y Charles salieron de inmediato para disponer las banderillas de señalización y dar la bienvenida a las autoridades militares. Raquel, en cambio, quedó rezagada, y se acercó a la jaula de la criatura. Descubrió que el macho no dormía, sino que la miraba desde un rincón, recostando la espalda sobre la pared. Sus ojos tenían un leve brillo acuoso y parecían implorar ayuda. La geóloga sintió un tirón dentro de su pecho y se aproximó aún más a la jaula. No podía entender cómo una criatura civilizada era capaz de actuar como él

lo había hecho, y aún intuía esa inexplicable idea de que había una razón para ello. Entonces oyó nuevamente la voz, esta vez más clara y exacta.

—Ven a mí —le dijo—. Este es tu cuerpo y deseo que compartas conmigo tu destino. —El alienígena se incorporó y dio un paso hacia delante, sin dejar de hablarle dentro de su cabeza un solo instante. Ella no se asustó—. Hay muchas cosas que ustedes no pueden comprender. No comprenden la vida, no comprenden la muerte, no comprenden el amor…

Raquel sintió un impulso incontenible y abrió la puerta de la jaula. Lentamente dio un paso y entró en ella. El macho alienígena avanzó más, hasta colocarse a menos de un metro de distancia, y continuó susurrándole palabras candentes que sólo su mente podía escuchar.

—El amor es un sentimiento eterno y vive más allá de nuestra propia muerte. El cuerpo no es nada, sólo polvo del polvo. No tiene valor —Raquel afirmó con la cabeza y sus ojos no se desviaron un solo instante de los de él. Acercó su rostro al suyo y pudo sentir su aliento cálido y embriagador—. Sé que me entiendes. Sé que comprendes lo que hice y que también comprenderás lo que te diré: Acércate, ven a mí. Este es tu cuerpo, quiero vivir en ti. Ya no me queda tiempo. Ya vienen por mí. Cómeme, Raquel. Devora mi carne y libérame. Asimila mi ser y permíteme vivir dentro de ti, en tus células, en tu mente y en tu corazón. Dame la oportunidad, Raquel, de prolongar mi vida y la de mi especie en ti y en los tuyos. Deja que te alimente con mi carne. Dame la eternidad.

Sus bocas se fundieron en un beso suave que pronto se tornó agresivo y bestial. Raquel abrió y cerró sus mandíbulas con fuerza y arrancó la carne gris y palpitante del rostro del macho. Sintió su sangre verde y espesa bañarle la cara y correr por su barbilla, y la sensación de aglutinamiento dentro de la boca la instó a tragar y atacar nuevamente, una y otra vez, con vehemencia. Morder su rostro, su frente, vaciar sus ojos, arrancar su lengua. Tragaba trozos inmensos de carne caliente pero nunca quedaba satisfecha y volvía por más. Él no se resistía en absoluto y agonizaba pacíficamente mientras los dientes de Raquel presionaban su garganta y le cortaban la respiración.

Desollado, ciego y sin lengua, se despidió de su depredador con un suspiro de paz y alegría, y la última voz dentro de la cabeza de Raquel le repitió: “Este es tu cuerpo”.

—¡Dios mío, Raquel! —gritó Egon tomándose la cabeza con una mano y sosteniéndose de la puerta de la jaula con la otra—.

¿Qué has hecho?

Detrás de Egon ingresaron corriendo sus otros compañeros y dos oficiales de la patrulla militar. Todos se quedaron paralizados y estupefactos al verla. Ella interrumpió un instante su carnicería y los miró con ojos desorbitados. De su boca colgaba un trozo de carne gris y un líquido gelatinoso caía hacia el suelo. Su cuerpo estaba cubierto de la sangre de su víctima y sus manos sostenía otro trozo fibroso, arrancado de alguna de las extremidades.

—¡Egon! Toma. Come —dijo extendiéndole la carne—. Este es también tu cuerpo. Es de todos nosotros… ¿es que no entendéis? Él vive en nosotros si nos alimentamos de él. Nos entrega su vida para que lo llevemos dentro nuestro y así pueda vivir para siempre. —Egon retrocedió un paso, asqueado—. ¡Te lo dije, Egon! No era algo instintivo, había algo más. Ahora lo entiendo. Ahora lo entiendo.

Luego se volvió hacia el cuerpo mutilado e hincó nuevamente sus dientes en el vientre fornido y suculento. Charles y Egon se arrojaron sobre ella de inmediato y la arrastraron fuera de la jaula a pesar de sus gritos de dolor. En su boca aún masticaba un trozo de la carne del macho alienígena. Lo tragó con mucho placer y se lamió las manos y brazos.

Los dos oficiales de la patrulla se miraron y se rascaron la cabeza. ¿Qué podían hacer? Ya no restaba mucho dentro de la jaula para transportar.

—¡Ese es mi cuerpo! —gritaba Raquel mientras la conducían a su habitación—. Esa es mi vida y la de vosotros también. ¿Es que no lo entendéis? ¡Él nos da su vida! ¡Es nuestro cuerpo y, a su manera, nos ama!

Séptima incursión de Claudio Alejandro Amodeo en Axxón. Las anteriores fueron: “La chica de rojo” (149), “El libro de las predicciones” (153), “Carrusel fantasma” (155), “Por favor, no leer” (159), “Crónica de la masacre” (160), y “Cuerpos orbitales (164). Este cuento, no hay por qué ocultarlo, es el producto de un proyecto ambicioso que hemos llamado “Cuentear una ilustración”. La idea de que las ilustraciones sirvan de disparadores a las ficciones nació en el Taller 7, aunque se ha derramado fuera de él y en este momento hay medio centenar de creadores trabajando a partir de obras producidas por artistas de todo el mundo.

Cerrar los ojos

Inmaculada Rumbeau

Este relato está dedicado
a mi querida amiga Laura Siri
que tanta paciencia ha tenido conmigo,
ayudándome a superarme
y a seguir amando la escritura.

Cerrar los ojos, cerrarlos para siempre, era ya el único deseo que albergaba Marcelo Sandoval.

Intentaba, para matar el tiempo, recordar cómo había sido su vida antes de aquellos días de agonía, antes de haber sido olvidado por el mundo, solo, en la miseria, sin una mano amiga que en aquellos momentos le acariciara la frente. Pero siempre había despreciado a todos aquellos que osaron acercarse a su persona. Defendió su soledad, como si de una princesa de cuentos se tratara.

Intentó mascullar una palabra pero su boca reseca se lo impidió. Llegó a pensar, en algún momento, que la mente era lo único que quedaba vivo en él; ya no sentía el cuerpo. ¿Acaso la muerte era eso? ¿Moría el cuerpo y la mente quedaba intacta, incólume? No, no podía ser así, se dijo, porque aún se sentía sediento.

Había perdido la noción del tiempo; ignoraba cuántos días llevaba postrado en el suelo. Intentó mover los ojos para comprobar si estaba en el mismo sitio donde había caído y, como al pasar, dirigió la mirada hacia su extensa biblioteca, repleta de innumerables libros polvorientos y marchitos, a las cortinas raídas y descoloridas por el paso del tiempo. Sí, seguía vivo; aún notaba el olor acre a descomposición, aquel olor a muerte. Por más que intentara moverse, hacía tiempo que sus miembros no respondían. Sin embargo, los seguía viendo, estaban allí, sus brazos inertes y sus piernas pegadas a la silla de patas descascarilladas que durante tantos años había sido su soporte para escribir.

Siguió intentando recordar cómo había sido su vida, apartado del mundo y de la civilización, en aquel caserón que perteneció a la familia durante siglos. Pero la memoria empezaba a fallarle. Pensó en cuán cruento era el destino, en lo anárquico de las evocaciones…

Ahora le venían los recuerdos de su más prestigiosa novela.

Pobre Tristán, lo había hecho morir en las mismas condiciones en las que él estaba muriendo. ¿Cómo podía la vida jugarle aquella mala pasada? Nunca había tenido piedad de aquel personaje que tanta fama le había dado; en realidad lo odiaba. Quería recordar cuánto tiempo había durado la agonía del pobre Tristán, pero no lograba evocarlo en aquellos instantes. La vista se le nubló. Pensó, ya está aquí, la muerte ya viene a por mí, pero su ilusión no tardó en disiparse: seguía vivo.

Intentó por enésima vez traer recuerdos a su mente que le aliviaran aquel frío inaguantable que sentía en la cabeza. Si lograba mantener activo el pensamiento, quizá sería más soportable. Dentro de su desesperación trató de imaginar a Palmira, otro de sus muchos personajes. Cómo le hubiera gustado que aquella mujer le calentara las sábanas. Visualizó mentalmente esas piernas como juncos, el estrecho talle y los senos firmes y duros. Recordaba aún cuando escribía sobre ella, ya en la senectud, y cómo aquella hermosa mujer rejuvenecía todo su organismo. Cuántas veces había deseado hacer real aquel cuerpo y tenerlo entre sus manos, poder cabalgar sobre ella y arrancarle quejidos de placer. Pero, inmediatamente, la figura de Tristán volvía a irrumpir como un fantasma en sus libidinosos pensamientos. Allí estaba con la pierna a rastras, haciendo crujir el suelo de madera bajo sus pasos. ¿Cómo podían ser tan reales aquellos crujidos? Tuvo la sensación de que su cuerpo se envaraba, que el corazón le latía más rápido, desbocado dentro del pecho, porque aquellos pasos cada vez se hacían más evidentes y se acercaban a él.

Otro intento con Palmira quizás ahuyentara aquellos pensamientos, pero los pasos seguían aproximándose, lentamente, sin prisa, acompañados de una brisa gélida y olor a humedad. De repente, una voz hizo estremecer lo poco que quedaba vivo de su persona. La alta y encorvada figura de Tristán, plantada delante de él, intentando mantener el equilibrio entre la pierna sana y la tullida. No podía ser, aquello era demasiado horrible, no podía estar sucediendo, se repitió una y otra vez. Pero la voz volvió a sonar. Miró a los ojos de su famoso personaje: los tenía inyectados en sangre, la mirada brillante y febril en medio de un rostro sumamente pálido y ojeroso, como si llevara una pétrea máscara escondida bajo un sombrero negro de media ala. Parecía que la visita inesperada no le traería buenos augurios. Era tal y como él lo había descrito, tal como su imaginación lo había creado, con la misma vestimenta raída: sus ropajes negros semejaban a los de un enterrador de siglos atrás.

Aún quiso pensar que aquello tenía que ser producto de su

imaginación. No podía ser que hubiera perdido la razón. Miró a su alrededor con gran esfuerzo, queriendo confirmar que seguía en el mismo sitio, que aún no estaba muerto, y así era. Tristán, de manera parsimoniosa, pasó por delante de su yaciente cuerpo y fue a sentarse en la vieja silla de escribir. Sus labios parecían un trazo recto en aquel rostro enjuto, vio cómo abría la boca desdentada y cómo empezaba a articular palabras que resonaban en su bóveda craneana. Intentaba recordar aquella voz, encontrar alguna similitud con la de su personaje, pero no podía hacerlo porque jamás la había descrito. La voz hueca y sin matices sonó de nuevo, causándole un terrible estupor.

—*¿Qué ironías tiene la vida, verdad? No te esfuerces pensando en Palmira; a mí no me lo permitiste. También hubiera deseado tener un cuerpo caliente a mi lado en estos dramáticos momentos, pero tú decidiste que estuviera solo. Así que aún puedes congratularte, yo estoy aquí contigo.* —Tristán reía con sorna mientras pronunciaba estas palabras.

¡No te merecías otra cosa maldito bribón! ¡Aún tuve piedad de no alargarte demasiado la agonía! —Estos sólo eran pensamientos en la mente de Marcelo, de su boca no pudo salir ni una palabra. Sus cuerdas vocales estaban demasiado resecas como para actuar y emitir algún sonido.

—No te esfuerces en hablar, sé todo lo que piensas. Veo que empieza a fallarte la memoria. ¿Es que no recuerdas que al final no me mataste? Me dejaste en la agonía eterna. —Esta vez la voz de Tristán sonó amenazadora. ¿Estaría su destino en manos de su personaje?

Se hizo un silencio sepulcral entre ellos, sólo hablaban las miradas; la mirada desafiante de Tristán, la mirada apagada de Marcelo. Ahora se daba cuenta de que estaba en la posición del cazador cazado. Quería huir, salir corriendo, como cuando en sueños se quiere echar a correr y se permanece en el mismo sitio. Sólo que ahora no se trataba de una pesadilla, sino de la realidad. ¿O no?

No, aquello no podía ser real, estaba claro, no era la vida la que le estaba haciendo una jugarreta: era la muerte, la muerte que lo estaba confundiendo, burlándose de él. Los pensamientos y el deseo de huir iban parejos, apelotonándose en su mente. Cerró los ojos esperando a que, cuando los abriera, la visión de Tristán hubiese desaparecido pero, mientras permanecía de aquella manera, un ruido seco, intermitente, cerca, muy cerca de él, le martilleaba el cerebro. Abrió los ojos de nuevo: allí estaba delante de sus propias narices la pierna tullida de Tristán, taconeando acompasadamente,

como si no tuviera otra cosa mejor que hacer.



Ilustración: Leicia Gotlibowski

—No malgastes las energías, Marcelo, soy yo y estoy aquí. Sé que hubieras preferido que fuese cualquiera de tus otros anodinos personajes el que estuviera contigo en tu lecho de muerte. Quizá Palmira, ¿verdad? Ésa que sólo sabía fornicar. ¿O tal vez la vieja chismosa de tu última e inmunda novela? Fui tu mejor personaje, te he dado lo que ninguno de ellos te ha dado, y entonces ¿por qué? ¿Por qué siempre me has odiado? Llegaste a pensar que hubiese sido mejor no haberme creado nunca.

Marcelo sintió cómo dos lágrimas pugnaban por salir; quiso retenerlas, no dar la satisfacción a Tristán de verle llorar, pero ya era imposible, así que les dejó el paso libre. Nunca había entendido el mecanismo de las lágrimas ¿Cómo era posible que ahora, en su estado, aún sus ojos lloraran a borbotones, cuando en su cuerpo ya quedarían tan pocos fluidos?

—Sí quedan líquidos, Marcelo, los suficientes para seguir eternamente en ese estado. —La voz de Tristán casi denotaba pena—. Pero no te confundas, no siento lástima por ti, y quizá hasta te preguntes a qué he venido. No seas iluso, no pienses que he venido para acompañarte en tus últimas horas. He venido a pedir explicaciones de por qué hiciste de mí un personaje tan cruel, y por qué fuiste tan cruel como para dejarme sin morir, sin la posibilidad de que alguien visitara mi tumba o rezase por mí una breve oración.

Marcelo seguía llorando quedamente. No de miedo, ni de tristeza, ni de desconsuelo. Lloraba de rabia, de odio acumulado hacia aquel personaje que había absorbido a todos los demás. Palmira había quedado eclipsada por Tristán, eso no se lo perdonaría nunca, de la misma manera que tantos otros personajes creados por él quedaron en el olvido, tanto los publicados como los que nunca vieron la luz y murieron en un cajón. De nada le había servido seguir escribiendo novelas. Después de *El pobre Tristán*,

todos los trabajos habían resultado fallidos, estrepitosos fracasos. Aquel viejo tullido, decrépito y malvado había terminado con su carrera de escritor, le había creado el mayor conflicto de su vida, y ahora, lo que jamás había imaginado estaba ocurriendo: se encontraba a su merced; dejarlo en la agonía eterna aún no había sido suficiente. La voz de Tristán seguía retumbándole en la cabeza.

—Yo quería una tumba, con un epitafio, como el de la pobre desgraciada de Martina a la que mataste de tuberculosis ¿Cómo decía? Sí, ya recuerdo. —Y empezó a recitar con voz de ultratumba:— “Un Padre Nuestro te pido hermano que reces por mí, tarde o temprano vendrás aquí, donde tú estás yo me vi, donde yo estoy tú te verás, entonces te alegrarás de que lo recen por ti”.

Para cuando Tristán hubo terminado de hablar, la mente de Marcelo se debatía, enredada en una tela de araña; sus ojos se iban apagando, apenas había brillo en ellos, el color lívido de la muerte iba tiñéndole el rostro y su corazón había dejado de golpearle el pecho con violencia. La imagen de Tristán se diluía en la nada, allí quedaba su inmensa biblioteca polvorienta para ser pasto de la carcoma y su silla descascarillada vacía. Un sentimiento contradictorio de felicidad y tristeza se apoderó de él antes del último suspiro, pero aún pudo escuchar las últimas palabras de Tristán:

—Lo más triste que le puede suceder a un escritor… es acabar sus días luchando contra sí mismo.

Inmaculada Rumbau, de Valencia, España, donde nació y vive actualmente, debutó en Axxón por culpa de un “experimento” del Taller 7 realizado con Saurio, “(No alimenten a la) ostra” (162). Pero mal haríamos tratando de deducir los gustos e intereses de Inma a partir de ese cuento. En cambio el que hoy publicamos es una buena muestra de su estilo, mucho más afín a la ficción histórica, un género en el que se siente cómoda. Creemos que no habrá que esperar mucho para leer otros textos de su autoría inscriptos en esa cuerda o en el relato épico… o incluso una ucronía.

Seol

Américo C. España

Pablo entró a la sala donde Luis le esperaba sentado en una de las dos sillas. Luis sonreía a pesar del moretón en la mejilla izquierda y la camisa de fuerza atada a su espalda. Miraba al frente con cierto aire de dignidad.

Pablo cerró la puerta tras de sí y dejó el maletín de psiquiatra a los pies de la mesa.

—¿Por qué llevas esa camisa de fuerza, Luis?

—¿No se lo han dicho? Tuve un pequeño… intercambio de opiniones con dos celadores.

—Dijeron que les provocaste.

—Esa comida que me traen es una bazofia. ¿Es que no se puede estar loco con un poco de buen gusto?

El psiquiatra cruzó las manos sobre la mesa y enarcó una ceja, incrédulo. Luis no se perdió el gesto y decidió cambiar de tema.

—Bueno, doctor. ¿De qué quiere que hablemos? ¿De mi niñez? ¿De mis relaciones sexuales? ¿Qué toca hoy?

—Quiero que me cuentes otra vez lo que pasó en la cripta.

Pablo lo dijo rápido, con los ojos fijos en Luis. No le dio tiempo a reaccionar: estaba estudiando sus gestos. El recluso borró la sonrisa y miró al techo.

—Creía que le había dicho que no quería volver a hablar del asunto.

—Sí, lo dijiste —contestó Pablo—, pero estuve pensando en ello, y tengo algunas lagunas que me gustaría…

—¡Le dije que no quiero hablar de ello! —gritó Luis, poniéndose en pie y acercando con violencia su cara a la del médico. Pablo podía oler el aliento del recluso.

El celador entró dando un portazo, enarbolando con las manos una porra de goma. Luis retrocedió ágil hacia la pared del fondo, amagando con la cabeza como para que el otro no pudiera asirlo. Pablo levantó la mano sin mirar al celador, algo sorprendido por la escena que acababa de tener lugar.

—¡Está bien! —gritó al celador—. Está bien, la situación está

controlada. Por favor, déjenos solos.

El celador le hizo a Luis un gesto de advertencia con la vara y se marchó, cerrando la puerta. El recluso se volvió a sentar en la silla, más relajado.

—¿Tiene un cigarrillo, doctor?

—Sabes que no se puede fumar aquí dentro —le contestó Pablo, condescendiente, sin quitarle la vista de encima—. Ibas a contarme lo de la cripta —insistió.

Luis dejó caer sus hombros, abatido, y se levantó para apoyarse en la pared de enfrente, bajo un pequeño tragaluz. Estaba demasiado alto para llegar hasta él, por lo que desechó la idea de huir.

Se quedó un momento perdido en sus pensamientos, como intentando recordar algo. Luego suspiró y le preguntó al médico:

—¿Desde el principio?

—Desde el principio —contestó Pablo, que empezó a sacar una pequeña grabadora del maletín.

Habían pasado por esto varias veces, pero el psiquiatra necesitaba llegar hasta el final del asunto.

—Está bien —empezó Luis—. Todo se inició la noche del aniversario de la muerte de Emanuel, mi hermano, hará cosa de un año…

—¡Date prisa, Luis! —dijo Rosa desde la puerta de la calle—. ¡Se está haciendo de noche y sabes que no me gusta andar por el cementerio a oscuras!

Luis estaba terminando de cambiarse. Desde la muerte de su hermano, hacía tres años, se había ido convirtiendo poco a poco en una persona diferente. Rosa llamaba al fenómeno *madurez*. A Luis le había costado mucho superar el trauma, pero con la ayuda de su novia, de sus amigos y del resto de la familia, terminó por aceptarlo. Sin embargo, cada aniversario era un día de duelo para él.

En la puerta le esperaba Rosa, a quien le sentaban muy bien esa falda ajustada y la blusa granate, a juego con el ramo de claveles y gladiolos que habían comprado hacía tan sólo unas horas. Rosa le sonrió y le abrazó tras darle las flores en el ascensor. Luis pensó que tenía suerte al estar con ella.

—Las dejamos en la cripta y nos vamos, ¿de acuerdo?

—Claro, cariño —le contestó él con otra sonrisa, y luego la besó.

En el coche, dejó que ella condujera. Él iba mirando por la ventanilla, sin ver, recordando tiempos más felices, en los que Emanuel aún estaba vivo.

Cuando llegaron al cementerio, el sol escapaba silencioso detrás de las montañas y las sombras empezaban a alargarse. Tomados de la mano, atravesaron el jardín de cipreses de la entrada y se dirigieron en silencio a la zona vieja, donde se encontraban las criptas antiguas y los ostentosos panteones. Se dijo que de algo le había servido tener un antepasado perteneciente a la nobleza. No hubo dinero, pero recibió una lujosa tumba como herencia de familia. Siempre tenía este pensamiento cuando iba al cementerio, y siempre le producía la misma cínica sonrisa.

Mientras Luis encontraba la llave, tuvieron que detenerse un momento frente a la reja oxidada. El mismo chirrido de todos los años, y la misma idea de siempre: "La próxima vez traeré aceite para engrasarla", pero nunca lo cumplía. Sacó la linterna del bolsillo y la encendió.

—Hace frío aquí, Luis —dijo Rosa casi en un susurro, pegándose más a él.

—Estamos en invierno, ¿qué esperabas?

—Aquí siempre hace más frío de lo habitual —dijo Rosa.

Luis no contestó. Se encaminó con paso firme a través de los corredores que llevaban a la tumba de su hermano.

Llegaron a la vieja puerta de madera y hierro forjado tras la que se encontraba la lápida y un pequeño altar donde dejaban las flores. Pero al franquear la puerta, una sensación de horror atravesó el pecho de Luis como un hierro al rojo vivo: ¡el ataúd de piedra estaba abierto!

Llegó en sólo un par de zancadas. Todo estaba en su sitio, los tapices, las velas consumidas y las flores de otros años que nunca limpiaba. Pero el sarcófago estaba vacío. De repente, detrás de ellos y a través de los pasadizos, llegó el sonido de una reja girando sobre sus goznes.

Una corriente de aire helado atravesó los pasillos y golpeó la nuca de Rosa. Sintió que algo le acariciaba el cuello.

—¡Luis! —gritó asustada.

Manoteó en todas direcciones pero sólo encontró aire. Luis le hizo una seña para que se callara. A la distancia, alcanzaban a oír pasos que se acercaban. Se colocó delante de ella para protegerla,

como presintiendo que algo malo estaba por suceder.

—¿Quién puede ser a esta hora? —susurró Luis—. Creí que estábamos solos en el cementerio.

—Esto no me gusta nada. ¿Crees que tenga algo que ver con que esté vacío el sarcófago? —le murmuró Rosa.

—No lo sé, pero podría tratarse de algún ladrón de cadáveres. Es mejor que nos escondamos. Ven, debajo de esa mesa —dijo Luis, arrastrándola.

Los dos se acomodaron de manera que no pudieran ser vistos. Los pasos se oían cada vez más cerca. Una densa niebla apareció dentro de la cripta junto con un olor a putrefacción.

Los pasos se multiplicaron, como si cientos de personas marcharan hacia donde estaban escondidos.

—Permíteme que te interrumpa, Luis —dijo Pablo. Parecía molesto —. Es la primera vez que hablas de esa niebla.

—¿No lo había mencionado? Usted mismo me dijo que mi mente no quiere aceptar todos los detalles y por eso mis recuerdos están fragmentados.

—No vine aquí a jugar, si estás tratando de burlarte de mí te juro que… bueno, sólo quiero ayudarte y si sigues añadiendo cosas y variando las declaraciones, no sé, quizá…

—¿Quiere la verdad o no? —dijo Luis, poniéndose de pie, catapultado como un resorte.

—Es mejor que te sientes si no quieres ir a la celda de castigo.

Luis se quedó parado por un momento. Se miraron, como esperando averiguar quién sería el primero en dar un golpe. La respiración agitada del paciente se fue relajando poco a poco.

Pablo sabía muy bien el efecto que la celda de castigo provocaba en Luis. No soportaba la oscuridad desde aquella fatídica noche en la cripta.

—¿Puedo continuar? —dijo Luis, dejándose caer de golpe en su silla.

—Prosigue. Recuerda que depende de esta entrevista que sigas encerrado aquí para siempre o seas llevado a recuperación. Sólo así podrás recuperar la libertad.

Luis miraba el espejo que estaba detrás de Pablo. Sonrió, sabiendo que en realidad no era un espejo y que sería imposible romperlo y huir por allí. Mientras se sentaba, vio una sombra deslizarse dentro del vidrio. La risa se le borró de inmediato.

Intranquilo, continuó con su relato.

La linterna que Luis tenía en la mano dejó de funcionar. Estaban en completa oscuridad. Se tomaron de la mano para darse fuerza y soportar el miedo. Rosa hubiese gritado de no haber sido porque Luis le tapó la boca justo a tiempo.

Del suelo empezaron a brotar miles de alimañas. El piso delante del sarcófago se cuarteó, al mismo tiempo que un fuerte temblor se sintió dentro de la cripta. Un enorme hueco se formó enfrente de ellos. Una escalinata que parecía interminable conducía hacia las profundidades.

El ruido de pasos se hizo menos intenso hasta desaparecer. La puerta de la cripta se abrió, dejando al descubierto el horror.

Cientos de personas desfilaban hacia la escalinata. Hombres y mujeres de todas las edades, incluso bebés en brazos de sus madres, marchaban con paso lento hasta perderse dentro del hueco. Los cuerpos estaban mutilados, las caras desfiguradas, los rostros no reflejaban vida. Iban en doble fila, atados, unidos por cadenas amarradas de sus tobillos. A los lados, criaturas monstruosas que parecían actuar como guardianes, chasqueaban látigos sobre los cuerpos. Con cada golpe, un alarido provenía de las profundidades. Luis pensó que eran almas conducidas al tormento eterno.

—Creo que estoy perdiendo el tiempo contigo —dijo Pablo, exasperado—. En cada entrevista me das una versión distinta de los hechos, cada vez más grotesca, como si gozaras de la incertidumbre que me provoca escucharte, y te juro que…

—Lo que pasa es que siempre le había dicho lo que usted quería oír —interrumpió Luis—, no crea que no me doy cuenta de que usted es un sádico. Además, hasta ahora, nunca había tenido el valor para decirle la verdad.

—Justo ahora que te he dicho que podrías salir libre de este hospital, me dices que quieres contar la verdad. Si te escucho es

porque me interesa saber qué ocurrió en realidad.

—¿Libertad? ¿Qué es la libertad? Nunca seré libre ¿Me entiende? —Luis sacudía la cabeza con los ojos cerrados—. No volveré a serlo, ni siquiera muerto.

—No tendré más remedio que seguir escuchándote, de todas formas creo que tu caso ya no tiene solución.

Luis vio la silueta en el espejo. Esta vez pasó más lenta y no le dejó dudas, había alguien *dentro*del vidrio. Tragó saliva y continuó con su historia.

Luis y Rosa no podían moverse, el miedo les tenía paralizados. No podían creer que lo que estaban viviendo fuera real. Una de las criaturas, esos guardianes, se acercó tanto a ellos que estuvo a punto de descubrirlos. Donde pisaban sus patas, la tierra parecía descomponerse, llenándose de alimañas.

Los muertos atormentados por aquellos seres continuaban su paso lento. Iban avanzando sobre la niebla hacia la oscuridad del agujero. Mientras, escondidos bajo la mesa, Luis y Rosa esperaban a que terminara la procesión.

Casi a punto de culminar el grotesco desfile, Luis vio que entre los muertos que eran castigados sin piedad marchaba su hermano, que en ese momento giró para verlo. Rosa reconoció de inmediato a su cuñado, aunque distaba mucho de ser el que había sido en vida. En su rostro, cubierto de sangre seca, la boca parecía prepararse para decirle algo. Ella tapó la suya para ahogar un grito.

—Sígueme —articuló por fin Emanuel.

Luis no pudo contener a su novia. No es que no tuviese fuerza, simplemente no pudo oponerse al mandato de su hermano. Rosa se levantó obediente. Una fuerza siniestra poseía ahora su voluntad. Tomó la mano de su cuñado y juntos se internaron en las profundidades. Uno de los guardianes descargó el látigo sobre ella, produciéndole la rotura de la blusa y un tajo sangrante en la espalda. Pero ella no se inmutó y siguió bajando, aferrada de la mano de Emanuel, hasta perderse de vista.

Luis se quedó allí mismo, paralizado, sin poder decir ni hacer nada, con la vista clavada en ese agujero abominable hasta que todos los muertos bajaron por él.



Ilustración: Fraga

Poco a poco fue recomponiéndose y el enojo venció al miedo y al estupor. Se daba cuenta de que un poder más allá de su voluntad había influido para que no pudiese actuar. Se hizo miles de preguntas y no halló respuesta para ninguna de ellas.

Sabía que debía bajar y rescatar a Rosa, a su Rosa. También se daba cuenta que Emanuel ya no era su hermano, era… otra cosa, indefinible, aterradora.

Cobró fuerzas e inició el descenso. La escalera parecía normal, de algún tipo de basalto negro al que habían pulido hasta sacarle brillo. No sabía de dónde provenía la escasa iluminación, pero poco le importó.

El descenso se hizo tedioso y la escalera, recta al principio, comenzó a dar rodeo tras rodeo. Pronto perdió la noción del tiempo. Sólo existían esos peldaños y él.

Por fin llegó al final. Una caverna abovedada de mediano tamaño se abrió ante sus ojos. Se extrañó de no ver guardianes o alguna otra criatura cuidando la escalera. Le hizo pensar que allí abajo se sentían muy seguros y eso le dio ánimos para buscar a Rosa.

La caverna presentaba varias aberturas y Luis se decidió por la que estaba iluminada. Pronto pudo ver marcas de pisadas cubiertas de alimañas. Aminoró el paso, temeroso de que lo descubrieran. No había lugar donde esconderse.

—A ver si lo entendí, Luis. Esta parte es nueva. Nunca me habías dicho que bajaste por esa escalera que según tú se formó de la nada.

—Es que… —Luis miró hacia el espejo temiendo que la sombra tomara la forma de alguna criatura abominable—. No sé cómo explicarlo. Su presencia hace que empiece a recordar y… ¿no puede sacarme la camisa de fuerza? No puedo más, Pablo, ayúdeme.

—No puedo permitir que te quiten la camisa, estás en un

período de muchos cambios emocionales. Ahora estás tranquilo, reflexivo, pero una sola palabra puede convertirte en un enajenado. Por ejemplo, la palabra Seol.

Al escuchar esa palabra, Luis sufrió una convulsión. Bastó una mirada a los ojos de Pablo para que una furia asesina le dominase el cuerpo. Cargó contra el doctor, que, esperando esa reacción, se hizo a un lado.

Entró el celador y lo inmovilizó, pasándole la porra por el cuello y levantándolo. Detrás del celador llegó la enfermera que inoculó a Luis, quien pronto cayó al suelo, sedado pero consciente.

—Traigan la camilla y lleven al paciente a su habitación. No le quiten la camisa.

Cuando se marcharon tras sus órdenes, Pablo se agachó hasta Luis y le habló al oído.

—¡Seol! —le dijo.

Y se marchó. La sombra del espejo se marchó con él.

El pasillo le condujo a otra caverna, pero muy diferente a la anterior; parecía un anfiteatro. Estaba iluminada con luz amarilla, muy potente. Hacía calor. Luis buscó un escondite y encontró piedras ubicadas como asientos. Se recostó tras la última fila.

Allí estaban los muertos, en círculo alrededor de una gran tarima donde se erguía un trono. Descansando sobre él, Luis descubrió la más hermosa criatura que habrá jamás pisado tierra alguna. Era algo indescriptible, que sobrecogía los sentidos de una manera extraña.

El adorable ser tenía la forma de un joven, entre catorce y dieciséis años. La piel era verdosa, aceitunada, brillante y sedosa. Los cabellos ensortijados, con motas blanquecinas, caían a los costados de la cabeza casi con vida propia. El rostro parecía haber sido esculpido. Perfecto por donde se lo mirase, el cuerpo gritaba belleza y salud. Estaba desnudo. La piel era lampiña, hasta en las zonas en que generalmente no lo son. A su lado estaba de pie una persona vestida con un hábito de color gris oscuro y una capucha que tapaba su cara. Luis lo asoció con algún tipo de monje.

El monje golpeó las manos y los látigos restallaron, mas no hubo gritos ni lamentos. El joven se paró y comenzó a olfatear. Era tal la gracia de movimientos y la belleza hipnótica que emanaba que Luis se sintió cautivado. Por un momento todo a su alrededor perdió

importancia y fue sólo un espectador más.

Por fin el joven dejó de olfatear y señaló a alguien entre los muertos. Se hizo un claro y Luis pudo ver la figura pequeña, desvalida, de Rosa, en medio del círculo.

Rosa subió a la tarima y el trono se fue convirtiendo en una roca rectangular. El monje la levantó hasta acostarla en la piedra. Luego le desgarró la ropa dejando el cuerpo al descubierto. Rosa permanecía impávida. A Luis le volvió la parálisis que había sufrido en la cripta.

El monje caminó hasta situarse detrás de la roca y se bajó la capucha y sin esperar mandato alguno gritó:

—¡Seol!

El hermoso joven se subió a la piedra. Acarició la entrepierna de la mujer, deleitándose con cada poro de su piel. Se arrodilló frente a Rosa y la poseyó con furia. Luis no pudo determinar cuánto duró el *ritual*, pero le pareció interminable. Sentía desfasado el cuerpo de la mente. Uno pugnaba por ponerse de pie e interrumpir el macabro espectáculo, pero la otra le decía que esto no estaba ocurriendo en realidad, que estaba soñando o alucinando. Cuando todo estuvo consumado, sintió liberarse el cuerpo de los designios malditos a los que fue sometido y notó que podía moverse a voluntad.

La duda que lo acosaba era: ¿qué hacer? Debía rescatar a su Rosa y regresar a la superficie. Necesitaba pedir ayuda, pero no quería dejarla sola, sentía que si la perdía de vista nunca más la volvería a ver.

La marea de muertos, en procesión silenciosa, comenzó a desalojar la sala. La función había terminado y sólo flotaba en el aire el siseo del arrastrar de los pies unidos por cadenas, entre los que no faltaron los de Emanuel.

Luis, recluido detrás de uno de los asientos, los contemplaba irse persuadidos a latigazos por los guardias. Cuando estuvo seguro de que el último de los muertos hubo salido, se incorporó apenas para mirar por sobre el borde de la piedra. Allí estaban, el monje, su Rosa y esa abominable belleza.

El monje se portaba de manera servicial delante del joven, pero éste hacía caso omiso. De pronto le habló por lo bajo y el monje se apresuró a bajar a Rosa de la piedra, que se volvió trono nuevamente. El joven se sentó en él y el trono bajó hasta desaparecer. El monje hizo una ostentosa reverencia. Gracias a ese movimiento, Luis pudo ver una marca en el cuello; cinco puntos

negros con uno rojo en el centro, apenas cubiertos por el cabello y la capucha recogida.

El monje comenzó a recitar una especie de letanía en un idioma que Luis no pudo comprender. Inspiró como buscando fuerzas y decidió que era el momento. Ya de pie, caminó hacia Rosa con la resolución de un hombre que sabe que no puede retroceder.

El monje, absorto entre sus cavilaciones y el cuerpo inconsciente de la mujer, recién notó la presencia de Luis a mitad de camino.

—Era de esperar que una estúpida mortal no podía haber llegado sola hasta aquí —le dijo, mirándolo con actitud desafiante —. De todos modos, gracias. Ella es mucho mejor que iniciar la estirpe con cadáveres.

Luis no se detuvo, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad siguió avanzando decidido.

—Rosa es mi novia. Voy a llevármela de aquí.

—¡Una novia! Qué tierno. Lamento decirte que no podrá ser. La necesito. —Se corrigió—: la necesitamos.

En los últimos metros, Luis decidió correr. Empujó al monje, quien miraba entre divertido y hastiado. Tomó en sus brazos el cuerpo desnudo y desvalido de Rosa. Luis no lo notaba, pero estaba llorando. Había recorrido apenas un par de metros cuando el monje habló.

—Idiota. No entiendes que no puedes salir de aquí con ella. —Sacudió la cabeza con una mueca de sonrisa en los labios.

—Mucha gente sabe que veníamos al cementerio. Nos van a buscar y los van a atrapar —gritó Luis, sin siquiera volverse, apurando el paso para escapar.

El monje estalló en carcajadas, murmuró algunas palabras en un idioma arcano y Luis cayó de rodillas para luego quedar inmóvil sobre el cuerpo de Rosa.

—Estúpidos. Ven demasiadas películas, todos se creen héroes.

Luis vio a Pablo y al comisario conversando a los pies de la cama. Poco a poco las drogas se fueron rindiendo a la conciencia que retornaba. Se sintió atado a la cama y aún con la camisa de fuerza, inmóvil.

—No creo que podamos hacer mucho más, es un caso

perdido —dijo Pablo.



Ilustración: wkowalsky

—Sí, pero me gustaría saber qué hizo con la novia. El cuerpo nunca apareció —comentó el comisario mientras se rascaba la cabeza.

—Creo que nunca lo sabremos —sentenció Pablo—. Los casos como éste son raros pero muy definidos. Recreará la mentira de mil modos, sólo para confundirnos y nunca dirá la verdad.

—Una pena. Parece un buen muchacho —le tendió la mano a Pablo—. Gracias por todo, iré a la seccional a terminar el papeleo administrativo y cerrar el caso.

—De nada, sólo hago mi trabajo.

El comisario se retiró de la habitación y un enfermero miró desde afuera como esperando órdenes.

Pablo acercó su boca al oído de Luis y le dijo:

—Tu novia es perfecta. Espero que te vuelvas loco pronto. Por piedad, por lo menos.

Se dio vuelta y como si de un gesto involuntario se tratara, se levantó el cabello, dejando en evidencia el tatuaje de la nuca.

Luis se revolvió en la cama y gritó horrorizado.

Pablo pasó junto al enfermero y sin detenerse pidió:

—Incrementen los tranquilizantes hasta que yo dé una orden contraria. Si vuelve a comenzar con las incongruencias, enciérrenlo en la celda de castigo.

Américo C. España es el seudónimo adoptado por el colectivo que formaron Ricardo Germán Giorno (1954, Buenos Aires, Argentina), Erath Juarez Hernández (1970, Jalacingo, Veracruz, Mexico), David Moniño (1973, Madrid, España) y Eduardo M. Laens Aguiar (1979, Montevideo, Uruguay) para escribir éste y probablemente otros cuentos. Algunos de ellos ya han publicado en solitario en Axxón; otros lo harán de un momento a otro. Lo que no debería decirse pero se dice es que hay una segunda ficción ambientada en este universo que los cuatro han iniciado hace algún tiempo

y ya está muy avanzada.



El número uno

Hernán Domínguez Nimo

—Yo le gané al número uno del mundo —dijo una voz a su lado y Walter apenas pudo reprimir el salto de su estómago ante el olor nauseabundo. Se apartó un poco de la barra, con la excusa de dejar su bolso de raquetas en un costado, y miró a quien había hablado.

Era uno de los profesores de tenis. Lo había visto dar clases durante el día a algunos ricachones poco agraciados para el deporte. Walter supuso, después de un par de semanas de no ver ni un chico a su cargo, que los padres que creían en el futuro tenístico de sus hijos preferían confiarlos a Martín Oviedo, que alguna vez fuera capitán de Copa Davis, y no al borracho del club. No era la primera vez que Walter lo veía tomando en la barra del pequeño bar.

—Yo le gané al número uno del mundo, al bielorruso, ¿sabías? —repitió el tipo, y lo que Walter reprimió esta vez fue la risa.

Había que verle la facha, la barba de tres días, los ojos enrojecidos, el pelo desgreñado. El pantalón corto estaba descosido de un lado y el cuello de la chomba tenía manchas de mostaza y alguna otra cosa.

—Sí, claro. Ya lo sabía —dijo Walter. Los borrachos y los locos siempre tienen la razón. Por lo menos si uno no quiere pelea. La burla de complicidad en la mirada de Torres, el dueño del bar, se lo confirmaba.

—No me creés, ¿no? —dijo el borracho, arrastrando la erre —. Es lógico. Nadie me creyó. Ni entonces ni nunca.

Había algo en el tono de su voz que llamaba la atención de Walter hacia una conversación que creía terminada. Un dejo de resignación que implicaba mayor raciocinio que el de un simple borracho —o un loco—. O quizás era porque lo había comparado con los demás. Y Walter no quería ser igual a nadie.

—Y… la verdad, es difícil de creer…

—Claro. Pero yo no quiero que me crea sólo porque yo lo digo. Tengo pruebas —le hizo una seña a Torres con la jarra de vino —. ¡Ponélo, Santiago!

—¿Otra vez? —preguntó Torres, más divertido que enojado.

—Sí, dale. Ponélo —el borracho lo miró a Walter—. Tenés

tiempo para ver un partido, ¿no?

Walter miró el reloj. Eran apenas las ocho. El perro —que había comprado porque las minas se fijan más en un tipo que pasea un perro— podía esperar un rato más.

—Claro —dijo. Y le pidió otro Gatorade a Torres mientras esperaba que encendiera el DVD debajo del plasma.

Era un partido viejo el que apareció, de la década del diez por lo menos. Walter reconoció al tenista un segundo antes de ver su nombre en el tablero electrónico. Spataro. Guillermo Spataro. Uno de los últimos Guillermos del tenis argentino. Un tipo que había ganado un par de torneos challenger y penado en varias primeras rondas del ATP antes de retirarse, como dicen, sin pena ni gloria.

A Walter le costó asimilar la imagen del tipo atlético, que tomaba agua mineral mientras esperaba el inicio del partido, al borracho de aliento fétido que tenía al lado. Pero no había duda de que era el mismo.

Y en el otro banco, efectivamente, estaba Slovenskö, el que había sido número uno del mundo durante casi dos décadas. Walter sintió un escalofrío en el momento en que presentaban su récord de carrera. Que en ese momento aún no había terminado.

—Wimbledon 2012 —dijo Spataro.

Walter lo miró, pero el borracho estaba ensimismado, poseído por el recuerdo de la pantalla, como si reviviera las sensaciones del partido.

La computadora hizo el sorteo —en aquella época se llamaba Eagle Eye, y Walter sonrió ante el recuerdo del nombre antediluviano— y Spataro empezó sacando. Walter volvió a mirar al Spataro que tenía al lado y refrenó el impulso de preguntarle si a eso se refería en un principio. A que le había ganado el sorteo al número uno del mundo.

Para su sorpresa, no fue la paliza que esperaba. Spataro tenía una devolución de saque muy rápida e inutilizaba así el arma principal del bielorruso. Y cuando le tocaba sacar, subía constantemente a la red, sorprendiendo y descolocando a su rival. Quizá fuera, como justificaban los relatores, porque era el primer partido del bielorruso en el torneo y estaba fuera de ritmo —Spataro venía de la qualy—. Quizá también fuera uno de esos días en que uno, el argentino, se suelta y tira de todo y todo entra. La cuestión era que Walter estaba mirando un partidazo, muy pero muy parejo. Y eso, estando enfrente de Slovenskö, era mucho decir.

Spataro ganó el primer set seis a cuatro y se puso un quiebre arriba en el segundo. El bielorruso lo estiró hasta el tie break y lo ganó. También ganó el tercer set, siete a cinco, y se fue cinco a dos en el cuarto.

Pero cuando parecía que Spataro estaba caído, quebró en un game de casi diez minutos y ganó otros cuatro games consecutivos para el siete a cinco.

Walter pidió una cerveza más —la tercera— y se acomodó en la banqueta. Se imaginó que a esa altura el perro ya debía haber meado la alfombra, pero no le importaba demasiado. No podía creer que no recordara ese partido. Siempre había sido fanático del tenis y estaba seguro de que no lo había visto. Aunque en aquella época era bastante chico.

El quinto set era tan parejo como los primeros dos. Después de casi cuatro horas de partido, estaban cinco a cinco y ninguno aflojaba. Spataro ganó su saque y se fueron al descanso.

—Ahora viene lo bueno —dijo la voz pastosa a su lado.

Torres revoleó los ojos y se fue para el fondo del bar. Walter disimuló una sonrisa. Pero Spataro no oía ni veía a ninguno. Estaba metido en el partido.

Guillermo está a un paso de la inmortalidad.

Le pide la toalla al alcanzapelotas, se seca la transpiración que rápidamente se le enfría en el rostro y en el antebrazo derecho y trata de no pensar, de autoconvencerse de que es sólo un punto más, de un partido más.

Pero no puede.

Le devuelve la toalla al chico en un gesto que espera se vea casual, nada nervioso. No es un punto más. Es ventaja suya, la que puede definir el partido en su favor después de casi cinco horas de juego.

Mientras camina hacia la línea, relojea a su rival, que se entretiene eligiendo pelotas. No es un partido más. Porque quien está enfrente es el número uno. El bielorruso. El bombardero de Minsk.

Quizá sea un partido más para Slovenskö. Apenas su primer partido en otra Copa Wimbledon que espera meter en su vidriera al final de las dos semanas. Pero de él depende que deje de ser eso, un partido más. Si Guillermo gana, si mete el punto que le falta para cerrar el quinto set, pasará a la historia como el jugador que cortó una racha de 68 victorias consecutivas del número uno del mundo.

El hecho de que sea un jugador desconocido, que haya tenido que batallar en la clasificación para llegar al torneo con la esperanza de sobrevivir al menos una ronda, agigantará aún más la hazaña y los titulares sensacionalistas: la cenicienta del torneo ha derrotado al príncipe.

Pero si pierde, todo volverá a la normalidad. Sonarán las doce campanadas, su carruaje se volverá calabaza y la magia se desvanecerá. Guillermo Spataro será sólo una anécdota, otro escalón en el camino de Slovenskö al título. Nadie recordará que estuvo a punto de ganarle. Nadie lo creerá siquiera posible. El número uno siempre lo tuvo controlado, pensarán. El número cincuenta y seis no puede ganarle al número uno. Las cosas no son así. ¿Para qué existen los rankings si no es para darnos esa seguridad? Que gane Slovenskö quiere decir que las cosas son como deben ser.

Porque claro, Guillermo no es una promesa juvenil que asoma. Es un veterano de veintiocho, que busca retirarse con un poco menos de olvido.

Slovenskö deja caer dos pelotas hacia atrás, y una más. Guarda una en su bolsillo y camina hacia la línea de saque. Se demora, buscando aire, buscando ponerlo nervioso.

Pero Guillermo no lee seguridad en esa lentitud, en tanta parsimonia. Allí hay miedo mal disimulado. Slovenskö no puede creer que un desconocido le esté arrebatando algo que es suyo. Como si los pergaminos garantizaran su pasaje hasta la final y sólo allí tuviera que defenderlos realmente.

Slovenskö pica la pelota de manera automática junto a la línea. Guillermo se agazapa y aprieta el puño de la raqueta. El bielorruso pierde el ritmo, la pelota se le escapa y la recupera con la raqueta antes de retomar la ceremonia.

Los de la tribuna, que aplaudían para darle fuerza al campeón, enmudecen sin necesidad de que el juez de silla les pida silencio. Son futuros huérfanos contemplando la muerte de su padre. No pueden asimilar lo que le pasa. Esperaron un año por su regreso. No se imaginan vivir las próximas dos semanas sin él. Guillermo se los va a arrebatar y no se lo perdonan. Acá no corre eso de alentar al más débil. Quizás en una semifinal o en la final. Pero no en primera ronda. No contra el campeón que todos aman. El que predica el tenis clásico. El que juega de blanco.

Si gana Guillermo, probablemente pierda en segunda ronda y el público festeje la derrota del verdugo. Pero a él no le importa. Si gana, nadie le puede robar la gloria. Nadie.

El bielorruso lanza la pelota al aire, muy adelante. Baja la

raqueta y recupera la pelota. La pica dos, tres veces, y vuelve a lanzarla al aire. Guillermo clava los ojos en la raqueta, buscando leer la inclinación, el efecto.

Es un saque abierto. Abre la raqueta para darle de revés pero a último momento la deja pasar. El saque es tan abierto que pica afuera. Guillermo se adelanta visiblemente, para meterle presión al otro, y se vuelve a agachar, esperando el segundo saque.

Pero hay algo raro. Slovenskö no está preparándose para sacar. Mira al juez, duda. Lo mira a Guillermo, y entonces camina hacia el otro lado del saque.

Sin entender, Guillermo mira el tablero. Donde debe marcar su ventaja, dice DEUCE. Recién entonces se da cuenta de que no se escuchó el pitido de pelota mala. Ni al juez de silla cantando el segundo saque.

Le acaban de dar el tanto a Slovenskö, para sacarlo del matchpoint.

Guillermo primero se queda sin palabras. Parece una broma. Sabe que algo así puede pasar. Es importante que Slovenskö siga en el torneo, no Spataro. ¡Pero con una pelota tan clara! ¡Se fue por casi treinta centímetros!

—¡EY! —le grita al juez de silla—. ¡FUE OUT!

Y le hace la seña de cuán afuera fue.

—*Good ball* —dice el juez.

—¿Cómo? ¡Cómo *good ball*! ¿Es una joda? —mientras Guillermo avanza hacia mitad de cancha, el juez parece encogerse en su silla.

—*Good ball* —dice, como si en la repetición estuviera la verdad—. *Deuce*.

—¡Qué *good ball* ni ocho cuartos! ¡Se fue por medio metro!

El juez no se mueve. Guillermo no espera que lo haga. En el césped no hay pique que verificar. Pero la indignación es tanta, tan obvia la pelota mala, que no puede creer que no vaya a cambiar el fallo, aunque sea por vergüenza.

El público, que hasta ese momento sólo murmura, indeciso, comienza a chiflar. Guillermo tarda sólo un segundo en entender por qué.

—¡Ahí está! —gritó Spataro y lo hizo saltar de su asiento.

—¿Qué cosa? —dijo Walter.

—¿Cómo qué cosa? ¿No lo ve?

Spataro tenía el control en la mano. La imagen estaba congelada en el pique —por un segundo se maravilló de los reflejos del borracho para frenarla justo en ese instante, pero sólo por un segundo—, con la pelota justo sobre el fleje.

—¿Si vi qué cosa? —volvió a preguntar Walter.

—¡Ahí! —dijo Spataro y retrocedió el pique una y otra vez. La pelota, claro, daba siempre en el fleje—. ¿No ve el truco, el retoque, cómo viborea la pelota en el aire?

Walter iba a decir que no, a reírsele en la cara, pero entonces lo vio. Después se iba a decir que lo vio porque el otro quería. Que vio lo que el otro quería, porque la borrachera es así. Pero en ese momento estaba convencido de que había… algo.

En realidad era nada, un parpadeo. La pelota que vibraba apenas antes de seguir su parábola hacia el fleje, como si corrigiera apenas el rumbo…

Pero era ridículo. Esa imagen había sido transmitida en vivo a todo el mundo. ¿Cómo podían haberla retocado en el mismo momento en que sucedía?

Walter había oído que a veces retrasaban las imágenes un segundo, dos, para que el relator pareciera anticiparse a las jugadas. Quizá, con un computador lo suficientemente potente…

No, lo dicho: ridículo. No había necesidad. Era Slovenskö. El que había ganado todo.

Sin preguntarle, Spataro dejó transcurrir el resto del partido.

Las dos pantallas gigantes enfrentadas muestran la imagen del saque de Slovenskö.

Guillermo se queda mirando la repetición, mientras el bielorruso tira la pelota en cámara lenta al aire, la impacta con slice, la pelota se abre sobre la red y viaja hasta picar en el fleje, a un paso de un Guillermo estúpidamente estático.

Pero eso está mal. Porque Guillermo sabe que la pelota picó mal. Está seguro. La imagen se repite dos, tres veces, desde diferentes ángulos, y la sensación de dejá vù incorrecto se acentúa a cada repetición.

—*Good ball* —dice desde algún lado la voz sintetizada del Eagle Eye, como el fallo de algún Dios invisible y omnisciente—. *Deuce. Good ball, Deuce*.

Guillermo mira al juez de silla.

—Eso está mal. La pelota picó afuera.

—*You´ve heard the Eagle Eye: good ball.*

El juez ni lo mira mientras habla. Guillermo piensa seriamente en subir la escalera y golpearlo, obligarlo a mirarlo primero, a cambiar el fallo después. Pero sabe que es inútil. Desde que instalaron esa maldita cámara computada y eliminaron a los jueces de línea, el juez de silla es un simple adorno, un símbolo de los viejos tiempos pero obsoleto. Nunca pasó —ni pasará— que un juez de silla cambie el fallo de la maldita computadora. Los hombres se equivocan, las máquinas no. ¿Cómo se puede pensar en un humano corrigiendo a una máquina?

Guillermo mira a Slovenskö. El bielorruso está picando la pelotita sobre el borde de la raqueta.

—¿Fue *out* o no fue *out*? —le pregunta Guillermo.

Slovenskö se encoge de hombros y mira para otro lado. Guillermo estalla: corre, salta la red y lo increpa.

—¡Cómo que no sabés decirme si fue *out* o no; no te hagás el boludo!

El bielorruso retrocede, el pánico en sus ojos. Dos guardias aparecen de algún lado y agarran a Guillermo de los brazos.

—*To your side!* —le dice uno.

—¡Para esto siguen usando personas!, ¿eh? ¿Por qué no ponen un robot de mierda? ¿No se quieren perder el placer?

Poco a poco, los guardias lo arrastran hasta su lado de la cancha. Al final, Guillermo se deja llevar sin ofrecer resistencia. Mientras se ubica para recibir el saque, mientras escruta los rostros de los plateístas, buscando en ellos algo, un signo de reconocimiento de lo que él ha visto, escucha desde muy lejos cómo el juez le quita un tanto por el exabrupto.

La imagen volvió a congelarse. El tanteador aún marcaba 6-5. Era como si así quisiera evitar que el destino se cumpliera. Walter mismo lo deseaba.

Guillermo habló con los ojos fijos en la pantalla estática:

—Slovenskö sacó, ganó el punto y el game. Mi mente sólo tenía espacio para una pelota, la que picaba afuera. Después, fuimos a *tie break*. El bielorruso ganó como si jugara solo.

“Slovenskö llegó a la final y perdió, por muy poco, pero luego de dar un espectáculo memorable, con la cancha principal a lleno total”.

La voz de Spataro parecía la de un relator antiguo, más del History Channel —o E! True Hollywood Stories— que de un programa de deportes.

—Repasé esa imagen una y otra vez, durante días enteros. De tanto ver la pelota picando sobre el fleje, empecé a dudar de lo que yo mismo había visto.

“Pero en sueños… en sueños siempre la veo caer en el lugar correcto. Bien afuera…”

Spataro se levantó y agarró una cerveza de la heladera. Con la mirada buscó el destapador. Walter lo ayudó pero por compromiso.

—Eso fue lo que me impulsó a buscar. En internet. Alguien tenía que tener una versión donde la pelota picara afuera. Imaginaba a algún técnico de edición arrepentido. Nunca apareció. Esos hijos de puta retocaban la imagen mientras salía al aire. Deben tener algún programa de computadora que lo hace.

“Así que sólo los espectadores, Slovenskö, el juez de silla y yo habíamos visto lo que realmente pasó. Pero claro: sólo yo quería verlo. Y recordarlo.”

El destapador no aparecía. Spataro estiró el cuello para ver si aparecía Torres.

—Viajé a Inglaterra, pero ninguno de los alcanzapelotas quiso encontrarse conmigo —Spataro mostró los dientes—. Deben pagarles muy bien.

Ni señales de Torres. Spataro abrió la botella golpeando el pico contra el borde de la barra.

—A esa altura, ya nadie se acordaba del jugador que casi le gana en primera ronda. Un jugador que nunca volvió a tener otra oportunidad. Un jugador que se volvió más mediocre aún y se retiró para dar clases en un club de la Boca. Un borracho al que nadie le cree cuando cuenta su historia. La historia de cómo le ganó al número uno.



Ilustración: Pedro Belushi

Apretó el botón para eyectar el DVD y lo arrebató de la mano de Torres, que recién entraba y se lo estaba alcanzando.

—No señor —sentenció—: nadie le cree.

Y desapareció por la puerta del bar, sin saludar, sin esperar una respuesta o una opinión.

Walter lo miró a Torres, que se encogió de hombros:

—No te lo tomes como personal, pibe. Siempre es igual. Primero te pide que lo escuches y después se va sin terminar, como si estuviera ofendido.

—¿Y usted? —preguntó Walter mientras dejaba caer las últimas burbujas de espuma en su vaso.

—¿Yo qué?

—¿Le cree?

—Spataro no es más que un borracho a quien el tinto le hace ver el pasado color de rosa.

—¿Y por qué lo deja quedarse?

—¿Y vos por qué venís?

—¿Yo…? —la repregunta lo tomó por sorpresa—. Porque es un club de barrio, tranquilo…

—¡Claro! ¿Y dónde viste un bar de barrio sin un borracho? Sacálo a Spataro y mirá a tu alrededor. Cada vez es más difícil crear clima de barrio cuando hace tiempo que a los barrios se los comió la ciudad.

Torres retiró el vaso de Spataro y le sirvió otra cerveza a Walter. Éste se dio cuenta de que el barman había eludido la respuesta.

—No me dijo si pensaba que puede ser verdad.

Torres tardó un poco en contestar, mientras secaba un vaso con un repasador sucio. Walter estuvo a punto de decirle que eso también era de barrio.

—No sé. No es el primero que se queja de esto. Supongo que no va a ser el último —apoyó el vaso dudosamente limpio en la repisa de aluminio—. Pero me inclino a pensar que no. Después de todo, del otro lado estaba Slovenskö. Y por algo era el número uno, ¿no?

No vamos a agregar nada sobre Hernán Domínguez Nimo, salvo poner al día su lista de cuentos publicados en Axxón que, con éste, suman once: “No, gracias” (141), “En punto” (143), “Cambio” (148), “Hasta la siguiente” (150), “Viaje al pasado (154), “El morador” (155), “El guasón” (156), “Final incierto” (157), “Motorhome” (160) y “Malos pensamientos” (163) y aclarar aquí (aunque también se consigna en otro lado) que este cuento es el producto de una convocatoria para escribir cuentos en los que el rasgo dominante fuera el cruce de géneros.

Fahrenheit 451: la novela de la libertad

Antonio Mora Vélez



Una de las cualidades atribuidas a los maestros de la literatura de ciencia ficción es la de haber logrado anticipar en sus novelas y relatos, aspectos sociales, actitudes humanas y máquinas y descubrimientos científicos que posteriormente el hombre incorporó a su haber cultural. Famosos en tal sentido y en particular por sus predicciones tecnológicas, fueron: **Alexi Tolstoi,** ruso, anticipador del rayo láser; **Hugo Gernsback**, norteamericano, creador literario del radar y de la televisión; y **Karel Capek**, checo, a cuya imaginación debemos hoy la existencia de los robots.

Famosos también, pero en la vertiente que explora las tendencias emotivas y conceptuales de la humanidad, son los novelistas **Yevgueni Zamiatin** (*Nosotros*) **Aldous Huxley** (*Un mundo feliz*) y **Ray Bradbury,** autor de la novela corta llevada al cine *Fahrenheit 451*. Tienen en común los tres la utilización de la distopía con fines de advertencia, de meditación acerca de las consecuencias del avance incontrolado de las ciencias y de la tecnología; y el tema de la libertad frente a Estados totalitarios respaldados por la fe ciega en el papel conductor de las ciencias y de las ideologías.

Ray Bradbury, considerado el poeta de la ciencia ficción, imagina en su obra citada una sociedad en la que los libros han sido prohibidos y los bomberos en lugar de apagar incendios, queman bibliotecas y ajustician a los reos de lectura. Todo comenzó, dice Bradbury por boca de uno de sus personajes, por culpa de "La tecnología, la explotación en masa, y la presión de las minorías", que convirtieron a los hombres en seres ocupados corriendo de un lado a otro, apretando botones y ajustando tornillos y tuercas, dedicados a contemplar, en las horas del descanso, las imágenes

pueriles y alienantes de las “paredes TV”, que le evitan el esfuerzo de pensar por sí mismo; y a impedir la impresión de obras inquietantes o mortificantes que perturben su felicidad, en una sociedad cerrada que ha definido previamente los parámetros de la dicha. En síntesis: un hombre castrado mentalmente que ha abandonado —por considerarlas superfluas— las letras, la historia y la filosofía, y que no tiene ni afición ni tiempo para “andar por los bosques y mirar los pájaros y coleccionar mariposas”.

Ray Bradbury dirige el filo de la crítica hacia dos poderes de la vida moderna: El estado totalitario y los “mass media”, coligados en la novela para mantener la uniformidad política y el control ideológico. “Si no quieres que un hombre sea políticamente desgraciado, no le preocupes mostrándole dos aspectos de una misma cuestión. Muéstrale uno”, le dice el jefe de bomberos a Guy Montag, el personaje central el día que descubre fisuras en su fe y obediencia al sistema.

Pero Montag —que no parecía tener alma de bombero— pasa de la duda producida por el sentimiento de ver incinerar a una anciana infractora (“Tiene que haber algo en los libros… para que una mujer deje quemarse viva”) a la convicción de que los libros pueden enseñar muchas cosas y disiparle los rumores que las “paredes TV” no aclaran, como el de la miseria que agobia al resto del mundo; y rescata entonces libros del fuego, los lee y descubre que detrás de cada uno de ellos hay ” un hombre que tuvo que pensarlo. Un hombre que empleó mucho tiempo en llevarlo al papel…”.

Las consecuencias son obvias: el bombero lector es descubierto y obligado a incinerar sus libros y su casa. Guy Montag pasa de infractor a rebelde. Mata a su jefe para salvar la identidad y la vida de su amigo Faber, un viejo profesor de inglés ” a quien habían echado a la calle hacía cuarenta años, cuando los últimos colegios de humanidades tuvieron que cerrar a causa de los pocos alumnos y la falta de apoyo económico”. Y huye con la ayuda de éste hacia los bosques, donde se reúne con otros intelectuales rebeldes. Antes elude el acoso de “Sabueso”, un “perro mecánico” que identifica los olores del cuerpo y cuya acción persecutoria es uno de los mejores espectáculos que las autoridades brindan a los ciudadanos.

Al llegar a la reunión y entrevistarse con sus nuevos amigos, Montag descubre que los intelectuales marginados aprenden de memoria los libros de los pensadores más importantes y que él, por haber aprendido parte del Eclesiastés, tiene un lugar entre ellos.

> Granger se volvió hacia el reverendo.
>
> —¿Tenemos un Eclesiastés?
>
> —Uno. Un hombre llamado Harris, en Youngtown.

—Montag —le dijo Granger—. Camine con cuidado. Cuide su salud. Si algo le ocurre a Harris, usted será el Eclesiastés. ¿Advierte qué importancia ha adquirido usted en este último momento?

La imaginación creadora de Bradbury convierte a cada rebelde en un libro gracias a su memoria, y a todos los hombres-libros en la mayor gesta humanista imaginada por escritor alguno de ciencia-ficción. “Fahrenheit 451” es, por ello, un tributo a la riqueza y a la necesidad del pensamiento libre que alcanza su clímax en esta parte del diálogo:

—¿Le gustaría, Montag, leer alguna vez la República de Platón?

—¡Por supuesto!

—Yo soy La República de Platón ¿Le gustaría leer a Marco Aurelio? El señor Simmons es Marco Aurelio.

—¿Cómo está usted? —dijo el señor Simmons.

—Hola —dijo Montag.

—Quiero presentarle también a Jonathan Swift… Y este otro señor es Charles Darwin, y este otro es Shopenhauer, y éste es Einstein…

Imaginación y poesía que alcanzan a especializar caseríos en esa misma gesta libertaria, como la aldea de Maryland, de veintisiete habitantes, que es —según Granger— “los ensayos completos de un hombre llamado Bertrand Russell”.

La novela concluye con la diáspora de los intelectuales y las reflexiones que Montag se hace, en el camino, sobre su nuevo rol. Sabe ya que hay un tiempo de callar y un tiempo de hablar y que es el momento de pensar y de grabar en la mente, fragmento a fragmento, el libro que ya empezaba a ser.

Escrita en los orígenes de la guerra fría y por la época del “macartismo” en los Estados Unidos, “Fahrenheit 451” trasciende los límites espaciales y temporales que tuvo su autor, y es por ello un clásico de la ciencia-ficción y de la literatura universal, que mantiene su vigencia. Su defensa del humanismo y su confianza en la capacidad renovadora del hombre enfrentado al oscurantismo y al totalitarismo, la convierten en una obra de obligada lectura par todos los perseguidos del mundo. Montag y sus amigos intelectuales representan al hombre en lo más noble y humano de su espíritu. Y el hombre es lo que es por su pensamiento y su libertad. Por esto Ray Bradbury enseña que no hay poder alguno que pueda doblegar indefinidamente a la inteligencia. Ese es el gran mensaje de la novela. Y es la gran enseñanza de la experiencia política contemporánea.

Ilustrado por Valeria Uccelli
Axxón 165 - agosto de 2006



La muerte del Capitán Futuro

Allen Steele

El nombre del Capitán Futuro, supremo adversario de todo mal y de todos los malvados, era conocido por todos los habitantes del Sistema Solar.

Ese joven aventurero —alto, alegre y pelirrojo, de risa fácil y puños voladores— era el implacable Némesis de todos los opresores y explotadores de las razas humanas y planetarias del Sistema. Combinando una audacia dicharachera con una inquebrantable voluntad y un incomparable dominio de la ciencia, había dejado su ardiente rastro a lo largo y a lo ancho de los nueve mundos, en defensa de los justos.

-Edmond Hamilton

El Capitán Futuro y el

Emperador del Espacio

(1940)

Esta es la verdadera historia de cómo murió el Capitán Futuro.

Estábamos bordeando el cinturón interior, rumbo a nuestro punto de encuentro programado con Ceres, cuando el comlink de la nave recibió el mensaje.

—¿Rohr…? Rohr, despierte, por favor.

La voz que provenía del techo era fuerte, oscura y atractiva, muestreada de uno de los viejos vids de Hércules de la colección del capitán. Penetraba la oscuridad de mis aposentos, en la cubierta intermedia, donde estaba durmiendo después de ocho horas de guardia en el puente.

Giré la cabeza para mirar, con los ojos fruncidos, la terminal de computadora que estaba junto a la litera. Por la pantalla se desplegaban líneas de códigos alfanuméricos que indicaban los chequeos y actualizaciones de rutina del sistema; como segundo oficial, se suponía que yo debía monitorearlos en todo momento, incluso cuando estaba fuera de servicio y muerto para el resto del mundo. Sin embargo, no había ningún mensaje de emergencia recuadrado en rojo; a primera vista, todo parecía normal.

Salvo la hora. Eran las 0335 Zulu, plena noche, maldita sea.

—¿Rohr? —Ahora la voz sonaba un poco más fuerte—. ¿señor Furland? Por favor, despierte.

Gruñí y rodé en la cama. —Bueno, bueno; ya estoy despierto. ¿Qué quieres, Cerebro?

Cerebro. Ya era bastante desagradable que la IA de la nave sonara como Steve Reeves, pero, como si fuera poco, también tenía un nombre estúpido como Cerebro. En todas las naves en las que presté servicio los miembros de la tripulación usaban nombres humanos para las IA, nombres como Rudy, Beth, Kim, George o Stan, en honor a algún amigo, miembros de su familia o tripulantes fallecidos, o apodos que podían ser inteligentes o remanidos, como Boswell, Isaac, Slim, Flash o Ramrod, además de los muy frecuentes Hal y Data que agradaban a los nostalgiosos. Una vez trabajé en la nave auxiliar de un remolcador lunar donde la IA se llamaba Tonto —para decir *Eh, Tonto, a ver la grilla de tránsito de la Estación Tycho* —, pero nadie, salvo un imbécil, le pondría a su IA un apodo tan idiota como Cerebro.

Es decir, nadie salvo el Capitán Futuro… y yo todavía no tenía decidido si mi actual jefe era un imbécil o si simplemente estaba chiflado.

—El Capitán me solicitó que lo despierte —dijo Cerebro—. Quiere que se presente en el puente de inmediato. Dice que es urgente.

Volví a revisar la pantalla. —Aquí no veo nada urgente.

—Son órdenes del Capitán, señor Furland. —Los fluorescentes del techo comenzaron a encenderse lentamente detrás de sus paneles rajados y llenos de polvo, obligándome a fruncir los ojos y tapármelos con una mano—. Si no se presenta en el puente dentro de diez minutos, se le descontará una hora laboral y sufrirá una marca en la credencial del sindicato.

Las amenazas así generalmente no me perturban —todo el mundo pierde unas horas o gana unas marcas durante un viaje largo —, pero en estos momentos no podía darme el lujo de tener una mala foja de servicio. Dentro de dos días, la ACET Cometa llegaría a Ceres, donde estaba programado que debía incorporarme a la Comercio Joviano, con destino a Calisto. Había tenido suerte de llegar tan lejos y no quería que mi próximo comandante me dejara en tierra debido a un informe desfavorable del capitán anterior.

—Bueno —mascullé—. Diles que voy para allá.

Balanceé las piernas hacia el costado y tanteé el suelo, buscando la ropa que había dejado tirada. Me habría encantado

lavarme, afeitarme y disfrutar de una agradable y prolongada sesión de meditación en el baño, para no mencionar una taza de café y un pastelito de los que había en la cocina, pero era obvio que no iba a poder hacer nada de eso.

De las paredes comenzó a brotar música, una obertura para orquesta, que gradualmente fue aumentando de volumen. Hice una pausa, con las pantorrillas a medio meter en los pantalones, cuando las cuerdas se remontaron por los aires con heroica potencia. Opera alemana. Wagner. La Cabalgata de las Walkirias, por Dios…

—Quítala, Cerebro —dije.

La música se interrumpió en la mitad de un acorde. —El capitán pensó que lo ayudaría a despabilarse.

—Estoy despabilado. —Me puse de pie y me subí los pantalones hasta arriba. Bajo la luz mortecina, percibí un pequeño movimiento en un rincón de mi compartimiento, junto al armario; en un momento estaba ahí y después había desaparecido—. Aquí hay una cucaracha —dije—. ¿Quieres tomar medidas al respecto?

—Disculpe, Rohr. He tratado de desinsectizar la nave, pero hasta ahora no he sido capaz de localizar la totalidad de los nidos. Si deja la puerta de la cabina sin llave mientras no esté, enviaré un unidad remota para…

—No importa. —Me subí la cremallera de los pantalones, me calcé un buzo y busqué los zapatos de velcro. Los había pateado debajo de la litera al quitármelos; me arrodillé sobre la alfombra raída y los recuperé—. Me cuidaré solo.

Cerebro no había hecho ese comentario con segundas intenciones; sólo quería librarse de otra de las tantas pestes que había encontrado a bordo de la Cometa desde que la nave carguero partiera de LaGrange Cuatro. Las cucarachas, las pulgas, las hormigas, y hasta algún ratón de vez en cuando, se las arreglaban para colarse en todas las naves que se acoplaran regularmente con espaciopuertos cercanos a la Tierra, pero yo, realmente, nunca había estado en una nave tan infestada como la Cometa. Sin embargo, no iba a dejar sin llave la puerta de mi cabina. Una de las pocas reglas inviolables del sindicato, que también estaba vigente a bordo de esta nave, era el derecho a sellar mi cabina. No quería darle al capitán la oportunidad de curiosear entre mis cosas. Él estaba convencido de que yo llevaba contrabando a la Estación Ceres y, aunque tenía razón —dos quintos de whisky de malta lunar, un regalo tradicional de recién llegado para mi próximo comandante—, no quería que arrojara esa excelente bebida por el sumidero basándose en un reglamento de la Asociación que ninguna

otra persona se molestaba en cumplir.

Me calcé los zapatos, me puse el cinturón utilitario y salí de la cabina, echándole el cerrojo a la puerta con la huella de mi pulgar. Avancé por un corredor corto, que se curvaba hacia arriba, y pasé delante de las puertas cerradas de otras dos cabinas de tripulantes, que decían CAPITAN y PRIMER OFICIAL. El capitán ya estaba en el puente y supuse que Jeri estaría con él.

Había una boca de hombre que llevaba al eje de acceso central y al carrusel. Pero antes de subir al puente me detuve en la sala de oficiales, para llenar un bulbo de exprimir con café. La sala de oficiales era una desastre: había una bandeja con restos de la cena sobre la mesa, envoltorios descartados de comida tirados en el suelo y un pequeño robot parecido a una araña que caminaba por la pileta de la cocina, peleando una batalla solitaria contra la suciedad de los utensilios que estaban allí abandonados. El capitán había estado aquí recientemente; me sorprendió que no me hubiera hecho llamar para que le limpiara la mugre. Al menos, en la cafetera quedaba café caliente, aunque, a juzgar por su olor y viscosidad, probablemente tenía unas diez horas de antigüedad como mínimo. Antes de servirlo en el bulbo, lo rebajé con azúcar y leche semi-agria del refrigerador.

Como siempre, los cuadros de las paredes de la sala de oficiales capturaron mi atención: reproducciones enmarcadas de tapas de viejas revistas pulp, que databan de hacía mucho más de cien años. Las revistas mismas, todas ellas en vías de desmenuzarse y cuyo precio era imposible determinar, estaban guardadas en bolsas selladas herméticamente, en un armario del cuarto del capitán. Fantasiosas ilustraciones de astronautas con cascos como peceras, peleando contra improbables monstruos alienígenos o científicos locos que, a su vez, amenazaban a rollizas muchachas vestidas con ropa transparente. Los nombres de las fantasías adolescentes del siglo pasado —“Planetas en Peligro”, “Aventura Más Allá de las Estrellas”, “Senda Estelar a la Gloria”— y sobre todos ellos, impreso en ostentosa negrita, ocupando toda la parte superior de cada tapa, de una punta a la otra, un título…

CAPITAN FUTURO

Hombre del Mañana

En ese momento, una voz ronca que salió del techo interrumpió mi ensueño:

—¡Furland! ¿Dónde está?

—En la sala de oficiales, capitán —Apreté la boquilla del bulbo y la sellé con un catéter; luego me colgué el bulbo del

cinturón—. Vine a buscar café. Subiré en un minuto.

—¡Tiene sesenta segundos para llegar a su lugar de trabajo o de lo contrario le descontaré el jornal del último turno! ¡Ahora mueva ese culo perezoso y venga inmediatamente!

—Voy ahora mismo… —Abandoné la sala de oficiales, y ascendí por el corredor, hacia el eje—. Escuerzo —murmuré en voz baja cuando atravesé la compuerta y salí del rango de alcance de la comnet de la nave. ¡Miren quién me llama perezoso!

Capitán Futuro, Hombre del Mañana. Si eso es cierto, que Dios nos ayude.

Diez minutos después, una pequeña nave con forma de lágrima elongada se elevó desde un hangar subterráneo ubicado bajo la superficie lunar. Era la Cometa, la nave superveloz de los Hombres del Futuro, conocida en todo el Sistema como la nave más rápida del espacio.

-Ibid;

Llamando al Capitán Futuro

(1940)

Me llamo Rohr Furland. Para bien o para mal, soy un espacial, igual que mi padre y la madre de mi padre.

Llamémosle tradición familiar. La abuela perteneció al grupo de montadores originales que ayudaron a construir el primer satélite energético en la órbita terrestre; luego emigró a la Luna, donde concibió a papá durante una noche de juerga con un ignoto lunario que murió en una explosión dos días después. Papá pasó una infancia de hijo no deseado en la Estación Descartes; a los dieciocho años, escapó de allí y se hacinó a bordo de un carguero Skycorp con destino a la Tierra, donde vivió como un perro vagabundo, en Memphis, hasta que sufrió un ataque de nostalgia y se empleó en una compañía rusa que buscaba selenitas nativos. Papá volvió a casa justo a tiempo para acompañar a la abuela en sus últimos años, pelear la Guerra Lunar en las filas de Pax Astra y, no incidentalmente, conocer a mi madre, que era geóloga en la Estación Tycho.

Yo nací en el lujo de un departamento de dos ambientes,

debajo de Tycho, en el primer aniversario de la independencia de Pax. Me cuentan que papá celebró mi llegada emborrachándose con vino lunar barato y revolcándose con la partera que me había traído al mundo. Por notable que parezca, mis padres permanecieron juntos el tiempo suficiente para que yo terminara de aprender cómo se usaba un traje. Mamá volvió a la Tierra, mientras papá y yo permanecimos en la Luna, disfrutando de los beneficios de la ciudadanía plena de Pax: tarjetas de oxígeno Clase A, que servían para obtener aire aunque estuviéramos desempleados y en quiebra. Lo cual, en el caso de papá, sucedía bastante a menudo.

Todo eso me convierte en un mestizo, en un auténtico hijo de bastardo, amamantado con aire y acostumbrado a las caminatas lunares desde antes de dejar los pañales. En mi cumpleaños número dieciséis me entregaron la credencial del sindicato y me dijeron que consiguiera trabajo. Dos semanas antes de cumplir dieciocho, el transbordador LEO que acababa de contratarme como peón de carga aterrizó en una pista de Galveston y, con la ayuda de un exoesqueleto, caminé sobre la Tierra por primera vez en mi vida. Pasé allí una semana, suficiente para romperme el brazo derecho al caerme en una acera de Dallas, perder mi virginidad con una ramera de El Paso y sufrir un ataque de agorafobia de los mil demonios por culpa de tanto paisaje abierto de Texas. Mandé a la mierda a la cuna de la humanidad, con colchón y todo; tomé la siguiente nave a la Luna y festejé los dieciocho con una torta de cumpleaños que no tenía velas.

Doce años después, ya había pasado por casi todos los trabajos del sindicato a los que podía aspirar una persona con mis antecedentes —peón de muelle, capataz de carga, navegante, jefe de sistemas de sustento vital, incluso un par de puestos de segundo oficial—, en más naves de las que podría contar, desde remolcadores orbitales y cargueros lunares hasta transbordadores de pasajeros y cargueros de mineral clase Apolo. Ninguno de esos empleos me duró mucho más de un año: a fin de garantizar la igualdad de oportunidades a todos sus miembros, el sindicato nos hacía rotar de nave en nave, permitiendo que sólo los capitanes y primeros oficiales permanecieran en el mismo lugar más de dieciocho meses. Era un sistema espantoso; cuando ya estabas acostumbrado a una nave y su capitán, te transferían a otra nave y debías aprender todo de nuevo. O, mucho peor, estabas sin trabajo varios meses, lo que significaba quedarse holgazaneando en algún bar de espaciales de la Estación Tycho o de la ciudad de Descartes, esperando que el representante local del sindicato echara a otro tipo de su empleo para dártelo a ti.

Era una forma de vida, pero poco para ganarse la vida. Tenía treinta años y lo único que poseía eran los dedos de mis manos y pies, y una preciosa y escasa suma de dinero en el banco. Después de quince años de trabajo agotador, lo más cercano que tenía a un domicilio permanente era el armario de almacenaje de Tycho donde guardaba mis pocas pertenencias. Entre un trabajo y otro, vivía en las hosterías que el sindicato tenía en la Luna o en los ele-cinco, generalmente ocupando una litera apenas lo bastante grande para invitar a un gato o a una prostituta. Hasta ellas vivían mejor que yo; a veces les pagaba sólo para poder dormir en una cama decente y no por el sexo.

Para empeorar las cosas, estaba loco de aburrimiento. Excepto por un viaje de ida y vuelta a Marte cuando tenía veinticinco años, había pasado toda mi carrera —diablos, toda mi vida— volando entre la órbita terrestre y la Luna. No es una mala existencia, pero tampoco es fabulosa. Hay una gran abundancia de viejos tristes y estúpidos que se eternizan en los locales del sindicato, contándoles a todos los que quieran escucharlos grandes mentiras acerca de sus días de gloria como astronautas o lunarios, mientras se gastan toda la jubilación en alcohol. Pobre de mí si terminaba como ellos… sabía que si no salía de la Luna muy pronto estaría lustrando tanques de oxígeno el resto de mi vida.

Mientras tanto, se estaba abriendo una nueva frontera en el sistema exterior. Había cargueros espaciales que transportaban helio-3 proveniente de Júpiter para alimentar los tokamaks de fusión de la Tierra. Aunque la Reina Macedonia había vedado el acceso a Titán debido a la Plaga, la colonia Japeto todavía operaba. Si se conseguía colocación en una de las grandes naves que viajaban entre los gigantes gaseosos y el cinturón, se podía ganar buen dinero; además, los miembros del sindicato que encontraban trabajo en viajes a Júpiter y Saturno tenían contratos garantizados por tres años. No era lo mismo que hacer otro viaje más entre la Luna y la órbita terrestre cada tantos días. Los riesgos eran mayores, pero también el sueldo.

La competencia por conseguir empleo en las naves del sistema exterior era feroz, pero igualmente me postulé. Mi legajo de quince años de servicio, con muy pocas quejas de parte de los capitanes, y un viaje a Marte a mi favor me ayudaron a pasar por encima de casi todos los postulantes. Mientras esperaba, trabajé de capataz de carga durante un año, pero el sindicato finalmente me obligó a rotar y me dejó librado a mi suerte en el bar del Torpe Joe, en Tycho. Seis semanas después, justamente cuando estaba pensando en emplearme como tractorista en el proyecto de

construcción del Domo Clavius, me llegó la noticia: la Comercio Joviano necesitaba un nuevo oficial ejecutivo y yo había resultado favorecido en el sorteo.

Sólo había un impedimento. Como la Comercio sólo ingresaba al sistema interior hasta Ceres, y como el sindicato no me otorgaba el pasaje al cinturón como parte del convenio, tendría que viajar a bordo de un clíper —imposible, ya que no tenía dinero— o buscarme un trabajo temporario en algún carguero que viajara a los asteroides.

Bueno, estaba dispuesto a buscarme ese trabajo, pero entonces había otra complicación: muy pocos cargueros tenían puestos disponibles para selenitas. La mayoría de las naves que operaban en el cinturón principal eran propiedad de la Asociación de Cuerpos en Tránsito y los capitanes de la ACET preferían contratar tripulantes de otras naves de la cooperativa antes que del sindicato. Y tampoco querían contratar a un tipo que sólo haría el viaje de ida, porque lo perderían en Ceres, antes de haber llegado a la mitad del viaje.

El representante del sindicato me explicó el conflicto cuando me reuní con él en su oficina de Tycho. Schumacher era un viejo amigo; habíamos trabajado juntos a bordo de un remolcador orbital, antes de que el sindicato lo nombrara representante en la Estación Tycho, de modo que me conocía bien y estaba dispuesto a lanzarme una soga.

—Mira, Rohr —dijo, apoyando los mocasines en el escritorio —. Tengo una primicia: estuve buscando una nave que quisiera contratarte y encontré lo que estabas buscando. Una nave de carga de mineral clase Ares, que está por salir para Ceres… en realidad, ya está atracada en LaGrange Cuatro y lista para partir apenas el capitán encuentre un segundo oficial.

Mientras hablaba, Schumacher presionó un botón e hizo aparecer un holo de la nave que se puso a dar vueltas en el holotanque, flotando encima del escritorio. Era una transportadora de roca estándar: ochenta y dos metros de largo, con el motor nuclear en un extremo y un módulo para tripulantes, con forma de tambor, en el otro, unidos por una larga y delgada columna vertebral y por las bodegas de carga a cielo abierto. En realidad, un carguero común y corriente, sin nada que me resultara desconocido ni intimidatorio. Tomé un trago de la petaca de whisky que Schumacher que había sacado de un cajón del escritorio.

—Grandioso. ¿Cómo se llama?

Vaciló. —ACET Cometa —dijo de mala gana—. El capitán es

Bo McKinnon.

Me encogí de hombros y le devolví la petaca. —¿Y qué problema hay?

Schumacher pestañeó. En vez de tomar un trago de whisky, tapó la petaca y la arrojó al interior del cajón.

—Déjame repetirlo —dijo—. Cometa. Bo McKinnon. —Me escudriñaba como si me hubiese contagiado la Plaga de Titán—. ¿Quieres decir que nunca oíste hablar de él?

Yo no estaba muy enterado de las actividades de los cargueros ACET y sus capitanes; volvían a la Luna una vez cada varios meses para dejar su cargamento y cambiar de tripulación, de modo que muy pocos selenitas tenían oportunidad de verlos, a menos que los encontraran emborrachándose en algún bar.

—Ni idea —le dije.

Schumacher cerró los ojos. —Magnífico —murmuró—. Debes ser el único tipo que nunca escuchó hablar del Capitán Futuro.

—¿Capitán qué?

Volvió a mirarme. —Mira, olvídate de todo, ¿sí? Hagamos de cuenta que nunca te lo mencioné. Hay otra transportadora de roca que parte para Ceres dentro de seis o siete semanas. Hablaré con la Asociación, trataré de conseguirte un puesto allí en vez de…

Meneé la cabeza. —No puedo esperar seis o siete semanas más. Si no estoy en Ceres dentro de tres meses perderé el trabajo en la Comercio Joviano. ¿Qué problema hay con esta nave?

Schumacher suspiró mientras volvía a meter la mano en el cajón para sacar la petaca.

—El problema —dijo— es el chiflado que está al mando. McKinnon es el peor capitán de la Asociación. Ninguno de los que se han embarcado con él ha aceptado quedarse a bordo, excepto tal vez esa ojos de sapo que consiguió como primer oficial.

Cuando me dijo eso, tuve que morderme la lengua. Éramos amigos, pero el racismo no es un rasgo que me agrade. Claro, los Superiores pueden ser raros —empezando por sus ojos, que eran la razón por la que los apodaban así— pero si eres de los que usan palabras como negro, amarillo, rojo o chicano para describir a la gente, entonces no eres amigo mío.

Por otro lado, cuando uno está hambriento de trabajo es capaz de aguantar prácticamente cualquier cosa.

Schumacher leyó la expresión de mi rostro.

—No es sólo eso —se apresuró a agregar—. Entiendo que la

primer oficial es muy buena. —Para ser una ojos de sapo, le faltó decir, aunque no lo hizo en voz alta—. El problema es McKinnon. Hay gente que ha saltado de la nave, que ha fingido enfermedades, que ha hecho pedazos la credencial del sindicato… cualquier cosa, con tal de escapar de la Cometa.

—¿Tan grave es?

—Tan grave. —Tomó un largo trago de la petaca, jadeó y me la pasó por encima del escritorio—. Oh, el sueldo está bien… jornal mínimo, pero según el estándar de la Asociación, que es mejor que la escala del sindicato… y la Cometa aprueba todos los requisitos de seguridad, o al menos los aprobó cuando la inspeccionaron. Pero a McKinnon le faltan unos cuantos tornillos, si entiendes lo que te digo.

No bebí de la petaca. —No, viejo, no entiendo lo que me dices. ¿Qué es eso de… cómo lo llamaste?

—Capitán Futuro. Así se hace llamar él, y sólo Dios sabe por qué. —Sonrió—. No sólo eso, sino que a la IA le puso “Cerebro”…

Me reí bien fuerte. —¿Cerebro? ¿Como si tuviera un cerebro flotando en un frasco? No entiendo…

—No sé. Una especie de fetiche. —Meneó la cabeza—. Como sea, todos los que trabajaron con él dicen que se cree una especie de héroe espacial y espera que todos coincidan con esa idea. Y supuestamente es muy severo con la gente… si no fuera tan imbécil, se podría pensar que es un perfeccionista.

Yo ya había trabajado con tipos de las dos clases, y también con unos cuantos sujetos muy raros. No me molestaban, siempre y cuando me pagaran como correspondía y no se metieran en mis asuntos.

—¿Lo has visto personalmente?

Schumacher estiró la mano; le pasé la petaca y tomó otro sorbo. Así era su vida: con el culo en la silla todo el día, emborrachándose y decidiendo el futuro de la gente. No lo envidiaba. Si alguna vez yo me encontraba en la misma situación, esperaba que alguien tuviera la amabilidad de degollarme.

—No —dijo—. Ni una vez. Pasa todo el tiempo en la Cometa, incluso cuando esta aquí. Casi nunca sale de la nave, según me han contado… y ese es otro tema. Los tipos que trabajaron con él cuentan que McKinnon obliga a la tripulación a hacer absolutamente de todo, menos limpiarle el culo cuando sale del baño. En su nave nadie tiene recreo, excepto tal vez la primer oficial.

—¿Qué me dices de ella?

—¿Ella? Una chica agradable, de nombre… —Pensó intensamente un momento, luego chasqueó los dedos—. Jeri. Jeri Lee-Bose, sí. —Sonrió—. La vi una vez, no mucho antes de que fuera a trabajar a la Cometa. Es muy dulce, para ser una ojos de sapo. —Guiñó un ojo y bajó un poco la voz—. Me contaron que siente una atracción especial por nosotros, los simios —murmuró—. En realidad, me contaron que se acuesta con el capitán. Si la mitad de lo que he oído de McKinnon es cierto, está dos veces más enfermo de lo que tengo entendido. —No le respondí. Schumacher bajó los pies y se inclinó sobre el escritorio, entrelazando los dedos mientras me miraba directo a los ojos—. Mira, Rohr —dijo, tan mortalmente serio como si estuviera hablando de mis intenciones de casarme con su hermana—. Sé que estás trabajando con un límite de tiempo y sé lo que significa para ti el empleo de la Comercio Joviano. Pero tengo que decirte esto: el único motivo para que el Capitán Futuro se digne a aceptar a bordo a un trabajador temporario es que ninguna otra persona quiere trabajar con él. Si quieres rechazarlo no lo anotaré en tu legajo y te conservaré el turno en la fila. Quedará entre tú y yo, ¿está bien?

—¿Y si lo rechazo?

Agitó la mano. —Como te dije, puedo tratar de encontrarte otra nave. La Reina del Níquel debe regresar en unas seis semanas, más o menos. Tengo algo de influencia con su capitán y quizás pueda conseguirte un puesto… pero, para ser franco, no puedo prometerte nada. La Reina es una buena nave y todos los que conozco quieren trabajar allí, en la misma proporción en que nadie quiere acercarse ni un milímetro a la Cometa.

—¿Entonces qué me sugieres que haga?

Schumacher se limitó a sonreír sin decir nada. Como representante del sindicato, tenía legalmente prohibido tomar decisiones por mí; como amigo, había hecho lo mejor posible por advertirme sobre los riesgos. Desde ambos puntos de vista, si embargo, sabía que yo en realidad no tenía opción. Podía pasarme tres meses a bordo de una nave comandada por un casi psicópata o el resto de mi vida masturbándome en la Luna.

Lo pensé unos momentos y luego le pedí el contrato.

Los tres Hombres del Futuro más leales a Curt Newton, sus camaradas de toda una vida, contrastaban de un modo impactante

con su joven líder, alto y pelirrojo.

-Ibid;

Los Reyes de la Cometa

(1942)

Cuando me arrastré a través de la compuerta carrusel y entré al puente, desapareció el sexto de gravedad.

El centro de comando de la Cometa estaba ubicado en el puente delantero no giratorio del módulo de tripulantes. El puente era el compartimiento más grande de la nave, pero hasta en caída libre se veía abarrotado de cosas: sillas, consolas, pantallas, armarios con trajes de emergencia, el tablero central de navegación con su holotanque y, en el centro del techo de baja altura, la barriga hemisférica de la burbuja de observación.

A pesar de que las lámparas del techo estaban atenuadas —Cerebro parodiaba la noche de la Tierra—, vi que Jeri estaba sentada en su puesto de trabajo, en el extremo opuesto del puente circular. Cuando escuchó que se abría la compuerta, se volvió.

—Buen día —dijo, sonriéndome—. Eh, ¿eso es café?

—Algo parecido —mascullé. Miró con envidia el bulbo que tenía en la mano—. Perdón, a ti no te traje —agregué—, pero es que el Capitán…

—Sí. Escuché que Bo te gritaba. —Esbozó un puchero que no duró mucho—. No importa. Puedo ir a buscármelo después de la ignición.

Jeri Lee-Bose: un metro ochenta y cinco, que no es mucha altura para un Superior, con esos ojos enormes, de color azul oscuro, que justifican el desagradable apodo con que llaman a los espaciales creados por la bioingeniería. Delgada y de pecho chato, al punto de que se le notaban los huesos, con manos ambidiestras de dedos largos y finos. Los pulgares casi le llegaban a las puntas de los dedos índices. Tenía el cabello rubio ceniza afeitado casi hasta el cráneo, excepto por la larga trenza que se extendía desde la nuca hasta la base de la estrecha columna vertebral, donde comenzaban las piernas de doble articulación.

La piel pálida de su rostro estaba decorada con tatuajes finamente delineados alrededor de los ojos, la nariz y la boca, formando las alas de una mariposa monarca. Se los habían hecho al cumplir los cinco años. Además, como los Superiores acostumbran

agregarse un tatuaje cada vez que cumplen años y Jeri Lee tenía veinticinco, los pictogramas le cubrían casi todos los brazos y hombros: constelaciones y dragones, que se movían sinuosamente alrededor y debajo de la camiseta sin mangas que usaba. Yo no tenía idea de qué otras cosas tenía debajo de la ropa, pero me imaginaba que estaba en vías de convertirse en una pintura viviente.

Jeri era extraña, incluso considerando que era una Superior. Por empezar, su raza generalmente se segrega de los Primarios, como nos llaman educadamente a los humanos básicos (o simios, cuando nosotros no los escuchamos). Prefieren permanecer dentro de los límites de sus clanes familiares, operando satrapías independientes que tratan directamente con la ACET y con las demás compañías espaciales importantes, pero sólo por necesidad económica. De modo que es raro encontrar a un Superior trabajando en una nave perteneciente a un Primario.

En segundo lugar, aunque he convivido con los Superiores la mayor parte de mi vida y nunca me provocaron escalofríos como a la mayoría de los topos terranos e incluso a muchos espaciales, nunca me cayó bien el despliegue de distante condescendencia del que hacen alarde frente los humanos no manipulados genéticamente. Si les das unos minutos, te dejan sordo de tanto hablar de la filosofía Superior de la evolución extrópica y todas esas tonterías. Sin embargo, Jeri era una refrescante, y hasta ridícula, excepción a la regla. Tenía un carácter muy dulce, y desde el momento en que entré a la Cometa me había aceptado como un igual y como un nuevo amigo. Nada de pomposidad, nada de arengas sobre el celibato o sobre la falta de espiritualidad de los comedores de carne o de los que decían malas palabras. Era una compañera y nada más.

No. Nada más no.

Cuando superabas el hecho de que Jeri parecía un espantapájaros, con pies que funcionaban como otro par de manos y ojos del tamaño de válvulas de combustible, te resultaba sensual como los mil demonios. Era una mujer hermosa, y yo había sucumbido a sus encantos. Schumacher hubiera dado un respingo de asco ante la idea de acostarse con una ojos de sapo, pero en las tres semanas que habían transcurrido desde que Cerebro nos reviviera y nos sacara de los tanques zombi, en más de una ocasión mi deseo de verle el resto del cuerpo había excedido la simple curiosidad por los tatuajes.

Pero sabía muy poco de ella. Por mucho que adorara mirarla, mi admiración por su talento innato como espacial era todavía

mayor. En términos de destreza profesional, Jeri Lee-Bose estaba entre los mejores primeros oficiales que había conocido. Cualquier capitán de la Marina Real, de la ACET o de una nave independiente habría cometido un asesinato con tal de tenerla a bordo.

Entonces, ¿qué diablos estaba haciendo en una nave de mala muerte como la Cometa, bajo las órdenes de un payaso como Bo McKinnon?

Recogí las rodillas, hice un medio salto mortal hacia atrás y las suelas de mis zapatos de velcro aterrizaron en la alfombra. Con los pies ya firmemente plantados en el suelo, caminé por el compartimiento circular hasta el tablero de navegación, chupando del bulbo que tenía en la mano izquierda.

—¿Dónde está el capitán? —pregunté.

—Arriba, tomando datos del sextante. —Con la cabeza, hizo una seña hacia la burbuja de observación que estaba sobre nosotros —. Bajará en un minuto.

Típico. El motivo de que los Superiores tengan ojos modificados es, en parte, otorgarles una mejor capacidad para realizar trabajos ópticos como, por ejemplo, leer el sextante. Esa debía ser tarea de Jeri, pero aparentemente McKinnon consideraba que la burbuja era su trono personal. Suspiré, mientras me acomodaba en mi sillón y me ajustaba el arnés.

—Debí adivinarlo —mascullé—. Te despierta en plena noche y después, cuando quieres una respuesta directa, desaparece.

Jeri curvó la boca en un gesto de condolencia. —Bo te dará más información cuando baje —dijo, y después giró el sillón y volvió a centrar su atención en la consola.

Jeri era la única persona a bordo que tenía permiso para llamar al Capitán Futuro por su verdadero nombre. Yo no tenía ese privilegio, y a Cerebro no lo habían programado para hacerlo. El afecto que había empezado a sentir por Jeri durante las últimas tres semanas estaba atemperado por el hecho de que, en casi todos los desacuerdos, ella defendía la opinión del capitán.

Obviamente, en este momento había algo que Jeri sabía pero no me contaba, prefiriendo dejar el asunto en manos de McKinnon. Durante las últimas semanas, me había acostumbrado a ese comportamiento, pero de todas maneras me resultaba irritante. La mayoría de los primeros oficiales actúan como intermediarios entre el capitán y la tripulación, y en ese sentido Jeri se desempeñaba bien, aunque en situaciones como esta yo sentía que tenía más en común con Cerebro que con ella.

Que así fuera. Giré el sillón para quedar de frente al tablero de navegación. —Eh, Cerebro —llamé—. Dame un holo de la posición y trayectoria actuales, por favor.

El espacio interior del holotanque fulguró brevemente; luego, flotando encima de la mesa, apareció una rodaja arqueada que era el cinturón principal. Los pequeños puntos de luz naranja que representaban a los asteroides más importantes, identificados con sus números de catálogo, se desplazaban lentamente por senderos siderales de color azul. La Cometa era una diminuta réplica plateada de la nave, montada sobre una línea roja quebrada que intersectaba las órbitas de los asteroides.

La Cometa estaba cerca del borde de la tercera brecha de Kirkwood, uno de los "espacios vacíos" del cinturón, donde las fuerzas gravitacionales marcianas y jovianas hacían que la cantidad de asteroides identificados disminuyera por fracción de unidad astronómica. Ahora estábamos en el 1/3 de la brecha, a unas dos UA y media del Sol. En otro par de días ingresaríamos en el cinturón principal, acercándonos a Ceres. Una vez allí, la Cometa dejaría la carga que traía de la Luna y, a cambio, cargaría mineral crudo extraído del cinturón y enviado a la Estación Ceres por los exploradores de la ACET. También era allí donde estaba programado que yo abandonara la Cometa y aguardara el arribo de la Comercio Joviano.

O, por lo menos, ese era el itinerario. Ahora, mientras estudiaba el holo, advertí una alteración no tan sutil. Desde que finalizara mi última guardia, unas cuatro horas antes, la línea roja que representaba la trayectoria de nuestro carguero se había modificado.

Ya no interceptaba a Ceres. En realidad, ya ni siquiera estaba cerca de la órbita del asteroide.

Mientras yo dormía, la Cometa había cambiado de curso.

Sin decirle nada a Jeri, me desabroché el arnés y me acerqué más al tablero, donde me quedé observando el holo silenciosamente un par de minutos, usando el teclado para enfocar manualmente y agrandar la imagen. Nuestro nuevo rumbo nos alejaba casi un cuarto de millón de kilómetros de Ceres, exactamente al otro extremo del 1/3 de la brecha de Kirkwood.

—Cerebro —dije—, ¿cuál es nuestro destino?

—El asteroide 2046-Barr —respondió. Encendió un nuevo punto anaranjado en el tanque, directamente delante de la línea roja de la Cometa.

La modorra que me quedaba desapareció, convirtiéndose en una furia al rojo blanco. Sentí la mirada de Jeri en mi espalda.

—Rohr… —comenzó.

No me importó. Le di un puñetazo al botón del intercom del tablero. —¡McKinnon! —aullé—. ¡Baje aquí!

Largo silencio. Sabía que me había oído.

—¡Maldito sea, baje! ¡Ahora!

En el techo, los motores gimieron; con un reflejo de luz irisada, se abrió la compuerta que estaba en la parte inferior de la burbuja de observación y entonces comenzó a descender al puente el sillón de respaldo alado que contenía al comandante de la ACET Cometa. La figura sentada no habló hasta que el sillón tocó el puente.

—Puede llamarme… Capitán Futuro.

En las antiguas revistas pulp que McKinnon tanto adoraba, el Capitán Futuro tenía una estaura de un metro noventa y cinco, una apostura de enérgica belleza, la piel broncínea y los cabellos rojos. Nada de esto se aplicaba a Bo McKinnon. Bajo y obeso, rellenaba el sillón igual que media tonelada de manteca de cerdo. Tenía el pelo negro y enrulado, encanecido en las sienes y mugriento de caspa, con entradas en la frente y cayéndole sobre los hombros, mientras una barba desprolija y grasosa le chorreaba por los costados de sus gordas mejillas del color de la cera mohosa. En la parte delantera de su buzo gastado había añejas manchas de comida, y en la entrepierna de sus pantalones se veían unas marcas oscuras, producto de su fracaso al tratar de sacudirse como correspondía la última vez que había visitado el baño. Y tenía olor a pedo.

Si mi descripción les parece poco caritativa, no se confundan: Bo McKinnon era un hijo de puta, feo como un culo, con pinta de sucio… y yo tenía autoridad para juzgarlo porque había conocido muchos imbéciles parecidos a él con quienes compararlo. Tenía muy poco respeto por la higiene personal y menos todavía por las delicadezas sociales; no podía ser modelo de nadie. Y en ese momento yo no estaba de humor para escuchar sus estupideces melodramáticas.

—Modificó el curso. —Señalé el holotanque que tenía a mis espaldas, con la voz temblorosa de ira—. Supuestamente, teníamos que salir de la brecha de Kirkwood dentro de cinco horas, pero usted alteró el curso mientras yo dormía.

Con toda tranquilidad, McKinnon me devolvió la mirada. —Sí, Señor Furland, así es. Alteré la trayectoria de la Cometa mientras

usted se encontraba en sus habitaciones.

—Ya no nos dirigimos a Ceres… Por Dios, ¡ni siquiera vamos a pasar cerca de Ceres!

No hizo ningún movimiento tendiente a levantarse del trono.

—Correcto —dijo, asintiendo con lentitud—. Le ordené a Cerebro que modificara nuestro curso para poder interceptar a 2046-Barr. Encendimos los impulsores de maniobra a las 0130 horas de a bordo, y dentro de dos horas ejecutaremos otra corrección de trayectoria. Eso nos pondrá dentro del rango del asteroide en unas…

—Ocho horas, capitán —dijo Jeri.

—Gracias, señorita Bose —dijo, apenas prestándole atención —. Ocho horas. En ese momento, la Cometa tomará las medidas de seguridad necesarias para una acción de emergencia. —Cruzó los brazos por encima de su amplia barriga y me miró con expresión quejumbrosa—. ¿Alguna otra pregunta, señor Furland?

¿Otra pregunta?

Me quedé con la boca abierta unos momentos, incapaz de hablar, incapaz de protestar, incapaz de hacer nada, salvo analizar el redomado descaro de esa amalgama mutante de genes de humano y escuerzo.

—Sólo una —finalmente logré decir—. ¿Cómo espera que me encuentre con la Comercio Joviano si nos desviamos a…?

—2046-Barr —dijo Jeri suavemente.

McKinnon ni pestañeó. —No vamos a desviarnos —replicó—. A decir verdad, ya envié un mensaje a la Estación Ceres, informando que la Cometa se demorará un poco y que nuestro nuevo horario de arribo estimado es indefinido. Con suerte, llegaremos a Ceres dentro de unas cuarenta y ocho horas. Usted podrá…

—No, no podré. —Me aferré del apoyabrazos de su sillón con ambas manos y me incliné hasta que mi rostro estuvo a unos pocos centímetros del suyo—. La Comercio debe partir de Ceres dentro de cuarenta y dos horas como máximo, para llegar a tiempo a la ventana de lanzamiento a Calisto. Se irán, con o sin mí, y si se van sin mí quedaré varado en Ceres y sin trabajo.

No. No era enteramente cierto. La Estación Ceres no era como la Luna; era un puesto de avanzada demasiado pequeño para permitirse el lujo de que un espacial náufrago se quedara holgazaneando hasta que pasara por ahí la próxima nave al sistema exterior. El representante de la ACET en Ceres exigiría que el sujeto se buscara un trabajo, aunque implicara que un explorador tuviera que emplearse como peón. Era poco más que una servidumbre por

contrato, ya que en Ceres mi credencial del sindicato no significaba una mierda en términos de alojamiento, comidas y provisión garantizada de oxígeno; todas esas cosas se tragarían mi sueldo. Como si fuera poco, no había garantías de que pudiera conseguir otro empleo a bordo del siguiente transporte con destino a Júpiter o Saturno; ya había tenido demasiada suerte al conseguir el puesto de la Comercio Joviano.

Era eso, o meter la cola entre las patas y volver por donde había venido… lo que implicaba quedarme en la Cometa y hacer el vuelo de regreso a la Luna.

En este último caso, prefería de todo corazón hacer el intento de volverme caminando.

Traten de entenderme. Durante tres semanas, desde el mismo momento en que salí del tanque zombi, me había visto obligado a soportar casi todas las indignidades posibles bajo las órdenes de Bo McKinnon. Su primera orden, en realidad, había tenido lugar en el puente de hibernación, donde me dijo que le sacara el catéter de la verga y le sujetara la bolsa donde quería mear.

Eso fue sólo el principio. Hacer doble turno de guardia en el puente porque él tenía pereza de levantarse de la cama. Reparar equipos decrépitos que tendrían que haberse reemplazado hacía años, para que se volvieran a romper a los pocos días, después de que el capitán los exigiera mucho más allá del límite de tolerancia. Recibir órdenes espurias en un ataque de capricho, para luego soportar que me diera una contraorden antes de que la tarea estuviera a medio terminar, porque tenía más trabajo de aprendiz que quería que yo hiciera… y luego aguantar sus regaños porque la primera tarea había quedado inconclusa. Comer salteado, porque el capitán decidía que ese era el momento justo para que yo hiciera una AEV e inspeccionara los pescantes de la bodega de carga. Períodos de descanso interrumpidos, porque quería que le trajera un bocadillo de la cocina y estaba muy "ocupado" para ir a buscarlo personalmente…

Pero sobre todo, el sibilante y agudo chillido de su voz quejosa, como la de un niño malcriado al que un padre excesivamente indulgente le hubiera regalado demasiados juguetes. Cosa que, en verdad, describía exactamente lo que él era.

Bo McKinnon no se había ganado el puesto en la ACET por mérito propio. Se lo había comprado su padrastro, un adinerado empresario de la Luna que era uno de los accionistas principales de la Asociación. Cuando el viejo se la compró al nene, como medio para sacarse de encima al hijastro indeseable, la Cometa era un

carguero obsoleto, a punto de ser dado de baja y vendido como chatarra. Antes de eso, McKinnon había sido inspector de aduana en Descartes: un burócrata de poca monta, con delirios de grandeza alimentados por las space-operas baratas de su colección de mohosas revistas del siglo veinte, en las que, aparentemente, se gastaba todos los créditos que tenía en el banco. Sin duda, el padrastro se había hartado de McKinnon tanto como yo. De esta manera, al menos, había logrado que el mugriento fanfarrón se pasara la mayor parte del tiempo en el cinturón, transportando rocas y berreando órdenes a todos los que tuvieran tanta mala suerte de dejarse convencer de trabajar en la Cometa.

Esto era lo que yo sabía, después de estar en la nave tres semanas. Cuando le envié el mensaje a Schumacher, exigiéndole que me hiciera saber qué otras cosas no me había contado de Bo McKinnon, ya estaba casi a punto de robarme la cápsula salvavidas de la Cometa para tratar de llegar a Marte. Cuando Schumacher me envió su respuesta, se disculpó de una manera muy frívola por no contarme todos los detalles de los antecedentes de McKinnon; en todo caso, su trabajo era enrolar tripulantes para las naves de espacio profundo y no podía tener favoritismos, cuánto lo siento, etcétera…

A esas alturas, yo ya me había imaginado el resto. Bo McKinnon era un niño rico jugando a ser comandante de una espacionave. Quería el personaje, pero no quería asumir las consecuencias: adquirir la experiencia, ganada con mucho esfuerzo, que cualquier verdadero comandante debe poseer. En vez de eso, se las ingeniaba para embaucar a desesperados como yo que le hacían el trabajo sucio. No sabía qué arreglo había hecho con Jeri; por mi parte, yo era el último de una larga fila de esclavos a su servicio.



Ilustración: wkowalsky

No me robé la nave auxiliar, principalmente porque si lo hacía echaría a perder mi carrera y porque los colonos de Marte se comportan de una manera notoriamente antipática con los visitantes que se invitan solos. Además, me figuraba que la situación iba a ser transitoria: tres semanas de Capitán Futuro, y luego una historia que

contarles a mis compañeros de la Comercio Joviano, mientras sorbíamos whisky sentados a la mesa de la sala de oficiales. ¿Piensan que este capitán es insufrible? Bueno, dejen que les cuente del último que tuve…

Ahora, por más que quisiera irme de la Cometa de una buena vez, no tenía el menor deseo de quedarme encallado en Ceres, donde estaría a merced del jefe de la Estación.

Hora de intentar un plan de acción diferente con el Capitán Futuro.

Solté los apoyabrazos y retrocedí, inspirando profundamente, mientras me obligaba a calmarme.

—Muy bien, capitán —le dije—. ¿Qué tiene de importante ese asteroide? Es decir, si usted localizó una posible veta de mineral, siempre le queda el recurso de presentar el pedido de explotación ante la Asociación y venir a buscarlo después. ¿Qué apuro hay?

McKinnon levantó una ceja imperiosa. —Señor Furland, yo no soy explorador —bufó—. Si lo fuera, no estaría al mando de la Cometa, ¿verdad?

No, le respondí mentalmente, es verdad. Ningún buscador de rocas que tuviera algo de amor propio le permitiría abordar su nave.

—¿Qué es tan importante, entonces?

Sin decir palabra, McKinnon se desabrochó el arnés y se levantó del sillón. Para las personas con sobrepeso, la microgravedad es un gran ecualizador. Flotó por el estrecho compartimiento con la gracia de un trapecista lunar, haciendo un mortal en el aire y aferrándose de un travesaño del techo, encima del tablero de navegación, y allí se quedó, balanceándose cabeza abajo al tiempo que escribía una orden en el teclado.

El holo se expandió hasta que 2046-Barr llenó todo el tanque. Ahora se podía apreciar que era una roca con forma de papa, de unos tres kilómetros de largo y setecientos metros de diámetro. Colgada de un extremo del asteroide, había una máquina parecida a un pulpo, con un tubo largo y delgado apuntando al espacio.

La reconocí inmediatamente. Era un Impulsor de Masa Clase B de la General Astronautics, del tipo utilizado por la Asociación para empujar los grandes asteroides de corondita carbónica hasta el cinturón interior. A los efectos prácticos, era una perforadora móvil. Los largos barrenos que se hundían en el asteroide extraían del núcleo el material crudo, que luego circulaba hasta la refinería, que tenía forma de barril y que separaba los metales pesados y volátiles

de la antigua roca. El detrito arenoso que se producía era disparado por un lanzador electromagnético, para que sirviera de masa de reacción y propulsara tanto al asteroide como al impulsor de masa en la dirección que se deseara.

Cuando el asteroide llegara a la órbita lunar, la perforadora habría refinado suficiente níquel, cobre, titanio, carbono e hidrógeno para hacer que todo ese esfuerzo valiera la pena. Los restos huecos del asteroide podían venderse a alguna de las compañías, que entonces comenzarían el proceso de transformarlo en otra colonia LaGrange.

—Es la ACET Oro de los Tontos —dijo McKinnon, señalando la imagen generada por computadora—. Se supone que debe alcanzar la órbita lunar dentro de cuatro meses. Hay doce personas a bordo, incluyendo al capitán, primer oficial, oficial ejecutivo, médico, dos metalúrgicos, tres ingenieros…

—Sí, bueno. Doce tipos que se van a hacer ricos cuando se repartan los dividendos. —No pude evitar que mi voz tuviera un dejo de envidia. Sólo uno o dos asteroides del cinturón principal lograban entrar al sistema interior, cada varios años, especialmente porque los exploradores no encontraban suficientes rocas de esa clase para que valiera la pena la inversión de tiempo, dinero y atenciones. A las más pequeñas generalmente las fraccionaban con explosiones nucleares; ante cualquier cosa que fuera un poco más grande, los exploradores declaraban el descubrimiento y se les adjudicaba la explotación. Por otro lado, si se localizaba y se explotaba un solo asteroide de los buenos, las ganancias eran suficientes para que sus descubridores se hicieran ricos y no trabajaran nunca más—. ¿Y con eso qué?

McKinnon me miró fijo un momento; después hizo una vuelta carnero, dejó de estar cabeza abajo y metió la mano en un bolsillo. Me entregó una hoja impresa hecha un rollo.

—Lea —dijo.

Leí:

MENS. 1473 0118 GMT 26/7/73 CODIGO A1/0947

TRANSMISION CON PRIORIDAD DE REPETICION DE LA ESTACION CERES A TODAS LAS ESPACIONAVES

INICIO DE MENSAJE

LLAMADO DE AUXILIO DEL IMPULSOR DE MASA ACET

“ORO DE LOS TONTOS” RECIBIDO A LAS 1240 GMT EL 25/7/46 PUNTO LA NAVE EXPERIMENTA PROBLEMAS

DESCONOCIDOS —REPITO DESCONOCIDOS— PUNTO SE INFORMAN HERIDOS Y POSIBLES VICTIMAS FATALES POR CAUSAS NO DETERMINADAS PUNTO ESTADO DE LA NAVE DESCONOCIDO PUNTO NO MAS COMUNICACIONES DESPUÉS DEL LLAMADO DE AUXILIO PUNTO LA NAVE NO RESPONDE PUNTO SE SOLICITA URGENTE ASISTENCIA DE LA NAVE MAS CERCANA DE CUALQUIER MATRICULA PUNTO FAVOR RESPONDER LO ANTES POSIBLE FIN DE MENSAJE

(LA TRANSMISION SE REPITE)

0119 GMT 26/7/73 CODIGO A1/0947

Miré a Jeri. —¿La nave más cercana somos nosotros?

Ella asintió gravemente. —Lo verifiqué. La única nave que está en la zona es una exploradora, cerca de Gaspara, a treinta y cuatro horas de Barr. Todas las demás están más cerca de Ceres que nosotros.

Maldición.

Según la ley de la costumbre, la nave más cercana a cualquier espacionave que envía un llamado de auxilio está obligada a responder, sin importar la misión o las obligaciones previas que tenga, salvo que se trate de la emergencia más extrema… y mi trabajo a bordo de la Comercio Joviano no tenía la categoría de emergencia, por más que me hubiera gustado pensar lo contrario.

McKinnon estiró la mano. Le devolví el papel. —Supongo que ya habrá informado a Ceres que vamos para Barr.

El capitán, silenciosamente, estiró la mano hacia otro panel y presionó una serie de botones. Se encendió una pantalla chata que mostraba una grabación de la transmisión que había enviado a la Estación Ceres. En la pantalla apareció un simulacro del Curt Newton de ficción.

—Aquí el Capitán Futuro, llamando de la ACET Cometa, matrícula México Alfa Foxtrot uno-seis-siete-cinco. —La voz pertenecía a McKinnon, aunque no el atractivo rostro. Cerebro había sincronizado los movimientos de los labios y el resultado era tristemente absurdo—. Recibí la transmisión y voy camino a investigar la situación a bordo de la Oro de los Tontos. Los Hombres del Futuro y yo los mantendremos informados. Capitán Futuro, cambio y fuera.

Gruñí al escuchar eso. El muy idiota no podía diferenciar su vida de fantasía de todo lo demás, ni siquiera de una llamada de

auxilio. El Capitán Futuro y los ¡puaj! Hombres del Futuro al rescate.

—¿Tiene algo que decir, señor Furland?

McKinnon proyectó su peluda barbilla hacia mí, pensando probablemente que su expresión denotaba una obstinada resolución, pero en realidad se asemejaba más al gesto petulante de un niño inseguro, desafiando a un amiguito a poner un pie en su rincón del arenero. No por primera vez, advertí que su única manera de tratar con la gente era hacerse el mandamás, aprovechando la poca autoridad que podía adjudicarse y sabiendo que, como esta era su nave, nadie podía objetar ni hacerle un desplante. Y yo menos que menos.

—Nada, capitán. —De un empujón, me aparté del tablero de navegación y floté hasta mi consola. Me gustara o no, ya no había solución; él tenía la ley y la matrícula a su favor, y yo no iba a convertirme en un amotinado por negarme a obedecer a mi comandante y a responder a una llamada de auxilio.

—Muy bien. —McKinnon se lanzó hacia la compuerta carrusel—. El sextante confirma que estamos en el curso a Barr. Si me necesitan estaré en mi cabina. —Se detuvo; después me miró por encima del hombro—. Tendrá que preparar la cápsula de armamento. Puede haber… problemas.

Después desapareció, indudablemente para recuperar el sueño que yo había perdido.

—Problemas, claro —mascullé en voz baja.

Miré a Jeri. Si yo esperaba un guiño disimulado o una sonrisa comprensiva, no recibí nada por el estilo. Detrás de la máscara de mariposa que usaba, su rostro tenía una expresión estoica; se tocó la mandíbula, hablándole al micrófono que le habían implantado debajo de la piel cuando era niña.

—ACET Oro de los Tontos, habla la ACET Cometa, México Alfa Foxtrot uno-seis-siete-cinco. ¿Me escuchan? Cambio.

Estaba atrapado en una nave comandada por un lunático.

O eso pensaba yo. La verdadera locura todavía estaba por venir.

Los piratas espaciales no eran una novedad en el Sistema. Siempre existieron corsarios, que infestaban los asteroides marginales o las lunas más inexploradas de los planetas exteriores.

-Ibid;
Mundo Criminal
(1945)

Lo único bueno que se puede decir de haber estado cumpliendo la segunda guardia consecutiva en el puente es que, finalmente, pude averiguar un poco más sobre Jeri Lee-Bose.

¿Les parece sorprendente que hubiera pasado tres semanas de trabajo activo en la nave sin enterarme de la historia completa de la vida de un compañero de vuelo? Si es así, entiendan que entre los espaciales existe un cierto código de conducta: como muchos tenemos pasados desagradables que preferimos no divulgar, no se considera de buena educación importunar al prójimo con preguntas sobre asuntos particulares, a menos que el interesado los traiga a colación. Por supuesto, hay algunos compañeros que te matan de aburrimiento con su cháchara acerca de todo lo que alguna vez dijeron o hicieron, hasta que te dan ganas de empujarlos por la compuerta exterior más próxima. Pero también he tratado a mucha gente, incluso durante muchos años, sin saber hasta el día de hoy dónde nacieron o quiénes son sus padres.

Jeri pertenecía a la segunda categoría. Después de que reviviéramos de la bioestasis, me había enterado de muchas cosas pequeñas sobre ella, pero no de muchas cosas grandes. No era que Jeri ocultara concientemente su pasado; era simplemente que, durante las pocas veces que habíamos estado solos, sin la presencia del Capitán Futuro pendiendo sobre nosotros, nunca había surgido el tema. En realidad, el viaje podría haber terminado sin que ella pasara de ser casi una extraña para mí, de no haber sido por un comentario casual que le hice.

—Seguro que este egoísta hijo de puta nunca pensó en el prójimo en toda su vida —le dije.

Yo acababa de volver de la cocina, de donde había traído dos bulbos de café para Jeri y para mí. Todavía echaba humo por las orejas por la pelea que había perdido y, como McKinnon no podía escucharnos, me descargaba con Jeri.

Pasivamente, ella sorbió el café mientras yo lanzaba insultos y me quejaba de mis desgracias. Me escuchó pacientemente mientras yo caminaba de aquí para allá con mis zapatos de velcro, expresando a voz en cuello mi opinión sobre el dudoso equilibrio mental del comandante, su fisonomía repulsiva, sus cuestionables

gustos literarios, su olor corporal y cualquier cosa que me viniera a la mente. Cuando hice una pausa para tomar aire, Jeri finalmente puso sus cartas sobre la mesa.

—Me salvó la vida —dijo.

Me dejó literalmente desequilibrado. Mis zapatos se despegaron de la alfombra y tuve que agarrarme de un pasamanos del techo.

—¿Cómo dices? —pregunté.

Sin levantar la vista, con aire ausente, Jeri Lee jugueteó con el bulbo que tenía en la mano izquierda; con el pie derecho, mantenía abiertas las páginas de su bitácora personal.

—Dijiste que nunca pensó en el prójimo en toda su vida —me respondió—. Podrás decir cualquier otra cosa, pero en eso estás equivocado, porque él me salvó la vida.

Apreté el bulbo para sorber el café. —¿Es algo que quieras contarme?

Se encogió de hombros. —No es nada que no se te haya ocurrido. Es decir, es probable que te hayas preguntado por qué una ojos de sapo sirve como primer oficial a bordo de esta nave, ¿verdad? —Cuando quedé con la boca abierta, sonrió un poco—. No te sorprendas tanto. No somos telepáticos, a pesar de los rumores que afirman lo contrario… Es que ya escuché decir lo mismo una y otra vez, durante todos estos años que han pasado desde que estamos juntos.

Jeri miró pensativamente a las ventanillas delanteras. Aunque estábamos fuera de la brecha de Kirkwood, no se veía ningún asteroide. El cinturón es mucho menos denso de lo que cree mucha gente, de modo que lo único que se veía era un ilimitado paisaje estelar, con el distante y rojizo globo de Marte a babor.

—Tú sabes cómo nos apareamos los Superiores, ¿verdad? —me preguntó por fin, todavía sin mirarme.

Sentí que la cara se me ponía caliente. En realidad, no lo sabía, aunque con frecuencia había fantaseado que Jeri me ayudaba a descubrirlo. Después me di cuenta de que hablaba en forma literal.

—Matrimonios preestablecidos, ¿no?

Asintió. —Todos muy cuidadosamente planeados, a fin de evitar la endogamia y garantizar la mayor variedad genética posible. Se permite una cierta selección, desde luego… nadie te dice exactamente con quién debes casarte, siempre y cuando no pertenezca a tus clanes y no sea un Primario. —Hizo una pausa para

terminar el café; después abolló el bulbo y lo lanzó a un costado con el pie derecho. El bulbo flotó por el aire, describiendo una órbita en miniatura alrededor del compartimiento—. Bueno, a veces las cosas no se dan así. Cuando tenía veinte años, me enamoré de un joven de la Estación Descartes… y el destino quiso que fuera un Primario. O por lo menos pensé que estaba enamorada… —Hizo una mueca, apartándose la larga trenza del hombro delicado—. En retrospectiva, supongo que sencillamente nos llevábamos bien en la cama. A la larga no importó demasiado, porque ni bien descubrió que me había embarazado, arregló con el sindicato que lo enviaran a Marte. Estuvieron muy felices de hacerlo, a fin de evitar…

—Una situación incómoda. Ya veo. —Respiré hondo—. Te dejó plantada y con un hijo.

Meneó la cabeza. —No. Ningún hijo. Traté de tenerlo, pero perdí el embarazo… En todo caso, cuanto menos se hable del tema, mejor.

—Perdona. —¿Qué otra cosa podía decirle? Jeri debió tener más cuidado, ya que nunca había existido un cruzamiento de razas exitoso entre Superiores y Primarios. Ella era joven y estúpida, y esos dos pecados son perdonables, en especial porque generalmente vienen en tándem.

Jeri dejó escapar un suspiro. —No tuvo importancia. A esas alturas, mi familia me había desheredado, principalmente porque había violado el convenio que habían hecho con otro clan para mi matrimonio. Ambos clanes se escandalizaron y, como resultado, ninguno de los dos me quería. —Me miró de reojo—. La intolerancia es una cosa de ida y vuelta, ¿sabes? Ustedes nos dicen ojos de sapo, nosotros les decimos simios… y yo me había acostado con un simio. Un insulto al ideal extrópico. —Cerró la bitácora, la lanzó del pie izquierdo a la mano derecha y la guardó en una redecilla que había debajo de la consola—. Así fue que quedé anclada en Descartes. Una pequeña mensualidad, suficiente apenas para pagar el alquiler, pero ninguna verdadera razón para vivir. Supongo que esperaban que me hiciera prostituta… cosa que fui por un breve tiempo… o que cometiera el suicidio ritual y les ahorrara la molestia a todos.

—¡Qué frialdad! —Pero no era algo inaudito. En el sistema interior se podían encontrar algunos Superiores anclados en tierra, pobres y tristes personas que hacían trabajos serviles en las colonias LaGrange o en la Luna. Recuerdo un ojos de sapo alcohólico que frecuentaba el bar del Torpe Joe: tenía tatuadas unas alas de águila en la espalda y pedía a los turistas que le pagaran una bebida a cambio de hacer vueltas carnero por todo el local. Un águila con la

cola cortada. Cada tanto, te enterabas de algún Superior que se daba por vencido, entraba en una cámara de descompresión y apretaba el botón de vacío. Nadie sabía por qué, pero ahora ya tenía una respuesta. Así actuaba un Superior.

—Para ti, eso es la extropía. —Se rió con amargura y luego se quedó callada un momento—. Empecé a pensar en emprender la larga marcha —dijo por fin—, pero Bo me encontró primero, cuando yo… bueno, me le ofrecí. Me pagó un par de tragos, escuchó mi historia, y cuando terminé de llorar me dijo que necesitaba un primer oficial. Nadie quería trabajar con él, así que me ofrecía el trabajo por el tiempo que yo deseara quedarme.

—Y te quedaste.

—Y me quedé —terminó—. Que conste, señor Furland, que siempre me trató con el mayor de los respetos, a pesar de lo que puedan haberte contado otras personas. Nunca me acosté con él, ni tampoco me ha exigido que lo haga…

—¡Yo no…!

—No, claro que no, pero probablemente te habrá carcomido la duda, ¿verdad? —Cuando me puse colorado, volvió a reír—. A todos los que trabajaron en la Cometa les pasó lo mismo, y a veces les gusta contar historias sobre la ojos de sapo y el gordo mugriento haciendo el amor en la cabina del capitán entre turno y turno. —Sonrió, meneando la cabeza lentamente—. No es así… pero, para serte franca, si alguna vez me lo propusiera le diría que sí sin pensarlo dos veces. Al menos le debo eso.

No dije nada por un par de minutos. No es frecuente que un compañero de viaje descargue lo que lleva en el alma y Jeri me había dado muchas cosas en qué pensar. Y lo menos importante de todo no era precisamente la lenta toma de conciencia de que ahora, más que nunca, me sentía cada vez más atraído hacia ella.

Antes de bajar a su cabina, McKinnon me había dicho que activara la cápsula de misiles externos, de modo que, de un empujón, me impulsé hasta su consola y usé esa tarea de menor importancia como excusa para disimular mi turbación.

Adosarle una cápsula de misiles a un carguero clase Ares era otro ejemplo de la imaginación afiebrada de McKinnon. Cuando una vez le pregunté por qué lo había hecho, me dijo que se la había comprado como desecho de guerra a la Marina Real de Pax Astra en el ‘71, después del secuestro de la TBSA Olimpia. Nadie supo jamás quién se había llevado a la Olimpia… en realidad, se descubrió lo del secuestro recién cinco meses después, cuando la nave a velas solares, sin tripulación, llegó a la Estación Ceres con las bodegas de

carga vacías, pero existe la divulgada creencia de que fue obra de exploradores independientes, desesperados por conseguir comida y provisiones diversas.

Tuve que disimular la sonrisa cuando McKinnon me dijo que estaba preocupado porque los “piratas” podían tratar de apoderarse de la Cometa. Llevar a remolque, detrás de la sección de carga de la Cometa, cuatro nucleares de 10k era como poner misiles detectores de calor en una cápsula auxiliar. No era que a McKinnon no le hubiera encantado que trataran de robarle la nave… el Capitán Futuro se enfrenta a los Piratas del Asteroide y demás. Pero a mí me preocupaba que abriera fuego sobre cualquier nave exploradora fuera de curso que tuviera la mala suerte de cruzarse en su camino.

Se me ocurrió otra idea. —¿Cuando McKinnon te eligió… eh… cuando te contrató como primer oficial… estabas al tanto de que no estaba muy conectado con la realidad?

Jeri no respondió de inmediato. Estaba a punto de repetirle la pregunta cuando sentí que algo me tocaba el brazo con suavidad. Bajé la mirada y vi que su pie derecho me rozaba y pasaba de largo, y que los dedos del tamaño de pulgares activaban el interruptor de MISILES EN STAND-BY que yo había omitido accionar.

—Claro —me dijo—. En realidad, solía llamarme Joan… por Joan Randall, la novia de Curt Newton… hasta que lo obligué a no hacerlo más.

—¿De veras?

—Ajá. —Apoyó la pierna derecha contra el respaldo de mi sillón—. Considérate afortunado de que no te llame Otho o Grag. Eso hacía con los anteriores tripulantes, hasta que yo le expliqué que nadie entendía el chiste. —Sonrió—. Alguna vez tendrías que tratar de leer esas historietas. Las cargó en el anexo biblioteca de Cerebro. No es gran literatura, seguro… en realidad, son bastante tontas… pero, para lo que era la ciencia ficción de principios del siglo veinte, son…

—¿Ciencia qué?

—Ciencia ficción. Así llamaban a la fantasía en aquella época… bueno, no importa. —Retiró la pierna y la dobló hacia atrás, mientras volvía a mirar por la ventanilla—. Mira, sé que Bo puede parecer raro la mayor parte del tiempo, pero tienes que comprender que es un romántico atrapado en una época donde la mayoría de la gente ni siquiera sabe lo que significa esa palabra. Él quiere actos intrépidos, fanfarronadas, grandes aventuras… quiere ser un héroe.

—Oh, no. Bo McKinnon, héroe espacial. —Traté de trasladarlo a las tapas de revistas que tenía enmarcadas en la cocina: empuñando una pistola de rayos en cada mano, defendiendo a Jeri de salvajes monstruos. No sirvió de nada, salvo para hacerme ahogar una carcajada.

—No es mucho pedir, ¿verdad? —Cuando Jeri me miró, vi tristeza en sus ojos. Antes de que yo pudiera borrarme la sonrisa de la cara, ella volvió a mirar la ventanilla—. Puede ser. Esta no es época de héroes. Movemos rocas de aquí para allá por todo el sistema, ponemos dinero en el banco y nos felicitamos por nuestra ingenuidad. Hace cien años, lo que estamos haciendo ahora era el material de los sueños, y la gente que lo hacía era superior a la vida misma. Eso es lo que le resulta tan atractivo de esas historias. Pero ahora… —Dejó escapar un suspiro—. ¿Quién puede culpar a Bo por querer algo que no puede tener? Está condenado a permanecer en un carguero de segunda, con una ex-prostituta como primer oficial y un segundo oficial que lo desprecia abiertamente, y es el objeto de burla de todos los bromistas que existen, desde la Tierra hasta Japeto. Con razón abandona todo para contestar una llamada de auxilio. Puede ser la única oportunidad que se le presente.

Estaba a punto de replicarle que mi única oportunidad de conseguir trabajo en una nave decente se me estaba escurriendo de los dedos, cuando su consola emitió un doble bip. Un momento después, salió la voz de Cerebro por el parlante del techo.

—Perdonen, pero es hora de las maniobras de corrección de trayectoria. ¿Desean que las ejecute?

Jeri giró el sillón. —Está bien, Cerebro. Nosotros nos hacemos cargo, por control manual. Dame las coordenadas.

La IA respondió exhibiendo una grilla tridimensional en las pantallas de Jeri.

—¿Quieres que haga algo? —pregunté, aunque era obvio que ella tenía todo bajo control.

—Tengo todo cubierto —dijo, mientras sus largos dedos tecleaban las coordenadas—. Duerme si quieres. —Me dedicó una rápida sonrisa por encima del hombro—. No te preocupes, no le diré a Bo que te echaste una siesta en su sillón.

Fin de la conversación. Además, era una buena idea. Empujé el sillón hacia atrás, me abroché el arnés y metí las manos en los bolsillos para que no flotaran. Podía pasar un buen rato antes de que tuviera otra oportunidad; cuando llegáramos a 2046-Barr el Capitán Futuro estaría otra vez en el puente, berreando órdenes o haciéndome la vida imposible.

Jeri me había contado muchas cosas sobre Bo McKinnon, pero nada que lo relatado me había inspirado el menor afecto por ese tipo. Para mí seguía siendo el imbécil más grande que había conocido. Si había alguien a bordo de la ACET Cometa que se merecía mi compasión, era Jeri Lee-Bose, que estaba para cosas mejores que esta.

Cuando cerraba los ojos, se me ocurrió que el sillón del capitán me quedaba mucho mejor a mí que a McKinnon. Algún día, quizás, tendría suficiente dinero en el banco para comprarle el puesto. Iba a resultar muy interesante descubrir si el capitán sabía obedecer órdenes tan bien como sabía darlas.

Era una idea cálida y reconfortante, y me acurruqué en ella como si fuese una almohada, mientras me iba quedando dormido.

—Mira Arraj… ¡es un meteoro! —gritó el marciano más joven con excitación—. ¡Y una nave lo guía!

Por un momento, ambos miraron fijamente el increíble espectáculo. Estaba claro que el punto negro que se iba expandiendo era un meteoro gigantesco, que volaba a tremenda velocidad hacia Marte. Y a su lado, muy cerca del meteoro que se acercaba como un bólido, volaba una espacionave oscura que le disparaba rayos a la enorme mole. La nave estaba propulsando el meteoro hacia Marte.

-Ibid;

El Desafío del Capitán Futuro

(1940)

Varias horas después, la Cometa se encontró con 2046-Barr.

El asteroide se parecía mucho al representado en el holotanque —una enorme roca color carbón—, pero la Oro de los Tontos era la espacionave más grande que yo había visto, aparte de las colonias LaGrange. Empequeñecía a la Cometa como un transatlántico amarrado junto a un yate: una máquina monstruosa, adosada a un extremo de la mole del asteroide.

Una máquina monstruosa, y aparentemente sin vida. Nos aproximamos al impulsor de masa con gran precaución, con cuidado de esquivar la popa, para no quedar atrapados en la corriente de detritos que el lanzador eyectaba constantemente. Ese era el único

signo aparente de actividad; aunque la luz resplandecía en los portales de la esfera giratoria de comando, no pudimos detectar movimientos en las ventanillas y la radio seguía tan silenciosa como durante las últimas dieciocho horas.

—Miren allá. —A través de la ventanilla, señalé la bodega hangar, una amplia dársena incluida en el casco principal cilíndrico, justo por delante del lanzador. Las puertas estaban abiertas y, cuando la Cometa pasó cerca, vimos la nave auxiliar y las cápsulas de servicio amarradas en sus correspondientes plataformas—. Está todo. Hasta las cápsulas salvavidas están en su sitio.

Jeri movió la cámara del pescante de telemetría para poder escudriñar el interior de la bodega. Sus grandes ojos se angostaron mientras estudiaba el primer plano que se veía en pantalla.

—Qué extraño —murmuró—. ¿Por qué despresurizaron el hangar y abrieron las puertas si no…?

—¡Acábenla, ustedes dos! —McKinnon estaba atado en su sillón, del otro lado del puesto de trabajo de Jeri Lee—. No importa por qué lo hicieron. Limítense a mantener la vista alerta, por si hay piratas… podrían estar agazapados en algún lado, cerca.

Opté por callarme y seguir piloteando la Cometa; pasamos junto a los enormes brazos de anclaje del impulsor de masa y luego sobrevolamos la parte superior del asteroide. Desde el momento en que McKinnon había vuelto al puente, hacía una hora, después de darse una ducha y de tomar, con toda tranquilidad, el desayuno que a mí me había negado, estaba abocado a su pasatiempo preferido: los piratas de los asteroides se habían apoderado de la Oro de los Tontos, tomando de rehenes a los tripulantes.

Insistía con eso, a pesar de que no habíamos localizado ninguna otra espacionave durante nuestro viaje y a pesar de que no se veía nada en la vecindad del asteroide. También se podía argumentar, con toda lógica, que a la tripulación de una nave exploradora, compuesta por cuatro personas, le habría resultado muy difícil superar a la tripulación del impulsor de masa, compuesta por doce personas, pero para el Capitán Futuro la lógica no significaba nada. Su mano izquierda descansaba sobre la consola, muy cerca de los controles de la cápsula de misiles externos, y estaba desesperada por lanzarle una nuclear a la nave pirata que seguramente se encontraba agazapada a la sombra del asteroide.

Sí, terminamos de sobrevolar el contorno completo de 2046-Barr y no encontramos ninguna nave. En realidad, nada que se moviera, salvo el propio asteroide.

Se me ocurrió una idea. —Eh, Cerebro —dije en voz alta—.

¿Tienes la posición y la trayectoria del impulsor de masa?

—Afirmativo, señor Furland. Es X uno-siete-seis, Yanqui dos…

—¡Señor Furland! —se metió McKinnon—. ¡Yo no le di orden de…!

Lo ignoré. —Pasemos por alto los números, Cerebro. Sólo dime si continúa en curso cislunar.

Pausa momentánea; después: —Negativo, Señor Furland. La Oro de los Tontos modificó su trayectoria. Según mis cálculos, hay una probabilidad del setenta y dos punto uno de que ahora se encuentre en trayectoria de colisión con el planeta Marte.

Jeri se puso pálida y respiró hondo, y hasta McKinnon logró quedarse callado.

—Muéstramelo en el tanque —dije, mientras giraba el sillón para quedar de frente al tablero de navegación.

El tanque se encendió, mostrando un diagrama holográfico de la posición actual de la Oro de los Tontos en relación con la hora sideral marciana. Marte aún estaba a media UA de distancia, pero cuando Cerebro trazó una línea anaranjada, ligeramente curva, que cruzaba el cinturón, vimos que ésta interceptaba claramente la órbita que el planeta rojo describía alrededor del Sol.

Cerebro tradujo los cálculos que aparecían en un cuadro, cerca de la grilla tridimensional. —Suponiendo que su actual delta-ve permanezca sin alteraciones, 2046-Barr chocará con Marte en doscientas treinta y seis horas, doce minutos y veinticuatro segundos.

Hice unos cálculos mentales. —Son unos diez días.

—Nueve punto ochenta y tres días estándar de la Tierra, para ser exactos. —Cerebro expandió la imagen de Marte hasta que ocupó todo el tanque; sobre una zona ubicada justo por encima del ecuador apareció un blanco de tiro—. Punto estimado de impacto, aproximadamente doce grados norte, sesenta y tres grados oeste, cerca del borde de Lunae Planum.

—Al norte de Valles Marineris —dijo Jeri—. Oh, Dios, Rohr, eso está cerca de…

—Lo sé. —No necesitaba un curso de actualización sobre geografía planetaria. El punto de impacto se encontraba en las planicies bajas, al norte del Valle Mariner, a sólo unos cientos de kilómetros al noreste de la Estación Arsia, para no mencionar los más cercanos asentamientos de colonos que estaban desperdigados a lo largo de toda la extensión del sistema de cañones. Por lo que yo

sabía, hasta podía haber una pequeña ciudad minera en la mismísima Lunae Planum. En aquellos días, Marte estaba siendo colonizado tan rápidamente que era muy difícil saber en qué lugares podía haber un puñado de personas, del millón y medio de habitantes que tenía el planeta, que habían decidido reclamar su derecho a la propiedad de una porción de terreno y llamarse Nueva Chattanooga o lo que fuera.

—¡Sabotaje! —gritó McKinnon. Se desabrochó el arnés y se empujó hacia adelante, acercándose al tablero de navegación, donde se quedó mirando el holo de arriba abajo—. ¡Sabotearon el impulsor de masa para que choque con Marte! ¿Se dan cuenta…?

—Cállese, Capitán. —No necesitaba de su histrionismo para saber lo que sucedería si… cuando 2046-Barr se estrellara en medio de Lunae Planum.

El ecosistema marciano no era tan frágil como el de la Tierra. En realidad, era mucho más volátil, ya que el intento de los '50 de terraformar el planeta y hacer que el clima fuera más estable no había dado tan buenos resultados. Sin embargo, los colonos que aún quedaban en Marte después de tanto trabajo inútil se habían acostumbrado a depender de sus rasgos estacionales, dedicándose a la agricultura, las granjas solares, las operaciones mineras y a otras actividades que garantizaban su supervivencia básica.

Era una existencia muy insegura, que se apoyaba en una conservadora predicción de los cambios climáticos. El impacto de un asteroide de tres kilómetros, y en la región ecuatorial, sería como arrojar todo eso directamente a la pila de estiércol. Los terremotos localizados y las tormentas de polvo serían sólo el principio: podían morir instantáneamente doscientas o trescientas personas, pero eso no era lo peor. La cantidad de polvo que se levantaría en la atmósfera por la colisión oscurecería el cielo durante meses y meses, provocando un descenso de la temperatura global, desde el Monte Olimpo hasta Hellas Planitia. Como resultado, todo, desde la agricultura hasta las plantas de generadoras de energía, se vería afectado, para decirlo con moderación. En cuanto a la mayoría de los sobrevivientes, acabarían muriendo de inanición, sumidos en el frío y la oscuridad.

No era el juicio final. Algunos asentamientos aislados podrían sobrevivir, con la ayuda de equipos de emergencia enviados desde la Tierra. Pero Marte, como la mayor colonia planetaria de la humanidad, cesaría de existir.

McKinnon seguía hipnotizado con el holotanque, hundiendo el dedo en Marte mientras deliraba sobre saboteadores, piratas

espaciales y Dios sabe qué otra cosa, y entonces miré a Jeri. Ante mi ausencia, había tomado el timón y ahora la Cometa se acercaba nuevamente a la Oro de los Tontos. Estudié detenidamente al impulsor de masa que aparecía en pantalla.

—Muy bien —le dije con calma—. El hangar queda descartado… no podemos enviar la cápsula, porque está despresurizado y las plataformas están todas ocupadas. Tal vez si…

Jeri estaba mucho más adelantada que yo. —Aquí hay un collar de amarre auxiliar —dijo, señalando la tronera de la berlinga que conducía a la esfera de comando—. Será difícil, pero creo que podemos entrar, muy justos.

Miré la pantalla. Muy justos. A pesar de que la Cometa tenía un adaptador universal de amarre, no estaba diseñada para acoplarse con una nave tan grande como la Oro de los Tontos.

—Sí, es difícil —dije—. Pero si nos deshacemos del pescante de telemetría podemos conseguirlo.

Asintió. —Se puede, no hay problema… salvo que eso significa perder contacto con Ceres.

—Pero si no nos acoplamos —repliqué— alguien tendrá que salir, para tratar de entrar por la compuerta de servicio.

Sabiendo que ese alguien probablemente sería yo, no me agradaba mucho la idea. Una caminata espacial entre dos naves en aceleración es un asunto, como mínimo, riesgoso. Por otro lado, dadas las circunstancias, cortar nuestra conexión radial con Ceres tal vez no era una buena idea. Si metíamos la pata en alguna cosa importante, nadie de la Estación Ceres estaría informado de la situación; además, un aviso de peligro transmitido a tiempo, de Ceres a la Estación Arsia, podía salvar algunas vidas, pues comenzarían a evacuar las colonias cercanas a Lunae Planum con bastante anticipación.

Me decidí. —Vamos a acoplarnos —dije, girando el sillón hacia la consola de comunicaciones—, pero primero enviaremos un mensaje a Ceres, para hacerles saber lo que está…

—¡Eh! ¿Qué hacen ustedes dos?

Finalmente, el Capitán Futuro había decidido fijarse en lo que hacían los Hombres del Futuro a sus espaldas. Le dio un puntapié al tablero de navegación y se lanzó hacia nosotros, aferrándose de los respaldos de nuestros sillones, con una mano en cada uno, para quedarse flotando sobre nuestras cabezas—. Yo no di ninguna orden y en esta nave no se hace nada sin mi…

—Bo, ¿escuchaste lo que estuvimos hablando? —La expresión

de Jeri, que lo miraba desde abajo, era cuidadosamente neutral—. ¿Escuchaste al menos una sola palabra de lo que Rohr y yo estábamos diciendo?

—¡Por supuesto que…!

—Entonces sabes que este es el único recurso —dijo, hablándole todavía con calma—. Si no nos acoplamos con la Oro no tendremos la oportunidad de apagar el lanzador y desviar la trayectoria.

—Pero los piratas… ¡Podrían…!

Suspiré. —Mire, Capitán, que le entre en la cabeza de una vez. No hay…

—Rohr —interrumpió Jeri, lanzándome una mirada severa que me hizo callar. Cuando volví a convertirme en un muñeco, clavó nuevamente sus enormes ojos azules en McKinnon—. Si hay piratas a bordo de la Oro —dijo con paciencia— los encontraremos. Pero, por ahora, no lo podemos resolver disparando misiles. Rohr tiene razón. Primero, es necesario enviar un mensaje a Ceres, ponerlos al tanto de lo que ocurre. Después…

—¡Ya lo sé!

—Después tenemos que acoplarnos con…

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! —Su cabello grasiento se desparramaba en todas direcciones, mientras sacudía la cabeza con frustración—. Pero yo no… yo no di la orden y…

Calló y me miró, hirviendo de furia contenida, y de pronto me di cuenta de cuál era la verdadera razón de su ira. El segundo oficial, el subordinado de McKinnon, a quien él había acosado y castigado constantemente durante tres semanas, había tenido la arrogancia de encontrar una solución que a él se le había escapado. Peor todavía, el segundo oficial había contado con la cooperación de la primer oficial del capitán, la misma que había estado tácitamente de acuerdo con él en todas las ocasiones anteriores.

Sin embargo, esta no era una cuestión trivial, tal como revisar la bomba primaria de combustible o limpiar la cocina. Había una incontable cantidad de vidas en juego, se estaba acabando el tiempo y, mientras él escupía estupideces obvias sobre los piratas espaciales, el señor Furland estaba tratando de tomar el mando de su nave.

Si yo hubiese tenido un táser convenientemente metido en el cinturón me habría puesto a discutir con él, le habría aplicado unos cuantos voltios y luego lo habría atado, a él y a su gordo culo, en su precioso sillón, y así Jeri y yo hubiéramos podido continuar con

nuestro trabajo sin ser perturbados. Pero como el motín va en contra de mi naturaleza, mi única arma en ese momento era llegar a un acuerdo.

—Le pido perdón, Capitán —le dije—. Tiene toda la razón. Usted no dio la orden y le ruego que me disculpe.

Después giré el sillón, apoyé las manos en el regazo y esperé.

McKinnon respiró hondo. Miró por la ventanilla, a la Oro de los Tontos; por encima del hombro, miró una vez más el holotanque, haciendo un balance entre las pocas opciones disponibles y la mole de su ego. Después de demasiados segundos desperdiciados, finalmente tomó una decisión.

—Muy bien —dijo. Se soltó de nuestros sillones y se lanzó a su asiento de costumbre—. Señorita Bose, prepárese para acoplar con la Oro de los Tontos. Señor Furland, aliste la compuerta de la cabina de descompresión principal y prepárese para la AEV.

—Comprendido, señor —dijo Jeri.

—Eh… sí… comprendido, señor.

—Mientras tanto, enviaré un mensaje a la Estación Ceres para informarles de la situación antes de que perdamos contacto. —Satisfecho de haber tomado la decisión correcta, posó las manos en los apoyabrazos—. Buen trabajo, Hombres del Futuro —agregó—. Lo hicieron muy bien.

—Gracias, Capitán —dijo Jeri.

—Comprendido, señor. Gracias. —Me desabroché el arnés y me impulsé hacia la compuerta de salida del puente, tratando con todas mis fuerzas de reprimir la sonrisa.

Una pequeña victoria. Yo no sabía entonces que, por insignificante que pareciera, mi vida iba a depender de ella.

Ocupó el sillón del piloto y dirigió la Cometa hacia la posición computada del asteroide invisible.

—¡Seguramente verán que nos acercamos! —advirtió Ezra—. ¡El Mago de Marte no va a correr ningún riesgo, Capitán Futuro!

—Vamos a emplear una estratagema para posarnos en el asteroide sin que él sospeche nada —informó Curt—. Observen.

-Ibid;

El Mago de Marte

(1941)

Soy un animal de costumbres, al menos en lo que se refiere a los procedimientos de seguridad establecidos, y entonces fue por hábito que me puse el traje AEV antes de iniciar el ciclo de la compuerta de la Cometa y entrar en la Oro de los Tontos.

Por un lado, usar un aparatoso traje espacial dentro de una nave presurizada es estúpidamente redundante; por otro lado, el panel de la cámara de descompresión me indicaba que del otro lado de la compuerta había presión positiva. Sin embargo, podía darse el caso de que los sensores de la cámara estuvieran fuera de punto y que en la berlinga no hubiese nada más que un salvaje vacío; es bien sabido que esto ha sucedido en algunas muy raras ocasiones y que como resultado ha muerto gente. En todo caso, el "Manual General del Astronauta" dice que, cuando se aborda otra nave bajo ciertas condiciones de incertidumbre, se debe usar un traje AEV… y, por lo tanto, yo hice lo que decía el manual.

Y al hacerlo, salvé la vida.

Entré solo, dejando a Jeri y a McKinnon dentro del carguero. La compuerta me condujo a la cámara de descompresión de la Oro y luego al túnel de acceso a la berlinga, todo lo cual estaba desierto. Encendí el micrófono externo del casco, pero no escuché nada, salvo el acostumbrado zumbido de fondo del sistema de ventilación, otra evidencia de que las cabinas de tripulantes de la nave seguían presurizados.

A esas alturas, yo bien pude quitarme el casco y engancharlo del cinturón utilitario. En realidad, la única razón por la que no lo hice fue que no quería llevarlo colgando mientras pasaba por el carrusel, que estaba al final del túnel, a mi derecha. Además, la quietud del túnel me daba escalofríos. Seguramente, alguien había advertido el acoplamiento no autorizado de un carguero clase Ares, que además estaba muy lejos de Ceres. ¿Por qué no había un oficial esperándome a la salida de la cámara de descompresión, para echarme a patadas por arriesgarme a sufrir una colisión con su preciosa nave?

La respuesta llegó cuando terminé de rotar por el carrusel y entré en la esfera giratoria de comando. Allí encontré el primer cadáver.

Había un hombre desnudo, colgando cabeza abajo por un orificio de inspección abierto, con los brazos laxos apuntando a un

gran charco de sangre que había en el piso. Era difícil verle la cara, porque la sangre que la había teñido de rojo salía de un tajo con forma de cimitarra que tenía en el cuello. Mirando hacia arriba por el orificio de inspección, vi que sus pies habían sido prolijamente atados con una cuerda, que a su vez estaba amarrada a un ducto del techo del pasillo que estaba directamente encima.

Como no tenía manchas de sangre en los hombros, era obvio que le habían cortado el cuello después de colgarlo del ducto. La sangre estaba seca —la mayor parte, al menos— y el cuerpo estaba rígido. Se encontraba así desde hacía bastante tiempo.

Informé de mi hallazgo a Jeri y a McKinnon, y luego empujé alegremente el cuerpo a un costado y continué avanzando por el corredor.

Por favor, si todo lo que les digo les suena fríamente metódico, incluso insensible, compréndanme. Primero, para los que han trabajado en el espacio tanto tiempo como yo —es decir, toda la vida— la muerte, sin importar lo horrible que sea, no es una extraña. La primera vez que vi morir a un hombre fue cuando tenía nueve años, cuando un micrometeorito, de los que existen uno en un millón, atravesó el visor del casco de un maestro mío que nos guiaba en un viaje de estudios por la zona de aterrizaje de la Apolo 17, en Taurus Lithrow. Desde entonces, he podido apreciar los espantosos resultados de la descompresión explosiva, de la sobreexposición fatal a la radiación, de los horripilantes accidentes de minería, de los procedimientos incorrectos de colocación de un traje, de los incendios en los cascos de las naves y de las electrocuciones, e incluso vi a un tipo que se ahogó con su propio vómito, después de consumir demasiado vodka enfriado en la bañera, durante una fiesta de cumpleaños. La muerte nos llega a todos, en algún momento; si uno es cuidadoso y astuto, lo máximo que puede hacer es asegurarse de que no sea muy dolorosa y que después nadie tenga que ponerse a limpiar.

Segundo, si ahora me pusiera a describir todos y cada uno de los cuerpos que descubrí mientras avanzaba por la Oro de los Tontos, el resultado no sólo sería proporcionarles una satisfacción gratuita a los que se regodean en tales detalles, sino que además nunca podría terminar este relato..

Para decirlo sucintamente, la esfera de comando de la Oro de los Tontos parecía un matadero.

Encontré diez cuerpos más, cada uno más destrozado que el anterior. Estaban en las cabinas de los tripulantes y en los corredores, en la cocina y en el baño, en la sala de recreación y en

la oficina del jefe de intendencia.

Casi todos estaban solos, pero dos estaban juntos; aparentemente, habían muerto a causa de las heridas que se habían infligido mutuamente. Un hombre y una mujer, que habían tratado de despedazarse con unos cuchillos que habían sacado de la cocina cercana.

Un par de cuerpos estaban desnudos, igual que el primero, pero en su mayoría estaban total o parcialmente vestidos. Casi todos habían muerto por heridas punzantes o golpes producidos por cualquier cosa que se pudiera usar como arma, ya fuera un bolígrafo, un destornillador o una tenaza de montaje.

Una mujer había tenido suerte. Se había suicidado, ahorcándose con una sábana enroscada que había colgado de una puerta. Espero que se haya estrangulado con éxito, antes de que le seccionaran el brazo derecho con el soplete de corte que estaba tirado ahí cerca.

A medida que subía escaleras, asomaba la cabeza por las compuertas y pisaba cadáveres rígidos, mantenía un constante monólogo, informando a la Cometa en qué parte de la nave me encontraba exactamente y qué acababa de encontrar, sólo para dejar constancia de que los cadáveres parecían razonablemente recientes y que la mayoría de las manchas de sangre estaban secas.

Y había sangre por todos lados. Salpicada en las paredes, empapando las alfombras y goteando de los muebles, al punto de que ya no parecía sangre, sino pintura roja chorreada. Me alegré de tener el casco puesto, porque el visor ponía distancia entre mi persona y la masacre; además, el fétido hedor me habría hecho descomponer más de lo que ya estaba.

Aunque escuchaba algún jadeo o exclamación ocasional de Jeri a través de mis auriculares, pasado un rato no pude detectar más la voz de McKinnon. Supuse que se había retirado a un lugar privado para vomitar. Era comprensible; la violencia que me rodeaba podía enloquecer a cualquiera.

En la esfera de comando había cuatro puentes, uno encima del otro. Cuando llegué al puente superior, ya había contado once cadáveres. Recordando que McKinnon me había dicho que la tripulación de la Oro de los Tontos ascendía a doce personas, comencé a preguntarme dónde estaría el cadáver que faltaba.

La compuerta que conducía al puente superior estaba sellada; utilicé el soldador láser que tenía en el cinturón para cortar la cerradura. Cuando giré la rueda de cierre y abrí la compuerta a medias, se oyó un leve ruido como de algo que rozaba, y fue en ese

momento cuando escuché unos golpes metódicos, casi rítmicos, como de algo azotándose contra un mamparo.

El primer pensamiento que tuve fue que se trataba de otro ruido de fondo proveniente de la nave, pero cuando abrí más la compuerta el ruido que hice interrumpió los golpes.

Me detuve, con la compuerta entreabierta, mientras escuchaba atentamente. Oí una lejana risita y luego recomenzaron los golpes.

En el puente superior quedaba alguien con vida.

El centro de comando estaba tenuemente iluminado: los fluorescentes estaban apagados y las únicas fuentes de luz eran las pantallas de las computadoras, las pantallas de las consolas y los interruptores multicolores. El puente estaba en ruinas, como si hubiese sufrido un descompresión violenta, aunque el manómetro externo indicaba que seguía presurizado: sillones patas arriba, bitácoras y manuales hechos trizas y desperdigados por el suelo, los restos de una camisa ensangrentada.

El golpes continuaban. Buscando su origen invisible, encendí la linterna del casco y caminé bajo su rayo, lanzando rápidas miradas a todos lados, buscando al único sobreviviente de la Oro de los Tontos. Estaba a la mitad del puente cuando, por el rabillo del ojo, vi algo garabateado en un mamparo. Dos palabras, pintadas en la superficie gris con un dedo mojado en sangre:

PLAGA

TITAN

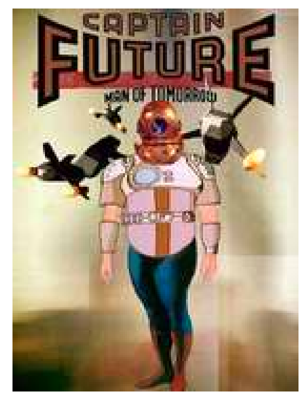


Ilustración: wkowalsky

Fue entonces cuando descubrí que el traje AEV me había salvado la vida.

Temblando bajo sus capas aislantes, crucé el puente desolado, buscando al último tripulante de la Oro de los Tontos.

Lo encontré en la cámara de descompresión de emergencia, acurrucado en un rincón, junto a la compuerta, con las rodillas recogidas hasta el mentón. El mameluco que llevaba puesto estaba veteado de sangre coagulada, pero en las charreteras aún se podían distinguir las insignias de capitán. Ante el resplandor de mi linterna, frunció los ojos extraviados y se rió como un niño al que pescan revolviendo los cajones de la cómoda de mamá.

Y después siguió golpeando el suelo con el brazo humano seccionado que aferraba en la mano izquierda.

No sé cuánto tiempo me quedé mirándolo. Unos segundos, varios minutos, quizás más. Jeri estaba diciendo algo que yo no entendía; no le presté atención, ni podía responderle. Recién cuando escuché el otro ruido —a mis espaldas, el lejano sonido de una compuerta que se abría— pude apartar la vista del demente capitán de la Oro de los Tontos.

Bo McKinnon.

Me había seguido, saliendo de la Cometa.

Y, como buen idiota que era, no se había puesto el traje AEV.

La pequeña nave con forma de lágrima, la Cometa, volaba a velocidad máxima rumbo a la Tierra, respondiendo a la urgente llamada. Sombríamente, el Capitán Futuro pensaba en las muchas oportunidades en que había debido responder a llamadas así. En todas esas ocasiones, él y los Hombres del Futuro se habían tenido que enfrentar a los mortales peligros de la batalla. ¿Iba a suceder lo mismo esta vez?

“No podemos ganar siempre”, pensó con tristeza. “Hasta ahora tuvimos suerte, pero la ley de las probabilidades en algún momento se volverá contra nosotros”.

-Ibid;

El Triunfo del Capitán Futuro

(1940)

A pesar de su nombre, nadie conoce el origen exacto de la Plaga de Titán. Los primeros en contraerla, en 2069, fueron los miembros de la expedición de la Exploradora Hershel, durante el malogrado

intento de Pax por establecer un puesto de investigación en Titán. Aunque más tarde surgió la teoría de que el virus era originario de Titán, el hecho de que prosperara en ambientes de oxígeno y nitrógeno llevó a mucha gente a especular que la Plaga se había originado en otro lugar, no en la atmósfera de nitrógeno y metano de Titán. Incluso corría la versión de que, al llegar a Titán, los expedicionarios se habían encontrado con una raza extrasolar y se habían contagiado la Plaga de ellos… pero, desde luego, era sólo un rumor.

En todo caso, la verdad indiscutible eran esta: cuando la MRPA Exploradora Herschel regresó al sistema interior, se descubrió que la mayor parte de la tripulación se había vuelto loca a causa de un virus aeróbico. Los tres miembros de la expedición que habían sobrevivido, incluyendo al comandante de la nave, no estaban infectados por la sencilla razón de que habían logrado encerrarse herméticamente en el centro de comando, donde habían subsistido gracias a los depósitos de oxígeno de emergencia y al cuidadoso racionamiento del agua y la comida. La mayoría de los tripulantes que quedaron afuera de la cuarentena se asesinaron mutuamente en el transcurso del largo viaje de regreso, y el resto murió, después de una terrible agonía, cuando la enfermedad, en su etapa terminal, les pudrió el cerebro.

Cuando la Exploradora Herschel llegó al cinturón de asteroides, los sobrevivientes la dejaron orbitando Vesta y huyeron en una nave salvavidas. Tres meses después, la Exploradora Herschel fue destruida por la MRPA Intrépida. A esas alturas, la Reina Macedonia había dictado la prohibición de enviar expediciones a Titán, decretando que cualquier nave que intentara aterrizar allí sería destruida por la Marina de Su Majestad.

Sin embargo, a pesar de las precauciones, se habían presentado algunos brotes aislados de la Plaga de Titán, aunque con muy poca frecuencia y siempre en colonias del sistema exterior. Nadie sabía con exactitud cómo se había esparcido la enfermedad de la Exploradora Herschel, aunque se creía que los propios sobrevivientes habían sido los portadores, a pesar de la rigurosa descontaminación. Aunque los primeros síntomas se asemejaban a los del resfrío común de antaño, tal vez un poco más acentuados, la demencia homicida que rápidamente se sucedía era inconfundible. Cuando una persona se contagiaba la Plaga no había otra opción que aislarla, quitarle todo lo que pudiera servirle de arma y esperar a que muriera.

Nunca se descubrió la cura.

Y ahora, de alguna manera que nunca podremos saber cuál

fue, la Plaga había logrado abordar la Oro de los Tontos. En los reducidos espacios del impulsor de masa, había logrado extenderse por toda la nave, enloqueciendo a la tripulación antes de que se dieran cuenta de nada. Quizás el capitán había logrado deducirlo, pero, a pesar de sus precauciones, también se había infectado.

Yo estaba a salvo, porque estaba explorando la nave con el traje espacial puesto.

Pero Bo McKinnon…

El Capitán Futuro, Hombre del Mañana, intrépido héroe de las carreteras siderales… En su obsesión por la aventura, McKinnon había ingresado en la nave irresponsablemente, sin tomarse la molestia de colocarse el traje.

—¿Cerró la compuerta de la cabina de descompresión? —le grité.

—¿Qué? ¿Eh? —Pálido, visiblemente conmocionado por los horrores que había visto, McKinnon miró al maniático acuclillado en la cabina de descompresión que estaba a mis espaldas—. ¿Compuerta? ¿Qué… cuál…?

Lo agarré de los hombros y lo sacudí con tanta fuerza que se le cayeron los auriculares hasta el cuello. —¡La compuerta de la Cometa! ¿Cuando entró, la cerró o la dejó abierta?

Ahora incapaz de oírme, se puso a tartamudear, hasta que al fin se dio cuenta de que se le habían caído los auriculares. Con torpeza, logró colocárselos en su lugar.

—¿La compuerta? Creo que sí, que…

—¿Cree que sí? ¡Retrasado mental! ¿La cerr…?

—Furland, oh Dios mío… —jadeó al reparar en el caos que lo rodeaba—. ¿Qué le pasó a esta gente? ¿Acaso…? ¡Cuidado!

Me di vuelta, justo a tiempo para ver de soslayo que el loco se ponía de pie. Aullando a todo lo que daban sus pulmones, se abalanzó sobre nosotros, sacudiendo el brazo seccionado como si fuera un palo de cricket.

Empujé a McKinnon a un costado. Mientras él se desparramaba en el suelo, me prendí de la compuerta de la cabina de descompresión y la cerré con fuerza. El loco casi la abre de un golpe, pero yo apoyé el hombro contra la compuerta y ésta terminó de cerrarse. Accionando la cerradura giratoria, la sellé herméticamente; no obstante, se sentían unas vibraciones sordas, porque el loco, del otro lado, le seguía pegando martillazos con la ayuda de su horrendo trofeo.

No podía tenerlo ahí encerrado para siempre. Tarde o temprano encontraría la cerradura giratoria y recordaría cómo hacerla funcionar. Tal vez podría someterlo —si tenía mucha suerte, considerando que parecía un guerrero vikingo enfurecido—, pero aun así nunca me atrevería a llevarlo a la Cometa.

Sólo existía una solución. Encontré el panel de control exterior de la cámara de descompresión y levanté la tapa.

—Lo lamento, señor —le susurré al lunático—. Que Dios tenga piedad de nosotros.

Después presioné el interruptor que eyectaba la compuerta exterior.

Las alarmas que resonaron por todo el puente fueron la marcha fúnebre del pobre tipo. Desactivé las alarmas y se produjo un largo silencio, finalmente roto por la voz de McKinnon.

—Señor Furland, acaba de asesinar a un hombre.

Di media vuelta. McKinnon había logrado ponerse de pie; se aferraba del respaldo de un sillón para no perder el equilibrio y me miraba indignado.

Antes de que pudiera responderle, escuché la voz de Jeri en el comunicador. —Rohr, sí cerró la compuerta al salir. La Cometa no está infectada.

Dejé escapar un suspiro. Por una vez, Bo había logrado hacer algo bien sin ayuda. —Grandioso, nena. Que siga cerrada hasta que yo regrese a bordo.

Me alejé de la cabina de descompresión, dirigiéndome al timón, ubicado en el extremo opuesto del puente. McKinnon se me plantó delante, impidiéndome el paso.

—¿Me oyó, señor Furland? —exigió, mientras su nuez de Adán, debajo de la barba, subía y bajaba—. Acaba de matar a un hombre… ¡Yo lo vi! Usted…

—No me lo recuerde. Ahora déjeme pasar. —Lo empujé a un costado y marché hacia el timón.

Una de las pantallas de la consola mostraba un cuadro esquemático de la posición del asteroide y su trayectoria estimada. Como yo sospechaba, algún tripulante del impulsor de masa había establecido deliberadamente el nuevo curso durante un ataque de demencia. Probablemente, el propio capitán, considerando que estaba encerrado aquí.

—¡Queda arrestado! —me gritó McKinnon—. Con mi autoridad de agente de la Policía Planetaria, le…

—Eso no existe. —Me incliné sobre el teclado y me puse a trabajar para acceder a la computadora principal; mis dedos, cubiertos por los guantes del traje, estaban gruesos y torpes—. No existe la Policía Planetaria, no existen los piratas de los asteroides. Sólo existe una nave con los ductos infestados de Plaga. Usted está…

—¡Soy el Capitán Futuro!

El virus ya debía estar afectándolo. Hubiera podido revisarlo, para ver si estaba desarrollando cualquiera de los síntomas seudo-gripales que supuestamente eran las primeras señales de la Plaga, pero McKinnon era la menor de mis preocupaciones en ese momento.

Hiciera lo que hiciera, no lograba acceder al programa del sistema central de navegación. Me faltaba la contraseña, que probablemente había muerto junto con todas las almas condenadas de la nave, y tampoco funcionaban los procedimientos alternativos ni las interfaces estándar. Estaba con las manos completamente atadas; me era imposible alterar la velocidad o la trayectoria de la nave que propulsaba a 2046-Barr directamente hacia Marte.

—¿Y qué es lo que está diciendo? ¿Que no permitirá que nadie aborde la Cometa hasta que usted lo ordene? —McKinnon ya no estaba revoloteando a mi alrededor: había encontrado el sillón del difunto capitán y se lo había apropiado, como asumiendo el mando de una nave mucho más grande que su insignificante carguero—. El jefe de esta nave soy yo, no usted, y continuaré al mando hasta que…

Muy bien. El timón no quería obedecer ninguna instrucción novedosa. Quizás todavía quedaba la posibilidad de destruir la Oro de los Tontos. Accedí al subsistema de ingeniería y comencé a buscar una manera de cerrar el circuito refrigerante primario del reactor y de sus sistemas de seguridad redundantes. Si calculaba bien el tiempo, quizás la Cometa podría escapar a buena distancia antes que la sobrecarga del reactor… Y si además éramos exageradamente afortunados, la explosión podría sacar de curso al asteroide.

—¿Rohr? —Otra vez Jeri—. ¿Qué está ocurriendo ahí?

No quería decírselo, y menos sabiendo que McKinnon estaba escuchando nuestra charla.

Al oír el sonido de la voz de Jeri, McKinnon se puso de pie de un salto. —¡Joan! Este tipo trabaja para Ul'Quorn, el Mago de Marte! ¡Va a…!

Lo escuché acercarse mucho antes de que me alcanzara. Me puse de pie, estiré el brazo hacia atrás y le apliqué un gancho derecho en la peluda mandíbula.

Con eso se calmó, pero no sería por mucho tiempo. McKinnon era corpulento. Trastabilló hacia atrás, con los ojos fuera de foco, buscando a tientas un sillón de donde sujetarse.

—Traidor —masculló, tocándose la boca con la mano izquierda—. Es un traidor, un…

Yo no tenía tiempo para esas idioteces, así que volví a darle un puñetazo, esta vez directamente en la nariz. Este segundo golpe fue el definitivo: rodó hacia atrás, se golpeó contra el sillón y se desplomó de espaldas.

—¿Qué haces? —exigió Jeri.

Los nudillos me dolían como los mil demonios, a pesar del grueso acolchado de los guantes. —Algo que había que hacer desde hace mucho tiempo —murmuré.

Linda frase. Con ella agoté la poca buena suerte que me quedaba. Estuve chapuceando con el timón durante varios minutos antes de someterme a lo inevitable. Igual que los controles de navegación, el subsistema de ingeniería no obedecía mis comandos porque faltaban las contraseñas correspondientes. Era posible que estuvieran anotadas en alguna parte, pero no tenía ni tiempo ni ganas de ponerme a buscar en los manuales de operación, especialmente porque en su mayoría se encontraban desparramados por todo el puente, convertidos en basura.

Pero aún no se nos acababan las opciones. Todavía quedaba una alternativa final, la que el propio McKinnon nos había proporcionado.

Fue entonces cuando supe que el Capitán Futuro debía morir.

—¡El Capitán Futuro ha muerto!

La voz resonante del verde y enorme marinero joviano se elevó por encima de las risas, las charlas y el entrechocar de copas del atiborrado bar de espaciales de Venusópolis. Miró a la barra, a su pequeño grupo de compañeros, como si los desafiara a contradecirlo.

Uno de los curtidos espaciales, un marciano moreno y menudo, meneó la cabeza pensativamente.

—No estoy tan seguro. Es cierto que los Hombres del Futuro hace meses que están desaparecidos. Pero son duros de matar.

-Ibid;

Criminales de la Luna

(1942)

Escribo esto, ya de vuelta en la Luna, sentado a una mesa, en un rincón del bar del Torpe Joe. Casi es hora de cerrar; las muchedumbres se han dispersado y el cantinero ha tocado la campanada del último aviso. Sin embargo, tengo permiso para quedarme después de que se cierren las puertas. A los héroes nunca los echan a patadas, como a la chusma, y desde que volví de Ceres dispongo de bebida gratis en abundancia.

Después de todo, soy el último que vio al Capitán Futuro con vida.

Los medios informativos nos ayudaron a mantener nuestra coartada. Era un historia que lo tenía todo. Aventura, romance, sangre y tripas, incontables vidas en juego. Y lo mejor de todo: un noble acto de sacrificio personal. El video será fantástico. Ayer vendí los derechos.

Ustedes ya saben cómo termina la historia, puesto que la han relatado hasta el cansancio. Advirtiendo que estaba fatalmente infectado con la Plaga de Titán, Bo McKinnon… perdón, el Capitán Futuro… impartió sus últimas instrucciones como oficial al mando de la ACET Cometa.

Me ordenó regresar a la nave, y luego, cuando estuve a bordo y a salvo, le ordenó a Jeri emprender la retirada y llevarse a la Cometa lo más lejos posible.

Dándonos cuenta de lo que intentaba hacer, tratamos de disuadirlo. ¡Oh, y cómo discutimos y le rogamos, diciéndole que podíamos ponerlo en bioestasis hasta que regresáramos a la Tierra, donde los médicos podían intentar salvarle la vida!

Al final, sin embargo, McKinnon desconectó el comunicador para poder enfrentar el fin con dignidad y elegancia.

Cuando la Cometa se había marchado y se encontraba a una distancia segura, el Capitán Futuro se las ingenió para darle a la computadora principal del impulsor de masa las instrucciones necesarias para provocar la sobrecarga de los reactores de la nave. Sentado en la soledad del puente abandonado, esperando el final de

la cuenta regresiva, tuvo apenas el tiempo suficiente para transmitir el valeroso mensaje final…

No me obliguen a repetirlo, por favor. Ya es bastante espantoso que la Reina lo haya leído en la ceremonia de homenaje, pero ahora, según tengo entendido, también lo van a inscribir en la base de la estatua de McKinnon que van a erigir en la Estación Arsia y que tendrá un tamaño que duplica el natural. Jeri hizo lo mejor que pudo cuando lo escribió, pero yo, entre nosotros, sigo pensando que es un completo mamarracho.

Bueno, la explosión termonuclear no sólo arrasó con la Oro de los Tontos, sino que también alcanzó para alterar la trayectoria del 2046 en cantidad suficiente. El asteroide pasó a cinco mil kilómetros de Marte; su vuelo cercano fue registrado por un observatorio de Fobos y los pueblos situados sobre el Meridiano Central informaron que se había producido la mayor lluvia de meteoritos en la historia de las colonias.

Y ahora Bo McKinnon es recordado como el Capitán Futuro, uno de los más grandes héroes de la historia de la humanidad.

Era lo menos que Jeri podía hacer por él.

Considerando que Bo fue un imbécil hasta el fin de sus días, yo podría haberme adjudicado todo el mérito, pero finalmente predominó la fuerte voluntad de Jeri. Supongo que tiene razón: sería muy mal visto que divulgara que McKinnon, convertido en un lunático delirante, murió ejecutado por el segundo oficial.

Del mismo modo, nadie tiene por qué saber que los que destruyeron el reactor principal del impulsor de masa fueron cuatro misiles lanzados por la Cometa, provocando así la explosión que desvió a 2046-Barr de su trayectoria mortal. La cápsula de misiles vacía fue eyectada antes de que la Cometa llegara a Ceres; con un pequeño soborno a un burócrata de poca monta de Pax, nos aseguramos de que todos los archivos donde constaba que la habían instalado en el carguero fueran completamente borrados.

Apenas importa. En definitiva, todos conseguimos lo que queríamos.

Por ser la primer oficial de la Cometa, Jeri ascendió a comandante. Me ofreció su antiguo puesto y yo acepté de mil amores, puesto que mi trabajo en la Comercio Joviano se había ido a la mierda. Antes de que pasara mucho tiempo, Jeri me ofreció además la oportunidad de ver el resto de sus tatuajes, invitación que también acepté. Su clan sigue sin dirigirle la palabra, especialmente ahora que tiene planeado casarse con un Primario, pero al menos los Superiores se han visto obligados a reivindicarla como una de

los suyos.

Por ahora, la vida es buena. Hay dinero en el banco, hemos logrado borrar nuestra fama de ovejas negras y abundan las compañías que quieren contratar a los legendarios Hombres del Futuro de la ACET Cometa. ¿Quién sabe? Cuando nos cansemos de trabajar en el cinturón, tal vez podamos sentar cabeza y dedicarnos a probar suerte en ese asunto del cruzamiento de razas.

Y Bo también consiguió lo que quería, aunque no vivió lo suficiente para disfrutarlo. Y por eso mismo, quizás la humanidad también consiguió lo que quería.

Hay una sola cosa que todavía me incomoda.

Cuando McKinnon se enloqueció en la Oro de los Tontos y trató de atacarme, yo supuse que se había contagiado la Plaga. La presunción era correcta: se había infectado en el instante mismo de atravesar la compuerta.

Sin embargo, después me enteré de que la incubación de la Plaga de Titán en el cuerpo de un ser humano demora al menos seis horas… y ninguno de nosotros dos había estado en la Oro de los Tontos ni la mitad de ese lapso.

Si McKinnon finalmente se volvió loco, no fue por la Plaga. Hasta el día de hoy, no tengo idea de qué fue lo que lo trastornó, a menos que creyera que yo tenía la intención de escaparme con su nave, su chica y su maldita gloria.

Diablos, quizás era cierto.

Anoche, mientras estaba aquí en el bar, un muchacho nervioso —un peón de un carguero orbital, posiblemente con la credencial del sindicato todavía inmaculada— se me acercó tímidamente y me pidió un autógrafo. Mientras firmaba en la contratapa de su bitácora, me habló de un extraño rumor que había oído recientemente: el Capitán Futuro había logrado escapar de la Oro de los Tontos justo antes de que explotara. Según él, unos exploradores del cinturón interior informaron haber visto en sus pantallas una nave auxiliar… un nave auxiliar cuyo piloto, antes de que se perdiera la transmisión, respondió a las llamadas identificándose como Curt Newton.

Invité al joven con un trago y le conté la verdad. Naturalmente, no quiso creerme, y no lo culpo.

Los héroes no son fáciles de encontrar. Cada vez que aparecen entre nosotros, es necesario que los recibamos con los brazos abiertos. Pero hay que ser cuidadoso y elegir al tipo indicado, porque es muy fácil fingir que se es lo que no se es.

El Capitán Futuro ha muerto.

Viva el Capitán Futuro.

dedicado a la memoria de Edmond Hamilton

Nota del Autor: Aunque en estos días haya caído en el olvido, el Capitán Futuro era un personaje de pulp-fiction muy popular de los años '40. Creado por el editor de Better Publications, Mart Weisinger, durante la Convención Mundial de Ciencia-Ficción del año 1939, Curt Newton tuvo su propia revista durante varios años, y más tarde apareció en Startling Stories. En los años '60 se reeditaron varias novelas del Capitán Futuro en edición de bolsillo, pero desde entonces el personaje se ha ido perdiendo en la noche de los tiempos.

Este relato está dedicado al difunto Edmond Hamilton, autor de la mayoría de las aventuras del Capitán Futuro. Las citas extraídas de las historias originales del Capitán Futuro fueron utilizadas con autorización de los herederos de Edmond Hamilton.

El autor desea agradecer a la Srta. Wood, Julius Schwartz, Forrest J. Ackerman, Sam Moskowitz y Chuck Segal por su colaboración.

Título original: The Death of Captain Future

Traducción: Claudia De Bella

Allen Mulherin Steele nació en Nashville, Tennessee, el 19 de enero de 1958. Tras obtener una licenciatura en comunicaciones en el New England College y un Master en periodismo en la Universidad de Missouri, trabajó algún tiempo en diarios y periódicos de Tennessee, Missouri, y Massachusetts antes de optar por una carrera como escritor de ciencia ficción, actividad en la que se profesionalizó en 1988, luego de que se publicara su cuento "Live From the Mars Hotel" en Isaac Asimov's Science Fiction Magazine. Desde entonces, se ha convertido en un prolífico autor de novelas, historias cortas, y ensayos, y sus trabajos han aparecido en Inglaterra, Francia, Alemania, España, Italia, Brasil, Rusia, Israel, Chekia, Polonia, y Japón.

Ha sido nominado varias veces a los premios más importantes del género y ganó el Hugo a Best Novella con "The Death of Captain Future" (1996) y "Where Angels Fear to Tread" (1998). Su novela *Descomposición Orbital* (Orbital Decay; 1989) fue publicada por Ultramar en España. Su bibliografía en español se completa con los relatos "Motín de la Alabama" (Revista Asimov N° 1) y "Tiempo muerto" (Revista Asimov N° 3). Se trata de

la edición de Megamultimedia.

Steele vive actualmente en Massachusetts occidental con su esposa Linda y sus dos perros.

La llamada de Cthulhu

H.P. Lovecraft

Es imposible que tales potencias o seres hayan sobrevivido… hayan sobrevivido a una época infinitamente remota donde… la conciencia se manifestaba, quizá, bajo cuerpos y formas que ya hace tiempo se retiraron ante la marea de la ascendiente humanidad… formas de las que sólo la poesía y la leyenda han conservado un fugaz recuerdo con el nombre de dioses, monstruos, seres míticos de toda clase y especie…

Algernon Blackwood

1. El bajorrelieve de arcilla

No hay en el mundo fortuna mayor, creo, que la incapacidad de la mente humana para relacionar entre sí todo lo que hay en ella. Vivimos en una isla de plácida ignorancia, rodeados por los negros mares de lo infinito, y no es nuestro destino emprender largos viajes. Las ciencias, que siguen sus caminos propios, no han causado mucho daño hasta ahora; pero algún día la unión de esos disociados conocimientos nos abrirá a la realidad, y a la endeble posición que en ella ocupamos, perspectivas tan terribles que enloqueceremos ante la revelación, o huiremos de esa funesta luz, refugiándonos en la seguridad y la paz de una nueva edad de las tinieblas. Algunos teósofos han sospechado la majestuosa grandeza del ciclo cósmico del que nuestro mundo y nuestra raza no son más que fugaces incidentes. Han señalado extrañas supervivencias en términos que nos helarían la sangre si no estuviesen disfrazados por un blando optimismo. Pero no son ellos los que me han dado la fugaz visón de esos dones prohibidos, que me estremecen cuando pienso en ellos, y me enloquecen cuando sueño con ellos. Esa visión, como toda temible visión de la verdad, surgió de una unión casual de elementos diversos; en este caso, el artículo de un viejo periódico y las notas de un profesor ya fallecido. Espero que ningún otro logre llevar a cabo esta unión; yo, por cierto, si vivo, no añadiré voluntariamente un

solo eslabón a tan espantosa cadena. Creo, por otra parte, que el profesor había decidido, también, no revelar lo que sabía, y que si no hubiese muerto repentinamente hubiera destruido sus notas.

Tuve por primera vez conocimiento de este asunto en el invierno de 1926-1927, a la muerte de mi tío abuelo, George Gammel Angell, profesor honorario de lenguas semíticas de la Universidad de Brown, Povidence, Rhode Island. El profesor Angell era una autoridad vastamente conocida en materia de antiguas inscripciones y a él habían recurrido con frecuencia los curadores de los más importantes museos. Muchos deben por lo tanto recordar su desaparición, acaecida a la edad de noventa y dos años. Las oscuras razones de su muerte aumentaron aún más el interés local. El profesor había muerto mientras volvía del barco de Newport, y, según afirman los testigos, luego de recibir el empellón de un marinero negro. Éste había surgido de uno de los curiosos y sombríos pasajes situados en la falda abrupta de la colina que une los muelles a la casa del muerto, en la Calle Williams. Los médicos, incapaces de descubrir algún desorden orgánico, concluyeron, luego de un perplejo cambio de opiniones, que la muerte debía atribuirse a una oscura lesión del corazón, determinada por el rápido ascenso de una cuesta excesivamente empinada para un hombre de tantos años. En ese entonces no vi ningún motivo para disentir de ese diagnóstico, pero hoy tengo mis dudas… y algo más que dudas.

Como heredero y ejecutor de mi tío abuelo, viudo y sin hijos, era de esperar que yo examinara sus papeles con cierta atención. Trasladé con ese propósito todos sus archivos y cajas a mi casa de Boston. El material ordenado por mí será publicado en su mayor parte por la Sociedad Norteamericana de Arqueología; pero había una caja que me pareció sumamente enigmática, y sentí siempre repugnancia a mostrársela a otros. Estaba cerrada, y no encontré la llave hasta que se me ocurrió examinar el llavero que el profesor llevaba siempre consigo. Logré abrirla entonces, pero me encontré con otro obstáculo mayor y aún más impenetrable. ¿Qué significado podían tener ese curioso bajorrelieve de arcilla, y esas notas, fragmentos y recortes de viejos periódicos? ¿Se había convertido mi tío, en sus últimos años, en un devoto de las más superficiales imposturas?

Resolví buscar al excéntrico escultor que había alterado la paz mental del anciano.

El bajorrelieve era un rectángulo tosco de dos centímetros de espesor y de unos treinta o cuarenta centímetros cuadrados de superficie; indudablemente de origen moderno. Los dibujos, sin embargo, no eran nada modernos, ni por su atmósfera ni por su

sugestión; pues aunque las rarezas del cubismo y el futurismo sean numerosas y extravagantes, no suelen reproducir esa críptica regularidad de la escritura prehistórica. Y la mayor parte de los dibujos parecía ser ciertamente alguna especie de escritura. A pesar de mi familiaridad con los papeles y colecciones de mi tío, no logré identificarla, ni sospechar siquiera alguna remota relación.

Sobre esos supuestos jeroglíficos había una figura de carácter evidentemente representativo, aunque la ejecución impresionista impedía comprender su naturaleza. Parecía una especie de monstruo, o el símbolo de un monstruo, o una forma que sólo una fantasía enfermiza hubiese podido concebir. Si digo que mi imaginación, algo extravagante, se representó a la vez un pulpo, un dragón y la caricatura de un ser humano, no traicionaré el espíritu del dibujo. Sobre un cuerpo escamoso y grotesco, provisto de alas rudimentarias, se alzaba una cabeza pulposa y coronada de tentáculos; pero era el contorno general lo que la hacía más particularmente horrible. Detrás de la figura se embozaba una arquitectura ciclópea.

Las notas que acompañaban a este curioso objeto, además de unos recortes de periódicos, habían sido escritas por el profesor mismo y no tenían pretensiones literarias. El documento en apariencia más importante estaba encabezado por las palabras EL CULTO DE CTHULHU, escritas cuidadosamente en caracteres de imprenta para evitar todo error en la lectura de un nombre tan desconocido. El manuscrito se dividía en dos secciones: la primera tenía el siguiente título: “1925, Sueño y obra onírica de H. A. Wilcox, Calle Thomas 7, Providence, R.I.”, y la segunda: “Informe del inspector John R. Legrasse. Calle Bienville 121, Nueva Orleáns, a la Sociedad Norteamericana de Arqueología, 1928. Notas del mismo y del profesor Webb”. Las otras notas manuscritas eran todas muy breves: relatos de sueños curiosos de diferentes personas, o citas de libros y revistas teosóficos (principalmente *La Atántida y la Lemuria* perdida de W. Scott-Elliot), y el resto comentarios acerca de la supervivencia de las sociedades y cultos secretos, con referencia a pasajes de tratados mitológicos y antropológicos como la *La rama dorada* de Frazer, y *El culto de las brujas en Europa Occidental* de la señorita Murray. Los recortes de periódicos aludían principalmente a casos de alienación mental y a crisis de demencia colectiva en la primavera de 1925.

La primera parte del manuscrito principal relataba una historia muy curiosa. Parece que el 1° de marzo de 1925 un joven delgado, moreno, de aspecto neurótico y presa de gran excitación, había visitado al profesor Angell con el singular bajorrelieve de

arcilla, entonces todavía fresco y húmedo. En su tarjeta se leía el nombre de Henry Anthony Wilcox, y mi tío había reconocido en él al hijo menor de una excelente familia, con la que estaba ligeramente relacionado. Wilcox, que desde hacía un tiempo estudiaba dibujo en la Escuela de Bellas Artes de Rhode Island, y que vivía en el hotel Fleur de Lys muy cerca de esta institución, era un joven precoz de genio indudable, pero muy excéntrico. Desde su infancia había llamado la atención por las historias y sueños extraños que se complacía en relatar. Se denominaba a sí mismo "físicamente hipersensitivo"; pero la gente seria de la vieja ciudad comercial lo consideraba simplemente "raro". No había frecuentado nunca a los de su propia clase y poco a poco había ido retirándose de toda actividad social. Actualmente sólo era conocido por algunos estetas de otras ciudades. La Asociación Artística de Providence, deseosa de preservar su conservadorismo, lo había desahuciado.

En aquella visita, decía el manuscrito, el escultor había pedido bruscamente la ayuda de los conocimientos arqueológicos de su huésped para identificar los jeroglíficos. El joven hablaba de un modo pomposo y descuidado que impedía simpatizar con él. Mi tío le respondió con sequedad, pues la evidente edad de la tableta excluía toda posible relación con las ciencias arqueológicas. La réplica del joven Wilcox, que impresionó bastante a mi tío como para que la reprodujera palabra por palabra, tuvo ese énfasis poético que caracterizaba sin duda su conversación habitual.

—Es nueva, es cierto —le dijo—, pues la hice anoche mientras soñaba con extrañas ciudades; y los sueños son más viejos que la cavilosa Tiro, la contemplativa Esfinge o Babilonia, guarnecida de jardines.

Y comenzó a narrar una historia desordenada que, de pronto, despertó en mi tío un recuerdo. El anciano se mostró febrilmente interesado. La noche anterior había habido un leve temblor de tierra —el más violento de los que habían sacudido Nueva Inglaterra en esos últimos años— que había afectado terriblemente la imaginación de Wilcox. Ya en cama, y por primera vez en su vida, había visto en sueños unas ciudades ciclópeas de enormes bloques de piedra y gigantescos y siniestros monolitos de un horror latente, que exudaban un limo verdoso. Muros y pilares estaban cubiertos de jeroglíficos, y de las profundidades de la tierra, de algún punto indeterminado, venía una voz que no era una voz, sino más bien una sensación confusa que sólo la fantasía podía traducir en esta unión de letras casi imposibles: *Cthulhu fhtagn*.

Esta mezcla de letras fue la llave del recuerdo que excitó y perturbó al profesor Angell. Interrogó al escultor con minuciosidad

científica, y estudió con intensidad casi frenética el bajorrelieve que el joven había estado esculpiendo en sueños, vestido sólo con su ropa de dormir, y temblando de frío. Mi tío culpó a su avanzada edad, dijo Wilcox más tarde, el no reconocer con rapidez los jeroglíficos y el dibujo. Muchas de sus preguntas le parecieron un poco fuera de lugar a su visitante, especialmente aquellas que trataban de relacionar a este último con sociedades y cultos extraños; y Wilcox no pudo entender por qué mi tío le prometió repetidamente guardar silencio si admitía ser miembro de una de las tan innumerables sectas paganas o místicas. Cuando el profesor quedó al fin convencido de que Wilcox ignoraba de verdad toda doctrina o cultos secretos, le suplicó que no dejara de informarle acerca de sus sueños. Este pedido dio sus frutos, pues a partir de esa primera entrevista el manuscrito menciona las visitas diarias del joven y la descripción de sorprendentes visiones nocturnas cuyo tema principal era siempre unas construcciones ciclópeas de piedra, húmedas y oscuras, y una voz o inteligencia subterránea que gritaba una y otra vez, en enigmáticos y sensibles impactos, algo indescriptible. Los dos sonidos que se repetían con más frecuencia eran los representados por las palabras *Cthulhu* y *R'lyeh*.

El 23 de marzo, continuaba el manuscrito, Wilcox faltó a la cita. Una investigación realizada en el hotel reveló que había sido atacado por una fiebre de origen desconocido y que lo habían llevado a la casa de sus padres, en la Calle Waterman. Se había puesto a gritar en medio de la noche, despertando a varios artistas que vivían en el mismo hotel, y desde entonces había pasado alternativamente de la inconsciencia al delirio. Mi tío telefoneó en seguida a la familia, y desde ese momento siguió de cerca el caso, yendo a menudo a la oficina del doctor Tobey, en Thayer Street, médico de cabecera del joven. La mente febril de Wilcox alimentaba, aparentemente, extrañas imágenes; el doctor se estremeció al recordarlas. No sólo incluían una repetición de los sueños anteriores, sino también una criatura gigantesca "de varios kilómetros de altura" que caminaba o se movía pesadamente. Wilcox nunca lo describía en todos sus detalles, pero las pocas e incoherentes palabras que recordaba el doctor Tobey convencieron al profesor de que aquél era el monstruo que el joven había intentado representar. Cuando Wilcox se refería a su obra, añadió el doctor, caía en seguida, invariablemente, en una especie de letargo. Cosa rara, su temperatura no estaba nunca por encima de lo normal; sin embargo, su estado se parecía más al de una fiebre violenta que al de un desorden del cerebro.

El 2 de abril a las tres de la tarde, la enfermedad cesó de pronto. Wilcox se sentó en la cama, asombrado de encontrarse en la

casa de sus padres, e ignorando totalmente lo que había ocurrido en sus sueños o en la realidad desde el 22 de marzo. Como el médico declarara que estaba curado, a los tres días volvió a su hotel. Pero ya no le fue de ninguna utilidad al profesor Angell. Junto con su enfermedad se habían desvanecido todos aquellos sueños, y luego de oír durante una semana los relatos inútiles e irrelevantes de unas muy comunes visiones, mi tío dejó de anotar los pensamientos nocturnos del artista.

Aquí terminaba la primera parte del manuscrito, pero las abundantes notas invitaban de veras a la reflexión. Sólo el escepticismo inveterado que informaba entonces mi filosofía puede explicar mi persistente desconfianza. Las notas describían lo que habían soñado diversas personas en el mismo período en que el joven Wilcox había tenido sus extrañas revelaciones. Mi tío, parecía, había organizado rápidamente una vasta encuesta entre casi todos aquellos a quienes podía interrogar sin parecer impertinente, pidiendo que le contaran sus sueños y le comunicaran las fechas de todas sus visiones notables. Las reacciones habían sido variadas; pero el profesor recibió más respuestas que las que hubiese obtenido cualquier otro hombre sin la ayuda de un secretario. Aunque no conservó la correspondencia original, las notas formaban un completo y muy significativo resumen. La aristocracia y los hombres de negocios —la tradicional “sal de la tierra” de Nueva Inglaterra— dieron un resultado casi completamente negativo, aunque hubo algunos pocos casos de informes de impresiones nocturnas, siempre entre el 13 de marzo y el 2 de abril, período de delirio de joven escultor. Los hombres de ciencia no fueron tampoco muy afectados, aunque por lo menos cuatro vagas descripciones sugerían la visión fugaz de extraños paisajes, y uno de ellos hablaba del temor a algo anormal.

Las respuestas más pertinentes procedían de artistas y poetas, que si hubieran podido comparar sus notas hubieran sido presas del pánico. Ante la falta de las cartas originales, llegué a sospechar que el compilador había estado haciendo preguntas insidiosas o había deformado el texto de la correspondencia para corroborar lo que había resuelto ver. Por eso persistí en la creencia de que Wilcox, conociendo de algún modo los viejos documentos reunidos por mi tío, había estado engañándolo. Estas respuestas de los artistas narraban una perturbadora historia. Entre el 28 de febrero y 2 de abril gran parte de ellos había tenido sueños muy curiosos, alcanzando su máxima intensidad en el tiempo del delirio del escultor. Una cuarta parte hablaba de escenas y sonidos semejantes a los descritos por Wilcox y algunos confesaban su terror ante una criatura gigantesca y sin nombre. Un caso, que las notas describían

con énfasis, era particularmente triste. El sujeto, un arquitecto muy conocido, algo inclinado al ocultismo y la teosofía, se volvió completamente loco la noche que llevaron al joven Wilcox a la casa de sus padres, y murió meses después gritando que lo salvaran de algún escapado habitante del infierno. Si mi tío hubiese conservado los nombres de estos casos, en vez de reducirlos a números, yo hubiera podido hacer alguna investigación personal. Pero, como estaban las cosas, sólo pude encontrar a unos pocos. Todos, sin embargo, confirmaron las notas. Me pregunté a menudo si aquellos a quienes había interrogado el profesor Angell se habían sentido tan intrigados como este grupo. Nunca les di explicaciones, y es mejor así.

Los recortes de prensa, como ya he dicho, trataban de casos de pánico, manía y excentricidad, siempre en el mismo período. El profesor Angell debió de haber empleado una agenda de recortes, pues el número de estos extractos era prodigioso, y además procedían de todos los rincones del mundo. Uno describía un suicidio nocturno en Londres: un hombre había saltado por una ventana luego de lanzar un grito horrible. En una confusa carta al editor de un periódico sudamericano un fanático anunciaba, apoyándose en sus visiones, un futuro siniestro. Un despacho de California relataba que una colonia teosófica había comenzado a usar vestiduras blancas ante la proximidad de un “glorioso acontecimiento”, que no llegaba nunca, mientras las noticias de la India se referían cautelosamente a una seria agitación de los nativos, producida a fines de marzo. Las orgías vudúes se habían multiplicado en Haití, y en África se había hablado de unos cantos misteriosos. Los oficiales norteamericanos radicados en Filipinas habían tenido ciertas dificultades con algunas tribus, y en la noche de 22 de marzo los policías de Nueva York habían sido molestados por levantinos histéricos. Confusos rumores recorrieron también el oeste de Irlanda, y un pintor llamado Ardois-Bonnot exhibió en 1926, en el salón de primavera de París, un blasfemo Paisaje de Sueño. En los asilos de alienados los desórdenes fueron tan numerosos que sólo un milagro logró impedir que el cuerpo médico advirtiera curiosas semejanzas y sacara apresuradas conclusiones. Una rara colección de recortes, de veras; apenas concibo hoy el crudo racionalismo con que los hice a un lado. Pero quedé convencido de que el joven Wilcox había tenido noticias de unos sucesos anteriores mencionados por el profesor.

2. El informe del inspector Legrasse

Los sucesos anteriores por los que mi tío diera tanta importancia al sueño del escultor y al bajorrelieve eran el tema de la segunda mitad del largo manuscrito. Ya una vez, parecía, el profesor Angell había visto los odiosos contornos del monstruo anónimo, había meditado sobre los desconocidos jeroglíficos, y había oído las sílabas que sólo la palabra Cthulhu podía traducir… Todo esto en circunstancias tan sobrecogedoras que no es raro que persiguiese al joven Wilcox con preguntas y ruegos. Esta experiencia anterior había ocurrido diecisiete años antes, en 1908, mientras la Sociedad Norteamericana de Arqueología celebraba su consejo anual, en Saint-Louis. El profesor Angell, por su autoridad y sus méritos, había desempeñado un papel importante en todas las deliberaciones, y a él se acercaron varios profanos que aprovechaban la oportunidad de la convocatoria para hacer preguntas y plantear problemas.

El jefe de ese grupo no tardó en convertirse en centro de atracción de todo el congreso. Era un hombre de aspecto muy común, mediana edad, y que había hecho el viaje de Nueva Orleáns a Saint-Louis en busca de cierta información que no había podido obtener en su distrito. Se llamaba John Raymond Legrasse y era inspector de policía. Traía consigo el objeto de su viaje: una estatuita de piedra, repugnante y grotesca, muy antigua aparentemente, cuyo origen no había logrado determinar.

No debe creerse que el inspector Legrasse se interesara por la arqueología. Todo lo contrario; su deseo de instruirse tenía como único origen razones puramente profesionales. La estatuita, ídolo, fetiche o lo que fuese, había sido capturada meses antes en los pantanos boscosos del sur de Nueva Orleáns, en el curso de una expedición contra una presunta ceremonia vudú. Tan singulares y odiosos eran los ritos, que la policía comprendió que se hallaba ante un culto totalmente ignorado, e infinitamente más diabólico que los del vudú. Los confusos e increíbles relatos arrancados por la fuerza a los prisioneros nada informaron sobre su posible origen. De ahí el deseo de la policía de consultar a alguna autoridad para identificar así el horrible símbolo, y seguir las huellas del culto hasta sus fuentes.

El inspector Legrasse no había esperado que su pedido convocara una impresión semejante. La aparición de la curiosa estatuita bastó para excitar a los hombres de ciencia, y pronto todos rodearon al inspector para contemplar de cerca la diminuta figura

cuya rareza y aspecto de genuina y abismal antigüedad abrían perspectivas tan misteriosas y arcaicas. Nadie reconoció la escuela escultórica de la que había nacido la estatua, y sin embargo centenares y hasta miles de años parecían haberse posado en la oscura y verdosa superficie de aquella piedra desconocida.

La figura, que los miembros del congreso pasaron de mano en mano para estudiarla con más minuciosidad, medía de unos veinte a veinticinco centímetros de altura y estaba finamente labrada. Representaba un monstruo de contornos vagamente antropoides, pero con una cabeza de pulpo cuyo rostro era una masa de tentáculos, un cuerpo escamoso que sugería cierta elasticidad, cuatro extremidades dotadas de garras enormes, y un par de alas largas y estrechas en la espalda. Esta criatura, que exhalaba una malignidad antinatural, parecía ser de una pesada corpulencia, y estaba sentada en un pedestal o bloque rectangular, cubierto de indescriptibles caracteres. Las puntas de las alas rozaban el borde posterior del bloque, el asiento ocupaba el centro, mientras que las garras largas y curvas de las plegadas extremidades asían el borde anterior y descendían hasta un cuarto de la altura del pedestal. La cabeza de cefalópodo se inclinaba hacia el dorso de las garras enormes que apretaban las elevadas rodillas. El conjunto daba una impresión de vida anormal, más sutilmente terrorífico a causa de la imposibilidad de establecer su origen. Su vasta, pavorosa e incalculable edad era innegable; sin embargo, nada permitía relacionarlo con algún tipo de arte de los comienzos de la civilización.

El material de la estatua encerraba otro misterio. No había nada parecido, en la geología o la mineralogía, a aquella pieza jabonosa, verdinegra, de estrías doradas o iridiscentes. Los caracteres de la base eran igualmente desconcertantes, y ninguno de los miembros del congreso, a pesar de que representaban a la mitad de las autoridades mundiales en esta esfera, pudo descubrir el más remoto parentesco lingüístico. Tanto la figura como el material pertenecían a algo increíblemente lejano, totalmente distinto de la humanidad que conocemos: algo sugería, de un modo terrible, antiguos y profanos ciclos en los que nuestro mundo y nuestras concepciones no habían participado.

Y, sin embargo, mientras los miembros del congreso sacudían la cabeza y se confesaban incapaces de resolver el misterio, uno de ellos creyó descubrir algo raramente familiar en la efigie y los jeroglíficos, y al fin, no sin reticencia, confesó lo que sabía. Este hombre era el hoy desaparecido William Channing Webb, profesor de antropología en la Universidad de Princeton y explorador de

bastante renombre.

Cuarenta y ocho años antes el profesor Webb había recorrido Groenlandia e Islandia en busca de ciertas inscripciones rúnicas que hasta ese entonces no había podido descubrir. En la costa occidental de Groenlandia se había encontrado con una tribu degenerada de esquimales, cuya religión, un culto demoníaco curioso, lo había impresionado sobremanera por su faz deliberadamente sanguinaria y repulsiva. Era aquella una fe que los otros esquimales ignoraban casi del todo, y a la que se referían estremeciéndose. Databa, decían, de épocas muy antiguas, anteriores al nacimiento del mundo. Junto a ritos anónimos y sacrificios humanos había invocaciones de origen tradicional dirigidas a un demonio supremo o *tornasuk*. El profesor Webb había oído esa invocación en boca de un viejo *angekok*, o brujo sacerdote, y la había transcrito fonéticamente, hasta donde era posible, en caracteres romanos. Pero lo que ahora parecía importante era el fetiche adorado en ese culto, y alrededor del cual bailaban los esquimales cuando la aurora boreal brillaba muy por encima de los acantilados de hielo. Era, declaró el profesor, un tosco bajorrelieve de piedra con una figura horrible y algunos caracteres misteriosos. Creía recordar que se parecía, por lo menos en todos los rasgos esenciales, a la criatura bestial que ahora estaban examinando.

Este relato, recibido con asombro y sorpresa por los miembros del congreso, pareció excitar al inspector Legrasse, que abrumó al profesor a preguntas. Habiendo copiado una invocación recitada por uno de los oficiantes del pantano, rogó al profesor Webb que tratase de recordar las sílabas recogidas en Groenlandia. Siguió una comparación exhaustiva de todos los detalles y un instante de sombrío silencio cuando el profesor y el detective convinieron en la virtual identidad de las frases. He aquí, en sustancia (la división de las palabras fue establecida de acuerdo con las pausas tradicionales observadas por los oficiantes), lo que el brujo esquimal y los sacerdotes de Luisiana habían cantado a sus ídolos:

Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn.

Legrasse había tenido más suerte que el profesor Webb, pues varios prisioneros le habían revelado el sentido de esas palabras. Era algo así:

En su casa de R'lyeh el fallecido Cthulhu espera soñando.

Y entonces, respondiendo a un ruego general, el inspector relató minuciosamente su experiencia con los fieles del pantano; veo ahora que mi tío dio gran importancia a esa historia. Tenía cierto

parecido con las ensoñaciones más extravagantes de los teósofos y los creadores de mitos, y revelaba una asombrosa imaginación de carácter cósmico que nadie hubiese esperado entre parias y vagabundos.

El 1° de noviembre de 1907 la policía de Nueva Orleáns había recibido un alarmado mensaje de la región pantanosa del Sur. Los colonos, gente primitiva, pero de buen natural, descendientes en su mayor parte de Laffite, eran presas del pánico a causa de algo desconocido que había invadido la región durante la noche. Se trataba en apariencia de un culto vudú, pero de una especie más terrible que todo lo que ellos conocían. Desde que el malévolo tamtam había comenzado a sonar incesantemente en aquellos bosques oscuros donde nadie osaba aventurarse, habían desaparecido varias mujeres y niños. Se habían oído gritos irracionales, chillidos desgarradores y cantos lúgubres, y unas llamas diabólicas habían bailado en la espesura. Los vecinos, añadía el aterrorizado mensajero, no podían soportarlo.

En las primeras horas de la tarde veinte policías partieron en dos carricoches y un automóvil, guiados por el tembloroso colono. Cuando el camino se hizo intransitable abandonaron los vehículos y durante varios kilómetros chapotearon en silencio a través de los espesos bosques de cipreses donde nunca penetraba la luz del día. Raíces tortuosas y nudos malignos de musgo español retardaban la marcha, y de vez en cuando una pila de piedras húmedas o los fragmentos de una pared en ruinas hacían más depresiva aquella atmósfera que los árboles deformados y las colonias de hongos contribuían a crear. Al fin apareció un miserable conjunto de chozas, y los histéricos colonos corrieron a agruparse alrededor de las vacilantes linternas. El apagado golpear de los tamtams se oía débilmente a lo lejos, la brisa traía muy de cuando en cuando un chillido que helaba la sangre. Un resplandor rojizo parecía filtrarse por entre el follaje pálido, más allá de las interminables avenidas de la noche selvática. A pesar de su repugnancia a quedarse nuevamente solos, todos los habitantes del lugar se negaron a avanzar un solo paso hacia la escena del culto maldito, de modo que el inspector Legrasse y sus diecinueve colegas tuvieron que aventurarse sin guías por aquellas negras arcadas de horror donde ninguno de ellos había puesto el pie.

La región en que ahora entraba la policía tenía tradicionalmente muy mala fama, y en su mayor parte no había sido explorada por hombres blancos. Algunas leyendas se referían a un lago secreto en que vivía una colosal e informe criatura, algo parecida a un pólipo y de ojos fosforescentes, y, según los colonos,

unos demonios de alas de murciélago salían a medianoche de sus cavernas para adorar al monstruo. Afirmaban que éste estaba allí desde antes que La Salle, de los indios, y aun de las bestias y pájaros del bosque. Era una verdadera pesadilla, y verlo significaba la muerte. Pero se aparecía en sueños a los hombres, y eso bastaba para que éstos se mantuviesen alejados. La orgía vudú se desarrollaba en los límites extremos del área aborrecida, pero aun así el emplazamiento era bastante malo, y eso quizá había aterrorizado a los colonos más que los chillidos o incidentes.

Sólo la poesía o la locura podían haber reproducido los ruidos que oyeron los hombres de Legrasse mientras atravesaban lentamente el sombrío pantano, acercándose a la luz rojiza y a los apagados tamtams. Hay una cualidad vocal propia de las bestias; y nada más terrible que oír una de ellas cuando el órgano de donde proviene debería emitir otra. Una furia animal y una licencia orgiástica se exacerbaban allí hasta alcanzar alturas demoníacas con gritos y aullidos extáticos que reverberaban en los bosques tenebrosos como ráfagas pestilentes surgidas de los abismos del infierno. De vez en cuando cesaban los gritos y lo que parecía un coro de voces roncas entonaba la odiosa melopea:

Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn.

Por fin los hombres llegaron a un sitio donde el bosque era menos denso, y se encontraron de pronto en el lugar mismo de la escena. Cuatro trastabillaron, un quinto perdió el conocimiento, y otros dos lanzaron un grito de horror que, por suerte, fue apagado por el tumulto salvaje de la orgía. Legrasse roció con agua pantanosa el rostro del hombre desvanecido, y luego todos contemplaron el espectáculo fascinados por el horror.

En un claro natural del pantano se alzaba una isla verde de tal vez un acre de extensión, desprovista de árboles y bastante seca. Allí saltaba y se retorcía una horda de anormalidades humanas más indescriptibles que cualquiera de las que hubiese podido pintar un Sime o un Angarola. Sin ropas, esta híbrida muchedumbre bramaba, rugía y se contorsionaba alrededor de una hoguera circular. De vez en cuando se abrían las cortinas de fuego y se podía distinguir en el centro un bloque de granito de unos dos metros y medio de alto, en cuya cima, incongruente por su pequeñez, se alzaba la funesta estatuita. En diez cadalsos instalados a intervalos regulares en un ancho círculo que rodeaba la hoguera, con el monolito como centro, colgaban con la cabeza hacia abajo los cuerpos extrañamente mutilados de los desaparecidos colonos. Dentro de este círculo saltaba y rugía el anillo de fieles, moviéndose de izquierda a derecha en una bacanal interminable entre el círculo de cadáveres y

el círculo de fuego.

Pudo haber sido sólo la imaginación o pudo haber sido un simple eco, pero uno de los hombres, un impresionable español, creyó oír que las invocaciones eran seguidas por unas respuestas antifonales que procedían de un lejano y sombrío lugar, situado en lo más profundo de aquel bosque de leyenda. Este hombre, Joseph D. Gálvez, a quien más tarde encontré e interrogué, era desbordantemente imaginativo. Llegó a decir que había oído el débil golpear de unas grandes alas y que había vislumbrado unos ojos luminosos y una enorme masa blanca detrás de los árboles más lejanos. Pero creo que estaba demasiado influido por las supersticiones locales.

La inactividad de los hombres paralizados fue comparativamente de poca duración. El deber venció pronto todas las dudas, y aunque los celebrantes debían de llegar al centenar, la policía, confiada en sus armas de fuego, irrumpió en medio de la horda. Durante cinco minutos el caos y el tumulto fueron indescriptibles. Hubo furiosos golpes, disparos y huidas. Pero finalmente Legrasse pudo contar cuarenta y siete prisioneros, a los que obligó a vestirse rápidamente, y que rodeó de policías. Cinco de los celebrantes habían muerto, y otros dos, muy malheridos, fueron transportados por sus cómplices en improvisadas parihuelas. La imagen del monolito fue sacada con todo cuidado y llevada por Legrasse.

Examinados en el cuartel de la policía, luego de un viaje agotador, los prisioneros resultaron ser mestizos de muy baja ralea, y mentalmente débiles. Eran en su mayor parte marineros, y había algunos negros y mulatos, procedentes casi todos de las islas de Cabo Verde, que daban un cierto matiz vudú a aquel culto heterogéneo. Pero no se necesitaron muchas preguntas para comprobar que se trataba de algo más antiguo y profundo que un fetichismo africano. Aunque degradados e ignorantes, los prisioneros se mantuvieron fieles, con sorprendente consistencia, a la idea central de su aborrecible culto.

Adoraban, dijeron, a los Grandes Antiguos que eran muy anteriores al hombre y que habían llegado al joven mundo desde el cielo. Esos Antiguos se habían retirado ahora al interior de la tierra y al fondo del mar, pero sus cadáveres se habían comunicado en sueños con el primer hombre, quien inventó un culto que nunca había muerto. Este era ese culto, y los prisioneros dijeron que había existido siempre y que siempre existiría, ocultándose en lejanías desiertas y lugares retirados hasta que el gran sacerdote Cthulhu saliese de su sombría morada en la ciudad submarina de R’lyeh para

reinar otra vez sobre la Tierra. Algún día vendría, cuando los astros ocuparan una determinada posición; y el culto secreto estaría allí, esperándolo.

Mientras tanto no podían decir nada más. Se trataba de un secreto que ni la tortura podría arrancarles. La humanidad no era lo único consciente en la Tierra, pues había unas formas que emergían de la sombra para visitar a sus escasos fieles. Pero éstas no eran los Grandes Antiguos. Ningún ser humano había visto a los Antiguos. El ídolo de piedra representaba al gran Cthulhu, pero nadie podía decir si los otros eran o no como él. Nadie era capaz de descifrar ahora la antigua escritura; muchas cosas se transmitían oralmente. La invocación ritual no era el secreto. Éste no se comunicaba nunca en voz alta. El canto significaba: “En su casa de R’lyeh el fallecido Cthulhu espera soñando”

Sólo dos de los prisioneros fueron juzgados bastante cuerdos y se les ahorcó; el resto fue enviado a diversas instituciones. Todos negaron haber participado en los crímenes rituales, y afirmaron que los culpables de aquellas muertes eran los Alas-Negras que habían venido hasta ellos desde su refugio inmemorial en el bosque encantado. Pero nada coherente se pudo saber de aquellos aliados misteriosos. Lo que la policía logró obtener salió en su mayor parte de un viejísimo mestizo llamado Castro, quien pretendía haber tocado puertos distantes y hablado con los jefes inmortales del culto en las montañas de China.

El viejo Castro recordaba fragmentos de odiosas leyendas que empequeñecían las especulaciones de los teósofos y hacían de nuestro mundo algo reciente y fugaz. En ciclos muy lejanos otros seres habían gobernado la Tierra. Habían vivido en grandes ciudades, y sus vestigios podían encontrarse aún —le habían dicho a Castro los inmortales de China— en unas piedras ciclópeas de algunas islas del Pacífico. Habían muerto muchísimo antes de la aparición del hombre, pero había artes que podrían revivirlos cuando los astros volvieran a ocupar su justa posición en los cielos de la eternidad. Estos seres, indudablemente, procedían de las estrellas y habían traído sus imágenes con ellos.

Estos Grandes Antiguos, continuó Castro, no eran de carne y hueso. Tenían forma —¿no lo probaba acaso esta imagen estelar?—, pero esa forma no era material. Cuando las estrellas eran propicias iban de mundo en mundo a través del cielo; pero cuando eran desfavorables, no podían vivir. Pero aunque ya no viviesen, no habían muerto en realidad. Yacían todos en casas de piedra en la gran ciudad de R’lyeh, preservada por los sortilegios del gran Cthulhu para el día que las estrellas y la Tierra pudiesen recibir su

gloriosa resurrección. Pero en esa época alguna fuerza exterior debía ayudar a la liberación de sus cuerpos. Los conjuros que impedían que se descompusieran impedían también que se moviesen, y los Antiguos tenían que contentarse con yacer y pensar en la oscuridad mientras transcurrían millones de años. Conocían todo lo que ocurría en el mundo, pues su lenguaje consistía en la transmisión del pensamiento. En ese mismo instante hablaban en sus tumbas. Cuando, luego de un caos infinito, aparecieron los primeros hombres, los Grandes Antiguos hablaron a los más sensibles moldeándoles los sueños.

Aquellos primeros hombres, murmuró Castro, establecieron el culto con que se adoraba a los ídolos de los Grandes Antiguos; ídolos traídos de estrellas oscuras en una época infinitamente lejana. Ese culto no moriría hasta que las estrellas volvieran a ser favorables. Los sacerdotes sacarían entonces al gran Cthulhu de su tumba para que reviviese a sus vasallos y volviera a asumir su reinado en la Tierra. Ese tiempo sería fácil de conocer, pues entonces la humanidad se parecería a los Grandes Antiguos: salvaje y libre, más allá del bien y del mal, sin moral y sin ley. Y todos los hombres gritarían y matarían, y gozarían alegremente. Los Antiguos, liberados, enseñarían nuevos modos de gritar y matar y gozar, y el mundo entero ardería en un holocausto de libertad y éxtasis. Mientras tanto, el culto, con apropiados ritos, debía conservar el recuerdo de aquellos días antiguos y presagiar su retorno.

En los primeros tiempos algunos hombres escogidos habían hablado en sueños con aquellos seres, pero luego algo había pasado. La gran ciudad de piedra de R'lyeh, con sus monolitos y sepulcros, se había hundido bajo las olas, y las aguas de los abismos, con ese misterio primigenio en que nadie había pensado ni siquiera en penetrar, habían interrumpido esas citas espectrales. Pero los recuerdos no morían, y los altos sacerdotes afirmaban que cuando los astros fuesen favorables la ciudad volvería a la superficie. Entonces los viejos espíritus de la Tierra, mohosos y sombríos, saldrían de sus subterráneos y propagarían los rumores recogidos allá, en olvidados fondos del océano. Pero de ellos el viejo Castro no se atrevía a hablar. Se interrumpió de pronto y ni la persuasión ni las sutilezas pudieron arrancarle otras informaciones. Tampoco quiso mencionar, curiosamente, el tamaño de los Antiguos. En cuanto al culto, afirmó que su centro debía encontrarse en los desiertos intransitados de Arabia, donde Irem, la ciudad de los Pilares, sueña aún intacta y secreta. No tenía relación alguna con la brujería europea y sólo era conocido por sus miembros. Ningún libro aludía a él, aunque los chinos inmortales decían que en el

Necronomicón del árabe loco Abdul Alhazred había un sentido oculto que el iniciado podía interpretar de muy diversas maneras, especialmente en el tan discutido dístico:

No está muerto quien puede yacer eternamente,

y en épocas extrañas hasta la muerte puede morir.

Legrasse, profundamente impresionado, y no poco intrigado, había buscado sin éxito las filiaciones históricas del culto. Castro, aparentemente, había dicho la verdad al afirmar que era un secreto. Las autoridades de la Universidad de Tulane no pudieron arrojar luz alguna sobre el culto o la imagen, y ahora recurría a las mayores autoridades y se encontraba nada menos que con el episodio de Groenlandia del profesor Webb.

El ferviente interés que despertó el relato de Legrasse, corroborado por la presencia de la estatuita, tuvo algún eco en las cartas que intercambiaron luego los miembros del congreso; pero apenas hay alguna mención en el informe oficial. La prudencia es preocupación primordial de aquellos que se enfrentan a menudo a la charlatanería y la impostura. Legrasse prestó durante un tiempo la estatua al profesor Webb, pero a la muerte de este último le fue devuelta, y está desde entonces en su casa. Allí la he visto no hace mucho tiempo. Es de veras algo estremecedor, e indiscutiblemente parecida a la escultura labrada en sueños por el joven Wilcox.

No me asombró que mi tío se hubiese excitado con el relato del joven. ¿Qué pudo pensar al saber, ya enterado de la información recogía por Legrasse, que un joven sensible no sólo había soñado la figura y los jeroglíficos de las imágenes del pantano y de Groenlandia, sino que también había oído en sueños tres de las palabras de la fórmula repetida por los maestros de Luisiana y los diabólicos esquimales? Era natural que el profesor Angell hubiese iniciado instantáneamente una minuciosa investigación, aunque yo en mi fuero interno sospechaba que el joven Wilcox había oído hablar del culto, y había inventado una serie de sueños para acrecentar el misterio ante los ojos de mi tío. El relato de los otros sueños y los recortes coleccionados por el profesor parecían corroborar la historia del joven; pero mi bien fundado racionalismo y la total extravagancia del asunto me llevaron a adoptar las conclusiones que estimé más razonables. De modo que luego de estudiar otra vez el manuscrito y comparar las notas teosóficas y antropológicas con la descripción del culto que había hecho Legrasse, viajé a Providence para ver al escultor e increparle el haberse burlado de tal modo de un sabio anciano.

Wilcox vivía aún, solo, en el Fleur de Lys de la Calle Thomas,

desagradable imitación victoriana de la arquitectura bretona del siglo XVII. La fachada de estuco del hotel lucía ostentosamente entre las encantadoras casas coloniales y a la sombra del más hermoso campanario georgiano que pudiera verse en Norteamérica. Encontré a Wilcox en sus habitaciones, sumido en su labor, y comprendí en seguida, por las piezas que lo rodeaban, que su genio era profundo y auténtico.

Creo que durante un tiempo Wilcox figurará entre los grandes decadentes; pues ha cristalizado en arcilla, y reflejará un día en el mármol, esas pesadillas y fantasías evocadas en prosa por Arthur Machen y que Clark Ashton Smith ha hecho visibles en versos y pinturas.

Moreno, frágil y de aspecto un poco descuidado, Wilcox se volvió lánguidamente y sin dejar su silla me preguntó qué deseaba. Cuando le dije quién era, manifestó cierto interés, pues mi tío había excitado su curiosidad al examinar sus raros sueños, aunque sin expresar las razones de ese examen. Sin sacarlo de su ignorancia, traté prudentemente de hacerlo hablar.

Poco tiempo me bastó para convencerme de que era absolutamente sincero; hablaba de sus sueños de un modo inequívoco. Esos sueños, y su residuo subconsciente, habían influido profundamente en su arte, y me mostró una estatua mórbida cuyo modelado me estremeció, casi, por la fuerza de su oscura sugestión. No recordaba haber visto el original excepto en el bajorrelieve creado durante un sueño, pero los contornos se habían formado insensiblemente bajo sus manos. Era, sin duda, la forma gigantesca de la que había hablado en su delirio. Comprobé muy pronto que no sabía nada del culto, salvo lo que el constante interrogatorio de mi tío había dejado escapar, y traté otra vez de concebir de qué modo podía haber recibido esas impresiones sobrenaturales.

Hablaba de sus sueños de un modo extrañamente poético, haciéndome ver con terrible claridad la ciudad ciclópea de piedra verde y musgosa —cuya geometría, añadió curiosamente, era totalmente errónea—, y oí otra vez con un temor expectante el subterráneo llamado mental: *Cthulhu fhtagn, Cthulhu fhtagn*.

Esas palabras figuraban en la temible invocación que evocaba el sueño-vigilia de Cthulhu en su bóveda de piedra de R'lyeh, y a pesar de mis racionales ideas me sentí profundamente perturbado. Wilcox, era indudable, había oído hablar casualmente del culto, y lo había olvidado en seguida en la masa de las lecturas y concepciones igualmente fantásticas. Más tarde, en virtud de su impresionable carácter, el culto había encontrado un modo de expresión subconsciente en los sueños, el bajorrelieve de arcilla y la estatua

que yo estaba ahora contemplando. De modo que la superchería había sido involuntaria. El joven tenía unos modales un poco afectados, y un poco vulgares, que me desagradaban de veras; pero yo ya estaba dispuesto a admitir tanto su genio como su honestidad. Me despedí amablemente, y le deseé todo el éxito que su talento prometía.

El asunto del culto continuó fascinándome y a veces imaginaba poder adquirir un gran renombre investigando su origen y relaciones. Visité Nueva Orleáns, hablé con Legrasse y otros de los que habían participado en aquella vieja expedición, examiné la estatuita y hasta interrogué a los prisioneros que todavía vivían. El viejo Castro, por desgracia, había muerto hacía varios años. Lo que escuché entonces de viva voz, aunque no fue más que una confirmación detallada de los escritos de mi tío, acrecentó mi interés, y tuve la seguridad de estar sobre la pista de una religión muy antigua y secreta cuyo descubrimiento me convertiría en un antropólogo famoso. Mi actitud era aún entonces absolutamente materialista, como aún quisiera que lo fuese, y por una inexplicable perversidad mental rechacé la coincidencia de los sueños y los recortes coleccionados por el profesor Angell.

Hubo algo, sin embargo, que comencé a sospechar y que ahora creo saber: la muerte de mi tío no fue nada natural. Cayó al suelo en la colina, en una de las estrechas callejuelas que partían de unos muelles donde abundaban los mestizos extranjeros, luego del descuidado empujón de un marinero de tez oscura. Yo no había olvidado que los oficiales de Luisiana se distinguían por la mezcla de sangres y sus intereses marinos, y no me hubiera sorprendido conocer la existencia de agujas venenosas y métodos criminales secretos tan faltos de piedad como aquellas creencias y ritos misteriosos. Legrasse y sus hombres, es cierto, no habían sido molestados; pero en Noruega acaba de morir un marino que veía cosas. ¿No pudieron haber llegado a oídos siniestros las investigaciones realizadas por mi tío luego de encontrarse con el escultor? Creo hoy que el profesor Angell murió porque sabía o quería saber demasiado. Es posible que me espere un fin semejante, pues yo también he aprendido mucho.

3. La locura del mar

Si el cielo decidiese algún día acordarme un insigne favor, borraría totalmente de mi memoria el descubrimiento que hice, por simple casualidad, al echar una ojeada a una hoja de periódico que recubría un estante. Era un viejo número del *Boletín de Sidney* del 18 de abril de 1925, con el cual no hubiese podido dar en mi vida cotidiana. Había pasado inadvertido hasta para la agencia de recortes que había estado coleccionando ávidamente durante esa época materiales para mi tío. Había yo casi abandonado mis investigaciones cerca de lo que el profesor llamaba el "culto de Cthulhu" y me encontraba de visita en casa de un docto amigo de Patterson, Nueva Jersey, conservador del museo local y mineralogista de renombre. Examinando un día los ejemplares de reserva, amontonados en desorden en los estantes de una de las salas del fondo del museo, mi mirada se detuvo en la rara ilustración de uno de los periódicos extendido bajo las piedras. Era el *Boletín de Sidney* que he mencionado. Mi amigo tenía corresponsales en todos los países extranjeros imaginables. La imagen era una fotografía en sepia de una odiosa estatuita de piedra casi igual a la que Legrasse había encontrado en el pantano.

Despojé vivamente a la hoja de su precioso contenido, leí el artículo con cuidado y lamenté su brevedad. Lo que sugería, sin embargo, era de suma importancia para mi ya vacilante búsqueda. Arranqué cuidadosamente la noticia con el propósito de ponerme en seguida en acción. He aquí el contenido:

Misterioso barco a la deriva rescatado en alta mar

El Vigilant arribó remolcando a un yate neozelandés armado. Un muerto y un sobreviviente a bordo. Relatan combates furiosos y muertes en alta mar. Marinero rescatado se niega a dar detalles de la misteriosa experiencia. Ídolo extraño hallado en su poder. Se iniciará una investigación.

El carguero Vigilant de la compañía Morrison, procedente de Valparaíso, arribó esta mañana a su puesto de amarre en la Bahía de Darling remolcando al yate Alert de Dunedin N.2 con serias averías, pero dotado aún de un poderoso armamento. El yate fue avistado el 12 de abril a los 34°21' de latitud sur, y a los 152°17' longitud oeste, con un muerto y un sobreviviente a bordo.

El Vigilant dejó Valparaíso el 25 de marzo, y el 2 de abril fue alejado considerablemente de su curso, en dirección sur, por excepcionales tormentas y enormes olas. El 12 de abril avistó el buque a la deriva. En apariencia había sido abandonado, pero luego descubrió que llevaba un sobreviviente en estado de delirio, y un hombre muerto por lo menos desde hacía una semana.

El sobreviviente apretaba entre sus manos una piedra horrible de origen desconocido, de unos treinta centímetros de alto, cuyo origen los profesores de la Universidad de Sidney, la Sociedad Real y el museo de la Calle College no pudieron determinar, y que el hombre afirmaba haber descubierto en la cabina del yate, en un altarcito rudimentario.

Este hombre, ya recobrado, relató una historia de piratería y violencia sumamente extraña. Se trata de un noruego llamado Gustaf Johansen, de cierta cultura, segundo oficial en la goleta Emma de Auckland, que partió para el Callao el 20 de febrero, con una tripulación de 20 hombres.

El Emma, dijo, fue retrasado y alejado considerablemente de su ruta por la tormenta del 1° de marzo, y el 22 del mismo mes a los 49°51' de latitud sur y a los 128°54' de longitud este encontró al Alert conducido por una tripulación de canacos y mestizos de aspecto patibulario. El capitán Collins no obedeció la orden de virar, y la tripulación del yate abrió fuego sin aviso con una batería de cañones de bronce particularmente pesada.

Los marineros del Emma, dijo el sobreviviente, se resistieron con valentía, y aunque la goleta comenzó a hundirse, pues varios proyectiles habían alcanzado la línea de flotación, lograron acercarse al enemigo y lo abordaron poniéndose a luchar en cubierta. Como los tripulantes del yate combatían de un modo torpe y cruel, tuvieron que matarlos a todos.

Tres de los hombres del Emma, incluso el capitán Collins y el primer oficial Gree, murieron; y los ocho restantes, bajo el mando del segundo oficial, Johansen, se pusieron a navegar en la dirección seguida originalmente por el yate, a fin de descubrir por qué motivo se les había ordenado cambiar de rumbo.

Al día siguiente desembarcaron en una islita que no figuraba en ningún mapa. Seis de los hombres murieron allí, aunque Johansen se mostró particularmente reticente a este respecto y dijo que habían caído en una grieta entre las rocas.

Más tarde, parece, Johansen y sus compañeros volvieron al yate y trataron de hacerlo navegar, pero fueron vencidos por la tormenta del 2 de abril.

Desde ese día hasta el 12 de abril, fecha en que fue recogido por el Vigilant, Johansen no recuerda nada, ni siquiera cuándo murió su compañero William Briden. La muerte no se debió aparentemente a otra causa que a privaciones.

Cables procedentes de Dunedin informan que el Alert era muy conocido como barco de carga y tenía muy mala reputación. Pertenecía a un curioso grupo de mestizos cuyas frecuentes incursiones nocturnas a los bosques atraían no poca curiosidad. Luego de la tormenta y los temblores de tierra del 1° de marzo se había hecho apresuradamente a la vela.

Nuestro corresponsal en Auckland afirma que el Emma y sus tripulantes gozaban de una excelente reputación y que Johansen es un hombre digno de toda confianza.

El almirantazgo va a iniciar una investigación sobre este asunto, durante la cual se tratará de convencer a Johansen para que hable más libremente.

Esto era todo, además de la diabólica imagen, ¡pero qué pensamientos despertó en mi mente! Estas nuevas y preciosas noticias acerca del culto de Cthulhu probaban que éste tenía fieles seguidores tanto en el mar como en la tierra. ¿Qué motivo había impulsado a la híbrida tripulación a ordenar el regreso del Emma mientras navegaban con su ídolo? ¿Qué isla desconocida era aquella en que habían muerto seis de los tripulantes, acerca de la cual el contramaestre Johansen se mostraba tan reticente? ¿Qué resultado había tenido la investigación del almirantazgo y qué se sabía del odioso culto en Dunedin? Y lo más extraordinario, ¿qué profunda y natural relación de hechos era esta que daba una significación

maligna e innegable a los sucesos tan cuidadosamente anotados por mi tío?

El 1° de marzo —el 28 de febrero de acuerdo con el huso horario internacional— se habían producido una tormenta y un terremoto. El Alert y su malencarada tripulación habían dejado rápidamente Dunedin como obedeciendo un imperioso llamado, y en el otro extremo de la Tierra poetas y artistas habían comenzado a soñar con una ciclópea ciudad submarina mientras un joven escultor modelaba, en sueños, la forma del terrible Cthulhu. El 23 de marzo la tripulación del Emma desembarcaba en una isla desconocida, perdiendo allí seis hombres; y en esa misma fecha los sueños de algunas personas alcanzaron su mayor intensidad y se oscurecieron con el terror de un monstruo maligno y gigantesco, mientras un arquitecto se volvía loco y un escultor caía presa del delirio. ¿Y qué pensar de esa tormenta del 2 de abril, fecha en que cesaron todos los sueños de la ciudad sumergida, y Wilcox salió indemne de aquella fiebre extraña? ¿Qué pensar igualmente de aquellas alusiones del viejo Castro a los Antiguos venidos de las estrellas y a su reino próximo, y a su culto, y a su gobierno de los sueños? ¿Estaba balanceándome en el borde de un abismo de horrores cósmicos, insoportables para un ser humano? En todo caso no afectaron sino a la mente, pues el 2 de abril puso término de algún modo a la monstruosa amenaza que había sitiado el alma de los hombres.

Aquella tarde, luego de haber pasado el día enviando telegramas y haciendo urgentes preparativos, me despedí de mi huésped y tomé un tren para San Francisco. En menos de un mes llegué a Dunedin, donde, sin embargo, descubrí que se sabía muy poco de los extraños miembros del culto que habían vivido en las posadas marineras. El vagabundeo en los muelles era asunto demasiado común, y no valía la pena mencionarlo; pero algo oí a propósito de una expedición terrestre realizada por estos mestizos durante la cual se escuchó el débil golpear de unos tambores y se vio un fuego rojo en las colinas lejanas.

En Auckland me enteré de que Johansen había vuelto a Sidney, donde acababa de sometérsele a un inútil interrogatorio, con el pelo totalmente cano, y que luego de vender su casita de la Calle West había regresado con su mujer a su viejo hogar, en Oslo. De su aventura no dijo a sus amigos más de lo que ya sabían los oficiales del almirantazgo, y todo lo que pudieron hacer fue darme su nueva dirección.

Volví entonces a Sidney y hablé sin éxito con gente de mar y miembros de la corte. Vi el Alert en Circular Quay, en la bahía de

Sidney, pero nada me reveló su casco. La imagen en cuclillas, de cabeza de pulpo, cuerpo de dragón, alas escamosas y pedestal con jeroglíficos, se conservaba en el museo de Hyde Park. La examiné con cuidado y descubrí que estaba exquisitamente labrada, y tenía el mismo profundo misterio, terrible antigüedad y sobrenatural rareza de material que el ejemplar más pequeño de Legrasse. Para los geólogos, me dijo el conservador del museo, la estatua era un enigma monstruoso, y juraban que no había en el mundo una roca parecida. Recordé, estremeciéndome, lo que había dicho el viejo Castro a Legrasse a propósito de los primeros Grandes Antiguos: "Vinieron de las estrellas y trajeron consigo sus imágenes".

Profundamente perturbado resolví visitar al oficial Johansen en Oslo. Llegué a Londres, me reembarqué en seguida para la capital de Noruega, y un día de otoño eché pie a tierra en un limpio desembarcadero, a la sombra del Egeberg.

La casa de Johansen, descubrí, estaba situada en la Ciudad Vieja del rey Harold Haardrada, que había conservado el nombre de Oslo durante los siglos en que la ciudad principal adoptara el nombre de Cristianía. Hice el corto viaje en un taxi y golpeé con el corazón tembloroso la puerta de una casa vieja y limpia de frente enyesado. Salió a recibirme una mujer de cara triste, vestida de negro, quien me comunicó en un inglés vacilante que Gustav Johansen no era ya de este mundo.

No había sobrevivido mucho a su regreso, pues su aventura marina de 1925 le había destrozado la salud. La mujer no sabía más que el público, pero Johansen había dejado un largo manuscrito, que trataba "asuntos técnicos", escrito en inglés con la intención manifiesta de que su esposa no lo entendiese. Mientras paseaba por una callejuela, cerca del muelle de Gothenburg, un atado de viejos periódicos, salido de la ventana de un altillo, lo golpeó y lo hizo caer. Dos marineros indios lo ayudaron en seguida a levantarse, pero el hombre murió antes de que llegase la ambulancia. Los médicos, incapaces de precisar la causa del deceso, lo habían atribuido a un malestar del corazón y a un debilitamiento general.

Sentí entonces que un oscuro terror, que no me abandonaría hasta que a mí también me fuese acordado el eterno reposo, "accidentalmente" o por otro motivo, me traspasaba los huesos. Habiendo persuadido a la viuda de que mi conocimiento de esos "asuntos técnicos" me autorizaba a poseer el manuscrito, me llevé el documento y comencé a leerlo en el barco que me conducía a Londres.

Era un relato simple, desordenado; un diario de mar redactado de memoria en que se intentaba recoger día a día aquel

último y terrible viaje. No lo transcribiré literalmente a causa de sus oscuridades y redundancias, pero mi resumen bastará para explicar por qué el rumor de las aguas contra los costados del buque se me hizo tan intolerable que tuve que taponarme los oídos.

Johansen, gracias a Dios, no lo sabía todo, aunque vio la ciudad y el monstruo; pero yo ya no podré dormir en paz mientras recuerde el horror que espera emboscado del otro lado de la vida, en el tiempo y el espacio, y aquellas malditas criaturas que vinieron de los astros más antiguos y que sueñan en las profundidades del mar, conocidas y favorecidas por un culto de pesadilla decidido a lanzarlas sobre nuestro planeta cada vez que algún terremoto vuelva a elevar la monstruosa ciudad de piedra al aire y la luz del sol.

El viaje de Johansen había comenzado tal como lo declarara él mismo ante el almirantazgo. El Emma había dejado Auckland en lastre el 20 de febrero, y sintió todo el impacto de esa tempestad consecutiva al terremoto que arrancó a los abismos marinos el horror que pobló los sueños de los hombres. Recobrado el gobierno, el buque navegó favorablemente hasta encontrarse con el Alert el 22 de marzo (y sentí la pena del oficial al describir el bombardeo y el hundimiento de su nave). De los mestizos del yate, Johansen hablaba con un horror realmente significativo. Había algo abominable en ellos que hacía que su destrucción pareciese casi un deber, y Johansen se sorprende ante la acusación de crueldad que contra él y sus compañeros hizo la corte. Ya en el yate capturado, Johansen y sus hombres, impulsados por la curiosidad, prosiguen viaje hasta avistar una alta columna de piedra que emerge del océano, y a los 49°9’ de latitud oeste, y 126°43’ de longitud sur, se encuentran ante una costa barrosa, y una albañilería ciclópea cubierta de algas que no puede ser sino la sustancia tangible del terror supremo del universo: la ciudad muerta de R’lyeh, construida hace millones de años, antes de los comienzos de nuestra historia, por las enormes y espantosas criaturas que descendieron desde unos astros desconocidos. Allí yacen el gran Cthulhu y sus compañeros, ocultos en unas bóvedas verdes y húmedas desde donde envían, luego de incalculables ciclos, pensamientos que aterrorizan a los hombres sensibles y reclaman imperiosamente a los fieles del culto que inicien el peregrinaje de la liberación y la restauración. El oficial Johansen ignoraba todo esto, ¡pero Dios sabe bien que había visto bastante!

Creo que emergió de las aguas sólo la cima de la ciudadela, coronada por un enorme monolito, donde yace el gran Cthulhu. Cuando imagino el tamaño de todo lo que puede esconder el fondo del océano, siento deseos de morir sin esperar ya más. Johansen y

sus hombres se sintieron aterrados ante la majestad cósmica de esta húmeda Babilonia habitada por demonios, y debieron sospechar, instintivamente, que no pertenecía ni a éste ni a ningún otro planeta similar. En todas las líneas de la estremecida descripción de Johansen se advierte el mismo pavor; ante el tamaño indescriptible de los bloques de piedra verde, ante la altura vertiginosa del monolito labrado, ante la asombrosa identidad de esas colosales estatuas y bajorrelieves con la rara imagen encontrada en la sentina del Alert.

Sin conocer el futurismo, Johansen describe, al hablar de la ciudad, algo muy parecido a una obra futurista. En vez de referirse a una estructura definida, algún edificio, se reduce a hablar de vastos ángulos y superficies pétreas… superficies demasiado grandes para ser de este mundo, y cubiertas por jeroglíficos e imágenes horribles. Menciono estos ángulos pues me recuerdan los sueños que me relató Wilcox. El joven escultor afirmó que la geometría de la ciudad de sus sueños era anormal, no euclidiana, y que sugería esferas y dimensiones distintas de las nuestras. Ahora un marino ilustrado tenía ante la terrible realidad la misma impresión.

Johansen y sus hombres desembarcaron en la playa de esta monstruosa acrópolis y se treparon, resbalando, por los titánicos y musgosos escalones que ningún ser humano hubiera podido edificar. El sol mismo parecía deformado cuando se lo miraba a través de las miasmas polarizadas que emanaban de esta perversión submarina; una amenaza tortuosa acechaba en esos ángulos desconcertantes donde una segunda mirada descubría una concavidad donde se había creído ver la convexidad.

Todos los exploradores, aun antes de ver algo definido (salvo las rocas, los musgos y las algas) se sintieron presas de un indefinible terror. Todos habrían escapado si no hubiesen temido la burla de los otros, y sólo de mala gana se decidieron a buscar —vanamente, como comprendieron más tarde— algo que sirviese de recuerdo.



Ilustrado por Valeria Uccelli

Rodríguez, el portugués, fue el primero en llegar a la base del monolito y les gritó a los otros lo que acababa de descubrir. Poco más tarde los hombres contemplaron curiosamente una enorme puerta de piedra labrada con el ya familiar bajorrelieve del pulpo-dragón. Se parecía, dice Johansen, a la enorme puerta de un granero. Todos vieron allí una puerta, ya que estaba encuadrada en un umbral, un dintel y dos montantes, pero nadie pudo decidir si estaba situada horizontalmente, como la puerta de una trampa, o algo inclinada, como la puerta exterior de un altillo. Como lo hubiese dicho Wilcox, la geometría del lugar era errónea. Uno no podía estar seguro de que el mar y el suelo fueran horizontales, de

modo que la posición relativa de todo el resto parecía variar fantásticamente.

Briden presionó sobre la piedra en diversos sitios sin resultado. Luego Donovan palpó con delicadeza los bordes, apretando separadamente cada punto. Subió con lentitud a lo largo de la grotesca moldura de piedra —puede decirse que subió si se admite que la puerta no era al fin y al cabo horizontal—, y los hombres se preguntaron cómo una puerta podía ser tan enorme. Al fin, muy suavemente, muy lentamente, la parte superior del panel comenzó a inclinarse hacia adentro, y todos vieron que la piedra se balanceaba.

Donovan se deslizó o trepó de algún modo a lo largo de uno de los montantes, y los hombres se pusieron a observar el curioso retroceso de la puerta monstruosa. En este fantástico mundo de deformaciones prismáticas, la piedra se desplazaba anormalmente en diagonal, despreciando todas las leyes de la materia y la perspectiva.

La abertura mostraba una oscuridad casi material. Estas tinieblas tenían realmente una cualidad positiva, pues ocultaban algunas partes de las paredes interiores que debían ser visibles. Al fin surgió de aquella cárcel milenaria algo así como una humareda que oscureció la luz del sol mientras se elevaba hacia el cielo, empequeñecido y arrogado, con la ayuda de sus alas membranosas. El olor que salía de aquellos abismos recién abiertos era insoportable, y Hawkins, que tenía el oído fino, creyó oír allá abajo un sonido chapoteante e inmundo. Todos escucharon, y todos escuchaban aún cuando el monstruo se hizo visible, babeando y apretando su inmensidad verde y gelatinosa a través de la tenebrosa abertura hasta elevarse pesadamente en el aire corrompido de aquella ciudad de pesadilla.

La letra del pobre Johansen es apenas inteligible en esta parte. De los seis hombres que nunca llegaron al barco, cree que dos murieron simplemente de miedo en aquel instante maldito. El monstruo está más allá de toda posible descripción. No hay lenguaje aplicable a ese abismo de horror inmemorial, a esa pavorosa contradicción de todas las leyes de la materia, la fuerza y el orden cósmicos. Una montaña que caminaba. ¡Dios! ¿Puede extrañar que en el otro lado de la Tierra enloqueciese un gran arquitecto, y que en aquel telepático instante la fiebre devorara al pobre Wilcox? El monstruo de los ídolos, el verde y viscoso demonio venido de otros astros, había despertado para reclamar sus derechos. Las estrellas eran otra vez favorables, y lo que un viejo culto no había podido lograr por su voluntad, un puñado de inocentes marineros lo hacía

por accidente. Luego de millones y millones de años el gran Cthulhu era libre otra vez.

Tres hombres fueron barridos por aquellas patas membranosas antes que nadie tuviese tiempo de volverse. Que descansen en paz, si hay algún descanso en el universo. Eran Donovan, Guerrera y Angstrom. Parker resbaló mientras los otros tres sobrevivientes se precipitaban frenéticamente en un escenario infinito de rocas verdosas. Johansen jura que fue absorbido hacia arriba por un ángulo que no debía estar allí; un ángulo agudo que se había comportado como si fuese obtuso. De modo que sólo Briden y Johansen llegaron al bote, y se dirigieron desesperadamente hasta el Alert mientras la montañosa monstruosidad descendía por los escalones de piedra resbaladiza y se detenía, titubeando, a orillas del agua.

Las calderas habían quedado funcionando a pesar de que todos habían bajado a tierra, y bastaron unos pocos segundos de frenéticas corridas entre ruedas y motores para poner en marcha el Alert. Lentamente, entre los horrores distorsionados de esa escena indescriptible, la hélice comenzó a golpear las aguas. Mientras tanto, en la costa mortal, sobre aquellas construcciones que no eran de este mundo, el monstruo gigantesco venido de las estrellas emitía unos gritos inarticulados, como Polifemo al maldecir el veloz navío de Ulises. En seguida, con más audacia que los cíclopes de la leyenda, el gran Cthulhu penetró en las aguas e inició la persecución con golpes que levantaron enormes olas. Briden volvió la vista y enloqueció. Desde entonces rió a intervalos hasta que la muerte lo alcanzó en su cabina mientras Johansen vagaba delirando de un lado a otro.

Pero Johansen no había abandonado la partida. Comprendiendo que el monstruo alcanzaría seguramente el Alert antes de que la presión llegase al máximo, resolvió intentar algo desesperado, y, acelerando los motores, subió rápidamente a la cubierta e hizo girar el timón. En la superficie de las aguas hubo un remolino espumoso, y mientras crecía la presión del vapor, el valiente noruego dirigió el navío contra aquella montaña gelatinosa que se alzaba sobre las sucias espumas como la popa de un galeón demoníaco. La horrible cabeza de pulpo, envuelta en tentáculos, llegaba casi hasta la punta del bauprés; pero Johansen no retrocedió.

Hubo un estallido como el de un globo que se desinfla, un líquido inmundo como el que surge de un hendido pez luna, una hediondez que el cronista no se atrevió a describir. Durante un instante una nube verde, acre y enceguecedora, envolvió al buque, y

un hervor maligno quedó a popa, donde —Dios del cielo— la esparcida plasticidad de aquella entidad celeste estaba recombinándose y recobrando su forma primitiva, mientras el Alert se alejaba más y más, y ganaba velocidad.

Eso fue todo. Desde ese momento Johansen se contentó con meditar sombríamente sobre el ídolo de la cabina y preparar unas pocas comidas para él y su enloquecido compañero, que reía a carcajadas. No trató de dirigir el navío; después de aquel incidente quedaba un gran vacío en su alma. Luego sobrevino la tormenta del 2 de abril, que terminó de nublar su conciencia. Recordaba confusamente infinitos abismos líquidos de espectrales paredes giratorias, vertiginosos desplazamientos por mundos huidizos en la cola de un cometa y saltos convulsivos de las profundidades del mar hasta la luna y luego otra vez hasta el mar, todo envuelto en el coro de carcajadas de las antiguas divinidades y de los verdes demonios del Tártaro, de alas de murciélago.

Luego de esas pesadillas vino el rescate, el Vigilant, el tribunal del almirantazgo, las calles de Dunedin y el largo viaje de retorno a la casa natal, junto al Egeberg. Nada podía contar; pasaría por loco. Lo escribiría todo antes de morir, pero su mujer no debería sospechar nada. La muerte sería para él beneficiosa sólo si borraba los recuerdos.

Tal era el documento que leí. Lo he guardado en la caja de lata junto con el bajorrelieve de arcilla y los papeles del profesor Angell. Incluiré este relato, esta prueba de mi propia cordura donde se ha unido lo que espero que nunca volverá a unirse. He contemplado todo lo que en el universo puede haber de horroroso, y aun los cielos de la primavera y las flores del verano me parecerán desde ahora impregnados de veneno. Pero no creo que viva mucho. Como desaparecieron mi tío y el pobre Johansen, así desapareceré yo. Conozco demasiado y el culto todavía existe.

Cthulhu existe también, supongo, en ese refugio de piedra que le sirve de abrigo desde que el sol era joven. Su ciudad maldita se ha hundido otra vez, pues el Vigilant navegó por aquel lugar después de la tormenta de abril; pero sus ministros en la Tierra bailan aún, y cantan y matan en lugares aislados, alrededor de monolitos de piedra coronados de imágenes. Cthulhu tuvo que haber sido atrapado por los abismos submarinos pues si no el mundo gritaría ahora de horror. ¿Quién conoce el fin? Lo que ha surgido ahora puede hundirse y lo que se ha hundido puede surgir. La abominación espera y sueña en las profundidades del mar, y sobre las vacilantes ciudades de los hombres flota la destrucción. Llegará el día… ¡pero no debo ni puedo pensarlo! Ruego que si no

sobrevivo a este manuscrito, mis ejecutores testamentarios cuiden de que la prudencia sea mayor que la audacia e impidan que caiga bajo otros ojos.

Howard Phillips Lovecraft nació en Providence, Rhode Island, Estados Unidos de Norteamérica, el 20 de agosto de 1890. Era hijo de Winfield Scott Lovecraft y Sarah Susan Phillips, quienes pertenecían a familias asentadas por largo tiempo en Nueva Inglaterra y por lo tanto apegadas a las costumbres, educación y fobias de la aristocracia local. Howard fue un niño enfermizo que se crió sobreprotegido y solitario y sólo se sentía a gusto en los sitios extraños y sombríos en los que no necesitaba ponerse en contacto con otra gente, lo que contribuyó a hacer de él un ser huraño y al mismo tiempo le sirvió para desarrollar una imaginación portentosa. Gracias a esa actitud se puso a salvo del —para él — terrible mundo real y se sumergió en las oscuras y nauseabundas aguas de los universos que creó. Ese aislamiento impulsó a Lovecraft a aficionarse a los libros, y la biblioteca de su abuelo materno resultó el complemento ideal para ello. Sus lecturas, caóticas y enredadas, le permitieron descubrir a los clásicos a una edad muy temprana y lo precipitaron a un universo desbordado en el que él, un declarado ateo, podía jugar a ser Dios y crear las más extravagantes criaturas.

A los quince años escribió una obra que imitaba los cuentos de horror góticos y toda su adolescencia estuvo signada por su interés hacia los escritores del siglo XVIII. Pero la muerte de su madre en 1921 y su precaria situación económica le impidieron dedicarse de lleno a la literatura, y se vio obligado a realizar tareas de corrector. Este trabajo menor fue, sin embargo, muy positivo para él, ya que le permitió ponerse en contacto con una serie de escritores, los mismos que más tarde formarían el “Círculo Lovecraft” , como Robert E. Howard, Clark Ashton Smith, Robert Bloch, Frank Belknap Long, August Derleth, Henry Kuttner y E. Hoffman Price, entre otros.

En 1924 Howard se casó con Sonia Green, pero el matrimonio duró sólo dos años, y tras un breve período en Brooklyn, el escritor se radicó en Providence. Es allí donde al mismo tiempo se manifestaron con toda intensidad la soledad, la decadencia y la frustración que ya no lo abandonarían. No obstante, en este estado de ánimo logró crear sus obras más perdurables, ya que leer y escribir, siempre por las noches, era lo único que le permitía sentirse vivo.

En su obra se destaca la renovación que él, un acérrimo conservador, produjo en el cuento de terror clásico gracias a un original enfoque narrativo y a la importancia que otorgó al clima y la tensión en sus historias, lo que por primera vez acercó el género oscuro a la ciencia ficción.

Las ficciones que le fueron publicadas en la revista Weird Tales a partir de 1923 no llamaron la atención en su época, tal vez porque era prematuro presentar a los lectores la idea de una humanidad primigenia que intenta recuperar el poder que alguna vez poseyó fusionada con una serie de tópicos del cuento gótico. No obstante, sus relatos de entidades innombrables, espíritus malignos y mundos oníricos donde la articulación entre el tiempo y el espacio está alterada, como aparece en los Mitos de

Cthulhu, fue en realidad impulsada por los miembros de su "Círculo", ya que Lovecraft estaba lejos de sentirse convencido de lo que escribía y de hecho muchos de sus cuentos fueron publicados póstumamente. Es probable que sin el apoyo y el aliento de sus amigos el suicidio hubiera llegado antes que el cáncer…

Falleció el 15 de marzo de 1937, a los cuarenta y siete años de edad, a causa de un cáncer de colon que se negó obstinadamente a tratar.

Entre sus relatos más celebrados podemos citar "La ciudad sin nombre" (1921), "El ceremonial" (1923), "Las ratas de las paredes" (1923), "En la cripta" (1925), "La llamada de Cthulhu" (1926), "Los gatos de Ulthar" (1926), "El color que cayó del cielo" (1927), "El caso de Charles Dexter Ward" (1927), "El horror de Dunwich" (1928), "El que susurra en la oscuridad" (1930), "En las montañas de la locura" (1931), "Los sueños de la casa de la bruja" (1932), "La sombra sobre Innsmouth" (1932), "En la noche de los tiempos" (1934).

A su muerte, Donald Wandrei y August Derleth, principalmente, recopilaron los cuentos dispersos o inéditos de Lovecraft y los publicaron a través de la editorial que fundaron: Arkham House. En 1975 Jorge Luis Borges dedicó en *El libro de arena* un cuento a la memoria de HP Lovecraft, titulado "There are more things".


Axxón




ePUB